

UNA COMEDIA ROMÁNTICA DE RELACIONES FALSAS

Amor en CONSTRUCCIÓN



EVA ALTON

Amor en Construcción



*Un matrimonio de conveniencia
y un romance que no estaba en los planos*

HISTORIAS DE AMOR Y CAFÉ – LIBRO 2

EVA ALTON



© 2024 Eva Alton

Todos los derechos reservados

Registration number: SopT3hRB9DCIwswr

Esta obra está protegida por derechos de autor. Queda prohibido copiar, reproducir, transmitir o adaptar total o parcialmente el contenido por cualquier medio, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, marcas y acontecimientos que aparecen son producto de la imaginación del autor o se han usado de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, lugares, eventos actuales o cualquier otra circunstancia es pura coincidencia. Las marcas, redes sociales y elementos de la cultura popular mencionados en esta obra se incluyen únicamente para enriquecer el contexto narrativo, sin relación oficial ni aprobación expresa de sus titulares. Esta es una publicación independiente publicada por:





HISTORIAS DE AMOR Y CAFÉ – LIBRO 2

Elogios de la crítica sobre Eva Alton:

«Una comedia romántica que no podrás dejar de leer. Lectura ágil y rápida, que te sacará muchas sonrisas y te encogerá el corazón, emocionándote en más de una ocasión.»

«El ingenio y humor de Eva le añaden un encanto especial a la historia. La mezcla de problemas cotidianos y momentos cómicos y absurdos hacen de esta novela una lectura fabulosa.»

«Lo leí en unas horas porque, cuando empiezas, no puedes parar. Una historia brillante que mezcla risas, amor y momentos de pura emoción. Un acierto total.»

«Él es un amor, tan adorable... Y ella, una mujer fuerte y decidida. Juntos forman una pareja peculiar que te sacará muchas sonrisas y que se queda contigo incluso después de terminar el libro.»

«Me ha encantado. Fresca, dinámica, divertida y rápida. Te hace pasar un rato estupendo, y no puedes parar hasta el final.»

~ Historias de Amor y Café ~

Te invito a leer **gratis** *Amor en el apagón*,

Una historia romántica exclusiva solo para suscriptores del club VIP de
Eva Alton.

*Una noche oscura y un apagón en Barcelona llevan a Sophie y David a
encontrarse en el Carpi Café.*

*Lo que empieza como una pausa tranquila se convierte en una chispa de
amor inesperada.*

Únete al club VIP y recibe *Amor en el apagón* gratis.



Otros Libros de Eva Alton:

Historias de Amor y Café

[Amor a pie de página](#)

[Amor en construcción](#)

[Mi compañero de piso imperfecto](#)

Serie Serenata Nocturna

[Iris – Hechizo de Sangre](#)

[Selena – Luna de Lobos](#)

[Mina – Espíritus de Sombras](#)

Fantasía Histórica

[Notas Ocultas](#)

Serie Los Vampiros de Emberbury

[Bruja Extraviada](#)

[Espejo de Bruja](#)

[Mascarada de Brujas](#)

[Elementos de Bruja](#)

[El Beso Azul Cobalto](#)

[La Ayudante del Vampiro](#)

Únete al club exclusivo de lectoras VIP de Eva Alton y disfruta de una novela gratis. Más información al final de este libro.

«La arquitectura es el juego sabio, correcto y magnífico de los volúmenes bajo la luz.»

—Le Corbusier (arquitecto).

*«El amor es el juego desastroso, imperfecto y caótico de las expectativas absurdas
y sin soporte estructural.
El matrimonio es aún peor, seguramente.»*

—Emma Soler (arquitecta).



Lista de tareas de Emma Soler:

- Corregir los planos del auditorio.
- Comprar repelente para gatos.
- Conseguir un ladrillo más alto.

Emma

Me llamo Emma Soler y llevo un ladrillo en el bolso. Y no, no es para apartar a esa señora con un gato que me obstruye el paso en este momento, ni para reconstruir el tenebroso agujero que decora la pared del rellano, y que podría ser un túnel a otra dimensión. Mi ladrillo es mi aliado, y un símbolo de mi lucha constante por escalar en un mundo profesional que, seamos honestos, todavía está gobernado por hombres.

Sí, esta tarde me he subido a un ladrillo para parecer más alta mientras daba una presentación en la oficina. Y, sinceramente, ¿quién puede culparme? Al menos no persigo a la gente con una cafetera en la mano, como está haciendo en este mismo instante mi vecina doña Montse. Esta mujer me saca de quicio, sobre todo cuando se planta frente a la puerta del ascensor, bloqueándome el paso con su excusa habitual de entregarme mis paquetes, mientras su gato, ese pequeño terrorista peludo, decide enredarse entre mis pies y la ayuda a interceptarme el paso.

Doña Montse me está mirando fijamente. En una mano, sujeta ese café con la firmeza de quien sostiene el destino de toda una nación, y en la otra, una tacita de vidrio marrón, tan antigua que debería estar en un museo, y no en este polvoriento bloque de apartamentos en el centro de Barcelona.

He subido a casa después de la reunión con Derek Navarro, mi jefe, solo para quitarme los tacones. El dolor de pies me estaba matando, pero la última cosa que necesito es que mis compañeros de trabajo se den cuenta de lo bajita que soy. Ergo, la necesidad del ladrillo. Mi estatura me quita autoridad, y eso es un problema porque trabajo en el mundo de la arquitectura y la construcción. Muchos, al verme, piensan que me dedico a elegir colores de pintura y a buscar figurillas decorativas: es lo que pasa cuando la mayoría de niñas de doce años te superan en altura. Pero, en realidad, soy la persona que decide dónde irán las vigas de carga; esas que sostendrán las estructuras fállicas que ciertos tipos millonarios se dedican a sí mismos. Y sí: ya he escuchado todas las bromas sobre “vigas” habidas y por haber. *No. Tienen. Gracia.*

Agazapada tras mi bolso de diseño, observo el estrecho espacio que queda entre doña Montse y la puerta del ascensor. Calculo que habrá unos cincuenta centímetros. Cincuenta y medio. Si paso corriendo de lado, quizás pueda lanzarme dentro antes de que se cierre la puerta.

—Deberías dejar de alisarte el pelo —me dice doña Montse mientras llena la taza, salpicando un poco las paredes amarillentas del rellano—. Te quedaría mejor natural.

La miro con una ceja arqueada. Ese comentario no es inocente; seguro que ha estado abriendo mis paquetes otra vez. He pedido una plancha de pelo, y la muy granuja lo sabe.

—Gracias, doña Montse, pero a mí me gusta más así.

En el mundo profesional, hay que tener el pelo liso. No solo liso: estirado. Tanto como mi carácter en las reuniones con los clientes.

—¿En serio te ves mejor así? —dice, como si le diera pena, y se atusa los rulos de plástico rosa.

—Voy a llegar tarde —replico, tratando de empujarla a un lado sin que se le caiga el café por encima—. Tengo una reunión.

Son las ocho de la tarde, y me mira como si le mintiese. Quizás le haya mentido un poco, porque la reunión que tengo es conmigo misma: tras hablar con el jefe de proyecto, le he

prometido hacer todos los cambios necesarios a los planos del auditorio y entregárselos a la mañana siguiente. Porque tardar dos días es de perdedores. Y de bajitos.

—Deberías trabajar menos —insiste—. Te van a salir arrugas. ¿Por qué no pasas y cenas conmigo? Voy a hacer pechugas rebozadas. Y dan una serie muy buena. Romántica.

Justo lo que me faltaba.

Exhalo, desesperada, y agarro la tacita de café mientras planeo mi huida. Engullo la bebida de un sorbo, quemándome el esófago, y luego le devuelvo la taza (o más bien, se la lanzo).

Doña Montse la recoge y yo aprovecho su distracción para lanzarme al ascensor, apretando el botón de la planta baja con los planos bien sujetos contra el pecho. La sensación de mis pies en las bailarinas, libres de los malditos tacones, es como si flotara.

Saco el móvil para anotar que tengo que llamar al podólogo otra vez. Al hacerlo, veo que tengo un aluvión de mensajes. Seis son de Derek, mi jefe, básicamente insultándome y preguntando cuándo voy a tener listos los planos del concurso con los cambios que discutimos en la reunión de esta tarde. Sigue en el despacho, y no tengo ganas de verle.

Iré un rato al Carpi Café, y mientras tanto seguro que se marcha. Es un local muy mono, justo a medio camino entre mi apartamento y la oficina, y su café es mucho mejor que el de doña Montse.

Después volveré a la oficina, pediré comida china y seguiré trabajando en los planos hasta que los termine.

Esta es mi vida, y me encanta.

El séptimo mensaje es de Caterina, mi mejor amiga. Es mi mejor amiga porque vive en Londres, lo que significa que no tenemos que vernos nunca. Si viviera en Barcelona, como yo, ya no seríamos amigas. La gente que vive en tu misma ciudad espera que quedes con ellos en persona, y si no lo haces, te niegan la amistad después de un par de intentos fallidos.

Esa es una de las ventajas de haber dejado Londres. Eso y que aquí casi nunca necesito el paraguas. Y la verdad, no hay nada que arruine más un look que un paraguas, ni nada que estropee más un alisado que la lluvia.

Otro mensaje es de mi exnovio, Trevor. Trevor sigue en Londres, y esa es una de las razones por las que no quiero volver allí. Trevor quería una casa, cinco perros y tres niños. Yo quería muchas casas, un estanque con carpas y ningún niño. Tuvimos un cisma de elecciones vitales, y por eso tuve que marcharme.

Me acerco a la cola del Carpi Café, todavía mirando el móvil. Ni siquiera me fijo en quién me atiende, pero pido lo de siempre.

—Un espresso doble con leche desnatada y stevia, por favor —digo, antes de apartarme al otro lado de la barra, donde uno de los empleados me entregará mi pedido.

Alguno de los baristas canta mientras la cafetera saca vapor como una locomotora. Mientras tanto, empiezo a contestar emails. El ingeniero de estructuras, como siempre, está intentando amargarme la vida diciendo que mis planos no son realistas.

«Pues hazlos realidad», le contesto tajante.

No es mi problema si sus vigas no permiten voladizos de más de seis metros. Su trabajo es materializar lo que yo dibujo. Yo bastante hago peleándome con los clientes cada día, cara a cara, mientras él solo hace sumas y multiplicaciones.

—¿Emma? —dice una voz, y levanto la mano.

Alguien planta un café delante de mí. Lo cojo sin girarme y me voy corriendo a la mesa del rincón. Es mi favorita, y por suerte aún está libre. Saco una toallita hidroalcohólica y

desinfecto la mesa con precisión, asegurándome de que no quede ni una sola miga, ni una sola gota de café, ni rastro alguno de las huellas dactilares del último cliente que pasó por aquí. Entonces extiendo los planos.

Llevo dos días casi sin dormir, pero me alegra comprobar que todavía soy capaz de leer la leyenda de los planos, aunque esté escrita en letra Arial 6 (para los no iniciados, eso es como la lista de ingredientes en el costado de un pintalabios). Coloco el café a un lado, a unos quince centímetros del borde del plano, y al hacerlo, me doy cuenta de que hay una frase escrita en el vaso, justo debajo de mi nombre.

«Lo importante en la vida no es el destino, sino las curvas del camino.»

Sonríó por un segundo, aunque en cuanto me doy cuenta me encojo de hombros y disimulo; podría haber alguien de la empresa en la cafetería y van a pensar que estoy mal de la cabeza. No sé quién se dedica a escribir estas frases cursis en mis vasos, pero desde luego debe de tener mucho tiempo libre si le da para escribir poesías a los clientes, además de hacer cafés. Yo, desde luego, no tengo tiempo para escribir poesías por detrás de los planos.

Saco un escalímetro de metal, de esos de los viejos tiempos, y me pongo a repasar las medidas del auditorio. Tenemos que ganar este concurso, sea como sea. No solo porque Derek me matará si no lo hacemos, sino también porque me han prometido que, si lo conseguimos, será la directora del próximo proyecto, que va a ser todavía mejor que este. Y entonces se acabará eso de ser una arquitecta junior pringada, de esas que se quedan hasta las tres de la madrugada los domingos terminando planos para concursos. No: cuando eso ocurra, yo seré la jefa y podré quedarme hasta las seis de la mañana del día siguiente, revisando lo que han hecho los pringados de los arquitectos juniors.

Pensar en eso me da mucha alegría, como también la idea de la casa que algún día construiré para mí misma, cuando sea la jefa de mi propio despacho. Claro que eso está muy lejos, y pasa por terminar este plano que tengo delante.

Uno de los camareros pasa por al lado de mi mesa. Tiene buen tipo, o al menos tiene buen culo, según lo veo por detrás, que es lo único que puedo ver de reojo. Se pasa la mano por el cabello despeinado y observo su camisa, a medio planchar, que grita a los cuatro vientos su alergia a los formalismos (o a las planchas).

Sigo trabajando, comienzo a medir el parking y compruebo que el radio de giro no cuadra. Un todoterreno de los grandes, como el de Derek, no pasa por ahí ni de casualidad. ¡Maldita sea, Mario! No puedo fiarme de él para nada. Mario es un Erasmus que me han endosado supuestamente para ayudarme, aunque yo creo que es un plan oscuro de Derek para que nunca me asciendan a jefa de proyecto, porque todo lo que hace ese chico termina estando mal. Y eso que le he dicho que se lea el *Neufert*, que es como la Biblia de los arquitectos y contiene las medidas de todas las cosas. También las de los todoterrenos de los jefes.

Por la ventana veo a una señora que se parece mucho a doña Montse. Va caminando con su bolsito, cogida del brazo de otra señora exactamente igual que ella, con el pelo cortado igual y una faldita por la rodilla. En ese momento, veo acercarse a un hombre en patinete con el brazo extendido, y siento como si, por primera vez en mi vida, fuera capaz de ver el futuro. El hombre estira el brazo y se acerca a la señora sin que esta se dé cuenta, desde atrás. Yo, desde el cristal, observo la escena, petrificada. Me levanto, grito, aporreo el cristal:

—¡Señora, cuidado! ¡Le van a robar el...!

Pero antes de que termine la frase, el carterista ya se ha ido con su bolso, y la señora se

ha caído al suelo. Salgo corriendo de la cafetería y al hacerlo, golpeo algo al pasar, pero estoy mirando a la señora y no le presto atención. Me arrodillo en la acera junto a ella y se me rompen las medias.

—Señora, ¿está usted bien?

La señora me mira, asustada. Un señor que pasaba va a buscar a algún policía, mientras otro se ofrece a llamar a una ambulancia, aunque la señora les asegura que no hace falta. Dice que está bien y que no le ha pasado nada, pero me siento mal por ella y la ayudo a levantarse.

—Debería llevarla al hospital, que la revisen —le digo.

Ella niega con la cabeza. Vuelve a aparecer el otro hombre con un policía, que me pide mis datos. Le entrego el pasaporte y la tarjeta de residencia.

—¿Inglesa? —dice sorprendido.

—Solo un poco —replico.

—Pues tienes cara de inglesa —dice una de las señoras, y alarga la mano para tocarme la melena—. Por cierto, ¿te tintas el pelo? Lo tienes muy crespo.

Por todos los diablos, ¿esto es un complot contra mi pelo o qué?

—Tienen que revisar la cámara de seguridad de la plaza, ahí debería verse bien al ladrón —le digo al policía, apartando la mano de la señora con disimulo.

—Déjelo en nuestras manos, señorita —me dice el policía con una sonrisa condescendiente—. Sabemos hacer nuestro trabajo. Puede irse a casa.

Miro la hora; no son ni las nueve. ¿A casa? ¿Pero qué dice?

—Si me necesitan, estaré ahí dentro, en la cafetería —les digo a las señoras—. ¿Las invito a tomar algo? Así se reponen del susto.

—No, hija, tranquila, estamos bien —responde la del bolso, asintiendo con una sonrisa amable.

Asiento y en el fondo me alegro de que hayan declinado mi oferta, porque tengo mucho trabajo.

Vuelvo a la mesa de la esquina, y es entonces cuando descubro el horror de los horrores.

No me lo puedo creer.

En mi salida a toda prisa, he derramado el café sobre los planos, y ahora hay una mancha enorme cubriendo la mitad del papel. La tinta se ha corrido por toda la parte oeste del auditorio, borrando las anotaciones de Derek. En esa zona construiremos la sala de exposiciones: un cubo perfecto de acero y cristal con un techo de casi diez metros de altura, cubierto de placas de acero cortén (acero oxidado, para los laicos).

Los chorretones de café con leche gotean por el borde de la mesa, creando un charco marrón a mis pies. Me dan ganas de gritar, pero no quiero que el resto de los clientes del Carpi Café piensen que estoy loca, así que me trago las lágrimas y saco otra vez el paquete de toallitas hidroalcohólicas.

Un aroma a bergamota llena el aire, y en ese momento, alguien me da un golpecito en el hombro.

Quizá sea porque tengo los ojos llenos de lágrimas y lo estoy viendo borroso, o porque la cafeína está empezando a provocarme alucinaciones, pero en ese momento me parece que es el hombre más atractivo que he visto en mi vida. Me sorbo los mocos, intentando no parecer tan patética, y pongo la espalda recta.

—Vaya estropicio, ¿qué te ha pasado? —me dice el hombre, y se agacha para limpiar la mesa con una bayeta—. ¿Te ayudo?

No puedo contestar. Estoy todavía mordéndome el labio para no llorar, porque este

manchurrón supone que no me voy a acostar a las tres de la mañana, como planeaba, sino que, con suerte, acabaré *a las ocho de la mañana del día siguiente*, justo a tiempo para entregar esta fase del proyecto a Derek. Eso serán tres noches sin dormir. No me extraña que empiece a tener alucinaciones.

El chico sigue limpiando, ajeno a mis pensamientos fatalistas, mientras yo observo cómo la camisa negra se tensa y enmarca sus anchas espaldas. Ojalá yo también pudiera disolverme y chorrear en un charco hasta el suelo. Porque es posible que Derek me mate si no le llevo los planos terminados, y estoy empezando a dudar de mi capacidad de hacerlo.

—Fue un detalle por tu parte salir a ayudar a las señoras —dice el camarero con voz amable.

Entonces reparo en sus ojos. Son verdes, de un tono tan fulgurante que es casi mágico, inhumano. Nunca he visto ojos así... ¿llevará lentillas? ¿Será de otra especie?

Me doy cuenta de que el chico sigue hablando y ni siquiera sé lo que me ha dicho.

Se pone el pelo ondulado detrás de la oreja, despeinándolo un poco más de lo que ya estaba, y se queda mirando mis planos con el ceño fruncido.

—¿Qué estás dibujando? —me pregunta, señalando las líneas emborronadas.

—Nada —le respondo, dejándome caer en la butaca—. Es para el trabajo.

—“Auditorio Clara Beltrán” —lee el título con aire fantasioso—. Una grande, sí señor.

—¿La conoces? —pregunto, sorprendida.

Llevo meses planeando este edificio, pero jamás me he parado a pensar en quién es la persona a la que será dedicado.

—Pues claro. —Me mira como si fuera un alien—. ¡Fue una de las mejores compositoras de este país! Aunque, sinceramente, no sé si le habría gustado... *esto*. —Señala un pequeño render 3D a un lado, que muestra una imagen de realidad virtual con el edificio terminado—. Es todo muy... recto. Muy frío. No se parece en nada a la música que ella componía.

Le dedico una sonrisa tensa, para ver si se va, pero él sigue.

—No te lo tomes a mal —dice titubeando—, pero esa mancha queda bien y todo.

Pasa el dedo por el borde de la mancha marrón, acariciando el papel húmedo casi con ternura.

—Yo diría que la mancha mejora el diseño, en serio. —Se ríe, y su risa es de esas que se contagian. A los demás, porque yo no me río en público—. ¿Te imaginas? —continúa, cada vez con aire más soñador—. Un auditorio así. ¡Justo así! Con los bordes irregulares, sin una forma geométrica definida... Un espacio orgánico, rugoso, como si lo hubiera creado la mismísima naturaleza...

No sé qué decir.

A mí me parece un mosquito espachurrado contra el cristal del coche.

Alza el rostro y sonríe abiertamente. Sus labios son rosados y parecen increíblemente suaves, y tengo que apartar la vista porque si sigo mirándolo se me va a olvidar de qué estábamos hablando, y qué era lo que Derek quería que cambiase en los planos.

—Vale —digo, sujetando el portaminas con fuerza—. Probaré a tirarle el café por la mesa a mi jefe, y a ver qué dice.

—A veces hay que probar cosas nuevas —murmura él con los ojos entrecerrados, y suena un poco como si se me estuviera insinuando—. ¿Alguna vez has hecho alguna locura? Algo arriesgado. Algo que nadie se atrevería a hacer.

Me quedo paralizada un instante, sin saber qué decir. Ayer me tomé el café con azúcar

moreno en vez de Stevia. ¿Eso cuenta?

El camarero asiente con tristeza, y sus ojos dicen: «Ya veo que no».

—Bueno, tengo que terminar esto —le digo, y pongo una carpeta encima para tapar los dibujos.

—Claro, claro —dice de pronto, saliendo de esa especie de trance en la que había caído mientras deliraba sobre la mancha—. Perdona, te dejo seguir con lo tuyo. No cerramos hasta las once. —Ladea la cabeza, sonrío de nuevo—. Aunque creo que ya lo sabes. Te veo muchas veces por aquí.

Levanto la mano para despedirme, sin siquiera mirarlo. Creo que se da la vuelta y se marcha. En mi universo ya solo existen mi plano, la escuadra y el cartabón.

Me quedo en la cafetería hasta poco antes de cerrar y sigo haciendo trazos rectilíneos, tal y como me enseñaron en la escuela de arquitectura; tal y como debe ser todo en la vida.

Tal y como le gusta a Derek.

Sobre las once, enrolló mis planos y me levanto para volver a la oficina; seguro que Derek ya se ha marchado y podré trabajar en paz, sin tenerlo todo el rato mirando por encima de mi hombro y comentando cada línea que dibujo.

El camarero me mira desde la barra y sonrío, saludándome con la fregona en la mano mientras su compañera va poniendo las sillas boca abajo sobre las mesas.

Al salir, me doy cuenta de que todavía llevo en la mano el vaso de café que me dio al llegar. Releo su frase cursi sobre la vida y, en un momento de debilidad, lo aprieto contra el pecho.

«Lo importante en la vida no es el destino, sino las curvas del camino.»

—Menuda tontería —murmuro, y lo tiro a la papelera que hay a la salida.

Luego salgo sin mirar atrás, alisándome el pelo con la mano y dispuesta a comerme el mundo.

Cuaderno de notas de Lucas García

*Al final del camino
está solo el final.*

*No importa el sendero;
lo que importa es caminar.*

2

Lucas

—Esta gente que trabaja en oficinas son todos iguales... —dice Amaya mientras me lanza una fregona desde el almacén.

La atrapo al vuelo, dándome la vuelta con un paso de baile que me hace sentir como Dick Van Dyke. Tiene gracia que mi querida compañera de trabajo diga eso, cuando en el fondo, se derrite cuando “esa gente de las oficinas” la invita a salir. Saco brillo a las baldosas, siguiendo el compás de mi última canción:

*«Dos, uno, dos, uno,
Al final del camino
no está tu destino,
al final del camino
está solo el final.
Lo que importa es el sendero,
lo que importa es caminar.»*

Sigo tarareando mientras froto una mancha rebelde de sirope de caramelo. Jamás entenderé a la gente que pide sirope de caramelo y nata encima de su café. Si lo que querían era un helado, deberían admitirlo, pedirse una bola y hacer feliz a su niño interior, en vez de fingir que son adultos serios solo porque trabajan en un entorno corporativo y visten trajes negros con camisa. Es una lástima que les avergüence admitir que realmente les gusta el helado, las piruletas y los vídeos de gatitos.

—¿Te han contestado? —pregunta Amaya, sacándome de mis pensamientos.

Alzo la mirada. El local está casi vacío, y aunque hace rato que servimos al último cliente, el aroma a café molido y vainilla persiste en el aire. Todos se han marchado, excepto La Chica de los Planos, que sigue ahí. Se la ve despeinada, con cara de no haber dormido, pero, a pesar de todo, advierto en su rostro una dulzura que se esfuerza por esconder detrás de su fachada dura y seria. No sé por qué, pero me entenece ver la manera en que se esfuerza por controlar sus emociones.

Esta tarde conseguí hablar con ella, aunque dudo que recuerde mi cara mañana. Las chicas de carrera son un desafío, siempre con la nariz metida en sus papeles; pero es siempre tan emocionante cuando consigues saltar sus barreras y ver lo que hay al otro lado... Es como cuando tienes una canción en la punta de la lengua, pero no te sale la letra y no consigues que rime. Y, de pronto, un día en la ducha se te ocurre la combinación perfecta, y vas corriendo mojado por el apartamento, envuelto en una toalla y dejando huellas por el pasillo...

—Bueno, entonces, ¿te han llamado o qué? —repite Amaya, y me doy cuenta de que tiene los brazos cruzados, y está paseando la mirada de mí a la chica del traje.

No lo hace por celos; si hay alguien que no se interesa por mí de esa forma, esa es Amaya. Más que nada porque no le gustan los hombres, y menos aún, yo. Amaya lo que quiere es casarse con una millonaria y dejar de trabajar. Creo que esa es la única razón por la que sigue en este trabajo: el Carpi Café está en pleno distrito de negocios, y lleno de candidatas aptas para su plan maléfico. De momento, lleva un par de meses saliendo con *La Chica de Oro*, pero su relación parece una montaña rusa.

—No, no me han contestado —le digo de mala gana y aparto la mirada, como si fregar las baldosas se hubiera convertido en mi misión de vida.

—Tienes que seguir intentándolo —dice, señalándome con el dedo—. Tienes mucho talento, Lucas.

—Sí, supongo que sí —murmuro, dejando a un lado la fregona y recogiendo los rotuladores que guardo junto a los vasitos de papel. Algunos vasos están ya preparados con las frases que usaré mañana.

Me gusta sorprender a los clientes con pequeños detalles inesperados, por eso los vasitos que sirvo llevan siempre el nombre del cliente, pero además añado algún verso de mis canciones. A lo mejor, Amaya trabaja en el Carpi para cazar una millonaria, pero no es la única que tiene un plan B. Yo estoy intentando que mis canciones se hagan virales: pongo las estrofas en los vasitos, y así, cuando mis canciones suenen en la radio algún día, la gente las oirá y dirá, “esto me suena.” Claro que les sonará: por el Carpi Café de Barcelona pasan cientos, no, *miles* de personas cada semana. Mis mensajes subliminales están ahí y van haciendo su función, gota a gota. Un día llegarán a oídos de un superagente como Piotr Kowalski, *El Mago de Varsovia*, y saltaré al estrellato absoluto.

Está mal que yo lo diga, pero creo que soy un genio. Por mucho que mi madre diga que debería sentar la cabeza y ponerme a trabajar en un banco o en la recepción de un hotel. Según ella, estoy perdiendo el tiempo en esta cafetería, y cuando uno pasa de los treinta lo adecuado es tener niños, comprarse un coche familiar de color blanco con un portaequipajes en el techo y enganchar varias bicicletas detrás. Pero a mí todo eso me da vértigo, excepto quizás lo del portabicicletas. Eso molaría.

De modo que, por ahora, sigo con mi plan de los vasitos. Seguro que un día entrará en el local un agente artístico, mirará el vaso fijamente y me dirá...

—Sabes que la gente pasa de ti y de tus frasecitas en los cafés, ¿verdad? —dice Amaya, cortándome el rollo por completo y apretando las decenas de vasos que hay en la basura para poder cerrar la bolsa. Todos llevan algún verso de *El Camino* (mi obra maestra), pero evito pensarlo y la miro con el labio torcido.

—Entonces, ¿tú qué propones? Es lo mejor que se me ocurre, dadas las circunstancias.

—No sé, ¿y si probaras a dibujar gatitos, en vez de escribir esos rollazos poéticos?

Pongo los ojos en blanco.

—No sé dibujar gatos. —Es verdad, el último que le hice a mi sobrina parecía un dragón chino—. Y no son rollazos poéticos, son las letras de mis hits musicales.

—Eso es discutible. Yo solo digo que menos mal que el café no es descafeinado, porque son cursis a rabiar. ¿Sabes qué? Podrías poner tu número de teléfono. Igual te ligas a alguna millonaria, con esos ojazos.

—Gracias, pero ese es tu sueño, no el mío.

Chasquea la lengua, dejando claro que me equivoco en todas mis decisiones de vida.

—A Lucrecia no le hiciste ascos —dice a traición.

—Sabes que no me gusta hablar de Lucrecia.

Amaya suspira.

—Bueno, ¿vas a ir a decirle a la tía de los planos que se largue, o se lo digo yo? —me dice, con una sonrisa traviesa—. Está buena, por cierto.

—Creo que no es de las tuyas —le respondo, observando la chaqueta de la chica, que tiene pinta de valer más que todos los tatuajes de Amaya juntos.

—Eso es porque aún no ha probado mis encantos —dice ella, ampliando su sonrisa

lentamente.

La chica no lo sabe, pero ella es de las pocas que hoy no se ha llevado un vasito estándar. Los suyos los escribo aparte, cada día, especialmente según el humor con el que entra. Hoy le he escrito:

«Lo importante en la vida no es el destino, sino las curvas del camino.»

Veo cómo lo lee, lo relee y finalmente lo tira a la papelera al salir. Siento una punzada en el pecho, como cuando una nota suena desafinada en una canción que debería ser perfecta. Pero respiro hondo y me obligo a sonreír. Habrá curvas y habrá baches, pero yo sé que, al final, lo que importa es disfrutar del camino, y de aquellos con los que nos cruzamos durante el viaje.

3

Emma

Me levanto con la sensación de una resaca infernal, aunque no he bebido nada de alcohol. Me pasa a veces, cuando duermo poco. ¿Una hora y media cuenta como dormir? Anoche tampoco cené, y llevo cuarenta y ocho horas sobreviviendo a base de café y donuts del Carpi Café. Si se entera doña Montse, me mata.

Dejé el balcón abierto antes de acostarme, de modo que la bestia negra y peluda está ahora reposando encima de mi ropa recién planchada: esa misma ropa que recogí ayer de la tintorería con la fútil esperanza de que esto no ocurriera de nuevo. Desde luego, mi vecina tuvo un gran sentido del humor llamando a su gato “Risueño”, porque a mí esto no me hace ni pizca de gracia. Tengo quince minutos para llegar a la oficina y presentarle los planos a Derek, y voy a tener que hacerlo cubierta de pelos y subida a un ladrillo.

—¡Maldita bestia pulgosa! —murmuro mientras intento apartarlo sin que me arañe.

Risueño es un gato de pelo largo. Creo que los llaman gatos persas, aunque yo los distingo por su aspecto de haberse estampado contra una pared. Alguien podría pensar que, al ser de color negro, al menos no dejaría pelo visible en mis trajes *negros*, pero con los gatos, las matemáticas humanas no funcionan. Mi traje entero está cubierto de pelusilla *blanca* procedente de un gato *negro*: es algo que ni Einstein podría explicar.

Cepillo el traje a toda prisa, me estiro el pelo y lo sujeto con un elástico y una nube de laca que, de paso, espanta al gato.

Gato del infierno 2 – Emma 1.

Salgo corriendo del piso, no sin antes espiar a través de la mirilla. Doña Montse conoce mis horarios mejor que yo, pero aún tengo la esperanza de que los milagros existan y esta mañana no me intercepte. Abro la puerta como un ladrón, haciendo el mínimo ruido posible, llamo al ascensor y observo cómo sube con esa lentitud exasperante que solo puede tener el ascensor más viejo de Barcelona. El rellano huele a col hervida, y el ascensor se acerca con ese característico zumbido que suele preceder a un apagón en las películas de terror. Solo que yo no temo que salga un tipo con sierra mecánica, sino una señora con rulos. Lo cual es infinitamente peor.

Los pisos van pasando. Tres... cuatro... ya casi está aquí. Trago saliva. Me tiemblan las manos. Justo entonces, oigo la llave girar en la puerta de al lado. Intento esconderme detrás de una planta artificial, pero Risueño, el muy traidor, me sigue y empieza a maullar, llamando la atención de su dueña. La puerta de al lado se abre y aparece Doña Montse, en bata, sosteniendo una carta.

—Perdona, preciosa, hoy no me ha dado tiempo a hacerte el café, pero tenía que darte esta carta. Parece muy importante.

Estira el brazo y yo agarro el sobre con una sonrisa tensa.

—¡Gracias, qué detalle! —Lo que en realidad querría decir es: “Soy capaz de usar mi propio buzón, deje de sacar mi correspondencia por la rendija, gracias”—. Me voy corriendo, que tengo una reunión urgente...

—Te he traído unas magdalenas caseras que hice ayer para mi hija —continúa ella con parsimonia—. Marta dijo que vendría, pero al final no tuvo tiempo. Las jóvenes de hoy en día estáis siempre muy ocupadas, ¿verdad? —añade con un tono melancólico.

Si no fuera porque es una plasta, sentiría algo de pena por ella. La hija de Doña Montse siempre promete visitarla, pero nunca lo hace. Lo sé porque soy yo la que termina comiéndose todas sus magdalenas. A veces pienso que yo hablo más con ella que su propia hija, o que en su cabeza soy una especie de sustituta; la hija a quien puede ver todos los días, solo con un poco de planificación para adaptarse a mis horarios.

—El sobre estaba mal cerrado... —añade, ruborizándose—. Así que... bueno, leí un poco.

—Maravilloso —respondo.

—No sabía que tenías familia en España. Pensaba que eras inglesa... Pero claro, tu apellido, ahora que lo pienso...

Podría explicarle que mi madre es inglesa y mi padre español, pero ¿de verdad es necesario? Es mi vecina, es una cotilla y su gato me deja pelos en la ropa.

Abro el sobre con curiosidad. Nunca recibo cartas, y menos aún, manuscritas. Debe de ser la primera desde que tenía doce años, cuando me carteaba con otra niña cuya dirección encontré en una revista, pero que luego resultó ser un tipo muy raro, mayor y con bigote. Mi madre lo denunció y me prohibió escribir más cartas. Así que esta debe de ser la primera desde entonces. Y viene de otro hombre raro, mayor y con bigote: en este caso, mi abuelo.

Entro en el ascensor, despliego la hoja y empiezo a leer:

«Querida Emma,

Hace tiempo que no hablamos. Sin embargo, quería decirte que estoy muy contento de que hayas regresado a España. Creo que Londres no era un buen sitio para ti, y más después de lo que le pasó a tu hermano. Todos deberíamos replantearnos cómo aprovechamos los pocos años de vida que nos han sido dados. Te lo digo por experiencia porque me estoy muriendo... pero bueno, creo que eso ya lo sabes.

No te lo digo para que vengas a verme, aunque me encantaría tener compañía. Pero ya me he dado por vencido en ese sentido; sé que estás muy liada, siempre trabajando. Sin embargo, quería hacerte una propuesta. Estaba aquí con mi abogada haciendo el testamento, y se me ha ocurrido que podría donar la masía familiar a una buena causa. Sería bonito, ¿no crees? Pensaba en Alexander. Sin embargo, también me planteé dártela a ti, pero tengo ciertas dudas. No quiero que termines como él.

Te la daría con gusto si me prometes aprovechar tu vida siendo feliz y dándome un buen heredero, ¿qué te parece, Emma? Eres la única Soler que nos queda. ¿Te animas?

Mi propuesta es la siguiente: el médico dice que me quedan tres meses de vida, aunque yo creo que duraré más, porque ya sabes, “mala hierba nunca muere”. Te propongo lo siguiente: te dejaré la masía a ti y a tu familia, si consigues una antes de que me muera. Ya sabes que soy de la vieja escuela; con eso quiero decir que me gustaría verte casada antes de morir. ¿Harías feliz a este viejo?

De momento he puesto a la asociación como beneficiaria. Pero, si quieres tú las llaves, ven a recogerlas con tu marido mientras pueda cambiar el testamento. Propongo que nos veamos el uno de marzo en mi casa. Tengo café, sé que te gusta. Y creo que aún estaré vivo para hacértelo.

En caso contrario, la masía será donada a la organización benéfica.

Un abrazo, te quiere tu abuelo,

Antoni.

P.D.: Si crees que me vas a convencer para que cambie de idea, olvídate. Soy viejo, no tonto.

P.D.: El café que hago sigue siendo tan malo como cuando eras niña, pero te saldrá más barato que en esos sitios modernillos que frecuentas.»

Me quedo mirando la carta en shock, y solo entonces noto que el ascensor se ha detenido y las puertas se han abierto en la planta baja. Dos vecinos me miran como si fuera un pulpo de diez tentáculos. Salgo de la finca sin saber ni siquiera a dónde voy. Se me ha olvidado por completo la reunión, la cara de estreñimiento de Derek, y todo lo demás.

Pensar en la masía familiar me trae recuerdos de los veranos que pasábamos allí. Nunca dormíamos en la casa, porque estaba medio en ruinas, pero usábamos la cocina de verano y un baño descolorido con azulejos setenteros. Los Soler nos reuníamos allí para asar chuletas los domingos, cuando aún éramos una familia unida. Es un recuerdo agri dulce, pero que de pronto está lleno de posibilidades: la masía familiar es enorme, sita en un terreno de varios miles de metros cuadrados con un establo, un granero y una casa bucólica de piedra de por lo menos ocho habitaciones. Con un buen plan de reforma (y cantidades ingentes de acero y cristal) podría convertirse en un hotel fabuloso, o una casa rural de lujo.

Ya lo estoy viendo. Si pudiera rehabilitarla, aparecería en todas las revistas de arquitectura y se vendería por millones.

Es el proyecto perfecto, y una oportunidad caída del cielo para darle a mi carrera ese impulso que le falta para convertirme en el próximo Norman Foster, pero con tacones.

Solo hay un pequeño problema: la condición que pone mi abuelo es absurda. No sé si es la edad o la enfermedad, pero, ¿en serio? ¿A quién se le ocurre?

Marco su número, dispuesta a negociar. Su voz grabada responde al instante:

«Hola, este es el contestador de Antoni Soler. No atiendo llamadas, solo visitas. Si de verdad no puedes venir, intenta enviarme una carta y con suerte llegará antes de que la palme. Si eres Emma y llamas para intentar convencerme de que elimine la condición de mi testamento, no hace falta que te molestes porque no voy a hacerlo. Es más, he cambiado de idea y es posible que me muera antes de lo que te he dicho, así que date prisa, niña. Y, sobre todo, no intentes engañarme: sabe más el diablo por viejo que por diablo...»

Se oye una risa cascada, interrumpida por un ataque de tos, y luego suena un pitido. ¡Maldito viejo cascarrabias! Siempre fue demasiado listo para el bien de todos nosotros. El más listo de la familia Soler. Y el más odioso.

Tengo que hablar urgentemente con mi mejor amiga. Ella sabrá qué hacer: es experta en adquirir (y deshacerse de) novios. Busco su nombre en el teléfono mientras corro en dirección a la oficina, maldiciendo. Como no tengo tiempo de hablar, le dejo un mensaje de audio:

—Caterina —digo entre jadeos—, necesito tus sabios consejos de devorahombres. ¿Cómo puedo conseguir un marido desechable antes del uno de marzo?

4

Lucas

Salgo del bar de jazz con el mismo mal humor que me invade cada vez que voy a estos sitios. A veces me pregunto por qué sigo haciéndolo, por qué sigo mandando emails a los dueños, rogándoles que escuchen mis canciones; por qué sigo molestándolos en persona, entregándoles muestras de mi música como si fuera una degustación de yogures en un supermercado... Me desvivo intentando convencerlos de que me dejen tocar, y cuando lo consigo, siempre me dan las horas más intempestivas, entre semana y sin cobrar ni un céntimo.

No es fácil encontrar locales donde te den una oportunidad, especialmente cuando el mercado está saturado de músicos jóvenes tan ilusionados (y desesperados) como yo. Poco a poco, la emoción de cuando llegué hasta aquí, soñando con la gran ciudad donde los sueños se cumplen, se va apagando. Me siento como si gritara en un abismo, esperando a que alguien me escuche, pero lo único que vuelve es el eco de mi propia voz, cada vez más afónica.

Tengo una llamada perdida de mi madre, pero no se la devuelvo. Sé lo que quiere, y no estoy de humor para eso. Casi puedo oír su voz, diciendo: *“Niño, ¿pa’ cuándo me vas a dar nietos, que no me va a quedar tiempo ni pa’ hacerles unas buenas tortillas de camarones?”* Me lo sé de memoria. Ya tengo más que suficiente con el mundo entero boicoteando mis planes futuros, y si vuelve a repetirme lo de la ranchera con suficiente maletero para dos cochecitos de bebé, me da algo.

Camino por las calles de Barcelona, perdido en mis pensamientos mientras el atardecer va cayendo. El centro histórico de la ciudad se despliega a mi alrededor como un laberinto cada vez más oscuro de piedra y adoquines. La luz del atardecer le da a todo un brillo cálido, pero no consigue calentarme por dentro.

Paseando sin prisa, dejo atrás el Born en dirección al Eixample, donde se encuentra el Carpi Café. No es difícil notar que has llegado a este barrio, porque las aceras son más anchas, el ambiente es más moderno y hay menos chicles pegados al asfalto.

—Hey —saludo al entrar al café, aunque con poco entusiasmo.

Amaya tiene cara de mal genio y apenas me devuelve un gruñido. Pues ya somos dos. La rehúyo y paso junto a los brillantes azulejos amarillos de detrás del mostrador, que contrastan con la madera oscura de las superficies. Entro en el vestuario y me cambio, poniéndome el uniforme de camarero.

Ahora empieza mi vida paralela: esa en la que me pagan por trabajar.

Esta noche, La Chica de los Planos, como la llamo en mi cabeza, es una de las primeras en entrar. Primero me digo que hoy no voy a escribir frases en los vasitos, pero hay algo en su cara que me dice que debo hacerlo. Siento que necesita un poco de ánimo, igual que yo. *«Carpe diem, tu vida es ahora»*, le escribo.

Es el título de la canción que estuve grabando ayer en el ordenador de casa, y no sé por qué, necesito compartirlo con alguien y ver si le cambia la cara al leerlo.

—¿Qué tal ha ido hoy? ¿Alguna novedad? —me pregunta Amaya mientras cobra el pedido de otro tipo trajeado, acompañado por dos guapas japonesas.

—Lo de siempre —respondo con un suspiro, cargando la cafetera para La Chica de los Planos. Ella me mira y sonrío solo con los ojos, pero es suficiente—. Nada nuevo bajo el sol. Otro bar, otra puerta cerrada... Si al menos tuviera pasta para un estudio, podría grabar una

maqueta como Dios manda, y no estas chapuzas que hago en casa. Pero bueno, seguro que en un par de meses ahorraré lo suficiente, saltaré a la fama y podré invitarte a las Bahamas.

Grabar en un estudio profesional haría una diferencia enorme. Las canciones que produzco en casa con mi equipo viejo, casero y barato no tienen la calidad necesaria para captar la atención de alguien importante en la industria. Necesito un sonido limpio, bien mezclado, y eso solo se consigue con el equipo adecuado. Pero todo eso cuesta, y mucho. Los estudios de grabación cobran una fortuna por hora, y con el dinero que gano aquí, apenas puedo cubrir el alquiler y los gastos básicos. Cada vez que miro mi cuenta corriente tengo que sacar la lupa. Y sin una maqueta decente, mis canciones seguirán siendo solo eso: sueños de amateur, atrapados en un cuarto con paredes demasiado delgadas y vecinos que chillan como cacatúas.

La Chica de los Planos escucha nuestra conversación mientras le preparo el café. No puedo evitar notar que presta atención a lo que digo, y después de un momento, se gira hacia mí.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta de repente, y me sorprende la pregunta.

—Lucas —le contesto desde el otro lado de la barra, confundido.

Lo pone en mi solapa. A lo mejor no es tan lista, después de todo.

Amaya me hace ojitos, como diciendo “buena pesca”, pero sacudo la cabeza. Solo me cae bien esta chica porque es de las pocas que no piden descafeinado pasadas las siete de la tarde, lo cual demuestra que no es una floja, y que no se dormiría en mis conciertos, a diferencia de mis dos últimas exnovias.

Aunque tampoco es que pudiera considerarla como candidata para novia, obviamente. Está fuera de mi liga. A años luz, en otra galaxia.

—Tú eres Emma, ¿verdad? —le digo.

Es fácil saberlo. Siempre me dice su nombre cuando pide su café: *espresso* doble con leche de avena y estevia.

—No he podido evitar escuchar vuestra conversación —Emma apoya ambas manos en la barra, inclinándose hacia mí—. Y, casualmente, conozco a alguien que podría ayudarte a lanzar tu canción. Estoy trabajando con el ingeniero de sonido que ha diseñado la acústica del Auditorio Nacional. Este hombre está muy bien conectado, y creo que podría presentarte a uno de los agentes más importantes de la industria.

Casi se me cae la jarrita de la leche.

—Perdona, creo que no te sigo —le digo, mientras la jarra me tiembla en la mano.

Ella me mira fijamente, frunce el ceño y se lo piensa unos segundos.

—Creo que podría ayudarte —dice con seguridad—. Y no es una oportunidad cualquiera. Podría organizarte una reunión cara a cara con alguien importante. —Se muerde el labio, como si le costara—. Es más: si a ellos no les interesa, me encantaría ayudarte con lo de la grabación. Me gustaría... financiar el estudio.

Me quedo de piedra. ¿A qué viene esto de pronto? ¿Estará funcionando por fin lo de las frases en los vasos? ¿Es por esa moneda que tiré el otro día en una fuente? No puede ser. Aquí hay gato encerrado...

Y entonces lo suelta, tal y como esperaba:

—Pero necesitaría un pequeño favor a cambio.

La miro, con la ilusión algo desinflada.

—¿Qué... qué tipo de favor?

Madre mía. Esto seguro que es algo ilegal. O sexual. Aunque bueno, si es lo segundo...

—Antes que nada —aclara Emma—, quiero que sepas que no soy una psicópata ni nada de eso, y aunque sé que esta propuesta te va a parecer rara...

Esa frase no me tranquiliza para nada.

—Venga, suéltalo —le digo, intentando no sonar demasiado ansioso.

Ella suspira, claramente nerviosa. Amaya está cobrando en la caja, pero si sus orejas fueran antenas, estarían giradas hacia nosotros en este momento.

—Prométeme que no me vas a prohibir la entrada en esta cafetería una vez te lo diga, aunque no te guste la idea —insiste Emma, retorciéndose las manos y sin atreverse a coger su café.

—Aunque quisiera, no podría impedirte que entraras, porque no es mía —le digo, tratando de aligerar el ambiente.

Ella sonríe y se le vuelca un poco el café al ajustar la tapa de plástico sobre el vaso. Amaya se acerca disimuladamente con una bayeta, pero yo le lanzo una mirada asesina para que se quede donde está y saco una servilleta.

—Es que me encanta este sitio, ¿sabes? —dice Emma, y se le traba un poco la lengua—. Hacéis el mejor café, y está justo al lado del trabajo, y...

—Me estás poniendo de los nervios —la interrumpo—. ¿Qué querías proponerme? No puede ser tan horrible.

Se ruboriza por debajo del maquillaje, y su cara cobra un aspecto dulce, casi infantil.

—No estarás casado, ¿verdad? —me pregunta de repente, mirándome las manos como buscando un anillo.

—¿Casado? —repito, sin saber si reírme o salir corriendo—. No, no estoy casado.

Ella echa un vistazo rápido a Amaya, que está cogiendo unos billetes para darle el cambio a los clientes, aunque estoy seguro de que sigue escuchando cada palabra y grabándola en su disco duro mental para burlarse de mí por el resto de mi vida.

—No tienes novia, tampoco... —insiste Emma.

—No, no tengo novia —respondo, cada vez más desconcertado.

Parece que va a echarse atrás en cualquier momento. Coge el café, da un paso atrás. Mira a su alrededor. ¿Pero qué narices está a punto de proponerme esta loca trajeada?

—Oye, ¿no será algo... esto... pornográfico? —digo de pronto, y aunque lo he dicho en voz muy baja y casi en su oído, me parece escuchar a Amaya resoplar por la nariz, como si se aguantara una carcajada.

—¡No, no! —contesta Emma, apurada—. Bueno, supongo que podría serlo en algunos casos, pero no, para nada, no va de eso. Puedes quedarte tranquilo. —Se lo piensa un momento, y ahora sí estoy empezando a preocuparme—. Nada sexual. Te lo juro.

—Bien, entonces... —respondo titubeando y a punto de echar a reír por lo ridículo de la situación. Sus dudas están haciendo sonar todas mis alarmas. Y no porque la chica esté mal, pero no quisiera trepar a la fama acostándome con chicas. Preferiría que me valorasen por mis talentos innatos. Los otros, quiero decir.

Ella toma aire.

—Bueno, Lucas, ¿era Lucas, no? —me dice, y se calla otra vez.

La cafetería entera parece quedarse en silencio, y su voz resuena por encima de todas las cucharillas tintineantes, las risas de los turistas y las motocicletas que pasan por el lejano Paseo de Gracia.

—Ya sé que va a sonar raro, pero... —Hace una pausa y traga saliva antes de disparar—. Lucas... ¿quieres casarte conmigo?



Lista de tareas de Emma:

- Imprimir planos para Derek.
- Comprar laca extra fuerte.
- Llamar al podólogo.
- Convencer a Caterina de que casarme con un desconocido es una buena idea.

Emma

Vale. Eso que hice el otro día en la cafetería pudo ser un poquito impulsivo. Ha pasado una semana desde mi propuesta, y todavía alucino al recordar la cara de ese pobre camarero cuando le pedí *que se casara conmigo*. La cara de Lucas, perdón. Todavía no me acostumbro al nombre de mi futuro esposo. Ahora entiendo por qué muchas parejas se llaman *cariño*, a secas.

No es que sea una antigua, pero nunca, ni en mis momentos de mayor enajenación mental, me imaginé que terminaría casándome, y mucho menos que la escena se desarrollaría de esta manera. Pero bueno, tampoco es que el matrimonio estuviera nunca muy alto en mi lista de prioridades. Mientras las otras niñas acunaban a sus muñecas y les cambiaban los pañales, yo ya construía el Empire State con bloques de Lego y, de paso, mejoraba el diseño.

Al salir de la cafetería conseguí el teléfono de Nuria Aguilar, la abogada de mi abuelo, e incluso fui a verla. Nuestro encuentro resultó bastante... peculiar. Alta, de pelo negrísimo como la madrastra de Blancanieves y labios rojos de tanto chupar la sangre a la gente, como buena abogada. Todavía resuena en mente su risa, que solo puedo definir como maléfica, cuando le expliqué la situación. Me pareció que estaba de acuerdo conmigo en que los términos impuestos eran ridículos (creo que yo usé la palabra *medievales*), pero se excusó diciendo que solo seguía las órdenes de su cliente y “su opinión personal era irrelevante”.

No conseguí convencerla, así que aquí estoy, en pleno centro de Barcelona y consultando la ubicación de un restaurante pijo en el móvil.

Por suerte, yo también tengo una abogada. Esta mañana me ha escrito dándome la buena noticia: conoce a gente en los juzgados y va a conseguirme una fecha... para la boda. Al parecer, a una pareja anónima le ha entrado el canguelo de último minuto y se ha liberado una cita para dentro de un par de días en alguna parte.

He quedado con Lucas para ultimar los detalles y hacerle firmar el acuerdo prematrimonial que nos asegurará un divorcio rápido y sin tropiezos.

Llego a la cita con Lucas con diez minutos de adelanto. Me gusta moverme rápido, sin perder ni un segundo, y me desespera cuando alguien camina despacio delante de mí por una acera estrecha.

El restaurante que he elegido me lo mostró Caterina, que conoce al tipo que trabajó en el proyecto de interiorismo. El local apareció hace poco en la prestigiosa guía *Hello Barcelona*. Si tengo que perder tiempo sobre algo tan absurdo como un matrimonio no deseado, al menos espero que sea con un buen Rioja de acompañamiento y en un sitio con el techo bonito, porque sospecho que esta noche voy a rodar los ojos muchas veces.

Justo cuando estoy a punto de sentarme me llega un mensaje suyo, que solo contiene cuatro palabras:

«Es una mala idea.»

Al cual contesto:

«Voy a hacerlo de todos modos.»

Luego le doy la vuelta a la pantalla y me pongo a estudiar la carta de vinos para distraerme.

No necesito que Caterina me convenza. Ya me ha costado bastante convencerme a mí misma.

Me siento en una mesa al fondo, bajo la luz suave y dorada de unos estilizados candelabros de bronce. El lugar es perfecto, con su ambiente sofisticado y una suave música de fondo que no se interpone con las conversaciones murmuradas de los comensales.

Lucas llega cinco minutos tarde. Sin prisa, como si el tiempo pasara a otra velocidad en su dimensión planetaria. Va vestido de forma sencilla, con unos vaqueros y una camisa algo arrugada.

—Llegas tarde —le digo, levantando la vista del móvil, y sin querer mi saludo suena a reproche.

—Cinco minutos no es tarde —responde él, con una sonrisa que quiere parecer relajada, pero que no logra esconder del todo su incomodidad.

Mira a su alrededor, como si se sintiera fuera de lugar en un sitio así, y escruta el menú con aire atemorizado.

—Entonces, ¿ya tienes fecha? ¿Cómo la conseguiste tan rápido? —pregunta Lucas, mientras juega con el borde de su servilleta.

—Conozco a la gente adecuada —le respondo, haciendo una seña a la camarera para que se acerque.

—Claro, contactos —dice él, con una ligera mueca—. Son lo más importante en los negocios, ¿verdad?

Me pregunto si está burlándose de mí, pero no me importa. Sonríe y me sirvo un poco más de vino, sin contestar.

—Podría decirse.

—Bueno, mientras tengas el contacto de mi futuro agente —dice sonriendo, y sus ojazos verdes relucen ilusionados—. ¿Has hablado ya con él?

—Todavía no; quiero encontrar el momento adecuado para proponérselo. Y, tal y como te prometí, si por alguna razón no le interesa, puedo hablar con otros. Yo misma financiaré una sesión en uno de los mejores estudios de Barcelona para que grabes una maqueta profesional a la que no puedan decir que no.

Mi teléfono vibra en el bolso, y me pregunto si será otra vez el ingeniero, tratando de convencerme de que ese voladizo no puede ser de seis metros.

Cuando alzo la mirada, Lucas me está mirando con una sonrisa. Es guapo, el condenado, a pesar de la camisa arrugada, y ese pelo que necesita desesperadamente un corte simétrico.

—Amaya dijo que tenías talento —digo algo conmovida.

Me mira como si no me entendiera.

—Eso no lo sé, pero la música es mi vida. Es lo único que me mantiene cuerdo en este mundo de locos. Lo que me impulsa a levantarme cada día. —Otra vez ese tono soñador, el mismo que cuando hablaba de la mancha de café. Toma un sorbo. Deja la copa en la mesa. Me mira fijamente—. ¿Y tú? ¿Qué haces tú para sentir que tu vida tiene sentido? ¿Tienes hobbies? ¿Mascotas... niños?

Lo miro, paralizada de horror solo de pensar en niños con dedos pringosos tirándome del brazo para ir a ver un escarabajo.

—No... niños desde luego que no —respondo, sin saber qué más decir.

Para mí, el propósito siempre ha estado claro: trabajar, avanzar, abrir mi propio despacho. Salir en revistas prestigiosas. Recibir galardones arquitectónicos. Decir que los pilares curvos no están torcidos, sino que representan un esqueleto de ballena. Es un camino brillante y

rectilíneo, el mismo que siguieron mi padre, mi abuelo y mi hermano. El camino recto y correcto.

—A mí me encanta mi trabajo —respondo, convencida—. Con eso me basta. Me gusta diseñar edificios, ganar concursos, y ver cómo se materializan mis planos en construcciones reales.

—Suená bien, aunque bastante agotador —comenta él, con una sonrisa que no sé si es de admiración o de lástima—. Pero me alegro de que disfrutes con lo que haces. Eso es lo más importante.

—Me encanta. No lo cambiaría por nada en el mundo.

Lucas asiente, pero no dice nada más. Durante un momento, solo el sonido de los cubiertos y las conversaciones ajenas llena el espacio entre nosotros.

—Bien. Pues nos casamos el viernes que viene.

Lo digo con el mismo tono que le habría ofrecido una oliva.

—Está todo organizado para que sea una boda exprés —continúo—. Después, tendremos que ir a ver a mi abuelo para que firme el testamento, y bastará con que sonrías y finjas estar enamorado de mí.

Esboza una media sonrisa, que no soy capaz de interpretar, mientras sus dedos se aferran con fuerza al pie de la copa.

—Y luego te pondré en contacto con el agente artístico —añado—. Si firmas el acuerdo prematrimonial, ni siquiera tendremos que ir juntos a lo del divorcio. Será rápido e indoloro.

—Rápido e indoloro —repite él con cierta ironía—. Suena como ir al dentista.

—Mejor eso que vivir con dolor de muelas —le respondo, algo irritada por su tono irrespetuoso.

Lucas ríe, una risa suave y relajada, y levanta su copa.

—Me parece bien —dice—. Brindemos.

—Por tu disco. —Asiento, alzando la mía también—. Y por la reforma de mi masía.

—Por la vida y los sueños que se cumplen —repite él—. Y por este maravilloso dolor de muelas, completamente inesperado.



Lista de tareas de Emma:

Por orden de importancia:

- Añadir las canaletas de desagüe a los planos.
- Recoger traje negro de la tintorería.
- Conseguir bocadillo de calamares.
- Casarme.

6

Emma

Salgo de casa con mi traje de chaqueta negro y mi blusa blanca, como todos los días. Es el mismo de ayer, pero al menos no tiene pelos de gato porque me acordé de cerrar el balcón antes de acostarme. Hoy no es un día cualquiera, aunque estoy haciendo todo lo posible por convencerme de que sí lo es.

Antes de salir, saludo a la foto de mi hermano Alexander. Es una de las últimas que nos hicimos juntos, cuando aún vivía en Londres, y en ella aparece muy delgado, pero todavía sonriente.

—Deséame suerte —le susurro a la foto.

Obviamente, no contesta, pero tengo la sensación de que una brisa cálida me abraza mientras cruzo la puerta.

Por una vez, esquivo a doña Montse con la destreza de un ninja, aunque me parece ver su cabeza con rulos asomando por el balcón. Por todos los santos, ¿está tomando notas en un bloc? ¿Por qué me mira y después escribe? ¿Está dictando en una grabadora a pilas?

Camino hasta la oficina, y nada más llegar me pongo a revisar los planos de evacuación que me ha pasado el ingeniero de incendios. Mario, el estudiante de prácticas, está muy ocupado pinchando papel de burbujas con un estilógrafo de 0.2 mm; para una vez que se concentra en algo, decido que es mejor no molestarle. A pesar de ser temprano, el zumbido de la impresora y el característico olor a tóner fresco llenan el aire: puro olor a hogar.

—Toc, toc —dice una voz, y al alzar la mirada me encuentro con Randall, alias mi némesis, golpeando la pared con los nudillos.

Su broma estúpida del *toc, toc* me saca de quicio hasta límites insospechados, más que nada porque trabajamos en una pecera de planta diáfana, a excepción del despacho del señor Navarro, que es el único que goza del lujo de tener paredes a su alrededor.

—Randall —lo saludo sin fingir amabilidad alguna—. Estoy ocupada.

—Por supuesto, Emma, no lo dudaba —me contesta con voz empalagosa, atusándose esa espantosa americana de rayas que te teletransporta a 1993—. Venía a preguntarte cómo van los planos de emplazamiento del auditorio. ¿Has hablado ya con el de las canaletas de desagüe?

Maldición. Con el lío de la boda, se me han olvidado las estúpidas canaletas de desagüe. Debería ser ilegal que uno tenga que planificar desagües el día de su boda. Espera. ¿A lo mejor lo es? Nunca lo sabré, porque no se lo he contado a nadie, y menos aún, a los del trabajo.

—Pensaba llamarle mañana —miento, mientras fantaseo con tirar a Randall por un desagüe. Aunque no. Las hombreras se quedarían atascadas y habría que sacarlo tirando de la corbata.

—No te preocupes, ya he hablado yo con él —responde con falsa dulzura—. Vendrá hoy a las cuatro. Así nos reunimos los tres con Navarro y hablamos de nuestra estrategia antes de la fiesta de mañana.

¿Fiesta? ¿Qué fiesta?

Nadie me ha avisado. Estoy completamente segura. Creo que Randall lo sabe y está disfrutando con mi cara de sorpresa. Nos contrataron a los dos a la vez, y desde el primer día ha estado intentando boicotearme para hacerse con el puesto de arquitecto senior que quedó vacante al mismo tiempo.

—Ya veo que se te había olvidado —dice chasqueando la lengua—. Lo suponía. Las mujeres tenéis siempre la mente muy dispersa, no es culpa tuya. A mí me pasaría igual si tuviera todas esas hormonas reproductivas revoloteando... Pero para eso está el bueno de Randall, para recordártelo. Será mañana a las ocho, en la casa Batlló, y vendrá gente muy influyente. Gente que podría mover hilos... ya me entiendes.

Resoplo y aprieto los dientes. ¿Hormonas reproductivas? He cambiado de idea. ¿Qué diámetro de tubería de desagüe sería suficiente para lanzar a Randall dentro sin dejar rastro? Uno muy grande, a juzgar por el ancho de esas hombreras.

—Gracias por recordármelo. —Justo entonces se me ocurre algo—. Oye, ¿no sabrás por casualidad si viene también Mathieu, el ingeniero de sonido?

Randall me mira desde arriba, de esa manera que tanto me fastidia.

—¿Por qué preguntas? —Se ríe, como si todo lo que dice fuera súper gracioso—. Está casado, si es por eso. Y siempre lleva a su mujer a cuestras. Aunque esa sí que es un zorrón verbenero, la Thaïs. No la puede dejar un momento sola, porque en cuanto se despista, ¡zasca! Se la encuentra con algún músico cachas en la cama. Dicen que el verano pasado dio una fiesta en su casa, y apareció en el cuarto de invitados con el batería y el saxo de un grupo que representa, y desde entonces la lleva con correa, como si fuera un chihuahua...

Pongo los ojos en blanco. No me interesan los cotilleos de oficina. Además, conociendo a Randall, seguro que es todo mentira. Odia tanto a las mujeres que sospecho que en vez de nacer salió de una espora, como el moho.

—Randall, para —le digo con tono firme, cerrando el portátil de golpe—. El de estructuras tiene un problema con el ángulo del techo, y quería comentárselo a Mathieu. Me importa un bledo con quién se acueste su mujer, y si se la trae a la fiesta o no.

Randall comprueba la hora, mira mi ordenador apagado y resopla con superioridad.

—¿Ya te vas a comer? —dice, incrédulo.

—Tengo una reunión con un comercial —le suelto.

—¿Con cuál? ¿Te acompaño?

—Alcantarillado —respondo, mientras lo esquivo y me pongo la americana—. Y me apaño sola, pero gracias.

Lo bueno de ser pequeña es que quepo por cualquier rendija, a diferencia de él.

—Salgo a almorzar —le digo a la secretaria al pasar por su lado.

Empujo la puerta de cristal, dejando atrás el plotter lleno de planos que salen como tostadas. Luego entro en el ascensor, me miro en el espejo y me arreglo un poco el pelo. “Bueno, allá vamos”, me digo. “Acabemos de una vez con esto.”

Emma

«*Me caso, y luego, un bocadillo de calamares.*»

Voy repitiendo este mantra mientras salgo del edificio, para darme ánimos. El bar Paco está cerca del ayuntamiento, y hace los mejores bocadillos de calamares de Barcelona. En este momento, esa es mi única motivación para desplazarme hasta allí y hacer algo que realmente no quiero hacer, pero siento que es mi única salida.

El taxi me está esperando afuera.

—¿A dónde? —pregunta el conductor.

—Al ayuntamiento —respondo.

—¿Trámites para el despacho? —dice él con tono conversador, alzando la vista hacia la placa con el nombre del despacho de arquitectos.

—Pues no, la verdad es que no. —Y en un arrebato de sinceridad muy poco común en mí, añado—: Voy a... una boda. Y luego, a comerme un bocadillo de calamares.

El conductor me mira por el retrovisor, sorprendido.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! Mi mujer y yo nos casamos en la iglesia, que es más bonito, pero lo importante es el amor, ¿verdad?

Asiento, distraída, pensando en el bocadillo que me espera después. Me concentro en el pan recién hecho, y en el rebozado fino y crujiente.

—¿Quién se casa? —insiste el conductor, más pesado que una losa de cimentación.

—Nadie. Una mujer que casi ni conozco —contesto de mala manera, y el pobre hombre ya no dice nada más.

Le voy a poner una reseña de una estrella por cotilla, aunque me haya dado una botella de agua.

Aparca cerca del ayuntamiento, donde Lucas ya me espera en el lugar acordado, vestido con vaqueros y una camisa de flores que grita “rebajas en el hipermercado”. Sostiene lo que parece un ramo de margaritas, tan mustias y desiguales que no me extrañaría si las hubiera arrancado a mordiscos de un parterre público.

—Hoy he llegado puntual, ¿eh? —me dice con una sonrisa tan amplia que me hace sospechar que tiene otras intenciones—. Y me he puesto una camisa muy bonita, mira.

—Ya veo que tienes muchas ganas de grabar tu disco —le contesto, forzando una sonrisa.

—¿Qué dices? Era todo una excusa para casarme con la chica más guapa y rica del Eixample.

—No soy rica.

Ni guapa tampoco, pero eso es obvio.

—Tonta. —Se ríe, y él sí que es guapo cuando lo hace, con esos ojazos verdes—. Pero me has conseguido la reunión con ese agente, ¿verdad?

—Mañana mismo —contesto muy seria—. Estoy invitada a una fiesta, y creo que asistiré. Puedes venir conmigo y os presentaré.

—Gracias. No sabes cuánto significa para mí —dice con sinceridad. Luego me tiende el ramo, o lo que sea esa cosa mugrienta, y hace una especie de reverencia—. Toma, son para ti.

Me pregunto si se dará cuenta si tiro las flores en la papelera antes de entrar. Creo que sí,

así que las aprieto contra el pecho y finjo alegrarme muchísimo por el detalle. A una se le caen los pétalos, y de otra sale una hormiga.

—Muy... silvestres, gracias.

—Las robé de un parque cerca de mi casa —añade con aire travieso—, pero no se lo digas a nadie.

—Jamás lo habría imaginado —respondo tan seria como puedo—. Por cierto, ¿arreglaste lo de los testigos?

Lo añado con tono casual, aunque el corazón se me detiene en el pecho un momento. Lucas parece el tipo de persona al que no le confiaría ni mi pez si me fuera de vacaciones, y menos aún los preparativos de una boda. Pero no podía decírselo a nadie de mi círculo. Me daba demasiada vergüenza. Así que le pedí que lo hiciera él.

Él ignora mi tono desconfiado y señala con desparpajo hacia la calle adyacente.

—No quería avisar a mis amigos, por motivos obvios —dice con aire misterioso—, así que...

En ese momento se nos acercan dos chicas con el uniforme de una cafetería. Una tiene el pelo corto y rojo como un duende, y la otra lleva unos rizos explosivos sujetos con un turbante. Y las dos son mil veces más guapas, altas y jóvenes que yo, y me hacen sentir extrañamente inadecuada con mi traje de chaqueta. Y bajita. Muy bajita.

—Trabajan en el Carpi Café de la Plaza Sant Jaume, justo aquí al lado —susurra Lucas mientras las saluda desde lejos—. Me he pasado esta mañana y se lo he propuesto. Dijeron que sí a cambio de una buena propina —añade, satisfecho de sí mismo—. Te presento a Katia y Rosa.

—Roser —lo corrige la del pelo corto, pero sonrío al hacerlo. Luego se gira hacia mí—. ¿Esta es la novia?

Se me hace raro que me llamen así, pero asiento, porque explicarle toda la situación sería bastante complejo.

—Ya me ha dicho Lucas que no sois de aquí y vuestros testigos contrajeron el virus de la vomitera justo anoche —dice Katia—. Vaya asco, ¿eh? Pero nosotras os sacaremos del paso. Después de todo, ¡hoy es el día más feliz de vuestras vidas!

—¡Qué maravilla! Gracias —digo, mientras me concentro con fuerza en el bocadillo de calamares del bar Paco.

Entramos al Saló de Cent. No había estado nunca, y para ser sincera me impresiona un poco. Había esperado una sala estéril, con una mesa de contrachapado y sillas de colegio, pero en vez de eso me encuentro con un majestuoso salón gótico de piedra, con el techo de vigas de madera expuestas y las paredes cubiertas de impresionantes tapices rojos y amarillos. Al parecer, me han conseguido una boda civil en uno de los sitios más bonitos de la ciudad, sin que yo lo supiera. Recuerdo el comentario del taxista cotilla, y sonrío con súbita emoción. Pero luego me fijo en las hileras de bancos vacíos, y recuerdo el motivo por el que estoy aquí: el bocadillo de calamares.

Hay un funcionario sentado a una mesa cubierta con un tapiz rojo. Frente a esta hay dos butacas de color burdeos: una para Lucas y otra para mí, supongo. Nos acercamos, caminando uno junto al otro, pero sin tocarnos. Siento un nudo en el estómago al sentarme, pero él me mira y sonrío, y de algún modo inexplicable, su sonrisa me tranquiliza. La silla es tan enorme que me cuelgan los pies, y los balanceo como una colegiala. Su mano busca la mía por encima del reposabrazos, y me aprieta los dedos para darme ánimos. Su tacto es cálido, mientras que yo me he convertido en un cubito de hielo a causa del estrés. Escurro el brazo de vuelta a mi regazo, como una serpiente furtiva.

—Bienvenidos —dice el funcionario, un poco extrañado al ver que solo tenemos dos testigos, y las dos van vestidas con el uniforme del Carpi Café—. ¿Habéis preparado alguna lectura?

—Nada. Directos al grano —digo escuetamente.

—Es que tenemos muchas ganas de estar casados —aclara Lucas, enderezándose el cuello de la camisa de flores.

—¿Declaráis estar aquí por vuestra propia voluntad y con el propósito de contraer matrimonio? —pregunta muy serio el oficiante.

Le aseguramos que sí y luego se pone a leer unos cuantos artículos del Código Civil. Su voz hace eco en el salón casi vacío. Yo intento prestar atención, pero mi mente empieza a divagar y pienso en el proyecto del auditorio, y en la bronca que me echó Derek cuando le presenté los planos revisados. No le gustaron nada. Me dijo que, si la cosa no mejoraba, iba a dejar el proyecto en manos de Randall, y me buscaría “algo más sencillito y de mi nivel”. Si eso ocurriese me moriría, así que no puedo permitirlo.

—Sí, quiero —resuena la voz de Lucas a lo lejos, despertándome de mis preocupaciones laborales.

De pronto, cuatro pares de ojos me están mirando. Estoy casi segura que me han preguntado algo. Dada la situación, contesto lo más adecuado que se me ocurre:

—Esto... sí, quiero.

Respuesta correcta. Todos parecen contentos.

—Los anillos —susurra entonces el oficiante.

—¿Anillos? —repito en shock.

¡Maldición! ¿Seré idiota? Ni siquiera se me ocurrió pensar en eso. Me miro las manos, buscando alguno, pero no suelo llevar joyas. Se me nota que no tengo costumbre de casarme, y me he olvidado de un ingrediente clave.

—No, es que nosotros no... —empiezo a decir, pero Lucas levanta la mano y me interrumpe, guiñándome el ojo.

Se hurga en el bolsillo de sus vaqueros desgastados y saca dos anillos de plástico verde fluorescente, como esos que salen en los huevos sorpresa. Las dos testigos sueltan un “¡ohhh!” cargado de emoción. Yo también suelto un grito, aunque en un tono totalmente diferente.

—Recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti —dice Lucas con voz temblorosa, y me la pone en el dedo.

Sus ojos verdes me contemplan, vidriosos, mientras espera a que yo responda. Repito sus palabras y, de pronto, es como si el salón entero se desvaneciese. Deslizo el anillo en su dedo, y en mi imaginación ya no es una alianza de juguete. Una oleada de emociones me sobrecoge, y siento las lágrimas que amenazan con escapárseme sin saber siquiera por qué. El momento es mágico, en su absoluta inverosimilitud, y el suelo parece tambalearse bajo mis pies. Jamás pensé que esto me ocurriría a mí. Jamás pensé que...

—Puede besar a la novia —dice el funcionario con entusiasmo.

¿Pero qué...?

Sus palabras me despiertan de golpe, como un bofetón en la cara.

Recuerdo de inmediato dónde estoy, con quién y por qué, y la magia de mi mundo imaginario se desvanece.

Nos quedamos en silencio, mirándonos como en ese juego en el que el primero que parpadea pierde. Una de las testigos suspira dramáticamente y saca un pañuelo de su manga, mientras la otra agarra su móvil como si esperara capturar algo viral. El funcionario parece

congelado en el tiempo, con las manos extendidas como un párroco.

Todos nos miran.

No hay escapatoria.

—Bueno... —susurro, buscando una excusa, pero Lucas ya se ha inclinado hacia mí.

Intento darle un beso rápido en la mejilla, pero él se gira ligeramente, y mi boca roza la comisura de sus labios. Su piel es sorprendentemente suave. Su colonia cítrica me envuelve, y siento un calor inesperado que me sube desde los pies.

Me separo como si hubiera tocado un cable pelado, con el corazón martillándome. Lucas me lanza una mirada indescifrable.

—Bueno, ahora toca firmar, ¿no? —me pregunta, rompiendo el momento.

Asiento muchas veces. Sin hablar, porque me falta el aire.

Después todo sucede muy rápido: firmamos los papeles, el funcionario nos felicita y promete remitir el acta al registro civil cuanto antes.

Rápido e indoloro. Justo como yo quería.

Cruzamos las altas puertas repujadas del salón y suspiro con alivio, aunque todavía me siento algo mareada. Al salir al exterior, el sol de Barcelona me ciega, aunque sea febrero. Pero a mí me da igual, porque no necesito ver esas calles estrechas y empedradas frente a mí: para mí ya solo existe la preciosa masía en el campo que muy pronto será mía, y que convertiré en uno de los hoteles más caros y exclusivos de Europa.

Ya es mía, para ser concretos.

Las testigos se despiden con besos y abrazos, y no se marchan hasta que prometemos enviarles fotos de la luna de miel, de nuestra futura casa y de nuestro primer hijo. Vamos, solo falta que pidan la foto de nuestra primera bolsa de basura en común.

—¿Contenta, esposa mía? —me pregunta Lucas con una sonrisa burlona, una vez se han marchado.

—Muchísimo —respondo, sin ocultar mi sarcasmo, y trato de sacarme el anillo, pero parece que está atascado.

Mierda. No puedo quitármelo.

No pasa nada; seguro que en casa saldrá, con un poco de jabón.

En ese momento, veo a una mujer acercarse con un maletín: pelo azabache, labios rojo sangre... ¡Nuria! ¡La abogada de mi abuelo! Miro a un lado y a otro buscando algún lugar donde esconderme. Salto en un portal cercano y me cubro la cara con las margaritas.

Lucas se inclina hacia mí con la nariz arrugada.

—Oye, ¿te encuentras bien? ¿Qué haces? —me pregunta, claramente desconcertado.

—¡Calla y quédate ahí! —Me asomo por detrás del ramo y veo a Nuria cada vez más cerca. Le cojo las manos a Lucas y las pongo alrededor de mi cintura—. Haz como si me abrazaras. Sígueme la corriente.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, Emma? —insiste él.

—¡Shhh! —le digo, nerviosa, y me aprieto contra él—. Es la abogada de mi abuelo.

Sus brazos se ajustan a la perfección en torno a mi cintura, y de nuevo compruebo que este hombre huele increíblemente bien, y su pecho es de lo más firme y agradable.

—Pero... tu abuelo quería que te casaras, ¿no? —dice Lucas sin comprender, y de pronto me doy cuenta de que me estoy comportando como una paranoica.

Es verdad. ¿Qué más da si me ve? Incluso es mejor que lo sepa. Es cierto que he estado ocultando esto a todo el mundo, pero Nuria es una excepción.

—¡Emma! —dice Nuria, que de todos modos me había visto. Arrastra las palabras como

si disfrutara de mi incomodidad. Me estiro y salgo de detrás de las margaritas, todavía entre los brazos de Lucas.

—Nuria, qué... sorpresa verte aquí.

—¡Qué casualidad! Justo pasaba por aquí para actualizar unos documentos legales en el ayuntamiento y aproveché para hacer unas gestiones relacionadas con el testamento de tu abuelo. Y tú, ¿qué haces aquí? —pregunta, mirando las flores con curiosidad.

—Pues... acabamos de casarnos —respondo con tono de absoluta felicidad. O eso intento.

—¿En serio? ¿Y este es tu...? —Mira a Lucas con una ceja enarcada—. No me dijiste que estabas saliendo con nadie. Ya sabes, la semana pasada, cuando intentaste convencerme de cambiar la cláusula del testamento de tu abuelo.

—Pues claro que salía con alguien. ¿Por qué iba a estar sin pareja?

Algo en la mirada que me lanza no me gusta, pero yo continúo sin dejarme apisonar.

—Cuando se lo conté a Lucas, él... —Miro a Lucas, desesperada por una salida.

—¡Fue muy romántico! —interviene Lucas—. Llevaba mucho tiempo esperando este momento, y la carta del abuelo fue el empujoncito que necesitaba para lanzarme. Estamos muy enamorados —añade, mostrándole el anillo verde a Nuria, que abre la boca tanto que le veo los empastes de las muelas.

—Vaya, pues enhorabuena, Emma —dice, claramente escéptica—. Me alegro de que haya salido algo bueno de todo este lío. ¿Y dónde os conocisteis?

—En una cafetería, cerca del paseo de Gracia —responde Lucas, rápido como el rayo—. Los dos trabajamos cerca. Yo soy músico, y ella es arquitecta.

—¡Así que os conocisteis en Barcelona! —La cara de Nuria se arruga cada vez más, llena de sospecha—. Pero si solo llevas unos meses en la ciudad, ¿no? Al menos, eso dijo tu abuelo. —Nos mira a ambos con suspicacia—. Qué rápido todo.

—Fue amor a primera vista —dice Lucas, echándose el pelo hacia atrás con desenvoltura—. Amor a... primer café.

Cierro los ojos, deseando que esta pesadilla termine. Como siga preguntando, vamos a meter la pata seguro.

—Pues me alegro mucho por vosotros —dice Nuria con una sonrisa forzada, y sus ojos se pasean del anillo a las margaritas, y de ahí a la camisa floreada de Lucas.

—Bueno, ya nos íbamos —digo, tirando de la manga de Lucas—. Llegamos tarde a...

¿A qué? ¿A dónde va uno después de casarse a toda prisa en el juzgado?

—A comer —me ayuda Lucas.

—Pues nada, tortolitos. Os dejo. —Nuria hace una pausa—. Por cierto, Emma, lo tendré todo listo para el uno de marzo, tal y como quiere tu abuelo. Qué raro que no haya venido a la boda, ¿no?

Me encojo de hombros, deseando que desaparezca.

Finalmente, los tacones de Nuria se alejan, y yo me apoyo contra un muro de piedra antiguo, sobrepasada por las emociones del día.

—Qué estrés, por Dios —murmuro.

—Bueno, al menos ahora tu abuelo tiene un testigo que te ha visto salir del juzgado después de tu boda —dice Lucas, tratando de animarme—. ¿Quieres que comamos juntos para celebrarlo?

Miro el móvil, donde me esperan diez llamadas perdidas.

—La verdad... —digo titubeando.

—Ya veo —responde, y suena un poco triste—. Entonces, ¿te veo mañana? ¿Dónde es la fiesta?

—Te pasaré la hora y la ubicación por mensaje. —Luego lo miro de arriba abajo, y decido decírselo—. Intenta vestirse de forma decente, ¿vale?

Lucas se encoge de hombros y se marcha silbando, y yo apuro el paso hacia mi destino final: el bar Paco.

Pues ya está.

Así termina el día de mi boda.

Cuando llego al bar, me recibe un cartel escrito a mano, pegado en la puerta de cristal con celo.

Se me encoge el estómago. Tengo un mal presentimiento acerca del inicio de este matrimonio.

Me acerco a leer el cartel y se me cae el alma a los pies. Enfrente de mí, en rotulador negro permanente, pone bien claro:

«No quedan calamares. Disculpen las molestias.»

Cuaderno de notas de Lucas

*Tus líneas rectas chocan
con tus curvas imposibles,*

*Por fuera, fortaleza impenetrable.
Por dentro... ¿quién sabe?*

*Tal vez rosas... tal vez fuego...
Mas sin duda, inolvidable.*

8

Lucas

—No, no, no, ¡noooo! —dice Amaya tapándose la boca.

Se acerca a mí y me coge la mano con fuerza. Observa el anillo verde y tira de él, apretándome el dedo como si tuviera la tecla de *deshacer* del ordenador.

—¡No me fastidies, tío, no me digas que lo has hecho!

—A ver, define “hecho”. Cuando dices “hacerlo”, ¿a qué te refieres exactamente?

—Dime que este anillo es de tu sobrina, Paula, del set de maquillaje y peluquería que le trajeron los Reyes.

—Pues la verdad es que sí —contesto, y no estoy mintiendo.

Paula no es mi sobrina de verdad; es la hija de mi amigo David. Estuve comiendo con él y su mujer, Sophie, un día que pasaban por Barcelona. Vi que la niña tenía un joyero lleno de baratijas de plástico. Lo cogí medio en broma, por si a la arquitecta se le olvidaba traerlos. Y menos mal que lo hice, porque...

Amaya me sigue mirando con cara de haber comido limones.

—¿Por qué lo has hecho, Lucas? Eres un buen tipo, no necesitas hacer estas cosas por dinero.

Haga lo que haga, nunca acierto.

Habría sido mejor irme a casa, en vez de regresar al Carpi Café. Pero tuve que hacerlo porque me había dejado allí la guitarra, y esta tarde tengo un concierto. Me acabo de casar y mi luna de miel ha consistido en un apasionante viaje en metro hasta el exótico Passeig de Gràcia: un destino único y memorable. No ha habido muchos besos ni abrazos, aparte de los deliciosos apretujones con olor a sudor de los otros pasajeros. Pero bueno, me ha costado menos de tres euros, y con el traqueteo del tren se me ha olvidado de dónde venía, lo cual ha sido un alivio. Sin embargo, a Amaya no se le ha olvidado, y ahora está que trina.

—Tío, en serio. No tendrías que haberlo hecho. Hay otras maneras. No necesitas acostarte con las tías para saltar a la fama.

—¡No pienso acostarme con ella! —digo, indignado, aunque algo en mi interior se remueve al plantearme esa posibilidad por primera vez.

Vale, quizás no sea *la primera vez* que lo pienso, después de todo. Esa mujer me ha propuesto matrimonio y soy un hombre, y pienso en cosas, ¿vale?

Pero Amaya no necesita tantos detalles.

—La semana pasada intentabas convencerme de que me casara con una millonaria —protesto—. Ahora te he hecho caso, y aun así no estás contenta. ¡Pareces mi madre!

Amaya me ignora, y sigue mirándome con cara de espanto. Me apuesto lo que quieras a que me va a pedir que me compre un coche con portabicicletas para compensar mi terrible error.

—Ese contrato que te hizo firmar, ¿decía algo de pagar tu disco? ¿De conectarte con ese agente que te prometía?

Me rasco la cabeza y lo pienso. Lo leí muy deprisa, pero ahora que lo pienso, no recuerdo nada de eso. Solo que tendríamos separación de bienes y que no le reclamaría nada en el momento de nuestro divorcio, con el cual estaba de acuerdo de antemano.

—Pues... creo que no. No estoy seguro. Pero me lo prometió, y parece una chica seria. Siempre va con traje.

—En serio, Lucas, eres tonto. ¡Tonto de remate! ¡La gente con traje es la que más engaña! ¡Son los peores! ¿En serio no lo sabes? ¿Por qué has confiado en ella?

—No sé, lo sentí, ¿vale? Sentí que tenía que hacerlo, que podía ayudarla, y no me costaba nada, y tenía mucho que ganar... ¡No me preguntes tanto, narices!

—Pero ¿tú la has visto? Es una tía rica, estirada, engreída... se cree superior a los demás con sus mechas rubias, sus zapatitos de tacón y sus americanas de marca con olor a tintorería. Nos mira por encima del hombro, tío, ¿no te has dado cuenta? ¿Por qué quieres ayudarle?

—No lo sé. Era un presentimiento. Un poco como la letra de “Las curvas del camino”. Justo le di ese vaso y después me propuso esto y no sé... fue una especie de serendipia.

—Lucas, no me gusta nada cuando usas palabras raras que oyes en las películas. ¿Qué es eso de seren... lo que sea?

—No la he oído en una película. La vi en un libro. Y significa casualidad... casualidad milagrosa.

—¿Ves? Esto te pasa por leer libros. Te meten en la cabeza ideas románticas del amor que no existen. ¡Tío, despierta! Esa mujer solo quiere aprovecharse de ti y luego te va a dar una patada en el culo y te va a mandar a freír espárragos. No es ninguna casualidad milagrosa. Es lo mismo que te hizo Lucrecia. Lo mismo que te hacen todas.

Oír el nombre de mi ex, Lucrecia, es como un puñetazo en la boca del estómago, y cierro los ojos para esquivarlo.

—Basta ya —digo, levantando las manos y escurriéndome en el almacén, esquivando a Amaya—. Mira, Amaya, yo sé que tú no lo entiendes. Ni siquiera lo entiendo yo, maldita sea. Pero bien sabes que vine del sur buscando una oportunidad, y en los dos años que llevo aquí la única oportunidad que se me ha presentado es la de llenar los cubos de basura del Carpi Café con mis versos. Así que decidí coger esta al vuelo, ¿vale? Y, además, siento... no sé. Ella conoce a gente importante, y siento que esto podría convertirse en algo grande.

—¿Algo grande? —me pregunta, siguiéndome y metiendo la nariz en el armario que acabo de abrir—. ¿Más que tu cabeza hueca?

—¡Amaya! Emma está haciendo un auditorio, y...

—¡Ahora ya es *Emma*! ¿Qué fue de *La Chica de los Planos*?

—Considerando que se trata de *mi esposa*, creo que tengo suficiente confianza para llamarla por su nombre de pila...

Amaya bufa como una gata arisca y me lanza un trapo. Yo prosigo como si nada, tras apartarme el trapo de la cara.

—Mira. Emma conoce a un ingeniero de sonido que trabajó en el Auditorio Nacional. Sus contactos le consiguieron una fecha de boda en el Ayuntamiento de Barcelona, en el salón más lujoso y bonito de todos, en menos de una semana. Si pudo conseguir eso, ¿piensas que no puede conseguirme a mí una entrevista con un agente importante que quiera grabar mi disco en Nueva York y promocionarlo por todo el planeta? No sé, Amaya, yo pienso que sí. Es lo más cerca que he estado de tocar el éxito, y lo sabes.

Saco la guitarra del armario y me la pongo al hombro. Amaya se acerca, un poco cortada, y me pone una mano sobre la espalda.

—Perdona, Lucas, mira... solo que te aprecio, tío —dice—. Somos amigos y me preocupo por ti; alguien tiene que hacerlo. Además, desde que David se marchó a París^[1], solo quedamos tú y yo.

—Lo sé —le digo, sonriendo, y la atraigo hacia mí para abrazarla suavemente—. Todo irá bien, no te preocupes. Por cierto, ¿qué tal con la Chica de Oro? ¿Salís esta noche?

—No puede —responde encogiéndome sobre sí misma un poco.

Últimamente, casi nunca puede, pero eso no lo digo, porque ambos lo estamos pensando.

—Entonces, ¿todavía no te ha presentado a su familia?

—Pues no —responde y mira a otro lado, tratando de restarle importancia.

La Chica de Oro es una rubia despampanante que siempre va con joyas doradas, como si acabara de escaparse de un anuncio de champán. Y sí, es una niña bien y su familia está forrada, lo que no ayuda. Sospecho que le da vergüenza presentar a Amaya a sus padres, con su pelo azul, sus tatuajes y su manera de hablar tan poco... pija. Ella finge que no le importa, pero creo que en el fondo le duele. Yo creo que La Chica de Oro es una imbécil y una repipi, pero, por desgracia, es difícil decirle eso a una persona enamorada sin que te odie. Así que callo y espero a que lo descubra ella sola.

—Bueno, a la próxima, ¿no? —digo para animarla—. Seguro que, para Pascua, cuando hagan esa gran comida familiar de la que siempre te habla, te invita.

—Seguro... —responde, aunque suena tan poco convencida como yo.

Salgo del Carpi Café con paso decidido. Sus palabras me han conmovido y también me han preocupado, pero ahora no tengo tiempo de pensar en eso. Tengo un concierto que dar. ¿Y qué narices? ¡Es el día de mi boda! Voy a tocar, a compartir mi música con el mundo y, sobre todo, a pasármelo bien.

Camino con la guitarra colgada al hombro. Me paro a comer algo en un bar y repaso las canciones. No me apetece volver a casa; está demasiado lejos.

Cuando se acerca la hora, me dirijo a pie al local donde tengo que dar el concierto; aún tengo tiempo de sobra. Se trata de uno de esos bares pequeños y oscuros en el Raval, con las paredes llenas de pósters y luces tenues que intentan parecer guays, pero que solo están ahí para tapar los mocos pegados en las paredes y las manchas de humedades que abundan en esos sitios. El resto de defectos los han cubierto con grafitis. Me pregunto qué opinaría Emma al respecto.

Entro al bar y, como ya me temía, está prácticamente vacío. Ya ha oscurecido, pero aún así, es demasiado temprano para la gente. Hay un grupo de cuatro personas en una esquina, dos de ellas demasiado ocupadas metiéndose mano como para notar que alguien ha subido al escenario. En la barra, un tipo con pinta de haber tenido una semana horrible se deja caer sobre su cerveza como si fuera la única cosa que lo mantiene en pie. Y luego hay dos chicas sentadas cerca del escenario, más interesadas en sus teléfonos que en cualquier cosa que pueda salir de mi guitarra. Me subo al escenario y ni se apartan para dejarme pasar; casi diría que les molesto.

«*Curvas y baches*», pienso mientras ajusto el micrófono, y me convenzo a mí mismo como siempre de que los obstáculos son necesarios para llegar a la cima.

Hago un par de pruebas de sonido, aunque tengo la sensación de que podría ponerme a dar palmas con un zapato en cada mano y no se darían ni cuenta.

Empiezo versionando un par de canciones conocidas: no me gusta hacerlo, pero suele servir para llamar la atención. Pero nada; ni con eso. Las dos chicas siguen con sus móviles, la pareja en la esquina parece haber decidido que la ropa es opcional, y el tipo en la barra ahora se ha hecho amigo del camarero y se está limpiando la nariz en una chaqueta que no es suya. Ahora que lo pienso, creo que es de la parejita besucona.

Siento como si el escenario comenzara a hundirse. Pienso en las palabras de mi madre, suplicándome que siente la cabeza y regrese a casa. Pienso en Lucrecia, en la negrura de sus ojos, como pozos sin fondo en los que uno podía perderse una noche entera hasta olvidarse del

mundo entero. Pienso en que acabo de casarme, y ni siquiera sé dónde vive mi mujer, ni qué está haciendo ahora.

Los primeros acordes de *Las curvas del camino* salen solos de la guitarra, y sin darme cuenta me pongo a cantar mi himno personal a la vida, a la magia de encontrar belleza en la imperfección, y a la fe en que los caminos difíciles nos pueden guiar hasta los lugares más hermosos.

Las chicas me están mirando. ¡Alguien me escucha! Creo que lo he logrado, ya tengo la atención de alguien...

Justo entonces, el camarero esquivo al borracho (creo que iba a darle un abrazo de oso), se le cae una bandeja con vasos al suelo, y el estruendo ahoga mi voz y hace que todos en el bar se giren... hacia él.

Dejo de cantar de golpe y el bar queda en un silencio casi absoluto, salvo por un leve murmullo en la esquina y el sonido del camarero limpiando los vidrios rotos. Cierro los ojos, tratando de bloquear la frustración que amenaza con consumirme.

No puedo.

Me levanto con un movimiento brusco y la silla se cae. Bajo del escenario, ignorado por todos. No hay aplausos, ni siquiera un “gracias” de cortesía.

Vale. Pues me voy. No es mi culpa que no entendáis de música y poesía. Idos a escuchar una manada de burros rebuznando.

Salgo acompañado por el sonido indiferente de las risas y el tintineo de las copas en la barra.

Quizá no todo el mundo está destinado a encontrar belleza en las curvas del camino.

Quizá algunas curvas, como las de Lucrecia, solo llevan a callejones sin salida.

Camino de regreso a casa con esa idea rondando en mi cabeza, sintiendo un peso en el pecho que había sentido antes, pero que hoy se ha vuelto más grande. La ciudad sigue con su ritmo habitual, con la gente riendo en las terrazas, los turistas tomando fotos, y yo, con mi guitarra a cuestas y mi anillo ridículo, me siento más invisible que nunca.



Lista de tareas de Emma:

- Comprobar a qué hora es la fiesta.
- Preparar discurso para cuando me presenten al concejal en la fiesta.
- Comprobar si se puede entrar con un ladrillo en el bolso a la casa Batlló.
- Llevar a la tintorería todas las prendas de color verde que haya en mi armario.
- Buscar cómo se dice “¿Puedes enchufar a mi marido?” en francés.

Emma

He quedado con Lucas esta noche para ir juntos al cóctel, que tendrá lugar en la azotea de la casa Batlló: un lugar de fábula, y perfecto para que Derek le haga la pelota a un tipo influyente (al parecer, podría darle un empujoncito a nuestra propuesta para el auditorio para que ganase de manera *totalmente imparcial*). Randall, a su vez, va porque necesita hacerle la pelota a Derek (para que le dé *mi* ascenso). Y yo voy porque es una oportunidad fantástica de presentar a Lucas y a Mathieu, el ingeniero de sonido que ha lanzado a varios músicos al estrellato en la última década. No planeo hacerle la pelota a nadie, por extraño que suene, y eso me hace sentir un poco fuera de lugar.

Mi plan es sencillo: llegar, salir en la foto, decirle a Mathieu que acabo de conocer al próximo Bob Dylan e irme a casa a ver la tele con los pies en mi bañera de hidromasaje en miniatura.

Cuando salgo de la ducha, el gato Risueño está mordisqueando el cargador de mi móvil. Intento espantarlo, pero no se mueve ni un centímetro. Estiro del cable hasta que lo suelta y doy palmadas hasta que salta de mi balcón al de su dueña. Por desgracia están conectados. Ojalá pudiera cruzar un par de palabras con el arquitecto que proyectó este edificio. Seguro que vivía en una casa unifamiliar, el maldito.

Me asomo a la terraza de la vecina para asegurarme de que el gato ha aterrizado sano y salvo (aunque me da igual, obviamente), y al hacerlo oigo la voz de Doña Montse. Está hablando con alguien, y por un momento pienso que por fin ha conseguido que la visite su hija, que siempre promete ir, pero al final nunca lo hace. Pero no: es un hombre. Y, que yo sepa, no tiene ningún hijo más. Así que agudizo el oído, por si están intentando secuestrarla. Aunque dudo que yo tenga tanta suerte.

—Estas tuberías de gas se ven muy desgastadas —dice la voz masculina—. Están para cambiar, ¿lo ve? Habrá que avisar a su vecina para que nos abra. Pasan también por su apartamento.

Frunzo el ceño, molesta. No pienso abrirle la puerta a nadie. Es más, ¿y si se trata de uno de esos timadores que intentan engañar a los ancianos, fingiendo que vienen de la empresa de suministros? Me quedaría a escuchar un poco más, pero tengo que irme. Tomo nota mental de comprobar que sigue viva a mi regreso, por si acaso.

Me pongo un vestido de seda estructurada, de corte geométrico y minimalista, y completo el look con unos fantásticos *stiletos* negros. Todo elegante y de líneas limpias. Bueno... todo menos el anillo de plástico verde, que se me ha quedado atascado y no hay forma de sacarlo. Espero que nadie se dé cuenta. Por lo menos es verde. Supongo que a partir de ahora tendré que vestir siempre de ese color, o cortarme el dedo.

Me arreglo una vez más frente al espejo y me echo un poco más de sérum en las puntas del pelo, con la esperanza de vencer a la humedad nocturna de Barcelona y conservar una melena de ondas suaves durante toda la velada.

Bajo las escaleras y Lucas ya está ahí, esperándome en el portal. No lo he visto desde la boda. Boda. ¿Boda? Por Dios, qué raro suena eso.

Esta noche lleva una camisa entallada que le queda particularmente bien. Y no lleva estampado de flores, lo cual es un plus. Cuando aparezco, me mira boquiabierto y se alisa las

arrugas con las manos. Si fuera mi marido de verdad, Papá Noel le traería una plancha.

—Estás... —me dice sin aliento, estudiándome de arriba abajo—. ¡Estás espectacular, Emma! Pero ahora no sé si mi ropa es apropiada para la ocasión.

Aparte de la camisa blanca remangada, lleva unos vaqueros discretos y deportivos limpios. Quizás no sea lo que dicta el protocolo, pero a él le queda de maravilla, y su trasero en esos pantalones es pura gloria, para qué mentir. Si no fuéramos a donde vamos, estaría derritiéndome por dentro solo con verlo. Vale. Me estoy derritiendo un poco. Pero eso es solo porque he bajado corriendo por las escaleras y he lanzado un gato por el balcón. Nada más.

—No tengo ningún traje, así que me puse esto —se excusa sonrojándose—. Si lo hubiera sabido, podría haber alquilado uno, pero...

—No te preocupes —lo tranquilizo—. Todo irá bien. Eres un artista, no un político. Mathieu no se fija en esas cosas. Él solo se fija en el talento.

Mathieu es un buen tipo. *Y a los demás que les den*, pienso, pero soy una dama y no puedo decirlo en voz alta.

—Te presentaré como un amigo —le explico mientras caminamos, porque mi apartamento está relativamente cerca de nuestro destino—. Nos conocimos en el Carpi Café. ¿O prefieres que diga otro sitio, para que no vayan a molestarte?

—El Carpi Café está bien —responde con una sonrisa tímida—. Y no me molesta para nada. Me gusta cuando viene gente que ya me conoce. Les escribo versos especiales.

Creo que mi *marido* me cae medio bien, y eso es mucho más de lo que podría decir el 75% de las mujeres casadas.

Cuando llegamos, la Casa Batlló está iluminada con luces estratégicamente posicionadas, que hacen brillar los mosaicos iridiscentes que cubren la fachada. Según desde qué lado la mires, parece tener un color diferente, debido a las ondulaciones de los muros. Un diez para el técnico de iluminación. Tengo que consultar quién era y llamarle para nuestro auditorio.

—Qué pasada —comenta Lucas con admiración, haciendo eco de mis pensamientos—. Parece una criatura viva. ¿Por qué los arquitectos de hoy día ya no hacéis edificios así? Sería muy, muy guay.

Observo las curvas sinuosas de la arquitectura modernista de Gaudí y me encojo de hombros con impotencia.

—Es demasiado caro —respondo con tono práctico—. Hoy día no hay presupuesto para estas cosas. Demasiado trabajo manual, y se tardaría muchísimo en hacerlo. Nadie tiene ya tiempo y dinero para cosas así.

—Pero fíjate: ¡es que parece que la casa respira! No sé si es por los reflejos y el tráfico al pasar, pero parece un camaleón... —Lucas extiende los brazos y temo que se vaya a poner a bailar en medio de la acera—. ¡No, espera! ¡Es como un dragón despertándose! ¿Los edificios que tú proyectas también tienen forma de criaturas fantásticas? ¿Añades a tus edificios magia, poesía, encanto...?

—Pues claro que sí —digo, y tiro de él hacia la entrada antes de que se transforme en un bailarín del West End—. Todos los proyectos que hacemos en el despacho tienen una historia detrás, solo que la expresamos de maneras más sutiles. Hoy día, *menos es más*.

—¡Pues yo creo que *más es más*! —replica Lucas, mientras observa los balcones en forma de máscaras.

Tiro de él: es como un niño embelesado frente a una juguetería. Está claro que no voy a convertirlo en un seguidor acérrimo del gran Mies van der Rohe y el minimalismo; para eso harían falta varios años de lavado de cerebro en alguna universidad de prestigio, y yo solo tengo

los cinco minutos que tardaremos en subir las escaleras hasta la azotea.

Frunzo el ceño y me acerco al portero, que comprueba mis credenciales y confirma que mi nombre está en la lista.

—Bienvenida, señorita Soler —me dice, y nos hace pasar al vestíbulo, que parece el fondo del mar, y no la planta baja de un edificio de 1904.

Subimos por la escalera, no nos ataca ningún escualo, aunque sí hay un par de reporteros que me miran mal por no ser famosa. Mientras sorteo los peldaños con mis tacones de vértigo, observo con curiosidad la cerámica blanca y azul que adorna las paredes: la misma contra la que me estrellaré como pierda pie por el camino. Lucas, por su parte, camina ensimismado y parece sumido en sus pensamientos hasta que llegamos al último piso.

—¿Entonces estamos condenados a vivir en edificios cúbicos y estériles para siempre, a partir del siglo veintiuno? —me suelta de golpe, con tono de estar a punto de ponerse a llorar—. ¿No te parece horrible que el dinero se haya convertido en la única fuerza que hace girar el mundo?

—Sí, bueno... —lo interrumpo, dándole un golpecito en el hombro para que se calle, porque estamos a punto de toparnos con mucha, mucha gente que no quiere oír ese tipo de verdades. Pero él sigue con su perorata.

—¿Por qué la gente ya solo piensa en el dinero, en los beneficios, en invertir? ¿Dónde quedó la lírica, la imaginación, la belleza...?

Me aclaro la garganta para que se calle.

—¡Emma!

Hemos llegado a la azotea, y Mathieu Dupont está justo delante de nosotros. Este es el tipo que podría invertir en la música de Lucas, o por lo menos, presentarle a un buen agente, según tengo entendido.

—¡Qué alegría verte, *ma chérie*! —me dice, tendiéndome la mano y ojeándonos con curiosidad—. ¿Y quién es este joven tan apuesto que te acompaña... y que odia tanto a los inversores y a los capitalistas?

Le devuelvo una sonrisa tensa.

—Pues es... —empiezo a decir.

—¡Pero bueno! —exclama una voz femenina por detrás de Mathieu—. ¡Si tenemos aquí a la pareja del año!

Oh, maldita sea, no puede ser.

¿Qué hace aquí la abogada de mi abuelo? ¿Y cuándo se ha clonado?

—¿Nuria? —pregunto confundida.

Nuria lleva el pelo largo y negro recogido en una coleta alta, una falda púrpura hasta el suelo y una blusa holgada de diseño. Junto a ella hay otra mujer que parece una fotocopia de ella, aunque esta luce un vestido midi de color verde botella (¿pegaría con mi anillo?) y la misma sonrisa maliciosa. Las dos me sacan por lo menos medio metro de altura.

—Esta es mi hermana, Thaïs —explica Nuria.

—Mi esposa —aclara Mathieu, frotándose la oronda barriga con orgullo.

Thaïs, al igual que su gemela, sin duda comparte genes con la madrastra de Blancanieves. Repasa a Lucas de arriba a abajo, y siento una extraña e infundada posesividad. Vale. Estoy empezando a entender los cotilleos de Randall acerca de la esposa de Mathieu. ¿A lo mejor eran verdad y todo?

—Encantada —digo, mientras alguien pasa con una bandeja de copas de champán y me tiende una.

Busco entre la gente a alguien que conozca para escaparme cuanto antes.

—No sabía que vendrías con tu *marido* —comenta Nuria, recalcando la palabra para que todos se enteren, y por si alguien en la provincia no lo había oído, se gira hacia Mathieu y grita —: Se casaron ayer mismo y hoy ya está trabajando, ¿os lo podéis creer? ¡Eso sí que es dedicación!

Si pudiera fulminarla con la mirada, lo haría. Pero no puedo, y ella sigue. Golpea su copa con una cucharilla, hasta que la azotea entera se queda en silencio. Hasta bajan la música. Tierra, trágame.

—¡Un brindis por los recién casados! ¡Por Emma y Lucas!

En una de las mesas distingo a mi jefe, Derek Navarro, que levanta su copa con aire confundido. Detrás de él está Randall, seguramente planeando cómo va a usar esto en mi contra en cuanto pueda.

Me bebo la copa entera de un trago y alargó el brazo para coger otra. Que me traigan un barril, por favor.

—Vaya, qué pequeño es el mundo —digo con voz entrecortada.

—¡Qué callado te lo tenías! Y encima no has cogido vacaciones ni para tu luna de miel —dice Mathieu con asombro—. Una empleada ejemplar, de las que ya no quedan. Voy a tener que hablar con Navarro, a ver si te asciende de una vez. Si no fuera por ese trepa de Randall, que se pasa el día lamiéndole el culo, lo habría hecho hace tiempo.

Sonríó y bajo la mirada. No por nada Mathieu es mi persona preferida de todo el mundillo de la construcción y la arquitectura.

—En tu email me comentabas que querías presentarme a un nuevo talento musical —continúa Mathieu, empujándonos hacia un rincón más privado—. Cuéntame más, que esta gente tan fina e importante es aburridísima. Hablemos de cosas divertidas.

Miro a Lucas, cuyos ojos irradian emoción. Está bebiendo agua con gas, y el vaso le tiembla en la mano, de modo que los hielos hacen ruido contra el vidrio. Detrás de él, Thaïs parece a punto de devorarlo con los ojos.

—Sí... —digo lentamente—. En realidad, se trata de... Lucas. Es cantautor. Es muy bueno.

Mathieu, Nuria y Thaïs se quedan mirando a Lucas con interés renovado.

—¡No me digas! —exclama Mathieu—. Bueno, bueno, bueno... normalmente soy un poco escéptico con chicos tan jóvenes y guapos. —Se ríe—. Pero tratándose de tu marido, creo que podría presentaros a la persona adecuada. Conozco al mejor *mánager* musical del país. O quizás debería decir *la mejor*...

Mathieu señala a Thaïs, que le devuelve una reverencia fingida.

No. Por favor, que no sea ella.

—Qué exagerado eres, cariño —responde Thaïs—. Tampoco es para tanto.

—¿Cómo que no? —replica Mathieu—. ¿Quién lanzó a Los Chantilly al estrellato?

Thaïs ladea la cabeza y pestañea como una muñeca diabólica.

No hay duda. Es la madrastra de Blancanieves reencarnada.

—Bueno, ¿y cuál de sus canciones es tu preferida? —me pregunta, interesada.

Me quedo en blanco, y creo que a Lucas se le va a caer el vaso de la mano.

—Pues... —Piensa, Emma, piensa—. Esa que toca con la guitarra... Pero es que son todas tan buenas, que...

Nuria me estira del brazo.

—¿Por qué no los dejamos y que hablen de sus negocios? Tengo algo que comentarte en

relación con tu abuelo. Además, ¿te has fijado en las vistas? ¡Ven, ven! Es impresionante. Se ve toda Barcelona.

Nuria me aparta de su hermana, Mathieu y Lucas. Me lleva hacia la barandilla, desde donde se divisa a la perfección el tráfico nocturno en el Paseo de Gracia: líneas rojas o blancas, según en qué dirección mires.

La vista es, sin duda, espectacular, pero no paro de echar miradas por el rabillo del ojo hacia Lucas, que acaba de caer en un nido de serpientes sin saberlo. Si lo que dijo Randall es verdad, es muy posible que Thaïs esté a punto de tenderle sus redes de tarántula. Claro que Randall tampoco es la persona más fiable del mundo. Por primera vez, me alegro de ello.

—Te has buscado un marido muy guapo —dice Nuria, mientras llama a un camarero para que nos cambie las copas por otras llenas—. Justo me lo estaba diciendo mi hermana cuando os vio entrar. Y Thaïs tiene muy buen gusto.

—Eso dicen... —contesto vagamente.

Observo de reojo a Mathieu, que siempre ha sido encantador conmigo, pero definitivamente no es ningún Adonis.

—Seguro que mi hermana le podría conseguir a Lucas un contrato discográfico de infarto —dice Nuria—. A Los Chantilly les cambió la vida. ¿Los conoces? —Asiento. Todo el mundo ha oído hablar de Los Chantilly, incluso la gente que se pasa el día encerrada en la oficina, como yo. Nuria agita la mano, satisfecha—. Mi hermana es muy buena en lo suyo. Y, por cierto, ayer hablé con tu abuelo. Se sorprendió mucho al saber lo de tu boda. No sabía nada.

—No solemos hablar mucho —me defiendo—. En realidad, no lo he visto desde que mis padres fallecieron.

Mis padres evitaban al abuelo, y con razón: es un viejo cascarrabias propenso a los ataques de mal genio y a criticar las decisiones vitales de la gente. Hasta mi abuela huyó de él en cuanto se le presentó la ocasión.

—Sí, eso me dijo... —Nuria se muerde el labio, rojo y terso como una manzana—. En fin, que se alegró mucho por ti y dijo que, si quieres, podría prestarte las llaves de la masía antes para que vayas a verla. —Alza el rostro y me estudia con ojos entrecerrados—. Si te apetece, claro. Sin ningún compromiso.

—Pues... ¡la verdad es que me encantaría! —digo, sin poder ocultar la emoción en mi voz.

—¿Qué tal este fin de semana? —me dice Nuria con tono casual, mientras se rasca el lunar de la barbilla con unas uñas rojísimas y puntiagudas—. Tráete a Lucas. Podríamos comer juntos.

—Yo estoy libre el domingo —se ofrece Thaïs con absoluto altruismo, acercándose por detrás—. ¿Puedo acompañaros?

—Uf, dudo que Lucas pueda —digo, echándole una mirada a Lucas, que sigue charlando animadamente con Mathieu—. Siempre está tocando, componiendo... nunca para, el pobre.

Nuria asiente.

—Artistas —dice con tono comprensivo—. Thaïs es igual. Siempre con sus grupos, de aquí para allá. Te acostumbrarás, supongo. —*¿Es ironía eso que escucho?*—. Bien, entonces podemos ir tú y yo solas, si quieres. No hace falta que venga Lucas; no estará tu abuelo. Si no tienes coche, puedo llevarte en el mío.

—Eso sería genial —contesto—. No tengo carnet. En Londres nunca me hizo falta.

Lucas y los demás se acercan, y noto que lleva una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal, cariño? —me dice—. ¿Necesitas más champán?

Ya no sé ni cuántas copas llevo, pero asiento con fervor. Luego me lo pienso mejor. Me voy a matar bajando con los tacones.

—Preferiría agua, gracias —digo cambiando de idea—. Iré yo misma a buscar un vaso, y luego nos vamos...

—No, espera. —Lucas me detiene y señala al ingeniero y a su mujer, a la que lleva agarrada del brazo como si temiera que se esté a punto de escaparse—. Mathieu nos acaba de invitar a una barbacoa en su casa, el domingo que viene. ¿A que es genial?

Maldigo entre dientes, pero me esfuerzo por parecer contentísima.

—Vaya, qué detalle —digo—. Aunque no creo que podamos ir. Le prometí a Derek que terminaría los planos de emplazamiento del auditorio, y...

—Venga, que le den al idiota de Derek —dice Mathieu, sacudiendo una mano con aire despectivo—. Si tiene alguna queja, que me la presente a mí. ¡El domingo es el día del Señor, por todos los diablos! Y Derek me debe tropecientos favores.

—Ya, bueno, si es el día del Señor...

—Nos encantaría conocer mejor a Lucas —insiste Mathieu—. Y así nos contáis más sobre el disco que quiere grabar.

Cuando por fin salimos de la fiesta me siento como si hubiera envejecido catorce años en una sola noche. Esto no se arregla ni con todo el bote de crema.

—¿Compartimos el taxi? —le ofrezco a Lucas.

Él niega con la cabeza. Sacudo la mano para parar a uno que viene con luz verde, y el conductor se para unos metros más adelante.

—No, sería una tontería. Mi casa está muy lejos, y tú vives aquí al lado.

—No es molestia —insisto—. No me apetece ir andando, y no tengo sueño. Pasaremos primero por la tuya. Y de paso me dices el título de alguna canción tuya, para que no quede mal la próxima vez que veamos a tu agente...

Él sonríe.

—No es mi agente todavía. Pero te lo agradezco un montón. Ha sido una pasada. Gracias por presentarme a Mathieu y a Thaïs, en serio. Me dan buen *feeling*.

Parece dudar un momento; lo suficiente para darme cuenta de que realmente me apetece compartir este viaje con él, y, para qué mentir, también tengo algo de curiosidad por descubrir dónde vive.

—Bueno, conectarte con ellos era parte del trato. ¿Seguro que no quieres venir, entonces?

—No, de verdad —dice, metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Me apetece caminar. Pensar. —Levanta el rostro, y sus ojos verdosos se iluminan de nuevo, igual que cuando estábamos en la azotea—. Por cierto, Thaïs dice que vendrá a verme tocar pasado mañana. Actúo en un bar del Born.

—Oh. Seguro que...

Seguro que sus intenciones son puramente profesionales, pienso con sarcasmo. Pero luego lo miro y tomo aire. Me recuerdo a mí misma que no es mi marido de verdad, y que todo esto es un contrato. Un intercambio comercial.

—Seguro que lo harás genial —respondo, y me subo al taxi con prisa, azuzada por un pitido del conductor, que amenaza con irse sin mí.

El taxi arranca y pone el intermitente para unirse al espeso y colorido tráfico de

Barcelona. Miro por la ventanilla y veo a Lucas caminar hacia el metro con aire pausado y silbando. Admiro su espalda mientras se aleja, y me digo que posiblemente fuera el hombre menos elegante en esa terraza llena de pijos, pero también el más atractivo y auténtico, con diferencia.

Suspiro y le doy al taxista mi dirección mientras me quito los zapatos de tacón a escondidas, por debajo del asiento trasero.

Llegamos a mi casa en menos de diez minutos, y al meter la llave en la cerradura escucho la voz de Doña Montse, abriendo la puerta a toda prisa.

—¡Oye, preciosa! —me llama con su tono habitual de cotilleo—. Esta mañana ha venido un señor preguntando por ti.

Recuerdo la escena que espí a través del balcón, y, para mi sorpresa, me alegro al ver que tanto ella como su gato han sobrevivido sin secuelas.

—¿Por mí? —pregunto—. ¿Qué quería?

—Pues era un chico muy educado. Se llama Jorge, y dice que está revisando las instalaciones de gas. Al parecer, este edificio es muy peligroso. Podríamos volar por los aires en cualquier momento.

Me doy la vuelta, incrédula. Bien, es posible que la finca sea antigua, pero eso suena un pelín exagerado. Ella agita la cabeza, convencida, y su moño gris con reflejos violetas se tambalea.

—Eso no puede ser —le digo, todavía con la llave en la mano—. Normalmente se hacen revisiones periódicas mucho antes de que ocurran accidentes tan graves.

—Pues no sé. Dijo que alguien lo había avisado porque olía mucho a gas. ¿Entonces no lo llamaste tú, nena?

—No, yo no he llamado a nadie —respondo, mientras todas mis alarmas internas empiezan a sonar—. No he encendido los hornillos desde que llegué. Lo máximo que cocino en casa son tostadas.

Me mira y chasquea la lengua, y me arrepiento de mi confesión porque sé que mañana por la mañana la voy a tener en la puerta con una olla a rebosar de lentejas con chorizo.

—No te preocupes, guapa. Jorge dijo que volvería. Llamé a mi hija para avisarla del peligro, y dice que intentará pasarse a verme. —Doña Montse sonríe, ilusionada, aunque algo me dice que su hija encontrará la manera de no venir—. Por cierto, le di tus horarios al del gas, para que sepa cuándo encontrarte en casa.

—¿Le dio mis horarios? —repito, escandalizada.

—Claro, cariño. Tengo una tabla con los horarios de todos los vecinos. No solo los tuyos. Alguien tiene que preocuparse por el bienestar de la comunidad, ¿no?

Alucinante.

Entro en casa sintiendo que el día ha sido demasiado largo. No puedo creer que Nuria haya anunciado mi matrimonio delante de todos. No puedo soportar la idea de una barbacoa en la misma casa donde vive su víbora gemela, Thaïs. Y encima mi vecina vigila mis entradas y salidas como si tuviera trece años.

Cierro la puerta y me dejo caer en el sofá.

Intento relajarme, pensando en la masía. Dentro de unos días tendré las llaves en la mano. Volveré a pisar esos suelos de piedra de mi niñez. Volveré a aspirar el aire campestre, a escuchar el rumor del agua en el arroyo lejano...

Y podré reformarla desde los cimientos para convertirla en una máquina de hacer dinero.

Eso es lo único que debería importarme ahora. Bueno, eso y el hecho de que Mathieu me

ayudará a devolverle el favor a Lucas. Bueno, Mathieu... o, mejor dicho, Thaïs. ¿Qué más dará? Lo importante es que ya no estaré en deuda con Lucas. El resto debería darme absolutamente igual.

El gato de la vecina se me sube al regazo y ronronea, hecho una bola. Estoy demasiado cansada para echarlo. Cierro los ojos y acaricio a Risueño, adormilada por el sonido de la tele. Su pelaje es suave y calentito, y pasar los dedos por él es lo más relajante que he hecho en todo el día.

Cierro los ojos y resurge el recuerdo de Lucas, caminando hacia el metro, silbando una melodía. Pero en mi fantasía adormilada, él se detiene. Se da la vuelta y sonríe. Sonríe con tal alegría que la noche entera se ilumina, haciendo destellar los azulejos iridiscentes de la Casa Batlló. Entonces bajo del taxi, como en las películas, y echo a correr hacia él con los brazos abiertos.

El gato me muerde la mano y despierto. Le he rascado donde no debía, al parecer.

En el teléfono hay un mensaje de Derek, y por un instante pienso que quiere felicitarme por mi supuesto matrimonio. Lo abro, y me quedo más tranquila cuando veo que es solo Derek siendo Derek:

«Te has ido sin despedirte del concejal. Que no vuelva a repetirse.»

Cuaderno de notas de Lucas

*Tienes reglas para todo,
Medidas que no se desvían.*

*Pero yo, con mi guitarra,
Tu orden desmontaría...*

10

Lucas

Nervioso, ¿yo? No, claro que no.

Por supuesto que no estoy nervioso mientras sostengo esta tarjeta de visita negra con letras de color fucsia en relieve.

Solo contiene un nombre.

No es justamente Piotr Kowalski, “El Mago de Varsovia” con el que llevo años soñando, pero es la segunda mejor opción después de él en toda Europa, y se encuentra aquí, al alcance de mi mano.

Ese nombre puede cambiar mi vida: es Thaïs Aguilar, una de las agentes más influyentes del panorama musical. Es el tipo de persona que, con una sola llamada, puede hacer que todo lo que sueñas deje de ser un sueño: la mujer que sacó a Los Chantilly de un garaje de mala muerte en Castelldefels y los plantó en el O2 Arena de Londres delante de veinte mil personas.

Y va a venir a verme a un bar diminuto del Born, una coctelería en una calle peatonal donde, normalmente, toco entre semana a las siete de la tarde para un público de once personas, y eso contando a los camareros, que son los únicos que tararean las melodías y solo porque están hartos de escucharlas.

Hoy es un poco mejor: toco a primera hora, justo antes de Álvaro Saavedra, un tipo semifamoso que posiblemente atraiga bastante más de público. Particularmente ahora que ha empezado a salir con una *influencer* de esas que prueban cremas raras.

No, no estoy nervioso, para nada.

Me miro en el espejo mientras me arreglo la barba. Amaya prometió que vendría para apoyarme, pero, a última hora la ha llamado La Chica de Oro y me ha dejado plantado. Así que voy solo. Pero mejor así. Si hago el ridículo, que al menos lo vea poca gente. Poca gente *que me conozca en persona*, añado.

La sala ni siquiera tiene escenario; es más bien una pequeña tarima instalada al fondo. Llego pronto y me ajusto la guitarra.

—¿Ese es Álvaro Saavedra? —pregunta una chica a su amiga, señalándome.

Suena decepcionada.

—No sé —contesta la otra con mala cara—. Pensaba que tenía el pelo largo y negro. Y me lo imaginaba más alto, más guapo.

Vaya, gracias por el cálido recibimiento.

Me acerco al micrófono, sintiéndome como una gota en el océano, y le doy un par de golpecitos para probarlo. Ese sonido hueco me reconforta. Siempre es el mismo, y suena a principio de concierto.

—Probando, probando.

La gente, como siempre, me ignora y sigue con sus cosas. Para ellos soy como una grabación robótica. Como el hilo musical de los restaurantes. Como la tele de fondo en casa de mi abuela.

Thaïs no ha llegado, pero ya son las siete. El dueño se acerca y me hace un gesto.

—Tienes que empezar, o retrasarás la actuación de Álvaro —me susurra desde abajo.

Asiento. Tomo aire.

—Buenas tardes —saludo, aunque nadie me mira con gran interés—. Me llamo Lucas García, y voy a tocar mi canción preferida. Se titula *Las curvas del camino*.

Cuando empiezo a tocar soy un flan de nervios. La gente sigue charlando, mirando sus móviles, pidiendo bebidas. Hay bolsos en las sillas, seguramente porque están guardando el sitio a sus amigos para cuando llegue el cantante “de verdad”. Pero yo canto y lo doy todo, como siempre. Cierro los ojos.

«*Lo que importa es el paso,
lo que importa es sentir.
Cada curva, cada giro,
siente el mundo, vibra en ti...*»

Ahora sí, estoy fluyendo con mi canción. Me siento como un pez en el agua, sumergido en mi elemento, nadando entre las notas...

¡*Plink!*

Se me rompe una cuerda y, por primera vez, la gente me mira. ¿En serio? Es como cuando un niño se duerme en el coche, y al apagarse el ruido del motor frente a casa, se despierta de golpe. De pronto, todos los ojos están fijos en mí, y entre ellos distingo los de Thaïs.

La agente artística acaba de llegar, justo a tiempo de verme hacer el ridículo. Se sienta, deja su bolsito de charol sobre la mesa y llama a un camarero con la mano. No me mira, pero... ¡ha venido! Ha venido. Eso es bueno. O lo sería, si no estuviera petrificado encima del escenario y con una cuerda rota. Me acerco al micrófono y sonrío.

—¿Alguien tiene una cuerda de repuesto? —bromeo, y le saco una carcajada al público.

Ya lo decía mi exnovia, Lucrecia: *para cantautor no valgo, pero para payaso...* pensando en ella, me viene otra tontería a la mente:

—Si es que las cuerdas de guitarra son como las ex... —digo, acercándome al micrófono con tono de confidencia. Ahora sí, todos me están prestando atención, casi conteniendo la respiración—. ¡Siempre rompen en el peor momento!

Hacerlos reír otra vez los hace míos de golpe, y siento una oleada de felicidad que me sube por el pecho.

Comienzo a tocar de nuevo, una versión ligeramente diferente, improvisada.

—Pero ya sabéis... —digo entre acordes. Empiezo hablando, y poco a poco comienzo a cantar de nuevo, mientras ellos me siguen, atentos—: *Lo que importa es el viaje, lo que importa es caminar...*

Cuando mi actuación termina, tengo a un par de chicas coreando en primera fila:

«*Al final del camino
no está tu destino,
al final del camino
está solo el final.*»

Me aplauden y los ojos se me llenan de lágrimas. La sala se ha llenado por completo; es hora de que empiece el cantante principal. Bajo de la tarima, aunque ya nadie me mira porque están pendientes de la entrada de Álvaro (o, mejor dicho, de su novia). Thaïs me saluda con una inclinación de cabeza y señala hacia la salida.

Voy al baño a refrescarme, sintiéndome una hormiga en comparación con el siguiente artista. Nadie me reconoce. Pero no importa. Algún día, la gente vendrá a verme a mí. Estoy

seguro.

Al salir del baño, Thaïs me espera junto a la puerta, de pie.

—Has estado muy bien, Lucas —comienza, con tono neutral pero firme—. Creo que *Las Curvas del Camino* tiene algo especial.

Sus palabras me emocionan tanto que no puedo ni contestar. La sigo a la terraza exterior, donde las mesas están a rebosar.

—Aunque me pregunto si no deberíamos cambiarte el nombre —continúa mientras aún me estoy reponiendo—. García es muy poco memorable. ¿Qué te parece Watson? ¿O algo más exótico, como... Bakaluba?

¿De dónde ha sacado eso?

—Como tú quieras. Tú eres la experta —respondo, algo desconcertado.

Si Thaïs Aguilar quiere que me llame Lucas Bakaluba, lo haré. Incluso si me pide que me llame Lucas Pato estaré de acuerdo. Haré lo que haga falta. No pienso perder la oportunidad de mi vida.

—Gracias por la confianza, Lucas —me dice, mordiéndose un labio tan rojo y carnoso que no parece humano—. Me alegra que confíes en mi criterio, porque quería sugerirte un par de cosillas más. Pero quizás deberíamos hablarlo con calma, en un sitio más tranquilo. Esto se está llenando.

Tiene razón. Cada vez llega más gente y se están apelotonando junto a la entrada, cerca de nosotros. Pero ahora no puedo quedarme tranquilo. Necesito saber qué más quiere proponerme.

—Sí, claro... pero dime... ¿qué más cambiarías, exactamente? Me muero de curiosidad por saberlo.

—Ah, no te preocupes. Nada importante. Sería solo modificar un poco la letra. La melodía está bien. —Mira a su alrededor, como buscando la manera de apartarnos de la creciente multitud—. Deberíamos pensar en algo más fresco y original, más sexi, algo que vuelva locas a las chicas, ¿me entiendes? Creo que deberíamos cambiar el título. ¿Algo como... *Las curvas de tus caderas*? —Se muerde el labio por segunda vez, y me pregunto si es un tic o se está insinuando—. Sí. Eso haremos. *Las curvas de tus caderas* suena mucho mejor.

—¿Perdón?

No entiendo nada. ¿Quiere cambiarlo todo? ¿Absolutamente todo?

—Pero... ¿te ha gustado?

Ya sé que es la pregunta que haría un pringado sin un ápice de profesionalidad, pero eso es básicamente la definición de Lucas García en la Wikipedia de los Don Nadie (¿Nadiepedia?). Y yo ya no puedo soportar la intriga.

—Sí, por supuesto, te los has metido en el bolsillo —Thaïs continúa, atusándose la larga melena negra y lisa—. Pero en vez de hablar tanto de la vida, que parece un discurso de Platón, lo cambiaríamos por algo más fresco. Por ejemplo: “*Deja que te haga temblar, tus curvas me vuelven loco, mueve tu culito para mí...*”

Trago saliva, confundido.

—Eh... ¿Culito?

No pienso decir *culito*.

Mi madre me deshereda.

Y mis amigos se troncharían de risa.

—Ya, entiendo por dónde vas —digo con cautela, esquivando a una mujer que intenta empujarme—. Pero no sé si es el mensaje que yo quiero transmitir. Esta es una canción que

nació en un momento de oscuridad personal, y...

Thaïs se muerde el dedo y luego me lo pone sobre los labios para hacerme callar. Me toca los labios y puedo sentir el sabor sintético de su carmín, mientras una multitud nos abraza por todos los lados y un buzón se me clava en los riñones. Esto es raro. Muy, muy raro. Luego levanta el enorme vaso de plástico que ha sacado del local, que contiene un líquido transparente con hielo picado y hojas verdes. Da un paso torpe y se tropieza con la esquina de una mesa de la terraza, tambaleándose. No se cae solo porque hay cien mil personas por metro cuadrado de acera.

—¡Tú déjalo en mis manos! —grita por encima de la gente, buscando un hueco para salir y tirando de mi brazo—. ¡Va a ser espectacular! Será el primer sencillo del álbum. Te pondremos dos coristas. Guapas, con escote. Gemelas, si puede ser. —Se gira, y sus ojos dejan claro que las gemelas son más sexis que la gente normal, según su criterio—. Así vendrán también los chicos.

No tengo ni idea de lo que está diciendo. Me parece que está un poco piripí, pero no me da tiempo de preguntárselo porque se acaba de formar un revuelo a nuestro alrededor. Diría que la novia de Álvaro Saavedra acaba de hacer su aparición.

—¿Probaste la crema de algas putrefactas? —grita alguien, en alguna parte—. ¿Para cuándo un directo sobre el sérum booster de tripas de rana?

Sí, tiene que ser ella.

Thaïs me arrastra fuera del gentío sin parar de hablar, y solo entonces aterrizo y comprendo lo que está diciendo.

—¿Álbum? —repito, sintiendo cómo las palabras me atraviesan como un rayo.

¿De verdad piensa en grabar un álbum? ¿Conmigo? ¿Así, tan rápido?

Esto es tan raro como proponerle matrimonio a alguien que acabas de conocer. Aunque, ahora que lo pienso...

—Sí —añade Thaïs, sonriente—. Esto es solo el comienzo. Grabaremos en Nueva York, creo que la calidad resultará mejor. En cuanto me presentes la maqueta modificada, empezaré a hacer llamadas, y nos pondremos en contacto con los *Metropolitan Sound Studios* para comenzar los preparativos.

Estoy completamente aturdido. ¡Un álbum! ¡En el Metropolitan Sound Studios!

¡Waaaaaaa!

Nos abrimos paso como podemos a través de la enorme masa de gente, que se empuja y hace cola para entrar. El pobre portero no da abasto.

—Lucas, ¿entonces vienes conmigo a tomar algo? —me pregunta Thaïs cuando por fin conseguimos apartarnos a la acera opuesta.

Me encantaría hablar de mi álbum, pero creo que Thaïs ha bebido demasiado, y todavía tengo el sabor de su pintalabios en la boca. No. Seré un pringado amateur, pero hasta yo soy capaz de ver que no es una decisión inteligente.

—Eh... no, tengo que ir a casa. Mañana trabajo.

—No seas tan serio —me dice juguetona—. Vamos a tomar una copa y escribimos la nueva versión de *Las curvas de tus caderas*. —Se acaricia los costados en un movimiento muy poco sutil, que ratifica mi decisión de dejarlo para mañana—. Hay un hotelito boutique aquí cerca. Los mojitos del bar son de escándalo. Y también te los suben a la habitación, si prefieres que hablemos con más calma.

Noto cómo el calor me sube por el cuello. Thaïs me mira con una extraña mezcla de diversión y deseo y me está poniendo nervioso.

¿Serán imaginaciones mías?

¿Esto es el procedimiento normal en este tipo de negocios?

¿Por qué no me invita a su oficina, o algo por el estilo?

Es la primera vez que alguien importante del gremio me presta atención, y no quiero fastidiarla. ¿Y si solo quiere hablar en un sitio más tranquilo, y estropeo mi oportunidad? Sé que a veces soy un poco fantasioso. Tampoco ayuda que no haya estado con ninguna chica desde lo de Lucrecia. Y de eso hace meses. *Meses*.

—Oye, Thaïs, ¿y si hablamos el domingo? —le digo, desesperado—. Nos veremos en la barbacoa. Me encantaría discutir lo del álbum, pero esta noche estoy hecho polvo, y mañana madrugo. —Trato de alejarme con una sonrisa forzada. Luego añado—: Emma debe de estar preocupada. Debería llamarle.

—Vamos, Lucas, no seas tímido —susurra, inclinándose hacia mí—. Mi hermana ya me ha contado lo de vuestro “matrimonio”. Conmigo puedes ser sincero. Es más, lo preferiría, si vamos a hacer negocios juntos.

Me quedo helado y miro a mi alrededor, buscando una vía de escape. ¿Qué le ha contado exactamente su hermana?

Sea como sea, Thaïs es mi única oportunidad, y es una oportunidad muy buena. Creo que esa cosa que está bebiendo no le sienta nada bien, y preferiría verla otro día, cuando esté un poco más sobria.

La gente se apelotona contra la puerta. Cojo carrerilla.

—Thaïs, yo... de verdad tengo que irme. Mi esposa me espera.

—Sí, claro. —ríe, señalando mi anillo verde fluorescente.

Me abraza y me planta un beso, que debería de haber aterrizado en mi mejilla, pero cae demasiado cerca de mis labios y dura varios segundos más de lo políticamente correcto.

La tensión es palpable, y justo cuando pienso que las cosas no pueden ponerse peor, los flashes de las cámaras nos iluminan.

—¡Sandra! ¡Sandra! ¡Un autógrafo! —grita alguien por detrás de nosotros—. ¿Es verdad que estás saliendo con Álvaro Saavedra? ¿Qué opinas de sus fotos con Meline Grandtetais en Marbella?

Suspiro. Por un instante pensé que me habían sacado una foto con Thaïs, pero luego comprendo que los paparazzi han encontrado a la novia del cantante principal. Qué tonto. ¿Quién iba a querer ver una foto *mía* en la prensa?

Aprovecho la distracción para apartarme de Thaïs y levantar mi mano, mostrando el anillo como si fuera el escudo mágico de Gandalf cuando luchaba contra el Balrog.

—Nos vemos en la barbacoa, Thaïs. ¡Muchísimas gracias por venir! Y saluda a Mathieu de mi parte.

Ella me lanza una mirada cargada de sensualidad frustrada antes de alejarse, y su minifalda se levanta un poco al girarse. No se molesta ni en sujetarla. Qué tía más *jartible*, como diría mi madre.

Me alejo de la barahúnda y respiro aliviado. Empiezo a caminar hacia la boca de metro más próxima, tratando de ordenar mis pensamientos. Pero cuando salgo de la calle peatonal, algo detiene mis pasos. Un taxi está parado junto a la acera, con la luz apagada. Mi corazón se detiene al instante cuando reconozco a la persona sentada en el asiento trasero.

Emma.

Me está mirando, sus ojos llenos de confusión y dolor. ¿Ha venido al concierto? ¿Me habrá visto con Thaïs? Trato de llamarla, de explicarle, aunque en el fondo sé que no le debo nada.

Pero ella solo sacude la cabeza. Antes de que pueda decir nada, el taxi arranca y se marcha.

Se me cae el alma a los pies.

Pero eso ya no importa. Emma se ha ido.



Lista de tareas de Emma:

- Ir con Nuria a la masía.
- No asesinar a su hermana.

Emma

Es sábado por la mañana, y tengo una cita con Nuria para ir a ver la masía. Si consigo estirar este rizo rebelde, claro. Antes por poco me lo arranco.

Debería de estar contenta. Ayer me comunicaron que nuestro proyecto ha quedado entre los tres finalistas, y estoy un poco más cerca de mi ascenso.

Pero, entonces, ¿por qué estoy de tan mal humor?

Me he levantado con mal pie.

Seguro que no tiene nada que ver con el concierto de Lucas en el Born.

Para nada.

Pero bueno, eso me pasa por presentarme sin avisar y cotillear desde la última fila.

Cualquiera diría que me estoy convirtiendo en doña Montse. Dentro de nada adoptaré un gato sarnoso y crearé un fichero en Excel con los horarios del resto de vecinos.

Pero también seré una arquitecta de prestigio y apareceré en el *Architectural Digest* y en la revista *Detail*, y mi cara saldrá en la esquina de un reportaje con páginas dobles Y DESPLEGABLES que mostrará fotos artísticas de mi obra, junto con detalles arquitectónicos increíblemente complejos a escala 1:20. Aunque espero que esos no los dibuje Mario. La última vez que lo vi estaba lanzando bolas de papel chupado con un boli BIC sin mina.

En fin. Tengo mil razones para estar feliz, y no sé por qué fui anoche al concierto de Lucas. Mathieu me comentó dónde era, y al salir del trabajo me venía de paso... más o menos de paso.

Para acabar de arreglarme la mañana, llega un mensaje de Caterina:

«¿Qué tal el concierto de tu “marido”?»

Me lo pienso antes de contestar. ¿Qué le digo? Realmente, el concierto fue bueno. Me gustó. Tiene carisma, tiene algo especial. Hizo reír al público, supo salir del paso con soltura, y además su canción era poética, romántica y profunda. Como una casa de Gaudí. Como mi mala leche en este momento.

Pero luego Thaïs se le echó encima, y los vi besarse desde el otro lado de la calle, cuando iba hacia el taxi.

«Estuvo bien. Pasable.», respondo, y contraataco. *«¿Qué tal tú con Christian?»*

«Vale, ya veo que te encantó. Lo suponía. Los músicos suelen ser irresistibles. Pero mal partido. Ya te dije que no fueras. Nunca me haces caso. En cuanto a Christian, prefiero no hablar de eso.»

Vaya tontería. Lucas, definitivamente, no es “irresistible”, ni de lejos. Solo es mi marido falso de quita y pon. Mi escalón para alcanzar un objetivo. Puede que cante bien, que tenga mucho desparramo y unos ojos verdes de otro planeta, pero eso es todo. Nada más.

Desengancho a Risueño de las mosquiteras del baño (piensa que es el Hombre Araña. ¿El gato araña?) y luego intento domar mi flequillo con el secador, pero todavía no está dispuesto a cooperar. Por la ventana veo un uniforme naranja, y juraría que es otra vez el tipo del

gas. ¿Qué hace aquí otra vez? ¿También trabajan los sábados?

Antes de marcharme, me agacho junto a la foto de Alexander en la repisa del recibidor:

—No te imaginas a dónde voy hoy, hermanito —le digo—. Ojalá pudieras venir conmigo. Era uno de tus lugares preferidos.

Me beso el dedo y después lo paso por el cristal del marco. Luego salgo y bajo por las escaleras para hacer un poco de ejercicio, aprovechando que hoy no necesito llevar tacones. Me planto junto a un paso de peatones y espero a que Nuria venga a recogerme.

Pero no aparece Nuria.

El semáforo se pone en verde y se acerca un coche de esos que se alquilan por horas en Barcelona. Uno pequeñito, de color azul brillante con letras verdes.

Me quedo perpleja al ver que es Lucas, y no Nuria, quien baja la ventanilla.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que vendría Nuria a buscarme.

Lucas me lanza una mirada de disculpa mientras apaga el motor del coche.

—Cambio de planes. La abogada me escribió diciendo que tenía una migraña de campeonato.

—¿Te escribió a ti? —repito, confundida.

—Bueno, soy tu marido, supuestamente vivimos juntos, así que da igual, ¿no? La gente casada suele comunicarse y eso —dice encogiéndose de hombros, y una greña se le mete en los ojos verdosos.

—Era una prueba. Estoy segura. ¡Malditas hermanas Aguilar!

—Pues, si lo era, la hemos superado, como puedes ver —dice satisfecho y me guiña el ojo—. En fin, que he pasado por su casa, me ha dado las llaves y me ha dicho que vayamos nosotros solos. Por cierto, quiere que le mandemos un selfi desde allí, para imprimírselo a tu abuelo.

Suelto un bufido mientras me pongo el cinturón. El coche es más pequeño de lo que pensaba, apenas cabemos los dos sin rozarnos, y el aire huele a una mezcla de ambientador barato y algo que reconozco vagamente como... ¿setas Shiitake?

—Vale —digo, acomodándome en el asiento. Intento ser amable, pero la imagen de Lucas y Thaïs sigue rebotando en mi cabeza.

Boing, boing, boing.

Nos ponemos en marcha. Lucas conduce con delicadeza, pero el silencio que sigue es más incómodo que las primeras citas en las apps de ligues.

Lucas rompe el hielo, o lo intenta.

—Oye, sobre lo de anoche...

Vale. O sea que sabe que los vi.

—Lo que tú hagas en tu tiempo libre no es asunto mío, siempre que seas discreto —lo corto, sin poder ocultar mi mal humor. Me pongo tensa, como si se hubiera colado una piedra en mi zapato y no pudiera deshacerme de ella—. Pero, sinceramente, podrías haber elegido a otra. ¿La hermana de Nuria? ¿La abogada de mi abuelo? ¿Es que estás tratando de arruinar mi herencia? —Me lanza una mirada rápida, escandalizada, pero yo sigo—. Solo te pedí que fingieras durante un par de meses. Si quieres morrearte con las fans en tus conciertos, adelante. Pero, en serio, hay cientos de chicas, ¿por qué tenía que ser justo Thaïs?

Lucas resopla y se pasa una mano por el pelo, claramente agobiado.

—Ya te he dicho que no hice nada. Thaïs es una pesada, me acosaba. Anoche me acorraló contra un buzón y no sabía qué hacer, porque obviamente, no quería ofenderla. Fue todo muy raro. Te lo juro.

Yo cruzo los brazos, mirando por la ventana. Empiezo a notar cómo dejamos atrás el centro de Barcelona y el tráfico constante, y poco a poco, la ciudad comienza a abrirse a algo más verde, más fresco. El cemento cede el paso a pequeñas zonas verdes, y después, a colinas que empiezan a formar parte del paisaje.

—Lo siento. Sabes que mi futuro depende de ella —dice quedamente—. Pero te aseguro que yo no empecé nada de eso. Es más, le paré los pies porque no me parecía correcto.

—Lo que tú digas —murmuro, pero el enfado empieza a diluirse, aunque no quiero que se note.

Pasamos por autopistas que cortan colinas llenas de olivos y pinos. Barcelona se convierte en un punto lejano en el retrovisor, y el aire que entra por las rejillas se nota más limpio, más claro. Las montañas asoman en el horizonte, imponentes pero tranquilas, y por un segundo, olvido que estoy cabreada.

Lucas y yo no hablamos mucho más durante el trayecto. El paisaje poco a poco nos absorbe, y aunque el silencio no es exactamente cómodo, al menos ya no es la cuenta atrás de una explosión atómica. Una tregua silenciosa surge entre nosotros.

Me vuelvo hacia él, aún sin saber bien qué pensar. Lucas no es del todo desagradable, y eso me irrita más. Es guapo, simpático en los buenos momentos, y, lo peor, tiene un humor que me hace sonreír cuando no debería.

Pienso en el chiste de la cuerda rota, y tengo que taparme la cara para que no vea que me estoy riendo sola.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta preocupado, pensando que tengo tos.

—Eh, sí —respondo—. Es que soy alérgica a... las ovejas.

El coche sigue rodando por el asfalto, y no hay ni una sola oveja a la vista. Maldita sea, en Inglaterra hay ovejas por todas partes, la campiña está literalmente forrada de ovejas como esas bolas blancas que corretean por el césped después de cepillar a un Samoyedo.

Me lanza una mirada rara, pero no hace comentarios. Al rato, Lucas da un giro y entramos en un camino de tierra y baches. Las ruedas levantan una ligera nube de polvo, y el sol parece haberse ocultado detrás de un mar de nubes grises.

—Estamos cerca —anuncia Lucas, señalando el GPS—. ¿Te suena que fuese por aquí?

No me suena para nada, pero la última vez que estuve allí era una niña, y conducía mi padre.

Pero entonces la veo.

Ahí está.

Frente a nosotros, en una explanada abierta, aparece la masía.

Está bastante diferente de lo que recordaba.

Las paredes de piedra están cubiertas de musgo y las enredaderas descuidadas han decidido reclamar el edificio de vuelta a la naturaleza. El tejado es un caos de tejas desiguales, algunas cayendo, otras inclinadas en ángulos imposibles. Las ventanas, antiguas y pequeñas, están cerradas por contraventanas de madera oscura, podridas en parte, caídas en su mayoría.

Es magnífica.

Histórica.

Y completamente ruínosa.

Cuaderno de notas de Lucas

A veces pienso que mi guitarra me entiende mejor que las personas.

Idea para estribillo:

«Se me rompió una cuerda, pero no el alma...»

Demasiado dramático, Lucas.

Coge ese rastrillo y empieza a desbrozar.

12

Lucas

Un muro semiderruido rodea la enorme parcela, rematado con una verja oxidada y una enorme puerta de hierro. Noto que Emma se pone nerviosa mientras intenta meter la llave en la cerradura y esta no entra. Juraría que quiere que le haga una foto para conmemorar el momento, pero seguro que le da demasiada vergüenza pedírmela.

No pasa nada. Yo ya se la estoy haciendo. La veo sonreír con la expresión de alguien que ha inaugurado ya unos cuantos edificios públicos, y me da un poco de risa. ¡Clic! Pero qué reguapa ha salido...

Emma intenta hacer que la llave gire, pero se le pone la cara roja del esfuerzo. Su rostro pálido cambia de color con una rapidez muy curiosa, casi entrañable. ¿Le hago otra foto por si acaso?

Está todo tan oxidado que nada se mueve. Intento ayudar y pongo mi mano sobre la suya. Ignoro su calidez y la suavidad de sus dedos, y tiramos juntos. Al final, la llave se rompe y se queda dentro.

—No pasa nada. ¿Saltamos? —propongo—. Con lo que nos ha costado llegar... Además, sospecho que vas a tener que comprar una verja nueva.

El muro no es muy alto, pero hasta ese momento no me había fijado en la falda por la rodilla que lleva Emma. Aparte de lo bajita que es. Diminuta. Desde su punto de vista, ese murete debe de parecer el Everest. Me agacho un poco para ponerme a su altura. El Everest no sé, pero La Gran Muralla China a su paso por Jinshanling, seguro.

—No esperaba tener que hacer alpinismo esta mañana —gruñe entre dientes.

Se encarama a los enormes pedruscos amarillentos, y su delicada ropa interior de encaje queda en primer plano frente a mi cara. Escucho un crac, y una enorme carrera aparece en sus medias de seda.

—¿Quieres que te empuje un poquito? —digo, tapándome la cara con una mano y empujándola de la cadera con la otra—. Te juro que no miro.

—¿Me lo juras? —pregunta con la mandíbula apretada.

—Por supuesto. Por mi honor de caballero.

Alza una ceja, dudando si alguien como yo puede tener algo parecido a eso (spoiler: no). Finalmente se da la vuelta para saltar, y yo aprovecho para echar otra ojeada rápida. Es una visión que podría inspirar dos o tres canciones sin despeinarme. Antes se inspiraban con musas etéreas en los campos de trigo, pero hoy día las puntillas de Victoria's Secret son mucho más efectivas.

—¡Oye! —protesta—. ¡Acabas de decir que no ibas a mirar!

No ni ná...

—No he especificado *qué* era lo que no iba a mirar... —respondo, y se me escapa una risa más descarada de lo que quisiera.

Salto tras ella, y al aterrizar le salpico la ropa con un poco de barro, pero esta vez no se queja. Creo que se ha dado por vencida. Esto es el salvaje oeste.

Observo por primera vez la vieja masía familiar, y no me cabe en la cabeza por qué alguien aceptaría a casarse conmigo para heredar... esto.

—Bastante... rústico, ¿no? —comento con una sonrisa torcida mientras me acerco al

enorme matorral seco que cubre la puerta. Comienzo a arrancar ramas.

Ella evita responder.

—Espera, ¿cómo decís vosotros, los arquitectos? —suelto los matojos, me enderezo y finjo atusarme las solapas de una chaqueta imaginaria—. “¡Tiene mucho potencial!”

Emma deja escapar una carcajada involuntaria que sacude su fachada estirada. Satisfecho, localizo un rastrillo abandonado entre la maleza y me pongo a desbrozar.

—¿De dónde has sacado esa frase? —dice con tono divertido—. No sabía que trabajases en mi empresa.

—Ah, no. Qué va. Pero consulté cientos de anuncios de pisos al llegar a Barcelona. Los agentes inmobiliarios usan el mismo vocabulario. Ya sabes: “ideal para parejas” significa “hay que entrar de perfil”, “buenas vistas” es “séptimo piso sin ascensor”, y “hazlo a tu gusto” es “se cae a cachos”.

Emma empieza a reírse a carcajadas, tanto que se dobla por la cintura. Nunca la había visto hacer eso.

—¿Y qué significa “propiedad a reformar”? —pregunta, jadeando de la risa.

—“Necesita reformas” es código para “llama a un exorcista”.

Resopla por la nariz, muerta de risa.

—¿“Con encanto”? —me reta, aunque ya le cuesta hablar y tiene lágrimas en los ojos.

—“El moho de las paredes tiene forma de mapamundi.”

Esta vez explotamos de la risa a la vez. Tengo que dejar a un lado el rastrillo, y me froto la frente con la manga.

—Espero que los huéspedes de tu futuro hotel no tengan que hacer esto cada vez que entren —digo, señalando la herramienta oxidada.

—No te preocupes —contesta, intentando recuperar la compostura—. Cuando termine con este lugar, lo denominarán “una joya por descubrir”.

—Traducción: “por descubrir, porque no hay dios que la encuentre entre los arbustos”.

Ella me lanza una ramita en represalia, y sacude la cabeza. El matorral cede al fin, solo para descubrir que la puerta principal también está atascada. Pero no es un problema muy grave, porque la madera cede con un crujido al primer empujón, y la sala principal de la casa se abre ante nosotros.

—Te has quedado sin puerta, pero la ventilación natural es muy sana —le digo.

El antiguo hogar de los Soler se muestra completamente destartado, con un enorme agujero en el techo por donde han entrado el sol, la lluvia y los pájaros, arruinando el interior por completo.

—Muy luminosa —comento, siguiendo con mi actuación.

—Madre mía. Este proyecto va a requerir más paciencia que un curso de yoga avanzado —dice Emma, sonando un poco abrumada.

—Seguro que te quedará genial —la animo, aunque, sinceramente, no tengo ni idea de cómo piensa arreglar esa casa en ruinas. Yo creo que lo mejor sería prenderle fuego, pero seguramente por eso no soy arquitecto.

—¡Oh, el suelo es de piedra, justo como lo recordaba! —exclama emocionada, y me pregunto si está viendo algo que yo no veo, porque bajo mis pies hay solo unos pedruscos montañoses que parecen sacados de una granja de ovejas. ¿No decía que era alérgica? Aquí solo falta un zurullo de vaca para completar el *look*. Desde luego, nada que ver con esa piedra bonita y pulida que se ve en las casas de los ricos. Pero bueno. Ella es la experta.

—Lucas... —dice, y le tiembla la voz con emoción pura, de esa que raramente la ves en

la gente, y menos aún en ella—. Ya puedo verlo. ¿Te imaginas? Ahí podría estar la recepción. Tendrá unos ventanales enormes. ¿Te imaginas la cara de la gente cuando entre con sus maletas? ¡La luz natural bañará cada rincón! Será como sumergirse en un oasis de paz en plena comarca del Moianés.

Desde luego, luz no le falta. Más que nada porque hay más agujero que techo. Pero elijo no decírselo.

—Mira... ahí podría haber un sofá de lino beige. Como en esas fotos de Pinterest, con lámparas de jaula y la chica sujetando una taza de té de menta en la mano, revisando correos mientras espera a su taxi...

—No veo muchos taxis por aquí, pero...

Pero ella no me escucha. Emma está cada vez más emocionada, y su rostro se ilumina con algo indescriptible y mágico. Corretea de un lado a otro, toqueteando los cierres de las ventanas y apartando telarañas como si no le importara estropear su precioso jersey de marca.

Llegamos hasta la cocina, o lo que queda de ella. Está en un rincón oscuro y mohoso, y hay una mancha negra en el techo, como si se hubiera incendiado alguna vez. El polvo me hace toser, y con el ruido crujen las delicadas vigas de madera carcomida.

—No respire muy fuerte —me advierte ella—. Peligro de derrumbe.

—Eso me tranquiliza mucho —comento, buscando la salida con la mirada.

Pero ella sigue hablando consigo misma, con una felicidad que la hace parecer más alta y más grande. Brilla con luz propia mientras murmura en voz baja:

—Vale, Emma, lo primero: un buen equipo de limpieza. O de derribo, mejor. Creo que empezaría por el tejado... Y luego hay que ver el estado de los muros de carga. Si los reforzamos, podría quitar esa pared para hacer la sala más abierta y luminosa. Quedaría una cafetería espectacular: rústica pero moderna a la vez. Y luego pulimos los suelos de piedra, porque sería una pena quitarlos. Los trozos que falten, los reemplazamos con mosaicos al estilo Gaudí. Y ahí, en esa parte donde es solo tierra batida podríamos poner traviesas de ferrocarril recicladas, y esas ventanas tendrán que ser más grandes. Las vigas... ¿de madera? Y podría poner una rueda de molino en el centro de la pared y... ¿un patio inglés lleno de plantas? ¿Qué te parece?

No tengo ni idea de lo que es un patio inglés, ni una lámpara de jaula, pero asiento, contagiado por su entusiasmo.

Me alejo un poco para observarla mejor, y un suave calor nace en la base de mi estómago al contemplarla así, en su elemento, consumida por la pasión por su trabajo y las fantasías de sus sueños cumpliéndose.

Cuando venía al Carpi Café, siempre la vi como una mujer hermosa, pero también inalcanzable.

Esta Emma, fantaseando entre ruinas, cubierta de polvo y telarañas y con las medias rotas, es una mujer humana, de carne y hueso, y burbujea de pura ilusión.

Y es completamente irresistible.

Se gira, todavía sonriendo, y sacude la cabeza.

—Esto es fantástico —dice con los ojos acuosos—. Gracias, Lucas. Si no fuera por ti, hoy no estaría aquí. Tu cooperación ha hecho que todo esto sea posible.

—No es nada... —digo, y me pregunto si es una buena idea abrazarla, aunque lo deseo con todas mis fuerzas.

Pero ella se da la vuelta y regresa al supuesto salón. Desde allí me llega su voz:

—Bueno. Unas semanas más y el abuelo firmará el cambio de nombre. ¡Y entonces podremos divorciarnos, Lucas! ¿No es maravilloso?

Emma

La visita a la masía, después de tantos años, me deja un sabor agridulce. Por un lado, esa casa enorme, de valor histórico incalculable y rodeada de naturaleza, es el lienzo en blanco que siempre he soñado para crear el proyecto que me lanzará al estrellato. Por otro, el Portal de Belén estaba en mejor estado que la actual masía Soler, y tenía menos paja por el suelo.

Sin saber por qué, cuando la dejo atrás y subo al coche siento una súbita melancolía al pensar que voy a emprender todo esto yo sola, pero enseguida me repongo pensando que así no tendré que discutir con nadie. Cuando vivía con Trevor, discutíamos por todo. Hasta la forma de poner el papel higiénico era motivo de conflicto; él se empeñaba en colocarlo de cara a la pared, lo cual todo el mundo sabe que es incorrecto.

Lucas conduce sin prisa por las carreteras secundarias; estas serpentean entre colinas verdes y redondeadas que yo ni siquiera recordaba que existían.

—Esta zona es más bonita de lo que imaginaba —comenta sin dejar de mirar al frente.

—¿No eres de aquí? —le pregunto.

—No, qué va. Mi familia es de un pueblo de Andalucía. Mis padres siguen allí, pero yo vine a probar suerte a Barcelona. No suelo salir mucho de la ciudad; casi siempre estoy trabajando en el Carpi Café para ahorrar. Y cuando no estoy trabajando, estoy componiendo o intentando que me dejen tocar en algún sitio.

Sonríe con esa sonrisa ilusionada que siempre le sale cuando habla de su música.

—Oye, ¿te apetece que paremos a comer? —le pregunto, ya que entre unas cosas y otras se ha hecho bastante tarde y tengo hambre.

—Si a ti te apetece... —dice, aunque parece poco convencido.

Me pregunto si estará ya aburrido de mi compañía; supongo que para alguien sin un apego emocional a esa casa eso no es más que un montón de piedras polvorientas.

O a lo mejor me guarda rencor por no comer con él el día de nuestra boda. Bien pensado, fue un poquito raro.

—Me suena que había un sitio muy casero por aquí cerca, nada más salir de la aldea —le digo—. Me llevaban mis padres cuando era pequeña. Mira, es por ahí.

Le señalo un cartel de madera en forma de flecha, con un rótulo pirograbado que solo dice: «*Fonda Lola*».

Giramos por un camino que sube la colina, bordeado de pinos, y que termina en un pequeño restaurante de porte modesto situado cerca de la cima.

Me alegra ver que todo sigue en el mismo sitio, aunque han renovado la entrada, que ahora está asfaltada y tiene plazas de aparcamiento dibujadas, y hasta un par de faroles y un cartel en el que se lee «*Mirador de la Lola*». Aparcamos bajo un olivo y Lucas me abre la puerta con una sorprendente caballerosidad.

—Vaya, al final sacaremos ese caballero anticuado que llevas dentro —le digo fingiendo sorpresa.

—Yo creo que ha sido la visita a la casa. Ha sido como un viaje en el tiempo —responde y luego pone cara de pillo—. ¿Cuándo la construyeron, en el paleolítico?

—Ja, ja, qué gracioso.

—Pues no sé, ¿entonces por qué lo llaman la Edad de Piedra?

Sacudo la mano y entro, para que no me vea reírme. Nos recibe el típico bar de pueblo con máquinas expendedoras de tabaco en la entrada y una barra de acero inoxidable con tortillas y croquetas detrás de una vitrina refrigerada. Al fondo se ve un comedor con columnas de piedra y mesas cuadradas, cubiertas con finísimos manteles de papel blanco y crujiente; solo un par de ellas están ocupadas, y todos los clientes parecen gente local.

Nos recibe una chica de mi edad con una libreta y un boli y, aunque parezca increíble, me reconoce de inmediato.

—¡Emma! —exclama—. Cuánto tiempo sin verte por aquí. Eres tú, ¿verdad? No has cambiado nada.

—¡Lolita! —la saludo, tratando de reconocer en ella los rasgos de aquella niña con trenzas que siempre estaba trepando por algún pino.

—¿Y este es tu novio? —dice ladeando la cabeza.

Nos miramos y luego se me escapa una risita ridícula, casi de adolescente.

—No, qué va. Es solo un amigo.

—Chófer. Hoy soy su chófer —me corrige Lucas, completamente serio.

—Sí, bueno, eso también. —Asiento—. Es que no sé conducir y se ofreció a llevarme.

—Anda. Pues yo tampoco sé... creo que acabo de olvidarme por completo —dice la chica con una sonrisa traviesa.

Justo entonces aparece su padre, que ha envejecido bastante; las arrugas enmarcan su rostro y los cabellos se le han vuelto canos, aunque no puede negar que es el mismo.

—Venga, Lolita, déjate de bromas y búscalas una buena mesa. Y tú, Emma, cuéntanos, ¿qué tal desde que os fuisteis a Londres? Os echamos de menos por el bar... ¿Qué te trae de nuevo por aquí?

—Pues probablemente heredaré la masía —le digo, sintiendo una súbita alegría y ganas de compartir las buenas noticias—. Es posible que a partir de ahora me veáis bastante por aquí, si todo va bien.

—¡Madre mía, qué maravilla! —dice Lolita—. En los últimos meses han pasado por aquí varios agentes inmobiliarios, y pensamos que ibais a venderla. Decían las malas lenguas que el señor Soler había fallecido y ahora iban a hacer un hotel de lujo o no sé qué. Y, la verdad, nos pusimos bastante tristes. No nos gustaría que cayera en manos de algún forastero codicioso, que le quitase el alma y la esencia a este pueblo, ¿me entiendes? —Se me hace un nudo en la garganta, pero justo entonces, el padre le lanza una mirada de reproche, como si hubiera hablado demasiado—. Aunque claro, eso es cosa vuestra...

—Veremos qué podemos hacer —le digo, sintiéndome un poco culpable al pensar en mi proyecto—. Oye, ¿todavía hacéis esa escudella con carne de olla tan rica?

El rostro de Lolita se ensombrece, y su padre se agacha un poco, mirando fijamente al suelo.

—No, ya no la servimos —responde—. Lo hacía siempre mi madre; era su especialidad. A mí no me sale como a ella —Solo con ver su rostro ensombrecido, puedo imaginarme el resto de la historia.

—Vaya, lo siento —digo, rozándole el brazo con tristeza—. ¿Cuánto... cuánto hace de eso?

Lolita se aprieta un poco más la coleta y se endereza el cinturón del delantal.

—No te preocupes, han pasado más de cinco años desde entonces. Ciertas enfermedades son una mierda, qué quieres que te diga.

—Pues... pues sí —respondo, porque no me sale nada mejor.

—Oye, ¿y tu hermano? —pregunta ella, con la clara intención de cambiar de tema y hablar de cosas más alegres—. ¿Alexander, se llamaba? ¿Sigue tan divertido como siempre? Me acuerdo de que era un bromista. ¡Una vez tiró una bomba fétida justo ahí! Recuerdo que teníamos el comedor lleno y la gente empezó a salir corriendo en estampida, ¿os acordáis? ¡Parecían las cabras de la Tere!

Lolita se ríe y Lucas me mira, frunciendo el ceño. Seguramente es la primera vez que oye hablar de mi hermano. Si por mí fuera, no habría oído hablar de él nunca.

—No, mi hermano no está... —empiezo a decir, pero me detengo.

Ha sido un buen día hasta ahora, y no me apetece hablar de Alexander para estropearlo.

—¿No está... qué? —insiste Lola—. ¿Le ha pasado algo?

El padre se acerca a la camarera y le tiende dos menús. Sigue tratándola como si fuera una niña pequeña.

—Anda, pregúntales qué quieren beber, que seguro que han venido de lejos. ¡No seas tan cotilla! —le dice, y me siento mal por Lolita, pero también agradecida por sacarme del apuro.

Ojeo el menú rápidamente y le señalo los bocadillos a Lucas; él asiente.

—Ponnos unas cervecitas bien frías y para mí un bocadillo de jamón serrano —le digo a Lolita.

—Para mí el de tortilla —dice Lucas—. La he visto al entrar y tenía una pinta...

Cuando Lola se va, Lucas y yo nos quedamos a solas en nuestro rincón. A pesar de ser un restaurante modesto de pueblo, la mesa es fantástica y está situada junto a dos ventanas que hacen esquina y permiten ver todo el valle, con el pueblo abajo.

—Parece un lugar magnífico para vivir —dice Lucas—. Desde luego, mucho más bonito que mi barrio en Barcelona, que está lleno de contenedores desbordados y grafitis en las paredes.

—Bueno, eso depende de los gustos —le respondo diplomáticamente—. Yo siempre he sido de ciudad, y creo que no podría vivir aquí. Es más —añado, recordando un punto bastante importante—. Tendré que apuntarme a la autoescuela cuanto antes, porque ni siquiera sé conducir y va a ser difícil venir a las visitas de obra. ¿Te imaginas si yo viviera aquí? ¿Cómo haría las cosas básicas? Ni siquiera podría ir a hacer la compra sin coche.

—No te preocupes, hoy día te lo traen todo a casa —dice él, riéndose—. Y si no, podrías llamarme a mí y te traería lo que quisieras.

Le relucen los ojos al decirlo, como si no fuera del todo una broma. Ojalá tuviera aquí la cerveza, porque necesito un sorbo ya.

—Dudo que tengas tiempo para eso una vez que Thaïs te convierta en un cantante famoso —replico.

¡Toma! Partido de tenis.

—¿Thaïs ahora hace milagros? —responde él con incredulidad.

—No hace milagros —le digo—, pero te escuché cantar la otra noche y eres bueno, muy bueno. Tus canciones tienen alma. Es algo que se siente. Te remueven por dentro. Y, además, saliste muy bien del paso cuando se te rompió la cuerda. El público te adoró desde el momento en que te acercaste al micrófono.

No lo digo para adularle; realmente lo pienso. También vi la cara de Thaïs mientras él tocaba. Quién sabe, quizás ella no se lo haya dicho todavía. Quizás prefiera disimular y no parecer demasiado interesada para que no les pida mucho dinero ni se haga demasiadas ilusiones. Pero yo llevo ya un tiempo en esto de los negocios y soy capaz de reconocer la expresión de una persona cuando le atrae una oferta pero lo disimula: es una cara particular, de ojos entrecerrados y boca fruncida. Un poco como cuando te estás aguantando los gases, aunque suene mal decirlo.

Al pensar en Thaïs siento como si un nubarrón cubriera el valle, así que vuelvo a concentrarme en las casitas de piedra que forran la ladera verde: veo la mía a lo lejos, un poco apartada de las demás.

—Esa canción parecía muy especial —añado—. La del camino. Nunca había escuchado algo así. Aunque puede que sea la forma en que la tocas, más que la letra.

Lucas me mira con los ojos convertidos en una línea fina, como si no se creyese del todo lo que le estoy diciendo.

—¿Sabes? —dice pensativo, señalando la carretera por la que hemos subido hasta el restaurante—. Cuando compuse esa canción pensaba en muchas cosas, pero, sobre todo, imaginaba una carretera exactamente igual que esa. Como esa, y como la que tomamos para venir hasta aquí. —De pronto enseña los dientes, en una sonrisa de duende travieso—. No te lo he dicho, pero había un camino más corto para llegar aquí.

—¿En serio? —le digo, boquiabierto—. ¡Ya decía yo que llegábamos más rápido cuando era pequeña!

—Sí. —Se sonroja y juega con el borde de una servilleta de papel, rompiéndola en mil pedacitos—. Supongo que lo hice adrede para tener un rato más contigo. Me sentía un poco mal por lo de Thaïs, y quería explicarte con calma lo que pasó. —Se detiene y extiende la mano—. Es decir, lo que *no* pasó. Fue una tontería, y...

—Oye, no tienes que darme explicaciones —le interrumpo, tapándome las medias rotas con el mantel—. Puedes hacer lo que quieras. Lo único que te pido es que seas discreto mientras dure nuestro acuerdo. Si quieres salir con chicas, yo no puedo impedírtelo...

—Emma —responde él muy despacio, y sus ojos se quedan fijos en los míos, hipnotizándome—. A mí me dan igual las chicas en este momento. Solo me importa la música y...

Se frena en seco como si hubiera estado a punto de decir «la música y tú», pero no lo dice. Obviamente, es solo mi fantasía.

Vuelve a girarse hacia la ventana, y recorre el trazado de la carretera con la vista, mientras sigue el ritmo de una canción dando golpecitos con los dedos en el borde de la mesa.

—*Las curvas del camino* es una canción muy especial para mí —dice en un susurro, cuando ya pienso que se había olvidado de la conversación—. Trata sobre cómo a veces pensamos que queremos algo, *o a alguien*, y nos obsesionamos tanto con el objetivo que dejamos de vivir el momento y disfrutar de las cosas pequeñas. Dejamos de mirar por la ventanilla. Nos perdemos lo mejor.

Se queda callado, perdido en sus pensamientos, como si meditara sobre la vida. Luego añade, no sin cierta amargura:

—Thaïs quiere cambiarle el título. Quiere que se llame *Las curvas de tus caderas*.

Me quedo en shock por un momento. Luego frunzo el ceño y sacudo la cabeza.

—Tu canción no va de eso —digo categóricamente.

—También quiere que añada la palabra *culito* a la letra. —Se pone a cantar en voz baja, con la misma melodía original, pero cambiando la letra—: *Mueve tu culito para mí...*

Rompe en carcajadas, aunque estas no suenan alegres. Yo no me río. Solo pestañeo, incrédula. Me recuerdo a mí misma que esto no es asunto mío y no debería entrometerme. Mi trabajo es solo ponerlo en contacto con una buena agente artística, y eso lo he hecho. Ella es la experta, y a mí tampoco me gusta que me digan cómo debo hacer mi trabajo.

—Bueno, supongo que Thaïs sabrá aconsejarte. Ella sabe qué es lo que realmente vende —digo encogiéndome de hombros—. Mira lo que hizo con Los Chantilly. La chica tiene talento,

sin duda.

—Pues sí —contesta Lucas con una sonrisa algo forzada. Luego cambia de tema—. Oye, ¿este sitio será muy caro?

—No creo —le digo, aunque no puedo dejar de pensar en eso que ha dicho sobre *las curvas del camino*, ni en las frases que me dejaba en los vasitos de la cafetería.

—¿Ya has pensado cómo será todo esto cuando nos separemos? —me suelta de golpe—. ¿Te buscarás otra cafetería donde no trabaje tu *ex marido*? —se ríe nervioso.

—Nunca dejaría de ir al Carpi Café —respondo sin pensarlo un segundo—. Está al lado de la oficina, y hacéis el mejor espresso doble con estevia. Y además siempre me escriben mensajes. El chico que se los inventa es muy simpático, por cierto. Y toca muy bien la guitarra.

—Según tengo entendido, es también el más guapo de la cafetería —añade, lanzándome una mirada sexi.

El más guapo de Barcelona, pienso sin darme cuenta, y al hacerlo siento una extraña languidez, pero lo oculto bastante bien y suelto:

—Pero si las demás camareras son todas mujeres, Lucas. Tampoco hay mucha competencia.

—Yo no discrimino —replica—. Era un superlativo absoluto.

Justo entonces llega Lolita con las cervezas y los bocadillos.

—¡Oled esto! Es pan recién hecho, del horno. —Lo sirve y me guiña el ojo—. Disfrutad de la comida, chicos. Y ahora os dejo, que seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar en privado.

Miro de nuevo hacia el valle. Un Seat 600 baja serpenteando por la ladera, y la emoción me embarga al pensar en el último vasito que me dio Lucas: «*Carpe diem, tu vida es ahora*», decía. Hoy es sábado, no he quedado con nadie y estoy sola en la ciudad. A lo mejor él tampoco tiene nada que hacer, y en vez de volver directamente a casa, podríamos...

—Lucas, estaba pensando que... —le digo, pero en ese momento vibra su móvil, que está encima de la mesa.

Aparece un nombre, escrito en mayúsculas y sin el apellido, lo cual le aporta una inquietante familiaridad: *THAÏS*.

Lucas le da la vuelta a la pantalla para que no se vea el mensaje, pero ya es demasiado tarde. Se gira hacia mí con gesto expectante.

—¿Sí? —pregunta—. ¿Qué ibas a decir?

Sacudo la cabeza. Soy una tonta. Una tonta de remate.

—Nada. —Cojo el cuchillo y parto el bocadillo por la mitad, sin levantar la vista del plato—. Que si puedes coger el camino más corto a la vuelta. Tengo muchas cosas que hacer esta tarde.

Lucas

Empiezo el domingo buscando en Google: «Cómo planchar sin plancha». Termino hirviendo agua en la olla exprés y pasándola por encima de la camisa blanca (la misma que uso cuando me contratan para hacer de camarero en eventos, y la misma que me puse para el cóctel en la Casa Batlló). Mientras meneo la olla, llena y humeante, por encima de la cama, me siento como un chamán conjurando a los espíritus, pero, para mi sorpresa, el invento funciona y ni siquiera termino con quemaduras de tercer grado. Vale, el fondo de la olla estaba mal fregado y deja un par de manchas de grasa por las mangas, pero nadie se va a dar cuenta si voy arremangado todo el día.

No he sabido prácticamente nada de Emma en toda la semana, pero llego a su casa a la hora acordada, con el cochecito de *carsharing* que he vuelto a alquilar por horas. Emma ya está en la calle, vestida con un top beige ajustado y una falda verde de seda hasta los pies. No sé cómo lo hace, pero hasta cuando intenta vestirse de manera casual, parece salida de una revista de moda. Y parece que le encanta el color verde, no sé por qué.

—Hola —me saluda, recogiendo la falda para que no se le enganche al cerrar la puerta del coche—. ¿Emocionado por ver a tu futura agente?

Me sale una sonrisa, pero de esas tensas que me hacen parecer un mandril. Por una parte, me ilusiona ir a casa de Thaïs Aguilar. Parece muy interesada en mi música. Pero... ¿es solo mi música lo que le interesa? Durante la última semana me ha enviado por lo menos cincuenta mensajes con ideas para la nueva letra de *Las curvas del camino*, y siempre los termina con besos y corazones. El primero aterrizó justo cuando estaba frente a Emma en aquel restaurante, cerca de la masía, y decía lo siguiente:

«Deja que te haga temblar, deja que te haga gozar... (emoticono sonrojándose y corazones en los ojos). ¿Qué te parece, Lucas? ¿Me envías una prueba de esta versión?»

Sinceramente, esa primera frase que llenó la pantalla pudo dar una impresión equivocada, pero creo que Emma no tuvo tiempo de leerla. Además, seguro que Thaïs trata así a todo el mundo; hay gente que es muy generosa repartiendo amor y corazones en sus mensajes de texto. Mira a Amaya, por ejemplo. Chatear con ella es como cartearse con un unicornio.

Aunque claro, también podría ser que...

Pero no. La opción B es demasiado inquietante, y la descarto al momento.

—¿Sabes? —dice Emma, mientras me indica por dónde girar—. Aunque Mathieu parezca muy despistado, no le quita el ojo de encima a su mujer. Corren rumores de que Thaïs es un poco... voluble. Caprichosa. Y eso a él no le gusta. Ten en cuenta que él te apoya porque se enteró de que estabas casado conmigo. Pero en realidad, es muy celoso, y no le gusta nada cuando Thaïs representa a chicos jóvenes y atractivos.

Parece que Emma se decanta por la opción B, después de todo. Pero, ahora que lo pienso, ¿acaba de decir que soy *atractivo*?

—En fin —termina con pesadumbre—, yo, en tu lugar, trataría de mantener la relación con Thaïs en el plano profesional. Al menos hasta que tengas algo concreto.

—Por supuesto —digo—. Ya te dije que no había nada entre nosotros. Y no lo habrá

jamás. Ella está casada... y yo también.

Me da un poco de risa decirlo, pero es verdad, técnicamente. A lo mejor no soy un caballero decimonónico, pero tampoco soy un idiota integral. El mar está lleno de peces que no son Thaïs, y como decía mi abuelo, que era un poco de pueblo: *donde tengas la olla, no metas... cebolla* (entre otras cosas).

Emma me mira con aspecto mosqueado.

—Ya —responde con tono ambiguo, mientras gira su alianza en torno al dedo.

Y no dice nada más.

Nos alejamos de Barcelona en dirección Esplugues de Llobregat. El trayecto dura apenas veinticinco minutos, hasta que llegamos a una urbanización pija donde, definitivamente, no he estado nunca. Las casas son enormes, con altos muros de piedra adornados con setos espesos que, sin duda, van más al peluquero que yo.

—Menudas chozas —digo, dando un silbido—. Aquí seguro que viven un montón de famosos, ¿no?

Emma se encoge de hombros.

—A lo mejor, algún día, serás tú quien viva aquí —responde convencida.

Sacudo la cabeza.

—Nah. Yo preferiría vivir en el campo y tener un huerto. Esto está demasiado cerca de la ciudad. Demasiados... semáforos.

—Yo también los odio —dice riendo—. Me estresa cuando parpadean. Y las farolas, justo enfrente de la ventana. Encendidas toda la noche. ¡Es imposible dormir!

—Y los buzones —añado muy serio, recordando cómo Thaïs casi me aplasta contra uno—. Nefastos.

Me mira algo confundida, pero decido sabiamente no explicarle por qué les tengo manía a los buzones.

Aparco en una calle cuesta arriba, detrás de una fila de coches de lujo entre los cuales, mi coche blanco y eléctrico con el logo del carsharing queda un poquito ridículo.

Nada más entrar se nos acerca un tipo con mechas rubias que lleva una bandeja en la mano. Se parece un montón a Jordi, el del catering. Es más, camina igual que Jordi, y se hurga la nariz con el meñique, exactamente igual que suele hacer Jordi. Espera...

—¡Hombre, Lucas! ¿Has venido a currar? —me dice Jordi, dándome una palmadita en la espalda y observando mi camisa blanca—. Pasa por detrás de la cocina, te darán un delantal muy guapo.

—Eh... no. Hoy vengo de invitado —respondo, mirando a Emma con apuro. Luego ojeo el contenido de la bandeja. No me gusta nada de lo que hay—. ¿Solo tienes champán? ¿No hay Fanta?

—¡Anda ya! ¿De invitado, tú? —Jordi se parte de la risa y me aparta la bandeja para que no pueda coger nada. Me cruzo de brazos, y solo entonces comprende que lo he dicho en serio. Suelta un silbido—. ¿En casa de Mathieu Dupont? ¡Tío! ¡Cómo mola! ¡Enhorabuena! Bueno, ¿y esta preciosidad quién es? —añade, señalando a Emma—. ¿Dónde has metido a Lucrecia?

No me da tiempo a explicarle que Lucrecia me dejó por un tipo con un trabajo normal y perspectivas de futuro, porque Emma salta como una fiera.

—Soy su mujer. Emma Soler, la arquitecta que diseñó esta casa —suelta ella con tono desafiante, y a Jordi casi se le cae la bandeja del shock. Ella extiende la mano y duda antes de coger una copa—. ¿Eso es champán o prosecco?

—Pues... creo que es cava... *señora* —responde Jordi, alucinando. Luego se gira hacia

mí—. Bueno tío, pues disfruta de la fiesta. Qué calladito te lo tenías... Y ya me cuentas qué tal la piscina. Tiene una pintaza...

Emma coge dos copas y luego Jordi desaparece. Cuando se va, Emma me mira con una ceja enarcada. Luego me da una copa y hace gesto de brindar, y los dos soltamos una carcajada.

—Por nuestros sueños, que se cumplirán muy pronto —dice satisfecha.

—Por nuestros sueños, que ya se están cumpliendo —añado, y le guiño el ojo—. Por cierto, ¿de verdad diseñaste la casa de Mathieu?

Se ríe a escondidas, tapándose la cara con la copa.

—Qué va. Si no llevo ni un año en Barcelona. —Me guiña el ojo—. Fue Derek. Pero yo lo habría hecho mejor.

No lo dudo. Emma parece el tipo de persona que logra todo lo que se propone, y además lo hace bien. Lo que no sabía era que también tenía sentido del humor.

Hace un día perfecto. El sol baña el idílico jardín de los Dupont, y en el aire ya flota el tentador aroma de carne a la parrilla. Un camino empedrado cruza el césped y lleva hasta el porche, donde un amplio grupo de gente bien vestida sorbe bebidas en copas estilizadas. Se oyen risas de fondo, y por detrás de la gente admiro la casa blanca de dos pisos, enmarcada por palmeras. Esta se refleja en la piscina privada más grande que he visto en mi vida.

—Qué pasada —digo sin poder contenerme.

Emma asiente, pero no me está prestando atención: está escaneando a los invitados y decidiendo con quién hablar primero. Aprovecho y la observo, mientras tanto. Es preciosa, con esas finas arruguitas que adornan las comisuras de sus ojos cuando sonríe, y la manera en que juega con el anillo de boda de plástico, que contrasta de forma algo cómica con el resto de su atuendo.

Pero la magia se rompe bastante cuando la anfitriona nos divisa y se separa del grupo para recibirnos. Thaïs se acerca por el camino empedrado, enfundada en un vestido ajustado de lentejuelas que reluce bajo la luz del mediodía. Debería de alegrarme de que mi futura agente quiera hablar conmigo, pero, no sé por qué, cada vez que se acerca me recorre un escalofrío. Es como cuando ves una tarántula en el techo, y sabes que no es peligrosa, pero te entra miedo de quedarme dormido con la boca abierta y tragártela.

—¡Lucas! ¡Emma! Qué alegría que hayáis venido —dice con (¿falso?) entusiasmo.

Le da a Emma dos besos afectados, de esos que revolotean sin llegar a tocar la mejilla, y luego me abraza a mí con un poco más de intensidad de la necesaria. Sus labios pasan fugazmente por encima de mi oído, y susurra:

—¿Aún seguís con vuestro teatrillo?

Trago saliva, petrificado. Emma no parece haber oído nada y está ocupada saludando a Mathieu, que acaba de llegar también. El hombre sigue teniendo el mismo aire bonachón, aunque a diferencia del día del cóctel, hoy ni siquiera se ha molestado en afeitarse o ponerse camisa. Sostiene una cerveza helada en la mano, y si me dijera que en realidad es Papá Noel de incógnito, me lo creería.

—Gracias por invitarnos —le digo, agradecido.

—Bueno, bueno, me dice Thaïs que no suenas mal, chico —dice Mathieu tras darle un buen trago a la cerveza—. Y, si ella lo dice, tiene que ser cierto. Mi mujer tiene muy buen ojo para el talento.

Thaïs sonríe y su brazo reptante como una víbora por detrás de la amplia cintura de su marido. Un mosquito me pica en el brazo, y me encantaría poder bajarme las mangas de la camisa, pero me acuerdo de las manchas de grasa que dejó la olla exprés que usé para plancharla

y me agunto.

—Es verdad —asiente Thaïs, mirándome como si fuera la gamba decorativa del cóctel de marisco—. He estado pensando, y creo que podrías abrir un par de conciertos para un grupito que llevo. Y de ahí, pasaríamos al siguiente nivel.

—¿Quieres decir, como telonero? —pregunto con voz temblorosa.

—Se refiere a los Chantilly —dice Mathieu, orgulloso—. No seas modesta, pichoncito.

—¿Cómo telonero *de los Chantilly*? —añade Emma, casi en un grito.

—Puede ser... —responde Thaïs con aire de superioridad, pero a mí me da igual su tono, porque estoy demasiado ocupado pellizcándome para corroborar que esto no es un sueño, y para rascarme las picaduras de mosquito—. Tendría que confirmarlo, pero sí, los estoy considerando también a ellos.

¡Puede ser! *¿Puede ser que toque de telonero para Los Chantilly?* ¿Me he muerto y he ido al cielo?

—Veamos si puedes conmovier al público, chico —continúa Mathieu, ofreciéndome un cuenco con cacahuets—. Si lo logras, seguro que Thaïs te consigue algo gordo. ¿A que sí, amorcito?

Me trago el cacahuete entero, como si fuera una píldora. No puedo creerlo. Esto es una oportunidad real. ¡Real! No es un sueño, porque otro mosquito tigre me acaba de picar, y si fuera un sueño no estaría muriéndome de la comezón.

Es la primera vez que me surge una oportunidad así desde que llegué a Barcelona. Ya me veo llegando a Cádiz en primera clase, nada de tren regional, con una camisa bien planchada: esta vez con una plancha de verdad, y no con la olla exprés. Las fans me seguirán por la estación, lanzándome osos de peluche y bragas de encaje, pero yo las ignoraré y cogeré un taxi hasta el restaurante de mis padres: «Perdonad, perdonad, tengo una reunión importante». Y cuando llegue, abrazaré a mi madre, y por fin podré decirle: «¿Lo ves, mamá? ¡Lo he conseguido!». Y, por si acaso, antes de volver a Cádiz me compraré un coche familiar blanco con portabicicletas. Eso la convencerá.

Delante de todos, Thaïs alarga la mano y me acaricia la mejilla, interrumpiendo mis fantasías. Del susto se me atragantan los cacahuets y comienzo a toser, pensando que voy a morirme.

—¡Tenías un mosquito en la cara! —se excusa Thaïs, mientras alguien (por la fuerza diría que es su marido) me da unas palmadas brutales en la espalda hasta que casi me saca los pulmones del pecho. Pero funciona, se desatasca el cacahuete y gracias a él sobrevivo.

—Los mosquitos están muy pesados últimamente, chaval —gruñe Mathieu, y juraría que hay una amenaza velada en su tono—. Pero por suerte son pequeñitos y basta un manotazo para cargárselos, ¿eh? Menudos aprovechados.

Trago saliva y carraspeo un poco, todavía recuperándome del susto.

—Venga, pasad a saludar a los demás —dice Thaïs, empujándonos suavemente hacia el porche—. Derek está por ahí, y mi hermana Nuria vendrá enseguida. He preparado un montón de juegos divertidos. ¡Tenemos hasta un *photocall*!

Emma me lanza una mirada de ánimo y me coge del codo, arrastrándome inexorablemente hacia esa gente elegante que seguramente solo hablará de clubs de golf y colegios de pago.

Inspiro.

Todo sea por la música.

Y por mi futuro coche con portabicicletas.

Emma

No llevo ni media hora en esta barbacoa y ya estoy deseando marcharme.

Y no es por los mosquitos, aunque, sinceramente, están insoportables. Ni siquiera es por Lucas, qué va. La verdad es que ha estado encantador, y la camisa arremangada le sienta de maravilla, pero no sé por qué, se ha escabullido a la cocina con los del catering y no vuelve.

El teléfono suena: es un mensaje de Randall desde la oficina, ultimando los preparativos para la presentación del proyecto del auditorio.

«¿Te importa que incluya tus planos en un PowerPoint con el logo de la empresa? Para que quede más profesional».

¿Me importa? La verdad es que sí, pero supongo que no tengo elección, teniendo en cuenta que él es el encargado de juntar la documentación, que está trabajando un domingo y que yo me encuentro en una fiesta “viviendo la vida”. Aunque, sinceramente, daría cualquier cosa por estar trabajando, y no aquí.

«Está bien, pero usa solo los planos que hay en el escritorio de mi ordenador. Esos son los definitivos».

Respondo y, antes de que pueda leer la respuesta, Nuria aparece por detrás de una esquina y me saluda con un beso al aire.

—Últimamente coincidimos en todas partes, ¿eh? —comenta la abogada, agachándose junto al borde de la piscina.

Primero pienso que va a tirarse vestida, pero no tengo tanta suerte. Estira el brazo y atrae hacia sí un flotador en forma de flamenco rosa, que va cargado de *gin tonics*.

—Después de comer viene el animador de fiestas —me dice con voz alegre, cogiéndose un vaso decorado con sombrillitas de papel—. Y a las cinco será la piñata.

¿Animador de fiestas? ¿Piñatas?

¿Desde cuándo tenemos cinco años?

—El animador es un tipo muy majo —explica ella, tomando un trago de su bebida—. Antes era ilusionista, pero no le fue muy bien en el escenario, a pesar de los esfuerzos de mi hermana. Así que ahora se dedica a entretener a la gente en eventos. Thaïs está intentando ayudarle como puede.

Me apuesto a que el mago es joven, guapo y está cachas. No sé. Es un presentimiento.

Seguro que Thaïs lo ayuda por pura caridad.

Esa mujer es la misericordia personificada.

Al otro lado de la piscina diviso a Mathieu, colocando carne sobre la barbacoa con la concentración de un pintor a punto de terminar su mejor cuadro. Thaïs come palitos de zanahoria y mira los chuletones con aversión, y justo en ese momento un tipo con un mono naranja aparece por detrás y le da un toquecito en el hombro.

Un momento.

¿Ese no es el tipo del gas? ¿El que hablaba con doña Montse? ¿Qué puñetas hace aquí?

Me debato entre esconderme o acercarme a espiar. Doy un paso atrás, dudando, y sin querer piso con el tacón más allá del borde de la piscina.

Nuria me observa con su *gin tonic* en la mano, su rostro se deforma en una mueca de espanto, y el mundo pasa a cámara lenta mientras caigo al agua con un ruidoso chapoteo, volcando todos los vasos de ginebra que flotaban sobre el flamenco. Mi falda de seda se abre y flota en el agua, convirtiéndome en la medusa verde más grande de España.

De pronto, todos los presentes se encuentran al borde de la piscina, observándome como si fuera una ballena en un parque oceanográfico.

—Si querías un *gin tonic*, podrías haberlo dicho y te lo habría acercado yo —comenta Nuria con una risita tensa.

Lucas aparece, empujando a la gente para que se aparte, y se agacha para ayudarme a salir, lanzándole una mirada fulminante a Nuria.

—¿Estás bien, Emma? —me dice.

Nado como puedo hacia la escalera, y me agarro a la barandilla con el rímel chorreando por la cara.

—Sí, he perdido el equilibrio —contesto—. Es culpa de los tacones.

Solo entonces me doy cuenta de que llevo puesto un top de color beige claro bastante ajustado, y ahora mismo todos los invitados de Mathieu pueden apreciar a la perfección cada detalle de mi sujetador.

—¡Estás empapada! —exclama Lucas, mirando a un lado y otro como si esperase que una toalla apareciese por arte de magia.

No aparece ninguna, así que, ni corto ni perezoso, comienza a desabrocharse la camisa.

Madre mía.

Lucas está...

Está...

Madre mía.

No es que Trevor estuviera mal, pero era el típico oficinista inglés, blancucho y desgarbado. En cambio, los pectorales de Lucas son para hacerles un monumento. Lo podría diseñar yo misma, con mármol blanco de Carrara, y lo pondría en medio del auditorio que estamos proyectando...

—Anda, ponte mi camisa —dice, echándomela por encima de los hombros.

Su camisa huele a él, y ponérsela es casi como abrazarlo. Lucas me frota la espalda, todavía desnudo de cintura para arriba, y algo tibio se remueve en mi interior, como chocolate deritiéndose.

Para evitar pensar en Lucas, busco con la mirada al tipo del mono naranja. ¿Habría sido una alucinación?

Thaïs llega corriendo, fingiendo estar preocupada. Tras ella asoma la mujer de mi jefe, la señora de Navarro, con más perlas encima que el islote de Mikimoto.

—¡Menudo chapuzón! —exclama Thaïs—. Anda, ven conmigo, te prestaré algo de mi ropa para que puedas cambiarte.

Diez minutos más tarde estoy de nuevo en el jardín, rodeada de la *creme de la creme* barcelonesa y vestida con una camiseta amarillo plátano que le regalaron a Mathieu en el supermercado, que me llega hasta las rodillas y en la que pone, bien grande:

«BARRIGA
CERVECERA
EN GESTACIÓN»

Al parecer, toda la ropa de Thaïs me habría venido pequeña... o eso afirma ella. Me he secado el pelo con una toalla, y ahora seguramente parezco la madrastra de alguna princesa de cuento.

Lucas, por su parte, ha vuelto a vestirse con su camisa blanca. Estaba algo mojada, así que su amigo el camarero le ha prestado un delantal negro para que se lo ponga por encima. No sé si ha sido una buena idea, porque una señora de alta alcurnia pasa por su lado con algo envuelto en una servilleta y le pregunta dónde puede tirar las cabezas de las gambas.

Esta barbacoa es un horror. Y, para colmo, todavía no sé qué hacía ahí el tipo del gas.

Me acerco a Thaïs, que justo en ese momento está chateando con alguien por teléfono y sonrío con aire soñador.

—Thaïs... —le digo, como si fuera una pregunta totalmente casual—. ¿Quién era ese hombre con el mono naranja?

Levanta la vista de la pantalla y frunce el labio, aunque su rostro no muestra ni una sola arruga al hacerlo.

—Pues no sé. Parece ser que algún vecino llamó a la compañía del gas y les dijo que no teníamos permiso para usar una barbacoa de butano. Al parecer, han venido a revisar que todo está en orden. Estas urbanizaciones es lo que tienen... cuanto más finos, más quejicas. Y más cotillas, porque se aburren.

—¿Se ha marchado ya? —pregunto, cada vez más intrigada.

Thaïs parece molesta, como si quisiera volver a sus mensajitos. Barre el jardín con la mirada.

—Eh, pues no lo sé, Emma. A lo mejor está en el sótano, mirando no sé qué de la caldera. Pregunta a los del catering, le he dicho que hablase con ellos...

Nuria, al otro lado del porche, empieza a dar golpes en el vaso y Thaïs desaparece de mi lado para ir con ella. Mientras tanto, yo solo rezo para que no vuelvan a anunciar nuestro matrimonio.

—¡Ya está listo el *photocall* benéfico! —grita Thaïs ilusionada, agitando los brazos—. ¡Venga, todos a sacar vuestra mejor sonrisa para las redes! ¡El que gane podrá donar su premio a la FIRDO!

No tengo ni idea de qué es la *FIRDO*, pero dos hombretones muy bien formados aparecen con un marco de fotos enorme a cuestas, adornado con globos y discos de vinilo y con el título: «Baladas de Amor de los 80». No sería tan horrible si no fuera porque aparece un tercero, empujando un perchero cargado de pelucas de colores y chaquetas con hombreras.

Sinceramente, me bebería un *gin tonic*, pero los he tirado todos a la piscina y voy a tener que enfrentarme a esto completamente sobria.

Cuaderno de notas de Lucas

Idea para un estribillo:

«Construyamos un hogar donde la música no tenga paredes.»

Y si a Thaïs no le gusta, podría proponérselo a Ikea.

Lucas

Jordi se me acerca con cara de estar desbordado. Sinceramente, preferiría estar ayudándole en la cocina a estar de pie en este nido de víboras que es la fiesta de Thaïs y Mathieu.

Pero creo que no voy a poder ocultarme mucho más rato en la cocina, porque la anfitriona me llama para que vaya a hacerme una foto con Emma en el *photocall*.

—¿Y dice que lo donan a una causa benéfica? —le pregunto a Jordi en voz baja—. ¿Qué leches es eso de la FIRDO?

—No sé, tío. Me suena que es la *Federación Internacional de Restauración* de... algo.

—¿D. O. podría ser *Delfines Oceánicos*? ¿*Deficiencias Horribles*? —propongo intrigado.

—Horrible va con hache —apunta Jordi con cara de listillo.

—Tampoco me mires así, que yo soy cantante, no filólogo...

—Es la Federación para la *Restauración de Discotecas de los Ochenta* —suelta otra camarera que pasa, girando el dedo sobre la sien—. O al menos eso estaban diciendo esas de ahí.

Señala a un grupo de señoras vestidas de leopardo, con pinta de ser clientas habituales de algún club muy exclusivo, de esos donde los camareros llevan chalecos de lentejuelas y bailan sobre un poste de bomberos.

—Una organización benéfica con una misión transcendental, desde luego —comento—. El mundo sin discotecas ochenteras sería un lugar vacío y oscuro...

Thaïs se me acerca con mirada felina, y Jordi sale corriendo como si hubiera visto al mismísimo Belcebú en persona.

—¿Vienes? —me dice ella—. Emma te está esperando, y sois la pareja más guapa de la fiesta... ¿Os daréis un besito en público por una buena causa?

Luego se arrima a mi oído y susurra, sin que nadie más la oiga:

—A no ser que no quieras besarla, porque todos sabemos que vuestro matrimonio es más falso que ese anillo de plástico que llevas puesto... —Me guiña el ojo—. Pero siempre hay otras opciones, ¿sabes? Tengo una habitación de invitados insonorizada en el segundo piso...

—Uy, no, no me he traído la guitarra —respondo, haciéndome el despistado—. ¿Emma? ¿Dónde te has metido?

Salgo como un rayo a buscarla, y me la encuentro de brazos cruzados, con el pelo encrespado y lleno de ondas, el maquillaje de los ojos corrido y esa camiseta amarillo cerveza que parece una carpa de circo. Sostiene en la mano una peluca rizada de color rojo anaranjado.

—Me niego a ponerme esta peluca —gruñe al verme—. Póntela tú. Entre esto y la camiseta de Mathieu, parezco el payaso de Mc Donalds.

—*Cariño, es por una buena causa* —replico, imitando la voz de Thaïs.

—Sí, la FIRDO hace una *graaan* labor social —añade ella, y se le escapa un resoplido que podría ser una risa, a pesar del mal humor—. ¿Sabes que van a publicar estas fotos por todas partes? Me niego.

—¡Venga, más fotos para la subasta! —grita Nuria desde el *photocall*, ajena a nuestra conversación.

Nos hace un gesto para que nos acerquemos, y yo extendiendo la palma de la mano, pidiéndole un momento más.

—Si lo piensas fríamente, cuanto más te disfraces, más difícil será que alguien te reconozca en las fotos —le digo a Emma en un susurro, y algo parece hacer clic en su mente.

Se encasqueta la peluca a toda prisa y me lanza un gorro azul que recuerda a los Pitufos. Para ser sinceros, entre la peluca rojiza y la camiseta amarilla, sí que se parece un poco al payaso de las hamburguesas.

Pero no voy a decírselo.

No voy a decírselo...

—*Me encanta* —le digo, tarareando la famosa melodía del anuncio de las hamburguesas, y sin poder contener la risa.

Emma me da un manotazo en el cogote.

—¡Auch! —me quejo.

—Te lo has ganado, mosquito.

—Vale, tortolitos, ¿qué canción romántica de los ochenta vais a representar? —pregunta el fotógrafo, que sostiene una Polaroid vintage. Saca una lista y lee en voz alta—. Os propongo *Total Eclipse of the Heart*, *Eternal Flame* o la banda Sonora de *Ghost*...

—Pero hay que besarse o no vale —grita Thaïs al fondo—. Porque son canciones románticas. *Románticas*, ¿lo pilláis?

—Por Dios —masculla Emma por debajo de su peluca roja—. Esa mujer está enferma. No vamos a besarnos para la foto. Vaya tontería. Ya hacemos bastante disfrazándonos...

Un tipo con un mono naranja se acerca a Thaïs y empieza a hablar con ella en voz baja. La cara de Emma cambia de golpe, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Representamos la de *Ghost*? —le digo, inspirado por su cara, pálida del susto.

—Sí. Vale —responde con voz entrecortada—. Tú finge que estás haciendo... un jarrón de alfarería, o lo que sea. Pon las manos así, y yo te cogeré por detrás.

—¿No era al revés en la película? —pregunto confundido—. ¿Creo que era el chico el que la palmaba, y ella la que hacía jarrones de barro para consolarse?

—¡Pues vale! Muérete tú si quieres —me grita, y parece un poco desquiciada desde que ha llegado el tipo con el uniforme de la compañía del gas.

—¡Venga, chicos, ese besito! —nos anima Thaïs—. ¡Ese espíritu ochentero!

Me acerco a Emma por detrás, y la envuelvo con los brazos alrededor de la camiseta. Siento cada curva bajo los dedos, y los rizos de su peluca me hacen cosquillas bajo la nariz.

El tipo del gas nos observa tan fijamente que empiezo a preguntarme si ha confundido la peluca de Emma por una botella de butano.

—Bésame —susurra Emma de pronto, al tiempo que el fotógrafo levanta la Polaroid—. Por favor.

Emma gira la cara y me mira. Yo sigo detrás de ella, fingiendo hacer un jarrón de alfarería mientras Thaïs canta la letra de *Ghost* desafinando.

Un flash, y mis labios rozan los suyos.

Thaïs lanza confetti metalizado al aire.

Es solo un instante fugaz, pero siento la suavidad de la piel de Emma contra la mía, y una descarga eléctrica me recorre.

Nuestro beso es breve y ligero, como una pluma, pero me atraviesa de parte a parte, mientras mis manos se escurren un poco más arriba por sus costados sin que me dé cuenta. Su cintura es estrecha y sinuosa, y sus caderas amplias y suaves, tan suaves...

Se oye un aplauso, y la siguiente pareja nos empuja para poder hacerse la foto.

Alguien me tiende una nube de algodón de azúcar; una curiosa compensación por

nuestro gran esfuerzo.

—¡Fantástico! —dice el fotógrafo, y nos muestra su obra—. Esta es para vosotros. La otra se queda en el tablón hasta que anuncien al ganador. Pujarán con *likes* en Instagram, y cada *like* son cien euros. ¿Qué os parece?

—Bueno, es...

No sé qué decir.

Observo la foto: es grotesca y horrible.

Es lo más feo que he visto en mucho tiempo.

Es como si un payaso amarillo y mojado besase a un pitufo gigante durante una clase de alfarería.

Pero Emma se ríe y se la guarda en el bolso con aire risueño, mirándola como si le gustase.

—Gracias —dice, y arranca un pellizco del algodón de azúcar—. La verdad es que... ha sido más divertido de lo que pensaba.

Emma

Cuando por fin conseguimos escabullirnos de la barbacoa estoy mojada, tengo frío y me siento agotada. Pero también me siento sorprendentemente contenta.

Después de todo, he ganado un tanga con luces LED en la piñata, Mathieu me ha regalado su camiseta de *BARRIGA CERVECERA EN GESTACIÓN* y...

Y he besado a Lucas.

Aprieto los párpados.

Sé que no debería de alegrarme por eso.

En realidad, es muy mala idea.

Pero entonces, ¿por qué sonrío cada vez que lo recuerdo?

Es más: ¿ha sucedido de verdad?

Fue tan rápido que no estoy segura.

Si no fuera por la foto, pensaría que fue solo un producto de mi fantasía y de los gin tonic (trajeron más después de que hundiera el flamenco de la piscina).

Después de despedirnos de Mathieu y Thaïs, vamos juntos hacia el coche, caminando cuesta arriba por la calle iluminada por elegantes farolas de hierro. Ninguno menciona el tema, y es como si no hubiera ocurrido.

Cuando Lucas arranca el coche, el silencio entre nosotros se ha vuelto tan denso que podría cortarse con las uñas de gel de Thaïs. Miro por la ventanilla, intentando que el reflejo de las luces de la carretera distraiga mi cerebro de lo que ha ocurrido durante la fiesta. Pero ahí está, dando vueltas como la canción *Turn Around* de Bonnie Tyler en el *photocall*.

He besado a Lucas.

No solo eso...

Me...

Me ha...

Me ha gustado.

Trago saliva. Contengo la respiración.

Sacudo el recuerdo de mi mente.

El olor de su pelo, que todavía me atormenta. La sensación de sus brazos en torno a mi cintura, envolviéndome como una enredadera.

Su cuerpo tan cerca del mío, y todas las fantasías decadentes que induce ese pensamiento.

Jugueteo con la tira de luces LED del tanga, apretando el botoncito que las enciende y apaga en un intento inútil de calmar los nervios.

—Bonito premio —dice Lucas, esbozando una sonrisa de lado, sin apartar la vista de la carretera—. ¿Cuándo vas a estrenarlo?

Lo dice con tono casual, pero noto un pequeño temblor en su voz. Quizás tenga envidia, porque a él solo le ha tocado un bolígrafo de tres colores.

—Mañana en el trabajo —respondo con la cara completamente seria—. Cada vez que Randall me cabree, lo encenderé para desahogarme. Creo que me van a durar las pilas dos días.

—¿Quién es Randall? —pregunta riendo, y sacude la cabeza.

—Un estúpido que quiere mi ascenso.

—Ahora que tienes un tanga LED, ya puede despedirse. No sabe a lo que se enfrenta. No tiene ninguna posibilidad.

Sonrío y no digo nada más.

Llegamos a mi calle demasiado rápido. Lo cual es un alivio y una tortura a la vez. Él detiene el coche y el motor se apaga, dejándonos en otro incómodo silencio. Me desabrocho el cinturón y, durante unos segundos, ninguno de los dos se mueve. Es como si estuviéramos atrapados en una burbuja, conscientes de que algo debería suceder, pero ninguno se atreve a romperla.

Lucas se inclina ligeramente hacia mí para alcanzar la bolsa con mi ropa mojada en el asiento trasero. Al hacerlo, su brazo roza mi hombro y de repente la burbuja explota. El aire se vuelve denso de nuevo, cargado con esa tensión que ambos fingimos ignorar.

—Bueno... —digo finalmente, sintiendo que mi voz me traiciona y tiembla un poco—. Espero que lo hayas pasado bien. —Luego recuerdo por qué ha venido y añadido—. Quiero decir, espero que haya sido productivo. Con... con Thaïs.

—Sí, claro —responde él, acercándose un poco más de lo necesario para entregarme la bolsa.

Su presencia lo llena todo. *Todo*.

¿Cuántos gin tonic me he bebido?

—Lo de los Chantilly sería genial —añado, hablando de carrerilla para evitar hacer alguna tontería.

Por un segundo, nuestras caras están tan cerca que puedo sentir el calor de su aliento, que huele a algodón de azúcar y té de menta.

Nos miramos a los ojos, y el tiempo se congela.

Ambos sabemos lo que podría pasar, pero ninguno se atreve a ser el primero. Mis labios están a punto de moverse hacia los suyos, pero justo antes de hacerlo, él se aparta ligeramente y mira hacia arriba por el cristal. Doña Montse está asomada al balcón, y nos saluda con las agujas de hacer punto.

—¡Emma! ¡Emma! —me llama desde arriba—. Necesito hablar contigo urgentemente.

—¡Ya subo! —le grito, y me giro hacia Lucas, rotando la punta del dedo contra la sien. Luego añado en un susurro—: Es muy pesada. Me acosa.

—Ya veo que estás muy solicitada —murmura él, con una sonrisa algo incómoda—. Buenas noches, Emma.

—Esto... Buenas noches —respondo, torpemente.

—Suerte con tu proyecto.

—¿Proyecto? —pregunto confundida.

—Sí. El auditorio del concurso. Lo presentas la semana que viene, ¿no? Te escuché cuando hablabas con Derek.

Es verdad. Me había olvidado por completo. Asiento.

—Gracias. Ya... ya te contaré.

Ambos sabemos que no lo haré, porque nosotros no somos una pareja de verdad, ni nos contamos las cosas triviales que nos ocurren. Nosotros no hablamos a diario, ni sabemos prácticamente nada el uno del otro. Por no saber, no sé ni dónde vive.

Bajo del coche antes de que mis piernas se traicionen y, al cerrar la puerta, me doy cuenta de que estoy corriendo hacia el patio.

Me aseguro de que Lucas se ha marchado, y solo entonces llamo al ascensor.

En el rellano me espera Doña Montse en batín, y detrás de ella monta guardia el gato,

con el lomo arqueado y los pelos erizados.

—¿Qué pasa, doña Montse? —le pregunto.

Los ojos de doña Montse viajan de mi pelo húmedo al tanga luminoso, que todavía parpadea con luces rojas entre mis dedos y resalta en la oscuridad del rellano. Lo lanzo rápidamente dentro de la bolsa de ropa mojada, mientras ella me observa con la cabeza ladeada.

—Nena, tú no tienes novio, ¿verdad? —pregunta a bocajarro.

Me quedo quieta, estudiándola. Miro hacia mi casa, pero el gato me bufa como si supiera que intento huir.

—¿Por qué me pregunta eso? —digo con cautela.

—No, por nada... —responde—. Ya sabes que tu casero me da una propina por comprobar que sus pisos de alquiler estén en orden. Y si fuerais dos viviendo en esa casa, pues... el coste sería diferente, ¿no? Pero eso ya lo sabes, ¿verdad, niña? Por cierto, ¿te has caído en una alberca?

—¿Qué... qué me está tratando de decir? —le pregunto—. ¿De dónde ha salido esa idea ahora?

—Bueno, verás, es que ese tipo del gas... Es un poco entrometido, ¿sabes?

Esta sí que es buena. Doña Montse ha encontrado a alguien más entrometido que ella. Si no fuera un asco, hasta me reiría.

—¿Qué le ha preguntado exactamente? —inquiero, estirándome de la camiseta de Mathieu para que me cubra las pantorrillas.

—Pues es muy raro, pero se estaba interesando por tu estado marital. ¿Te lo puedes creer? No sé qué tendrá que ver eso con las tuberías.

Sus palabras son la bofetada de realidad que necesitaba para corroborar mis sospechas. Ese tipo me persigue allá donde voy y hasta se ha atrevido a venir a la fiesta. Está claro que no trabaja para ninguna compañía de gas, tal y como había empezado a sospechar.

—Entonces... ¿el del gas le preguntó si yo estaba casada? —repito para confirmarlo.

—Sí, niña, eso quería saber. Y yo me reí y le dije que no, que tú eres una mujer moderna que no está interesada en instituciones anticuadas como el matrimonio, o el cocido de Navidad. Que tú solo vives para trabajar, y punto.

—A mí me gusta mucho el cocido de Navidad —protesto, algo dolida por esa descripción tan acertada.

—Bueno, tú me entiendes.

El gato me pone las uñas en las medias y lo aparto con toda la delicadeza que puedo fingir delante de la dueña.

—Verá, doña Montse... —digo—. En realidad, hay algo que creo que debería contarle. He estado ocultando lo de mi matrimonio para ahorrarme pagar extra del alquiler. Tiene usted razón. Me ha pillado. Lo siento mucho. Pagaré lo que haga falta.

La cara de doña Montse es un poema. Se lleva las manos a la boca, incrédula.

—¡Ay, niña, no me digas! ¿Cómo puede ser? Pero si nunca he visto a ningún hombre entrar contigo. Siempre te veo sola, triste, sin nadie que te ayude...

Vale, doña Montse, tampoco es preciso restregarme todo eso por la cara un domingo por la noche antes de acostarme.

—Verá, es que cuando le decía que estaba siempre trabajando... Pues no era del todo cierto, como entenderá. No siempre estaba en la oficina, obviamente. ¿Quién va a trabajar todas las noches, y los fines de semana?

Yo. Yo voy a trabajar por las noches y los fines de semana. Pero no hace falta que doña

Montse piense que mi vida es deprimente. Basta con que lo sepa yo.

—Entonces, ¿estás casada de verdad? —repite doña Montse, apoyándose en la pared como si de pronto le pesara la edad.

Asiento. No puedo dejar que me delate al tipo del mono naranja. Está claro que ese hombre es un espía envidado por mi abuelo, y si el abuelo se entera de que esto es una farsa, ya puedo despedirme de mis sueños de montar un hotel boutique en la masía.

—Oye, niña, ¿por qué no pasas a mi casa y nos tomamos una tila juntas? —me dice la vecina con un hilo de voz—. Creo que esto es algo que deberías explicarme con calma. Me interesa mucho.

Miro la hora. Se ha hecho bastante tarde en la barbacoa. Estoy cansada y mojada, y mañana tengo una presentación importante. Pero mi masía también es importante. Y, si no apaciguo a doña Montse, podría fastidiar mis planes por completo.

—Está bien —le digo, rindiéndome, y la sigo al interior de su apartamento con mi bolsa de plástico a cuestas.

Nunca he estado dentro de su casa, y me sorprende ver que está muy limpia y ordenada. Los muebles son antiguos, estilo años sesenta, pero tienen encanto. Me hace hueco en la mesa de cristal del comedor. En un extremo hay un montón de cajas de medicinas y una planta bastante solitaria a la que se le están cayendo las hojas. Me recuerda un poco a ella. Y posiblemente a mí, dentro de unos años.

—Siéntate ahí —me ordena—. Enseguida vuelvo con las infusiones.

Mientras la espero, observo las fotografías sobre el aparador. Hay algunas de doña Montse cuando era joven, aunque la mayoría son de su hija. En una imagen amarillenta, doña Montse sostiene a un bebé en brazos y sonríe. Hay otra de una niña con trenzas, vestida con el uniforme de un colegio de pago. En las siguientes, la niña ya ha crecido y parece una adolescente. En la última, que tiene un marco de plástico barato, la hija está posando en una playa exótica, probablemente en el Caribe. Tiene una melena negra y exuberante, con ondas de peluquería. En realidad, es calcada a doña Montse, pero en una versión más joven y sin arrugas. Me doy cuenta de que doña Montse debió de ser muy guapa en su juventud; es solo que siempre la veo en batín, con rulos y sujetando un gato que me bufa, y eso no suele favorecer a nadie.

Mi vecina vuelve con dos tazas y dos bolsitas de tila dentro de cada una.

—Ya le he puesto yo el azúcar, que sé que las jóvenes nunca queréis echarle, pero eso no puede ser. El azúcar es importante y necesario. Me ponen mala estas modas raras de no tomar alimentos básicos. Deberían prohibir eso del *Instarrán*. Ahí solo os cuentan sandeces.

—Gracias —digo, sin atreverme a contradecirla ni a explicarle que no se llama así.

—Bueno, entonces, cuéntame, ¿quién es el afortunado? —pregunta, apretando la bolsita de tila con la cuchara contra el fondo de la taza.

—Pues se llama Lucas y es músico.

Ya está. ¿Puedo irme ya?

—¿Músico? ¿Pero gana bien? —pregunta doña Montse con suspicacia—. ¿Y qué canta?

—Pues... compone canciones él mismo. Toca... la guitarra. Creo.

Doña Montse me mira sin parpadear, esperando a que le dé más información. ¡Madre mía! ¡No tengo ni idea de cuál es el estilo de Lucas! Ni siquiera se me ocurre el nombre de ningún grupo con el que compararlo. Vamos, salgo tan poco de la oficina que ni siquiera se me ocurre el nombre de ningún grupo, y punto. De pronto, una bombilla se enciende en mi cabeza.

—Es parecido a Los Chantilly —digo con aire triunfal, básicamente porque es el único nombre que me viene a la mente.

Dudo que lo conozca, pero al menos he quedado bien, y no como una demente que no sabe de qué trabaja su marido.

—¿Los Chantilly? —A doña Montse se le cae la cuchara al suelo. El gato se asusta y se sube de un salto al aparador—. ¡No puede ser! Ese es el grupo preferido de mi hija. A Marta le encantaría verlos, pero es muy difícil conseguir entradas. Son carísimas, y se agotan enseguida.

—¿En serio? —digo pensativa, mientras un plan comienza a formarse en mi mente—. A lo mejor podría conseguirle alguna...

—¿Podrías? ¿De verdad?

Me mira esperanzada, y de pronto veo en ella los mismos rasgos delicados de su hija, revividos por la ilusión.

—Bueno, no se lo puedo garantizar —añado—. Pero a lo mejor... A lo mejor *mi marido* podría.

Creo que lo estoy haciendo muy bien, porque doña Montse apoya la barbilla sobre las manos y me mira con ojos soñadores.

—¡Qué maravilla! No sabes lo feliz que me hace todo esto. —Luego ladea la cabeza, algo traviesa—. Bueno, y cuéntame, entonces, ¿cuándo os casasteis? ¿Cómo te pidió matrimonio? ¿Por qué no lo veo nunca por aquí? ¡Me encantan estas historias!

Sonríó sin saber qué decir. Tengo que inventarme algo, y rápido. Empiezo por lo más fácil.

—Ah, pues fue... fue precioso —digo para ganar tiempo. Me fijo en que el gato se ha subido al tocadiscos y lo señalo—. Oiga, ¿no le parece que su gato va a romper el tocadiscos?

—Qué va, a Risueño le encanta poner música. A veces me raya los discos, pero me da igual. Tengo muchos y cuando me muera irán todos a la basura. —Doña Montse agita la mano, convertida en una adolescente cotilla de instituto—. Olvídate del gato. Cuéntame. ¿Cómo fue? ¿Se puso de rodillas? ¿O eso ya no se lleva?

—Pues... Pues sí, fue en un... en un concierto —digo sin dejar de mirar al gato, que acaba de poner un LP de Concha Velasco. De fondo suena *La chica ye ye*—. Yo estaba... entre el público. Cuando acabó de tocar, hubo una gran ovación y todos coreaban su nombre. Entonces él levantó las manos y pidió que se callaran, y dijo: “Hay algo que no sabéis. Mi canción favorita no es una canción. Mi canción favorita es Emma, que está aquí entre el público esta noche. Emma, por favor, sube al escenario.” —Cierro los ojos, imaginando la escena con todo lujo de detalles—. Entonces yo subí, y todas las luces nos enfocaron a nosotros y dejaron el resto de la sala a oscuras.

—Madre mía, ¡qué romántico! —dice doña Montse, que parece a punto de derretirse en su silla—. ¡Sigue, sigue, me encanta! ¿Y brillaban las estrellas?

—¡Pues claro! Brillaban muchísimo, como... como OVNIS.

Frunce el ceño, poco convencida. Hay un motivo por el que me hice arquitecta, y no poetisa. Las comparaciones no son mi fuerte.

—Bueno, y entonces él se puso de rodillas —continúo—, cogió el micrófono y dijo: “Tú eres mi canción favorita, la que quiero cantar el resto de mi vida. ¿Te casarías conmigo?” Y entonces yo cogí el micrófono y dije: “¡Sí, quiero!”. Y luego Lucas me dio el anillo, y el resto es historia.

Doña Montse suspira, embelesada, pero luego mira mi anillo y le cambia la cara.

—¿Ese... ese es el anillo que te regaló? —pregunta confundida.

—Bueno, no. El de verdad está en la joyería. Me venía grande y lo están reparando. Este lo llevo solo como sustituto mientras arreglan el otro. Pero es muy bonito, ¿no? Verde, como...

—¿Cómo qué?—. Como los chicles de menta. Es que... a los dos nos encantan.

—Muy bien, nena, uno tiene que hacer las cosas a su gusto. Y si no hay presupuesto, pues esos anillos están perfectos, claro que sí. Yo también desayuno café instantáneo porque el de marca blanca tiene un bote muy bonito, solo por eso. —Me guiña el ojo con complicidad—. Oye, y ¿por qué tu marido nunca... por qué nunca lo veo por aquí?

—Es que entra a escondidas —le susurro con tono de confesión—. Por lo del alquiler, ya sabe...

—No te preocupes, preciosa. Yo ya sé cómo os explotan a los jóvenes en esos despachos modernos, que os hacen trabajar hasta las tantas y os pagan una miseria. Así que no te preocupes, ¡no pienso contárselo a tu casero! Cuenta con mi discreción. Mis labios están sellados.

Sonríó, pensando que doña Montse es buena mujer, pero la discreción nunca ha sido su mejor virtud.

—Bueno, se está haciendo tarde, debería marcharme —le digo conteniendo un bostezo—. Y tengo que secarme el pelo. Me está entrando frío.

—Claro, claro —me dice y se levanta para despedirme.

Salgo y me dirijo a mi puerta, que está justo enfrente. Cuando ya tengo la llave en la mano, me doy la vuelta y la encuentro mirándome con una sonrisa dulce.

—¿Sabes, Emma? Me ha dado mucha ilusión que pasaras a tomar té a mi casa. Si quieres, puedes hacerlo alguna otra vez.

—Lo haré —le digo, y esta vez lo digo en serio.

Ha sido bonito charlar con doña Montse. Más de lo que esperaba.

Y, para qué mentir, también ha sido bonito fantasear con la pedida de mano de Lucas, aunque solo fuera un cuento inventado.

Suspiro y abro la puerta, sabiendo que esas cosas a mí no me pasan. Yo soy una mujer de carrera. Una triunfadora. Una...

—Por cierto, te queda muy bien el pelo ondulado —añade doña Montse con voz dulce—. Te da un aspecto más alegre.

—Gracias —digo mientras entro en mi apartamento—. Buenas noches.

El salón me espera igual que cuando me fui, tan vacío y solitario como el primer día que llegué a Barcelona.

Mientras me quito la camiseta con el logo de la cerveza, me recuerdo a mí misma que mañana me espera un gran día en el despacho. Si lo hago bien, mi propuesta ganará el concurso, me ascenderán a arquitecto senior y estaré un poquito más cerca de ver mi nombre en las revistas de arquitectura más famosas del mundo.

Porque ese es mi sueño, y los sueños no hay que perderlos de vista.

Me seco el pelo deprisa y me dejo caer sobre la cama. Hecha un ovillo, abrazo la estrambótica foto Polaroid que nos han hecho esta tarde. Me duermo recordando los labios de Lucas sobre los míos, y sueño con que entra en la habitación mi falso marido y me arrastra bajo las sábanas.



Lista de tareas de Emma:

- Presentar el proyecto y ganar el concurso.
- Ayer besé a Lucas.
- Ayer besé a Lucas.
- Ayer besé a Lucas.

Emma

Por la mañana me pongo mi mejor traje, que he guardado a buen recaudo y lejos de los pelos de Risueño.

Hoy es el gran día.

Nuestro proyecto es uno de los tres finalistas, y vamos a presentarlo ante el jurado. Será la batalla final. Un duelo a muerte. Derek me ha permitido ser la portavoz de nuestra exposición, y no estoy nerviosa en absoluto. He nacido para esto y sé que mi proyecto para el auditorio es el mejor. Me ha costado defender mi diseño frente a todo el equipo, y creo que Randall está un poco molesto porque se desestimó su propuesta de hacer un edificio ovalado. Sinceramente, la forma oval aprovechaba muy mal la distancia a las lindes y la disposición natural de la parcela, dejando algunos huecos inservibles en la zona ajardinada que rodearía el auditorio. Mi propuesta cúbica es perfectamente minimalista, reminiscente de la Escuela Bauhaus y se adapta limpiamente a los límites del terreno en el que tenemos que trabajar.

Y además me he puesto el tanga LED de luces rojas, para que me traiga suerte.

Repaso todos mis argumentos mientras me pinto las uñas de los pies con un esmalte rosa perla: distinguido, sutil, discreto. Igual que mi proyecto. Ya está, estoy lista: traje negro y blusa verde, porque aún no he conseguido sacarme el anillo.

—Ojalá pudieras venir conmigo —le digo a la foto de Alexander antes de salir—. Tú sí que tenías verdadero talento, hermanito. Eras el mejor de los dos. Ganabas todos los concursos.

Pero Alexander no puede acompañarme, así que voy a tener que hacer esto sola, como la mujer hecha y derecha que soy.

Bajo en el ascensor y voy caminando hasta el lugar de la presentación, decidida a llegar antes que nadie. La ciudad todavía se está despertando y el paseo hasta allí, por calles tranquilas y silenciosas, me ayuda a despejar la mente. Vivir en una zona céntrica implica pagar alquileres desorbitados a cambio de viviendas ruinosas, pero tiene la ventaja de poder estar cerca de casi todas las cosas importantes. Me gusta la libertad de poder caminar a todas partes. Es algo que raramente hacía en Londres, por las grandes distancias y el mal tiempo.

Llega un mensaje, y por un instante pienso en Lucas.

«¡Buena suerte!», dice el texto.

Va acompañado de una foto de Caterina, o, mejor dicho, de sus pies enfundados en unos carísimos zapatos rojos sobre las escaleras mecánicas del metro de Londres. En nuestro código secreto, llevar cosas rojas trae buena suerte, y sé de inmediato que se los ha puesto por mí, en un símbolo silencioso de hermandad femenina. Le mandaría una foto de mi tanga rojo, pero probablemente no sea apropiado.

En cualquier caso, su mensaje me hace sonreír, y me calma un poco los nervios al saber que no estoy luchando completamente sola contra el mundo.

Cuando llego al salón de actos, Randall y Derek ya están en la puerta. Randall sostiene un USB plateado con cara de orgullo mientras charla con Derek.

—¿Añadiste todos los planos a la presentación? —le digo—. Estaban en la carpeta común, en el escritorio de mi portátil. ¿Los viste?

—Sí, por supuesto —contesta Randall, aunque algo en su tono me mosquea—. Aunque hubo un problema con los planos de emplazamiento. Estaban corruptos —dice con aire

condescendiente, y siento que me va a dar un paro cardíaco—. Pero por suerte Mario pudo volver a enviármelos. No quise molestarte en tu día libre.

Oh, Dios mío, ¿Mario? ¡Mario le ha enviado los planos! Eso no puede ser bueno. Mario solo sirve para cosas absurdas, como lamer el borde de las reglas para quitar las manchas de tinta o perforar servilletas de papel con el pincho del compás.

Creo que me va a dar algo.

—¿Por qué no me llamaste? —exclamo horrorizada, pero él me ignora.

—Sabía que estabas ocupada. Pero todo irá bien, no te preocupes. Entremos —dice, como si quisiera cambiar de tema cuanto antes, y se da la vuelta.

—Bueno, sin prisas —dice Derek, que parece estar de mal humor—. Acabo de enterarme de que seremos los últimos en presentar. Espero que para entonces el jurado no esté cansado y con ganas de irse a comer...

—No lo estarán —respondo con más confianza de la que siento—. Los vamos a impresionar, ya verás.

Nos sentamos en el pequeño y oscuro salón de actos, al que han acudido los tres despachos de arquitectura finalistas. En primera fila se sienta el jurado, y sobre el estrado hay una pantalla y un púlpito con un micrófono.

El primer despacho presenta un auditorio de planta rectangular titulado “Lingote de plata”. Se parece un poco al nuestro, y también utilizan revestimientos de acero. Eso sí, el suyo es de acero pulido, mientras que el nuestro lleva acero corten anaranjado, mucho más interesante a nivel estético. Vale, el coste final de su proyecto es un 25% más bajo, pero seguro que lo han calculado mal y han hecho trampas. Además, el nuestro es mucho más funcional. Intento transmitirle todo esto a Derek con la mirada, pero parece que su humor no mejora. Su arruga del entrecejo es cada vez más profunda.

El segundo proyecto lo presenta un equipo de veteranos con cara de no haber dormido desde 1993. Sube al estrado una chica que no tendrá ni veinte años, y sospecho que ella es la única que ha trabajado realmente en esos planos, mientras sus jefes solo se quejaban y le decían que era una incompetente. Lo sé porque yo he sido ella en incontables ocasiones. Sinceramente, la idea presentada por el segundo equipo es fabulosa. Si no fuera imposible, diría que es mejor que la nuestra. Han diseñado un bloque de planta cuadrada, pero con una inclinación trapezoidal que se adapta perfectamente al ángulo curvo del techo y a la acústica del escenario. Recuerda a una cajita de música abierta, con la tapa sujeta por un pilar dorado y mosaicos con bailarinas abstractas decorando las paredes del vestíbulo de entrada.

Por todos los diablos: ¡es perfecto!

Derek gruñe, y me invade una oleada de inseguridad. Lo del auditorio en forma de cajita de música es absolutamente genial, y me fastidia que no se me haya ocurrido a mí en vez de a ellos. ¡Maldita sea! Seguro que se me habría ocurrido, si no hubiera estado tan ocupada evitando que Mario se tragara un sacapuntas.

La profecía de Derek se cumple, y es casi la hora de comer cuando nos llega el turno.

Subo al escenario seguida por Randall y Derek. Ellos se sientan en las butacas, y yo me acerco al atril.

Un miembro del jurado bosteza, y se lo contagia a todos los otros. Bueno, a todos menos a uno, que creo que se ha dormido.

Bajo un poco el micrófono porque, a pesar de los tacones, sigo siendo la más bajita de todos los presentes, y se habría notado demasiado si me trajera el ladrillo al escenario.

Aprieto el mando a distancia y en la pantalla aparece el logo del despacho en ese tipo de

letra geométrico que siempre usamos para todo. Me alegra comprobar que Randall ha usado nuestro estilo distintivo para la presentación: elementos lineales en blanco sobre fondo negro, sin ornamentos ni detalles superfluos. Es un buen comienzo. Eso me tranquiliza.

—Buenas tardes —saludo—. Soy Emma Soler, de Navarro Arquitectos, y me complace presentarles nuestro proyecto para el auditorio, al que hemos bautizado *La Perla Cúbica*.

Todos me miran con indiferencia. Bueno, todos menos el que está dormido. Pero yo continuo, repitiendo la cantinela que hemos ensayado mil veces en el despacho:

—La Perla Cúbica evoca la rugosidad del fondo marino, combinada con la música del viento cuando se filtra por las traqueteantes persianas de madera de una villa centenaria.

Nadie entre los presentes parece impresionado: creo que no han entendido nada, aunque lo disimulen con el típico aire despectivo de esa gente que jamás admitiría que no tiene ni idea. Yo misma me siento un poco ridícula tras haber pronunciado semejante disparate en voz alta. Comparado con *La Cajita de Música*, que es un concepto sólido y coherente, nuestra idea no tiene ni pies ni cabeza. ¿Fondos marinos y persianas? ¿En qué momento decidimos que eso era una buena combinación?

Pero sigo adelante, porque ya no hay vuelta atrás. Paso a la primera diapositiva, que muestra los renders en 3D del edificio terminado. Un momento... Aquí algo no cuadra. ¡Estas fotos no son las que yo le envié a Randall!

Miro a mi compañero, confundida, pero él me devuelve una mirada de inocencia y se encoge de hombros en su butaca.

Paso a los planos de emplazamiento, y ahí me queda totalmente claro: Randall ha cambiado mis planos. Ese no es mi proyecto, sino el suyo. El que acordamos que no se presentaría a la final.

—Disculpen —digo, apartándome del micrófono—. Randall, ¿qué es esto? Esto no es *La Perla Cúbica*. Esta es tu propuesta, la que votamos democráticamente que se eliminaría.

—Yo lo veo bien —contesta Randall, haciéndose el despistado—. Son los planos que me pasó Mario, tu ayudante.

Me giro hacia Derek, susurrando.

—Derek, esto no es lo que diseñamos.

Mi jefe entrecierra los ojos y resopla. Está perdiendo la paciencia.

—Emma, yo no estaba cuando os pusisteis de acuerdo. Pero, según tengo entendido, La Perla Cúbica es un edificio de planta cuadrada, girado para alinearse en paralelo con las vías principales. Y Mario trabaja para ti. Eres responsable de supervisar lo que hace.

—¡No! Yo no le di esto a Mario. Y nuestra versión no estaba alineada con las vías. Lo hicimos *a propósito*. Servía para crear jardines con patrones triangulares, ¿no os acordáis? Lo llamé *El Jardín Isósceles*. ¡Al equipo le encantó!

—¿Por qué no sigues con la exposición y dejas lo del *Jardín Isósceles* para el final? —propone Derek, molesto—. De todos modos, creo que ya los has saturado con lo de las persianas submarinas. Han perdido el hilo hace un buen rato.

El presidente del jurado golpetea nervioso con el bolígrafo sobre la mesa y mira el reloj.

—Emma, ¿te encuentras bien? —pregunta Randall con falsa preocupación—. Creo que se te ha olvidado cuál era la versión final del proyecto. Estás muy nerviosa. Si tú no te sientes capaz de hacerlo, puedo subir yo al estrado y explicar nuestra propuesta al jurado. No es molestia, de verdad.

Dios mío. Cómo odio a este tío. Si me hubiera traído el ladrillo, en este momento se lo lanzaría a la cabeza.

Así que ese era su plan desde el principio: boicotear mi propuesta y hacerme quedar como una idiota delante de todo el mundo.

¿Qué voy a hacer ahora?

Me apoyo contra el estrado, y al hacerlo, el tanga LED se enciende. En el escenario oscuro, una luz roja y parpadeante incendia mi falda. Todos me miran como si estuviera en llamas. Puede que mi falda no, pero mi rostro...

Pero, eso sí: por fin, he logrado captar la atención de todos, incluido el que estaba roncando.

Cuaderno de notas de Lucas

*No necesitamos planos perfectos,
Ni grandes ambiciones.
Solos tú y yo,
Buscando nuestro lugar entre canciones.*

Incluir palabras clave que envió Thaïs:

- *Culito*
- *Caderas*
- *Cintura*
- *Me vuelves loco*
- *Eres mi bebé.*

Prueba modificada para Thaïs:

*No necesitamos culitos perfectos,
Ni grandes melones.
Solos tú y yo (me vuelves loco)
Buscando nuestro lugar entre (cintura, cintura).*

Emma

Vuelvo al micrófono, con las mejillas aún más coloradas que mi ropa interior iluminada.

—Disculpen, hemos tenido un problema con la presentación —digo, muerta de vergüenza, mientras me apoyo disimuladamente contra el atril, tratando de apretar de nuevo el botón que apaga las luces del tanga—. Pero, si me dan un momento, les prometo que habré valido la pena la espera...

Trago saliva.

Lo bueno: todos me están mirando fijamente.

Lo malo: les interesa más mi tanga que mi proyecto.

Pero, como dicen en marketing, *lo importante es que hablen de ti... aunque sea mal*. Así que me compongo, pongo la espalda bien recta y comienzo mi nueva exposición, desde un punto de vista nuevo.

—Como les decía, estos dibujos no son los correctos. —Cierro la presentación, dejando la pantalla negra, y un suspiro ahogado llega desde la zona donde están sentados Derek y Randall. Extiendo los brazos hacia el jurado, dejando que la luz roja me ilumine de abajo hacia arriba—. Bien. Voy a necesitar su ayuda y que usen su imaginación. Me gustaría que visualizaran este mismo auditorio cúbico, pero ligeramente girado hacia la derecha. Así...

El presidente del jurado alza la mano, visiblemente molesto.

—Señorita Soler, si no han traído los planos correctos, creo que hemos terminado aquí.

—No, por favor, espere. Solo tienen que imaginar...

—No estoy aquí para imaginar. Estoy aquí para juzgar su trabajo —me interrumpe—. Además, he visto ya dos propuestas de auditorios cúbicos. Creo que no necesito ver otra igual.

—El primero era rectangular —lo corrijo, cada vez más desesperada—. El otro *sí* que era cúbico, pero no era una *perla cúbica* de acero cortén.

—Lo mismo —responde, agitando la mano.

Contengo un grito de frustración. ¿Cómo puede decir que un rectángulo es lo mismo que un cuadrado? ¿Que el acero pulido es igual que el acero con pátina de óxido? Tomo aire.

—¡No, por favor! Escúcheme...

Randall se está levantando, pero Derek le pone una mano en el antebrazo para detenerlo.

—Mire, señorita Soler, todos estos proyectos son prácticamente iguales —replica el del jurado—. Ninguno es particularmente original o especial. Son todos básicamente lo mismo, con pequeñas diferencias en materiales y costes, y en la historia que se inventa cada equipo para vendérselo: un lingote de plata, una caja de música, unas... ¿persianas subacuáticas? —Ahí tengo que darle la razón: nuestro tema es el peor de todos—. En fin. Creo que, llegados a este punto, tenemos suficientes datos para tomar una decisión objetiva, y que podemos dar por concluida esta presentación.

Me quedo de piedra. El tanga parpadea otra vez. Mi sueño de escalar al Olimpo de los arquitectos se está desmoronando como si estuviera construido de arenilla sin cemento...

A no ser que...

—Esperen, por favor —digo, recordando la actitud de Lucas cuando se le rompió la cuerda de la guitarra.

Cojo mi carpeta y despliego un plano antiguo del auditorio sobre la mesa del jurado. Se lo planto delante de las narices, alisándolo con la mano.

—Miren esto —digo.

El presidente pone los ojos en blanco y abre la boca, seguramente para repetir que ya ha visto bastante. Pero yo levanto la mano y lo hago callar.

Le quito el vaso de café, en el que quedan apenas dos sorbos, y lo vuelco sobre la planta del escenario.

—¿Te has vuelto loca? —me dice Derek, dando un salto para apartarme del jurado. Luego se gira hacia el presidente—: Discúlpela. Esto no tiene nada que ver con Navarro Arquitectos, se lo aseguro. Está desquiciada.

—No. Déjela —dice el presidente del jurado. De pronto siente curiosidad. Se gira hacia mí—. ¿Qué quería mostrarnos?

—Verán —digo con voz temblorosa. Trazo el contorno de la mancha de café con un rotulador, dibujando una línea irregular que lo rodea—. Tengo una propuesta alternativa. Una versión anterior.

—Interesante. No nos habían hablado de que hubiera otra versión.

Derek me mira con cara de «En cuanto salgamos de aquí, estás despedida». Randall, por su cuenta, está en el séptimo cielo. Creo que ya está disfrutando de su victoria por anticipado.

Pero yo sigo. De todos modos, llegados a este punto, todo está perdido. Da igual si pruebo con esta idea desesperada.

—Esta era nuestra versión final, pero mi compañero Randall olvidó añadirla a las diapositivas. —Me giro hacia Randall con cara de pena—. No pasa nada, Randall. Ya sé que era mucha presión para ti. No es fácil pegar fotos en un PowerPoint y no dejarse ninguna. La próxima vez, no dudes en pedirme ayuda.

A juzgar por la cara de Randall, es posible que el próximo café que me tome en la oficina lleve cianuro.

—Esta propuesta alternativa se basa en la esencia de la música. La música, al igual que la vida, no es perfecta; no sigue trayectorias predecibles ni simétricas. Las notas musicales no son líneas rectas; son vibraciones, ecos que rebotan, que resuenan y se enredan en el alma, como pensamientos que fluyen libremente, llevándonos desde los recuerdos de la infancia hasta los sueños del futuro.

Tomo aire. Todos se han callado y me observan con gran interés. Incluso Derek. ¡Incluso el de los ronquidos!

—El proyecto que realmente quiero presentarles es... *La Perla Orgánica* —improviso el nombre sin pensar mucho, y continuo con los ojos cerrados, dejándome llevar mientras trazo con el dedo el contorno de la mancha de café—. Imaginen a un buceador, descendiendo al fondo del océano en busca de una perla. Pero la perla que encuentra es diferente de la que buscaba: no es perfecta, ni lisa, ni nacarada. Es una perla que ha sido arrugada por el paso del tiempo, una perla dorada, marcada por los golpes y las cicatrices de su viaje existencial. Y es precisamente esa imperfección lo que la hace increíblemente valiosa.

Mientras hablo, me olvido de quién soy, y de las reglas estrictas que rigen mi vida. No sé por qué, pero pienso en Lucas, aquella primera noche en el café, y en lo que *él* habría dicho en mi lugar. Continúo hablando, como en un trance:

—Esta perla, con todas sus abolladuras y pliegues, es más preciosa que cualquier otra, porque es... única. Así es nuestro auditorio. No es una estructura rígida ni predecible. Es una forma viva, que respira, se retuerce y se expande, como una melodía que resuena en lo más

profundo de nosotros. Como las canciones que cantábamos de niños, inventándonos la letra. Se ha forjado a través del tiempo, soportando las pruebas y los baches del camino, pero mañana se alzará, erguida y convertida en el auditorio más bello, prestigioso y original del país.

Cuando abro los ojos de nuevo, Derek está boquiabierto, y el presidente del jurado tiene los ojos entrecerrados, con una expresión inescrutable. La chica joven del otro despacho me mira como si fuera un piloto kamikaze a punto de estrellarse contra un portaaviones nuclear. Randall pone cara de pez y tiene pinta de no haber entendido nada.

Para ser sincera, ni siquiera yo lo entiendo.

No tengo ni idea de dónde (¿o de quién?) ha salido esa inspiración espontánea, tan poco propia de mí. Ha sido como si un ser superior hablase a través de mis labios. Como si le hubiera copiado esas palabras a alguien... sin querer.

—Y... eso es todo —digo sin aliento, mientras vuelvo a mi asiento exhausta y recojo mi plano.

La silla cruje al sentarme, la luz roja por fin se apaga y me siento devuelta de golpe al presente. Es como salir de una meditación. Pliego el plano y lo meto en la carpeta. Aún está mojado de café, y mancha todos los otros papeles. Pero me da igual. Les he contado mi idea loca. Ese proyecto ha salido de lo más hondo de mi ser, y me siento de maravilla. Todos siguen mirándome, pero nadie dice nada, así que añado:

—Gracias. Ya está. No tengo nada más que decir.

Un silencio profundo inunda la sala.

Es como esos instantes de duda cuando alguien dice algo raro en el colegio, y los compañeros no saben si reírse o asentir, fingiendo que ha sido un comentario de lo más inteligente.

—Muy bien, gracias a todos por sus propuestas —anuncia el presidente del jurado, levantándose y estirando la espalda con disimulo—. Como saben, los resultados se harán públicos el último viernes del mes, a las ocho de la mañana, en nuestra página web oficial. Pueden retirarse.

Recojo mis cosas en silencio y salgo la primera. Nadie me mira ni se despide de mí. Es como si acabaran de condecorarme con la *Letra Escarlata* de la arquitectura moderna.

El sol exterior me ciega, y todavía veo borroso cuando Derek me da un golpecito en el hombro. Al girarme lo encuentro detrás de mí, cruzado de brazos.

—Supongo que ya sabes lo que viene ahora, ¿verdad? —murmura.

Tras él está Randall, alias su perrito faldero.

Asiento. No necesita decir más. Claro que sé lo que me espera, después de saltarme todas las normas del despacho y cambiar un proyecto crucial sin permiso del jefe. Un proyecto del que dependía el balance anual de la empresa.

—Bien —dice Derek secamente—. El lunes recibirás el preaviso oficial. Tendrás un mes para buscarte otro trabajo. Podrían ser quince días, pero creo que así es más justo.

—Pues sí, porque el panorama laboral está fatal en nuestro sector desde la crisis del ladrillo —comenta Randall, que ni siquiera se molesta en ocultar su deleite.

—Vale —respondo con la cabeza alta—. Gracias, Derek. Solo una cosa. —Me lo pienso un momento más. ¿Debería hacerlo? Qué puñetas. Me están echando. Ahora ya nada importa—. No me he tomado vacaciones desde que llegué, así que me gustaría aprovechar todos los días que me corresponden de golpe. Así que, si te parece, el lunes me llevaré mis cosas, y será mi último día en la empresa. Aprovecharé para enviar currículums. Por lo demás, espero que os vaya muy bien con el resto de proyectos. Suerte.

Luego me marchó, con la espalda bien recta. Siento las rodillas de gelatina, pero no es preciso que ellos lo sepan. No. No les daré esa satisfacción.

Me espero a subir al taxi, y entonces sí, rompo en sollozos.



Lista de tareas de Emma:

- Buscar trabajo.
- Escribir artículo científico sobre los beneficios del estrés.
- Hacerme científica o conocer a alguien que me explique cómo se escribe un artículo científico. Idea: ¿preguntar en la farmacia?

Emma

Me despierto al día siguiente porque el teléfono está vibrando en la mesilla. Al principio, veo tanta luz por la ventana que pienso que es sábado, pero enseguida recupero la conciencia de lo ocurrido durante la presentación de *La Perla Cúbica*.

La que llamaba era Nuria. Como no lo cojo, me envía un mensaje:

«Tu abuelo quiere pasarse a merendar hoy a las cinco. ¿Estarás en casa?».

Lo que me faltaba. Con todo el lío del despacho, casi me había olvidado de mi abuelo. Tengo que hablar con Lucas urgentemente. No esperaba que se presentase con tan poco tiempo de preaviso.

Abro la nevera y busco algo para desayunar. Como siempre, tengo mis batidos orgánicos congelados en porciones que me traen ya preparados a casa una vez por semana. Saco una de las bolsitas al azar; parece que tiene algo rosa dentro, que supongo que será papaya, o fresas. Aunque ojalá fuera el corazón de Derek.

Mientras tanto, le mando un mensaje a Lucas:

«Lucas, necesito hablar contigo. Es urgente.»

Termino de hacer mi batido y de lavar la batidora, pero Lucas no contesta. Miro el reloj: son las nueve de la mañana.

Dios mío, ¿qué estoy haciendo en casa a esta hora? Me siento rara. Debería estar trabajando. O en el Carpi Café haciendo llamadas. O vigilando que Mario no meta los dedos en la impresora.

Hace mucho que no me tomo vacaciones; incluso los fines de semana me los paso trabajando, desde que llegué a Barcelona he estado enfrascada en el concurso del auditorio. Las últimas vacaciones que tuve fueron hace un año, y las usé para vaciar el piso de Londres y mudarme a España.

De repente, una sensación de vacío se apodera de mí, y el suelo se tambalea bajo mis pies. ¿Qué voy a hacer con mi vida ahora que ya no tengo que pasármela en el despacho de Derek Navarro?

Creo que me voy a morir por falta de estrés.

Eso es.

Creo que la ciencia se equivoca, y era el estrés del trabajo lo que me mantenía viva; lo que me ayudaba a ignorar el vertedero appestoso que es mi vida emocional.

Trabajar mucho es sano.

¡Voy a escribir a alguna revista científica!

A lo mejor podría conseguir mi sueño de aparecer en alguna publicación de prestigio, solo que tomando un camino alternativo:

«Ex arquitecta desvela el secreto de la longevidad: Diez consejos prácticos para estresarte más con poco esfuerzo».

Tengo que tomar notas para el artículo, aunque no estoy segura de que ese título suene

muy científico...

Pero antes de eso voy a llamar a Lucas. No es normal que tarde tanto en contestar.

Primero lo llamaré, y luego le escribiré a algún científico. Seguro que Derek conoce a alguno.

Ah, no. Que ya no me habla.

Empiezo a ponerme nerviosa. Busco el teléfono de Lucas, y este responde con voz adormilada:

—Emma... ¿Por qué me llamas tan temprano? ¿Qué ha pasado?

—Lucas, ¡son las nueve de la mañana! —respondo con impaciencia.

—Perdona, es que hoy libro. Ayer tuve un concierto que no estaba planeado, y esta tarde curro a partir de las dos. —Bostezo. Pausa—. Thaïs me ha conseguido un montón de actuaciones por Barcelona, y voy a estar súper liado las próximas cuatro semanas...

No sé por qué, pero el nombre de Thaïs me sienta peor que la crema de cacahuete. Y eso es decir mucho, porque soy alérgica a los cacahuetes desde que me hinché como un tomate en la fiesta de cumpleaños de mi mejor amiga del parvulario.

—Bueno, pues vas a tener que cancelar lo de la cafetería esta tarde —le digo a Lucas, sintiendo un súbito mal humor desde que ha mencionado a Thaïs—. Llama a tu amiga esa... la de los piercings. ¿Amalia? Pregúntale si puede sustituirte.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta, medio confuso—. Y es Amaya, no Amalia.

—Lo que sea. Tienes que venir a mi casa urgentemente. Mi abuelo viene esta tarde a merendar. Se supone que vivimos juntos, ¿te acuerdas? Ven y tráete algunas de tus cosas para que parezca que es verdad.

Lucas se ríe al otro lado de la línea.

—¿Y tú vas a cancelar tu trabajo en el despacho también? Eso sí que no me lo creo...

—Ya lo he hecho —respondo con pesar—. Por tiempo indefinido.

Lucas parece despertarse de golpe; su voz cambia y puedo imaginarlo poniéndose recto en la cama.

—¿Cómo que por tiempo indefinido? ¿Qué ha pasado?

—Nada, me despidieron... por tirarle un café al presidente del jurado.

—¿Qué? ¡Emma, por favor, dime que estás bien!

Su preocupación suena tan genuina que es casi enternecedora.

—Eso da igual, Lucas. No te llamaba por eso. Tienes que venir cuanto antes y traer unas cuantas cosas. Y que sea rápido, por favor.

—Vale, vale... Claro. Iré enseguida. Lo que necesites. Pero ¿a qué cosas te refieres? ¿Qué se supone que tengo que llevar?

—No sé... un cepillo de dientes, una videoconsola, una espada de samurái... algo que haga parecer que aquí vive un hombre. ¿Es que no has visto esas pelis de americanos que quieren una *Green Card*? Pues eso. Igualito.

—¿Una espada de samurái? —pregunta, confundido—. ¿Y qué puñetas es una *Green Card*?

—¡Lucas, por favor, no me lo pongas tan difícil! Simplemente, trae algunas de esas cosas que tenéis los chicos en casa. ¿Un póster de fútbol gigante? ¿Detergente para calzoncillos?

—No me gusta el fútbol. ¿De dónde sacas esas ideas tan raras? ¿Alguna vez has vivido con un hombre?

Me muerdo el labio. ¿A él qué le importará eso? Claro que he vivido con uno. Con Trevor. Duramos por lo menos tres semanas y media. Bueno, una de ellas me fui de viaje. Dos y

media. En fin, da igual.

—Bueno, pues trae lo que te dé la gana, pero que parezca... *masculino* —le digo al fin.

—¿Qué tal mi escopeta de caza? Y el saco de boxeo. ¿Tienes un gancho para colgarlo? Pesará unos cien kilos. ¿Aguantará la estructura?

Guardo silencio un momento, tratando de adivinar si lo dice en serio o me está tomando el pelo.

—¿Emma? —dice tras unos instantes—. Tranquila, era broma. No tengo una escopeta de caza. Ni tampoco hago boxeo. Pero si quieres me llevo la maquinilla de afeitar, ¿vale?

—Menos mal —contesto, mirando el techo alto y con molduras, pero abombado por las humedades—. Porque dudo que estas vigas tan antiguas pudieran sujetar tu bolsa de boxeo imaginaria.

Escucho cómo resopla.

—Eres lo peor, ¿lo sabías? Anda, dame un rato y estaré ahí. Saldrá todo de rechupete, no te preocupes.

Una hora después, escucho el timbre. *Ya está aquí*, pienso, y me siento mejor de inmediato. Acaricio sin darme cuenta el ridículo anillo de plástico verde mientras voy hacia el recibidor para abrir por el interfono.

Por desgracia, Doña Montse debe de haberlo divisado desde su puesto vigía en el balcón, porque viene corriendo a esperarlo a la puerta de mi apartamento.

—¡Niña, abre! —grita aporreando la puerta.

Abro con cara de pocos amigos, pero finge no darse cuenta de que no estoy de humor para charlas vecinales.

—Bueno, bueno, ¿quién ha venido a verte tan temprano, Emma? ¡Nunca viene nadie! —exclama, mientras se acerca curiosa y husmea dentro de mi casa—. No me digas que es él. ¿Por fin voy a conocer a tu *marido*?

Pronuncia la palabra con naturalidad, pero a mí me suena rara. Rarísima. Como si hubiera dicho que va a conocer a mi tarántula, o a mi pulpo de dos cabezas.

Tomo aire antes de responder. Lleva una cafetera humeante. ¿Cómo lo hace? ¿Tiene siempre una al fuego, por si salgo de casa?

—Sí, Doña Montse... Es él —digo con tono nervioso—. Ha vuelto de un concierto.

—¡Por fin voy a conocer al músico misterioso! —responde con una sonrisa aniñada—. ¿No te importa que me quede a saludarlo, verdad?

Claro que me importa, pero lo va a hacer de todos modos.

—Hace tanto que no viene nadie interesante por aquí... Ni mi hija, ni mi cuñada... —murmura—. Y después de escuchar la historia de cómo te pidió matrimonio, estoy muy intrigada.

Mierda. Se me olvidó explicarle eso a Lucas. Es más, no sé si me acuerdo de la historia que le conté a la vecina. Bueno, tampoco creo que doña Montse nos haga pasar un test. Creo. ¿Creo?

—No, claro que no, quédese... —digo con resignación—. Será un... *deleite* poder presentárselo. Pero le aviso que tenemos prisa. Solo tenemos cinco minutos.

—Será suficiente, no te preocupes —contesta ilusionada—. Solo quiero echarle un ojo. Para ver si te conviene.

Las dos miramos hacia el ascensor, donde la flecha indica que está subiendo. Me siento

como si cada número de piso fuera la cuenta atrás de una bomba.

Finalmente, el ascensor se detiene y la puerta se abre con su característico chirrido arcaico, revelando una enorme caja que oculta casi completamente a Lucas. Solo sus ojos asoman por encima de las solapas medio abiertas.

—¿Reunión de vecinos? —pregunta, sorprendido, mirando de un lado a otro por los lados de la caja.

Lleva unos vaqueros desgastados y de su hombro cuelga también la guitarra.

—No, no... —respondo agitando la mano—. Es solo Doña Montse. Ha salido a traernos café recién hecho. ¿Verdad, Doña Montse? —digo, buscando desviar la atención.

—¡Por supuesto! —responde ella, satisfecha—. Justo acabo de preparar una cafetera, pero solo había traído una taza. Esperad, os traigo otra más. Anda, Emma, sujeta esto.

Me pasa la cafetera caliente sin previo aviso, dejándome con las manos ocupadas, mientras Lucas lucha por mantener el equilibrio con la enorme caja a cuestas.

—Al menos deja la caja en el suelo, ¿no? —le sugiero.

Lucas, todavía algo perdido, me susurra:

—¿Quién es? ¿La competencia del Carpi Café?

—Es la vecina cotilla —contesto, con cuidado de no quemarme con la cafetera aún caliente—. Ojo con lo que dices, porque todo puede llegar a oídos de mi abuelo. Sospecho que me ha puesto espías.

—Ah... Entendido —responde, con una mirada cómplice.

Doña Montse vuelve con dos tazas Duralex de cristal marrón, que seguramente lleva décadas sin usar. Las asas están algo polvorientas, así que limpio la mía con el borde de mi blusa.

—Bueno, bueno... ¡qué joven y bien plantado! —dice, inspeccionando a Lucas de arriba abajo—. Así que este es el músico del que me han hablado...

Lucas, con una sonrisa tranquila, la corrige:

—Cantautor, pero sí, soy yo.

—¿Sabes? —dice Doña Montse, entusiasmada—. Cuando me enteré de que nuestra Emma se había casado, no lo podía creer. Al principio pensé que debía de ser una broma. Es una de esas chicas de carrera, ¿sabes? Siempre trabajando, trabajando y trabajando. La veo salir temprano, volver tarde, con su traje, sus tacones, y los papeles siempre bajo el brazo. ¡Una mujer muy industriosa! Muy buen partido. No deberías dejarla escapar. Cuídala bien, ¿me oyes?

Lucas me lanza una mirada divertida y responde:

—Lo haré, Doña Montse. Puede estar segura de ello.

Suena tan convincente que por un instante se me entenece el corazón.

Luego me acuerdo de que es todo mentira y se me pasa.

—Así me gusta —aplaude doña Montse—. ¿Y cómo os conocisteis? Seguro que también es una historia bonita —insiste ella, y luego se lleva una mano a la comisura de la boca, con aire de secretismo—. Ya me contó lo de la pedida de mano...

Intento intervenir antes de que la cosa se complique, pero Lucas, siempre rápido de reflejos, se adelanta.

—Nos conocimos en una cafetería. Yo trabajaba allí y ella venía todos los días. Desde la primera vez que la vi, me quedé prendado de ella. Lo que más me gustaba eran los pequeños detalles... cómo se le metía el pelo en los ojos cuando se agachaba, y resoplaba para quitárselo. Cómo sujetaba el bolso contra el pecho mientras esperaba en la cola. Parecía tímida, pero intentaba ocultarlo. Y su sonrisa... esas arruguitas alrededor de los ojos que parecen pequeñas

estrellas fugaces.

Resoplo para quitarme el flequillo de los ojos, y justo en ese instante me quedo congelada. ¿Cómo puede haberse dado cuenta de todo eso? Y necesito otra crema antiarrugas. Esto es inaceptable.

—¡Qué bonito! —suspira Doña Montse, emocionada—. Ahora entiendo por qué os casasteis tan rápido. ¡Se os ve muy enamorados!

Le dedico a Doña Montse una sonrisa tensa mientras intento empujar a Lucas hacia la puerta, pero ella nos sigue y me impide cerrarla. Debería de haberse unido a los GEO. Habría sido muy buena irrumpiendo en pisos de delincuentes a la fuerza.

—Como te decía, Emma me habló de esa proposición de matrimonio tan bonita que le preparaste —dice con los ojos brillantes, como una niña—. ¡Qué romántico fue todo! ¿Cómo se te ocurrió la idea?

Lucas me mira de reojo, alzando una ceja en una clara pregunta muda. Me planteo empujarla fuera y cerrar con llave, pero creo que el cinturón de la bata se quedaría atrancado.

—Ah... ¿sí? —dice Lucas, intentando ganar tiempo, con una sonrisa tensa, y su voz suena algo rara cuando añade—: ¿Se lo contaste, *cariño*? ¿Por qué no me dijiste nada? —Luego se gira hacia doña Montse—. La verdad es que fue súper especial. *Inolvidable*.

—¡Especial! —Doña Montse parece ofendida por su falta de entusiasmo—. ¡Fue como sacado de una película! Ya me imagino la emoción del momento, con todas esas luces del escenario y la ovación de la gente... Emma dijo que hasta las estrellas brillaban como... ¿OVNIS? —añade dudando.

—¿OVNIS...? —replica Lucas, y se le escapa una carcajada. Me lanza una mirada rápida, como si estuviera buscando alguna pista en mi rostro—. Ah, claro, sí. ¡Cómo no! Las... las estrellas, estaban... eh... brillando a tope esa noche.

—¡Exacto! Cuéntame otra vez cómo paraste el concierto para hacer la gran declaración... —dice doña Montse con emoción, haciendo un gesto para que él continúe.

Lucas parpadea, visiblemente desconcertado, pero se aclara la garganta y sonríe torpemente.

—Ah, sí, bueno... lo de parar el concierto... —se pasa una mano por el cuello, nervioso—. Fue todo muy espontáneo. No tenía nada preparado. De repente, miré a Emma entre el público y pensé... Mírala. Es perfecta. Es la mujer de mi vida. Somos tan diferentes, pero a la vez tan parecidos. Quiero pasar el resto de mi vida con ella. Y eso es todo. No necesité más. Lo supe al momento.

Dios. Qué bonito.

Doña Montse está de acuerdo, porque junta las manos frente al pecho y exclama:

—¡Este chico es un cielo! Y luego te hizo subir al escenario, ¿verdad, niña? Y entonces dijo eso... ¿Cómo era?

¿Cómo era?

Por favor, ni siquiera yo me acuerdo.

Solo me acuerdo de lo de los OVNIS y, la verdad, menos mal que no lo puse en la memoria de un proyecto para Derek Navarro, porque me habría despedido otra vez. Ya dije que no había nacido para poeta.

—Sí, bueno, luego me preguntó si quería casarme, y eso es todo —digo, intentando terminar con la tortura—. ¿Nos vamos, cariño?

Lucas da un paso adelante, pero se le nota perdido. De pronto recuerdo que nunca antes ha estado en mi casa. Doña Montse lo coge de la manga, casi implorando.

—No, pero esa frase tan romántica, ya sabes... —insiste doña Montse—. Lo de la canción... fue impresionante. Repítelo, por favor...

—Sí, Lucas puede ser muy dramático —comento con voz cortante—. Pero tiene muy mala memoria.

—Sí —asiente Lucas, mirándome de reojo y con cara de “Esta me la pagas”—. Me encanta el drama. Pero tengo memoria de pez.

—En realidad lo de los peces es un mito. Su memoria es bastante buena —dice doña Montse—. Lo dijeron en un documental.

—¿Sí? —dice él, y su sonrisa se va ensanchando por momentos—. Pues de abejorro. ‘*Yo soy tu abejorro, y tú eres la miel...*’

Canturrea, mirándome con la mano en el corazón, y yo le doy una pequeña patada en el tobillo para que pare. Él apenas reacciona, pero doña Montse parece estar disfrutando de lo lindo.

—Emma dijo que luego cogiste el micrófono —continúa la vecina, ajena a la tensión entre nosotros—. Y dijiste que ella era tu canción favorita y que querías cantarla toda la vida...

Lucas se congela. Por un segundo, parece que lo hubiera alcanzado un rayo en pleno esternón.

—Mi... ¿canción favorita? —repite, casi sin creer lo que está escuchando—. ¡Sí! Justo eso dije. ¡Es muy bueno! Parece mentira que se me ocurriera a mí. Ya le dije que tenía memoria de pez. Esto... de abejorro. Sí. Emma es como la nota final que le da sentido a todas las demás. Sin ella... estaría perdido. Sin duda, ella es mi canción preferida.

Me coge la mano, la que no estoy usando para sujetar la cafetera. Me tiemblan un poco los dedos.

—Sí, bueno. Siempre he sido muy melódica —añado con tono pragmático mientras me suelto disimuladamente—. Y metódica. Eso aún más.

—¡Qué bonito! —Doña Montse aplaude, mientras busca un sitio donde sentarse *en mi casa*—. Yo siempre supe que detrás de ese aspecto de mujer fría, calculadora y sin sentimientos tenías un corazón muy dulce, Emma. Y Lucas es todo un poeta. Un artista. Me encanta cómo os compenetráis. ¡Los polos opuestos!

Me dan ganas de estrangular a mi vecina por lo que ha dicho, pero acaban de echarme del trabajo y ya solo me falta que me metan en la cárcel por abuelicidio.

Lucas me mira de reojo una vez más, con una expresión que claramente dice: “*Pues no va desencaminada. Es una buena descripción*”. Yo sonrío con los dientes apretados, deseando que el suelo se abra y me trague, o que al menos se trague a doña Montse.

—Qué va, Emma es un algodoncito de azúcar —dice Lucas finalmente, tratando de ayudar—. Un osito de peluche. Pero ya sabe cómo somos los músicos Siempre con metáforas... y... cosas. En el fondo es todo fachada. Soy un tío duro.

Saca bola con el bíceps y yo me apresuro a intervenir antes de que la conversación se desvíe aún más:

—Sí, Lucas es todo un poeta, doña Montse.

—Pero también un tipo duro —añade, casi ofendido.

—Sí. Durísimo. Con saco de boxeo y todo. Pero, bueno, tenemos tantas cosas que hacer hoy... ¡Vamos, cariño, que tenemos que... reorganizar los catálogos de azulejos cerámicos! —improviso.

—Sí, claro, los catálogos de azulejos —añade Lucas, siguiéndome el juego—. Los ordenamos por... formas geométricas. Y por colores. ¿Los *azulejos azules* primero, amor? ¿Y los verdes qué son... *verdelejos*?

Doña Montse parece intrigada, pero sigue sin rendirse.

—¡Oh, claro, no quiero molestar más! Pero oye, chiquilla —dice, sin perder el hilo—, ¿y los niños para cuándo? Que ya debes de andar por los treinta, ¿no? ¿Tienes óvulos congelados, o lo dejáis todo a la naturaleza?

Me quedo paralizada, la boca abierta.

¿Acaba de preguntarme eso?

No me lo creo.

Sigo en shock durante lo que parecen diez horas, hasta que escucho la voz de Lucas a lo lejos.

—Bueno, siempre hemos pensado que, si las cosas se complican, podríamos adoptar un aguacate —responde él, sin perder la compostura—. Dicen que maduran muy rápido.

Le lanzo una mirada fulminante. No sé si reírme histéricamente o esconderme en algún armario para siempre. Quizás mejor en el congelador; podría ser beneficioso para mis óvulos ancianos.

Lucas se mantiene imperturbable y Doña Montse sonríe, claramente encantada con él y su desparpajo.

—¡Ay, qué gracioso sois! Pero no os despistéis con los años, que luego ya es tarde. Dímelos a mí, que solo tuve una niña, y quería tres. Y luego me dormí en los laureles cuando falleció mi Manel, que en paz descansa, y ahora me he quedado más sola que la una. Bueno, venga, que no os entretengo más. Y Lucas... ayuda a nuestra Emma con esos libros de azulejos, que a ella le gusta todo muy recto y ordenado.

Lucas me mira con ojos brillantes, reteniendo una sonrisa.

—Por supuesto, doña Montse. Ya oigo los libros pidiendo auxilio desde aquí.

—Sí... están gritando “¡Orden alfabético, por favor!” —añado, intentando salir del apuro.

Doña Montse, al fin, recoge sus tazas y su cafetera y nos despide con una palmadita en el hombro.

Cuando cierra la puerta, dejo escapar un suspiro de alivio.

—¿Adoptar un aguacate? —le susurro a Lucas, incrédula—. ¿En serio?

Él sonríe, encantado de sí mismo.

—Lo siento, cariño —responde juguetón—, pero nada de lo que yo diga podrá jamás superar a tu propuesta de matrimonio *con OVNIS*.

Cuaderno de notas de Lucas

“Y dijiste que era tu canción favorita y que querías cantarla toda la vida...”

Tengo que usar esa línea.

Aunque creo que a Thaïs no le va a gustar, y si sustituyo “canción” por “culito” creo que va a perder la esencia.

21

Lucas

Dejo la caja de cartón en el suelo, justo donde Emma me indica. Lo hago con cuidado, para que no se rompan los huevos. Porque he traído huevos, y alguna que otra cosilla más que ella no se espera.

Emma me observa con atención, como si fuera importantísimo cómo coloco mis cosas. Me apuesto a que tiene un plano en papel cuadriculado para organizar hasta los cubos de la basura.

—¿Aquí está bien? —pregunto, por si acaso.

—Perfecto —contesta con una sonrisa tensa—. Aunque tendrás que vaciarla. La llevaremos al trastero antes de que venga.

Con absoluto disimulo, empuja la caja con la punta del pie hasta que queda perfectamente alineada con las juntas de las baldosas.

Me quito las zapatillas y las coloco ordenadamente en un rincón, como haría en mi casa. Noto que está nerviosa, pero no acierto a adivinar por qué. ¿No están lo bastante juntas?

—Creo que esto no va a funcionar —dice, algo triste—. No queda realista.

—¿Perdona?

—Sí, bueno... ¿Y si intentases dejar los zapatos tirados? Uno aquí y otro allá. Que parezca más natural.

Los muevo un poco, pero sigue mirándome contrariada.

—No, así... —dice mientras se agacha, coge mis zapatillas y les da una patadita para que queden en medio del pasillo—. Tiene que parecer que aquí vive un hombre. Los hombres son... más descuidados.

La miro, confuso.

—Yo no hago eso. Y, que yo sepa, no soy una tortuga.

Entrecierra los ojos como si desconfiase.

—Pues todos los hombres que he conocido lo hacían. A lo mejor, el primer día no, pero en cuanto cogían confianza empezabas a encontrarte sus zapatos por todas partes. Y sus calcetines. Y sus pañuelos con mocos. Y tiene que parecer que llevas un tiempo aquí, no que acabas de llegar.

—No es por nada, pero has salido con tipos muy raros...

Abre la boca para decir algo, pero después se calla.

—Da igual —dice, mientras se endereza—. Ven, te voy a enseñar el piso. Es muy pequeño, de todos modos... —Señala hacia arriba—. Pero al menos, los techos altos le dan amplitud.

Jamás me había fijado antes en el techo de la casa de nadie, pero, ahora que lo dice, es interesante.

—La distribución, por desgracia, es bastante cerrada, pero no se puede esperar más de una obra de los años cincuenta en esta zona. Como puedes ver, el pasillo es larguísimo... un desperdicio...

—En casa de mis padres usaba el pasillo para correr. Me encantaba que fuese tan largo. Era mi parte preferida de la casa.

Me mira como si fuera un perro verde, pero no dice nada.

—Interesante —dice al fin, sacudiendo la cabeza—. En fin, esta es la cocina...

La sigo mientras me muestra el grifo (gotea) y la nevera (ha sobrevivido a cinco presidentes del gobierno). Luego pasamos al salón, que tiene un ventanal grande que da a una estrecha terraza.

—Sobre todo, es muy importante no dejarse el balcón abierto por la noche —dice señalando hacia los cristales—. El gato de la vecina se cuela y te rasca la ropa...

Luego se calla, comprendiendo que jamás voy a necesitar esa información (interesante, por lo demás), porque su abuelo vendrá a merendar y después yo me marcharé, seguramente para siempre.

—Y... bueno, ahí está el dormitorio.

Se queda frente a la puerta, como si hubiera un campo magnético invisible que le impidiera cruzar el umbral. Agito la mano a través del hueco, pero la mano pasa sin problemas.

Me giro hacia Emma, y noto cómo le sube un leve rubor por las mejillas. Cambia el peso de un pie a otro, mordiéndose ese labio sonrosado y carnoso que, admitámoslo, da para muchas fantasías. Porque las fantasías son gratis y al alcance de todos, por mucho que esta mujer esté fuera de mi liga.

—En fin, ahí no creo que entre el abuelo —dice por fin.

Está roja como un tomate. ¿Pero qué tendrá ahí dentro? ¿Ropa interior de cuero? ¿Látigos y esposas? ¿Una colección edición limitada de escuadras y cartabones decimonónicos?

Cierra la puerta rápidamente y se gira hacia mí, todavía ruborizada.

—Y eso es todo —dice tragando saliva—. Cincuenta metros cuadrados muy mal aprovechados, como puedes ver.

—Yo lo veo muy bonito —le digo sinceramente, porque es mucho más elegante que el mío—. Venga, vamos a ver dónde ponemos mis cosas. Lo que más verá tu abuelo es el salón... y tal vez el baño, si entra. Me he traído el cepillo de dientes. Y si quieres puedo tirar algún pañuelo con mocos por ahí. ¿A qué hora viene?

Emma asiente, aún un poco distraída.

—Sobre las cinco. Faltan un par de horas todavía.

—Perfecto. Nos da tiempo a cocinar algo para comer —sugiero, buscando aliviar la situación—. Así me familiarizo con la cocina y aprendo dónde están las cosas. Sería muy raro si no lo supiera.

Ella me mira, retorciéndose las manos.

—Nunca cocino en casa —confiesa al fin—. Dudo que sea posible.

—No te preocupes —respondo, volviendo sobre mis pasos en dirección a la cocina, mientras ella me sigue poco convencida—. Mis padres tienen un restaurante y básicamente crecí entre fogones. Seguro que puedo improvisar algo.

—¿En serio? —parece sinceramente interesada, lo que me hace sonreír un poco—. ¿Qué tipo de restaurante tenéis?

—Hacemos de todo un poco —le explico, mientras me acerco a la nevera para investigar su contenido—. Pero lo que mejor se nos da son los platos tradicionales. Pescados, guisos... el clásico “*pescaíto* frito...” Aunque me parece que no voy a freír nada hoy —comento, observando su despensa, muy ordenada pero más vacía que un chiringuito de playa en diciembre—. ¿Llevabas alguna idea para comer hoy?

Emma se queda pensativa, con los brazos cruzados.

—Sorpréndeme —responde, con una sonrisa traviesa que contiene un reto implícito.

—Perfecto —digo, decidido a aceptar el desafío.

En la nevera hay una cebolla, una cabeza de ajos y un par de yogures desnatados. A lo mejor, esto va a ser un poco más difícil de lo que pensaba, y eso que me he traído mi arsenal secreto de emergencia.

—No comes mucho en casa, ¿eh? —digo, tratando de comprender cómo puede vivir ahí y no tener comida.

¿Qué se puede preparar con yogures y una cebolla podrida?

—Ya te lo ha dicho mi vecina. —Se encoge de hombros—. Siempre como fuera, menos el desayuno. Tengo muchos batidos congelados, por si te interesa. Y, si no, hay muchos restaurantes por aquí cerca. ¿Te gusta el sushi?

Sacudo la cabeza. *No. Este es mi reto.* Hoy jugamos en mi campo.

—Nada de sushi. Tengo ideas mejores.

Diviso algunas latas de garbanzos, unas pocas verduras más a punto de convertirse en fósiles en el fondo del cajón y un *tupper* de usar y tirar con comida mexicana que dentro de poco saldrá solo cantando mariachis.

Regreso al recibidor y abro mi caja. Ante la mirada estupefacta de Emma saco los huevos, un bote de pimentón, una lata de atún y algo de azafrán. No planeaba usarlos juntos, pero puedo trabajar con esto.

—Voy a hacer una especie de... revuelto campero —me lo estoy inventando al vuelo, pero lo digo como si fuera algo que hago todos los días. Ella asiente como si estuviera en clase y yo fuera el profesor—. Podemos poner garbanzos, lo que te queda de verdura, un poco de pimentón... Y atún de lata, porque no tengo nada mejor. ¿Dónde tienes la tabla de cortar?

Tarda cinco minutos en encontrarla, y creo que, cuando al fin la encuentra, para ella también es la primera vez que la ve. Me la tiende y se apoya en el marco de la puerta, observando cómo corto las partes salvables de la cebolla con suma curiosidad.

—Tienes mucha maña —comenta con admiración—. Nunca había visto a alguien cocinar con tanto arte.

—Claro que sí: *musho arte, quilla*. Además, lo más simple a veces es lo mejor — respondo, girando la cebolla sobre la tabla—. Esto va a salir de lujo, ya verás.

Me giro un momento para ver su expresión. Está sonriendo, y sus ojos brillan con algo más, que es totalmente indescifrable.

—¿Tienes algo de pan? —le pregunto sin grandes esperanzas, escudriñando el lugar.

—Pan de molde... en el congelador. ¿Te sirve?

—Bueno, algo es algo.

Se agacha a sacarlo. Cuando lo hace, su trasero queda a la vista, redondo y perfecto. Trago saliva y aparto la mirada, recordándome que esto no es una cita, sino una reunión de empresa.

—Perfecto. —Se lo quito de las manos, evitando su mirada porque ahora soy yo el que seguro que se ha puesto rojo—. Lo tostaré un poco. ¿Tienes tostadora?

Tuerce la boca.

Me apuesto cinco euros a que no sabe lo que es una tostadora.

—Da igual, yo me apaño —le digo—. De todos modos, aquí lo importante es el sofrito. El truco está en que no se queme el ajo, y en el Pimentón de la Vera. —Sacudo el botecito en el aire y le doy un besito en la tapa con aire teatral—. Esto es oro rojo del bueno. ¡Gloria bendita!

—¿Siempre llevas huevos y especias cuando sales de casa? —pregunta, divertida.

—Solo cuando voy a la tuya —replico con tono desafiante—. *Estas chicas modernas de*

carrera siempre comen fuera —respondo, guiñándole un ojo e imitando la voz de su vecina—. *¡Una mujer muy industriosa!*

—*¡Muy buen partido!* —continúa Emma.

Suelta una carcajada, y su rostro es tan hermoso cuando se ríe...

Empiezo a sofreír los ajos y la cebolla. El olor comienza a llenar la pequeña cocina: es un olor que me siempre me devuelve a casa, y me recuerda a mi hogar, el auténtico. Noto cómo Emma se acerca un poco más, como un gato hambriento al olor de la barbacoa.

—Pero lo más importante es el *toque Lucas* —comento, mientras añado los garbanzos y un poco de azafrán, para darle color.

—Toque Lucas, ¿eh? —dice, rebuscando en un armario—. ¿Y eso qué incluye?

—Eso ya lo verás cuando lo pruebes —le digo, volviendo a sonreír—. Pero te digo yo que esto está que te quita el sentido.

Levanta dos botellas de vino: uno tinto y otro blanco. Lleva el pelo ondulado; hoy no se lo ha planchado, y eso le da un aire más jovial y desenfadado. Me gusta. Le señalo el vino tinto con la barbilla, y ella asiente con gesto de aprobación.

—Pues *este* es mi toque personal —dice satisfecha, apoyando la botella en la encimera mientras busca un sacacorchos en el cajón.

—Me parece bien —digo—. Aprobado por el consejo de cocineros.

Se esfuerza por sacar el tapón de la botella. Mientras tanto, vuelvo a mirar disimuladamente su figura por detrás: sus caderas dibujan curvas amplias y tentadoras, enfundadas en una falda ajustada y probablemente demasiado elegante para la ocasión.

El tapón sale con un sonoro “plop”.

—No cocinas mucho, pero abrir vino se te da bien —comento.

—Así es —admite, poniéndose de puntillas para sacar dos copas del armario—. Prefiero mirar que cocinar. Es más seguro para todos.

—Así que te gusta mirar... —repito sin girarme, ocupado con los huevos. Al momento comprendo que eso ha sonado un poco raro y añadido—. Mirar al cocinero... esto... para aprender la receta, claro.

Ella me observa con la cabeza ladeada, cada vez más entretenida.

—Pues sí —dice—. La verdad, es agradable ver lo bien que te manejas en la cocina —responde ella, cruzando los brazos y apoyándose contra el marco de la puerta—. Los tipos con los que he salido solo sabían pedir comida china a domicilio.

—Y tirar zapatos por el pasillo —añado, girándome hacia ella y apoyando la cuchara de remover sobre un plato.

Quiero preguntarle varias cosas, por ejemplo:

¿Qué otras cosas no sabían hacer esos inútiles?

¿De dónde los sacaba?

¿Por qué tenían espadas de samurái?

Pero, en vez de eso, le digo:

—¿Tienes algo mejor para remover esto? Las cucharas de metal rayan las sartenes.

Me mira desconcertada, pero, aun así, se sube de un salto a un taburete y abre un armario alto. Rebusca un poco y saca una estrambótica selección de espátulas y cucharones, cada cual más elegante e inservible que el anterior, todos de acero pulido y brillante.

Sacudo la cabeza. Son todavía peores que lo que tengo.

—Da igual. Ya me apañó con lo que tengo. Pero sigo sin entender dónde encontrabas a esos tipos tan raros. Mi madre me enseñó a dar la vuelta a las tortillas a los nueve años. Es algo

básico en mi familia.

—Pues... solía conocerlos en sitios muy, muy aburridos —responde con una media sonrisa, alzando la copa de vino—. Normalmente, en fiestas del trabajo. Llevaban traje y Rolex, y trataban de impresionar a las chicas con sus estúpidos coches caros y citas en sitios exclusivos.

Agita la mano en el aire, como si eso fueran tonterías, pero yo siento un nudo en el pecho. El sitio más exclusivo al que podría llevarla en este momento es el almacén del Carpi Café, y el vehículo más exclusivo que puedo ofrecerle es un vagón de metro que, con suerte, no contendrá ningún borracho.

Me acerco al fuego y agito el humo para inhalar el aroma. Emma me imita y olisquea la sartén con un gesto de apreciación.

—No tiene tan mala pinta —dice sorprendida.

—¿En serio dudabas de mis talentos? —replico con suficiencia.

—De tus talentos no, pero de mis ingredientes sí —repite conteniendo la risa, y le da otro sorbo al vino.

Remuevo mis dos sartenes, saltando de un lado a otro con la misma naturalidad que en mi casa. De pronto me asalta el pensamiento de que es casi como si hubiera estado aquí antes. Hay algo en este apartamento que me hace sentir curiosamente cómodo, por muy distinto que sea del mío.

Alzo la vista y sonrío, y pillo a Emma relamiéndose los labios, teñidos de rojo por el vino.

Solo entonces me doy cuenta de que no estaba mirando al sofrito, sino a mí.

Tonterías. Son imaginaciones mías.

—Desde luego, esto huele muy bien —dice, acercándose un poco más—. ¿Puedo probarlo?

—Todo a su tiempo —le digo con una sonrisa—. ¿Por qué no haces algo útil y pones la mesa?

—¿Eres un poquito mandón, eh? —responde, divertida, pero se pone manos a la obra.

—Solo cuando es necesario —respondo con una sonrisa traviesa—. Si quiero impresionar a... *tu abuelo*, tengo que asegurarme de que todo sea perfecto.

Ladea la cabeza con aire desafiante, pero hace lo que le he pedido. Mientras termina de poner los cubiertos, noto que me está mirando de nuevo, esta vez de manera mucho más directa. La tensión en el aire se ha vuelto palpable, pero no es incómoda.

—Tu vecina es maja, ¿no? —le digo, apartando la sartén del fuego.

Aunque no la miro directamente, soy consciente de cada uno de sus movimientos, y noto que está mucho más cerca de mí que cuando empezamos.

—¿Tú crees? —pregunta ella, fingiendo desinterés, pero noto la curiosidad en su voz—. Todavía no he decidido si es amable de verdad o tiene motivos secretos para serlo... Pero, en cualquier caso, lo importante es que se no sospeche de lo nuestro, porque no sabemos de qué parte está. Además, mi abuelo no para de enviar a un supuesto hombre del gas que le hace preguntas a la vecina, y es importante que ella le explique una versión convincente.

—A lo mejor la próxima vez deberíamos discutir un poco, para darle vidilla a esto —propongo, abriendo un armario tras otro hasta encontrar los platos—. Que parezca más real. Yo digo algo y tú me dices que no tengo razón. —Se me escapa una carcajada sin querer—. ¿Crees que sabrás?

—Oh, desde luego —responde con una sonrisa pícar—. Esa es mi especialidad. ¿Qué temas llevabas en mente?

—No sé, ¿qué tal tus óvulos congelados?

Me lanza un trapo a la cara, y lo cojo al vuelo entre risas.

—Idiota.

—“Cariño, ¿eso de ahí son croquetas?” —digo con voz afectada, fingiendo abrir la nevera—. “No, amorcito, son mis óvulos congelados...”

Ahora soy yo el que no puede parar de reír. Solo de ver su cara ofendida, mientras trata de mantenerse seria, me falta la respiración.

—Eso es pasarse de la raya —dice, aunque sé que no es en serio.

—Qué va —replico—. Se me ocurren cosas mucho más provocadoras.

Empiezo a emplatar la comida, pero tengo la mirada fija en ella por el rabillo del ojo.

—¿Ah, sí? —responde, levantando una ceja desafiante pero fingiendo que le da igual mi respuesta—. ¿Qué tipo de cosas?

Me acerco un poco más, el calor de la cocina haciéndose más palpable. Me quedo en silencio un segundo, disfrutando de la tensión, antes de acercarme un poco más y decir:

—La comida está lista. A lo mejor te lo cuento luego.

Sus ojos se entrecierran, y noto una chispa de diversión en su rostro. Pero yo me doy la vuelta y me dirijo al salón, donde la mesa ya está puesta. Ella me sigue, cargada únicamente con las botellas de vino. Siento su mirada pegada a mi espalda todo el tiempo, hasta que llego al final del pasillo.

Emma

Me siento en la mesa mientras Lucas reparte los platos. Luego me sirve un poco de vino con la servilleta por encima del brazo, fingiendo ser un experimentado *sommelier*. Pensándolo bien, a lo mejor no está fingiendo.

El aroma de la comida, junto con el sabor cálido del vino, crea un ambiente acogedor. Mi casa, normalmente desierta y prístina, parece haberse convertido en otra: más desordenada, pero también más hogareña.

Y es extraño, pero creo que hasta me gusta un poco. Casi ni me molestan las zapatillas tiradas en el recibidor. Aunque, claro, puede que sea porque las he tirado ahí yo misma, en el ángulo correcto.

—¿Brindamos? —dice él, levantando su copa.

—¿Por qué brindamos esta vez? —le pregunto, acompañándolo con la mía.

Lucas se queda pensativo un segundo, antes de responder:

—Por... sobrevivir a esta farsa. Y porque tu abuelo se quede contento esta tarde.

Río y choco mi copa con la suya.

—Por... —“*Por nosotros*”, estoy a punto de decir. Pero en vez de eso suelto—: Por... mi abuelo.

Bebo un sorbo largo, más largo de lo habitual, y noto el calor del vino bajando por mi garganta.

Me siento doblemente farsante. Primero, porque estoy tratando de engañar a mi abuelo. Segundo, porque estoy engañándome a mí misma, aunque me esfuerce por negarlo. Cuanto más vacía está la botella de vino, más claramente lo veo.

Lucas me mira desde el otro lado de la mesa, pero no dice nada. Ambos empezamos a comer en silencio, lo cual solo hace que la tensión se multiplique. Alineo la copa con el plato y los cubiertos, buscando algo de paz en la geometría de los objetos cotidianos.

—¿Qué tal la grabación de tu disco? —digo tras el primer bocado, queriendo romper el incómodo silencio—. ¿Thaïs te ha conseguido un concierto, me decías?

—Se está portando muy bien —responde él, sonriendo, y se sirve un poco más de vino—. En realidad, me ha conseguido varios. Estoy muy contento. Todo avanza muy rápido; casi me da vértigo. Gracias por conectarme con ella.

Tiene los ojos vidriosos, y no sé si es la emoción, o efectos secundarios de haber cortado cebolla.

—Me alegro de haber sido de ayuda —digo, aunque siento una extraña pesadumbre al recordarme a mí misma por qué estamos aquí sentados—. ¿Estás componiendo algo nuevo?

—Sí. Bueno, no. —Se rasca la cabeza, azorado, mientras revuelve los huevos en el plato—. Estoy modificando las letras de mis canciones existentes. Thaïs me está ayudando. Dice que son... demasiado complejas. Que la gente necesita melodías más sencillas, más bailables y pegadizas. Letras más simples... “Hay que hablar el mismo lenguaje que el pueblo”, dice ella. —Se ríe—. Como si yo no fuera más de pueblo que las alcachofas. Pero bueno, según ella, eso nos hará llegar a todos los públicos.

Sacudo la cabeza. Seguramente el vino me ha vuelto más sincera de lo común, porque le suelto:

—No sé, Lucas. No sé mucho de tu música, pero lo poco que pude escuchar en aquel bar del Born me pareció muy bueno. A mí me gustaron esas canciones, tal y como eran. Tienen alma. Y son diferentes de lo que hace todo el mundo.

Él se queda de piedra, con aspecto torturado.

—Siempre he soñado con vivir de esto, Emma —dice con voz queda—. Y Thaïs puede conseguirme una actuación en el Pabellón Sant Llorenç, con un poco de suerte. Si todo sale bien, más de quince mil personas escucharían mis canciones, ¿te imaginas?

No puedo evitarlo. Se me escapa el comentario:

—Pero... ¿serán tus canciones? ¿O las suyas?

Lucas se calla. Sus ojos están todavía más vidriosos, y cuando contesta, su voz se rompe un poco.

—Serán canciones, y eso es lo que importa. La gente me escuchará, y será mucho mejor que estar sirviendo *pescaïto* frito por el resto de mi vida, ¿no te parece?

Asiento y me inclino hacia el plato vacío, evitando su mirada. Doblo la servilleta en un triángulo perfecto, juntando las esquinas. La pongo de pie sobre el borde. Parece el tejado de una casa.

Él me observa, callado.

—A ti te encanta tu trabajo —comenta—. Piensas en él todo el tiempo. Le da sentido a tu vida. ¿No es cierto?

—Supongo —contesto en voz baja, mientras sus ojos verdosos parecen taladrarme.

—Pues eso es lo que yo quiero —confiesa. Su rostro está a menos de un palmo del mío, de modo que puedo apreciar el aroma de su pelo, y cada peca de sus mejillas—. Quiero lo mismo que tú tienes. Dedicar cada hora de mi vida a hacer algo que me apasione. Algo que pueda hacer cada minuto que esté despierto, y que no sea una carga. Algo que me permita mostrar mi arte al mundo y vivir de ello.

—Ojalá fuera todo tan bonito —confieso, jugueteando con la copa de vino vacía entre mis manos. Él vacía lo poco que queda en la botella y me la rellena. Le sonrío agradecida y continuo—. A veces habrá cosas que no te apetezca hacer. A veces el trabajo te absorbe tanto que dejas de lado todo lo demás, y un día te despiertas y te han despedido, a pesar de todos tus esfuerzos y sacrificios. Abres los ojos y estás sin trabajo con treinta y tantos, con la única compañía de un gato ajeno en la cama, y con una vecina cotilla preguntándote si piensas congelarte algún óvulo.

Lucas se ríe y alarga el brazo para alcanzar la segunda botella. Perfora el tapón con el sacacorchos, y la abre en menos de dos segundos.

—Encontrarás otro trabajo mejor, no lo dudo. —dice con afecto, olisqueando el contenido de la nueva botella—. Eres muy buena en lo tuyo; hasta yo, que no sé nada de arquitectura, puedo verlo. Pero eres mucho más que tu trabajo, Emma. Todos lo somos. No lo olvides.

Lo dice con una seriedad que me descoloca.

No sé por qué, pero siento un creciente escozor en los ojos. Trago saliva, tratando de componerme. Me tapo la boca con la servilleta, y agito la otra mano en el aire, pidiéndole un momento.

Lucas asiente, y nuestras miradas se encuentran, en un súbito instante de comprensión mutua.

Se inclina un poco más hacia mí, observando ahora mis labios, y siento que me falta la respiración un momento. Se mueve despacio, como si temiera cruzar una línea imaginaria en el

centro de la mesa. Una línea que, una vez cruzada, lo cambiaría todo.

Casi puedo sentir su aliento cuando se acerca, y yo, sin darme cuenta, también me inclino hacia él. Entreabro los labios, y mis ojos se van cerrando poco a poco. Lucas extiende la mano por encima del mantel, y sus dedos rozan los míos.

Y entonces, el sonido de mi móvil rompe el hechizo. Aparto la mano de golpe, y me lanzo sobre el teléfono sin pensar.

—¡Vaya susto! —exclamo, dando un respingo—. Pensaba que lo tenía silenciado.

Lucas se echa hacia atrás bruscamente, y yo desbloqueo el teléfono: en la pantalla aparece el nombre de Nuria, aunque es todavía demasiado pronto para la visita del abuelo.

—Es la abogada —digo, disculpándome con la mirada—. Tengo que cogerlo.

—Claro. Contesta —responde él. En su voz hay un deje de tristeza, o quizás de decepción.

—Hola, Nuria —digo, llevándome el móvil a la oreja—. ¿Todo bien? En tu mensaje dijiste que...

—Sí, ya lo sé —Su voz suena lejana, como si me llamara desde el manos libres del coche—. Pero te llamo porque ha habido un imprevisto. Tu abuelo no se encuentra bien, y al final no podrá visitaros esta tarde. No es nada grave, pero puede que tenga que pasarse un par de semanas en cama.

—Ah... vaya. —Intento sonar despreocupada, pero no puedo evitar sentirme cada vez más frustrada—. ¿Entonces... no viene?

¿Después de todo este lío, me va a dejar plantada?

—Él no, pero yo estoy de camino —continúa Nuria—. Me paso por vuestra casa solo un momento y así te dejo una carpeta con los planos de la masía. Tu abuelo dijo que te los entregara, por si quieres ir dibujando algo.

—Vale, perfecto... —miro a Lucas, que me observa en silencio—. Gracias por avisar.

—Nos vemos en un rato. ¡Hasta ahora!

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando la pantalla, intentando procesar todo.

—¿Qué pasa? —pregunta Lucas, y su mano levita en el aire, dudando si volver a acercarse a la mía o no. Al final, la oculta sobre su regazo.

—Era Nuria. Dice que el abuelo no va a venir; se encuentra un poco indispuerto y ha aplazado la merienda hasta dentro de dos semanas o así. Vendrá solo ella, a dejarme unos papeles. —Me encojo de hombros, sonriendo con súbita timidez—. Así que todo esto ha sido para nada.

Lucas asiente lentamente, y puedo ver cómo su expresión cambia, volviéndose más distante. La conexión que había entre nosotros hace unos minutos se ha desvanecido por completo, como si alguien nos hubiera lanzado un cubo de agua helada por la cabeza.

—Supongo que entonces... ya no me necesitas aquí, ¿verdad? —dice, arrastrando su silla hacia atrás.

—No, bueno... tampoco es preciso que...

—Fregaré los platos antes —dice cortante mientras se levanta.

—No, por favor, ya lo hago yo. No te preocupes por eso.

—Está bien. Entonces me voy, y así puedes seguir haciendo tus cosas. No pasa nada. Falsa alarma. Así ya estamos preparados para cuando venga de verdad.

Por Dios, ¿por qué soy tan torpe? No pretendía ofenderlo. Solo pensé que...

—¡No es eso! —respondo, desesperada por mi incapacidad para expresarme cuando más lo necesito—. Pero tuviste que cambiarle el turno a Amaya... y si aún llegas a tiempo al trabajo,

a lo mejor deberías aprovechar, porque el abuelo podría presentarse cualquier otra tarde, y necesitaré que vuelvas...

—Claro, Emma. Tú solo avísame cuando sepas qué día vendrá tu abuelo, y aquí estaré. Es parte del trato.

Lucas empieza a recoger sus cosas, y yo me quedo quieta, observándolo. Le tiendo su chaqueta, y voy a buscar sus zapatos, sintiéndome un poco culpable de que estén uno en cada punta del recibidor.

Una pregunta muda se queda flotando en el aire, pero ninguno de los dos dice nada.

—Te dejo el cepillo de dientes. Y la maquinilla de afeitar —dice, acercándose a la puerta—. Por si viene alguien.

—Lucas... gracias por todo —digo finalmente, con una sonrisa forzada.

—Gracias a ti —responde él, devolviéndome una mueca algo triste.

Cuando abro la puerta, una corriente de aire frío entra en el apartamento. Se gira hacia mí antes de salir.

—Nos vemos a la próxima, supongo.

—Sí... te aviso cuando vaya a venir de verdad.

Cierro la puerta detrás de él, pero en lugar de volver al salón, me quedo en el pasillo, inmóvil. Paso junto a la mesa sin recoger. Camino hacia el balcón y lo observo desde la barandilla. Lo veo alejarse por la calle, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, y no puedo evitar sentir un nudo en la garganta.



Lista de tareas de Emma:

- Llamar a Nuria: ¿podría visitar otra vez la masía para tomar medidas?
- Comprobar si han salido ya los resultados del concurso de La Perla Orgánica.
- Llamar a Lucas: ~~¿podríamos cenar juntos solo porque sí?~~
- Buscar en internet cómo se congela un óvulo.

23

Lucas

Vuelvo al Carpi Café con la moral algo baja, pero durante el camino recibo un montón de mensajes de Thaïs comentando las maquetas que le envié, y eso me anima un poco:

«¡Impresionante!»

«¡Me encanta!»

«(Catorce besitos)»

«Y, por cierto, ¡Eso de “tú eres mi bebé” le da un toque magistral!»

Para ser sincero, me pone enfermo cuando oigo la palabra “bebé” refiriéndose a una mujer adulta, y además eso de cambiar “tú eres mi destino” por “tú eres mi bebé” fue idea suya, no mía. Pero me alegro de que le guste tanto. Al menos... a *alguien* le gusta.

Me envía un último mensaje, que me habría hecho saltar de alegría en circunstancias normales, pero hoy a duras penas me levanta las comisuras de los labios. Cuando llego al trabajo y me topo de bruces con Amaya estoy pensando en Emma, y no en ese último mensaje de Thaïs que podría cambiar mi vida.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Amaya al verme—. ¿No tenías una reunión con tu mujer y... su abuelo?

—Cambio de planes. Si quieres puedes irte a casa, ya me encargo yo del chiringuito.

—¿Se puede saber a qué viene esa cara de vinagre?

—No tengo cara de vinagre.

—Pues de sapo.

—Vete a casa, Amaya.

Mi compañera se encoge de hombros y se quita el delantal con un giro de bailarina.

—Tú mismo. No me lo cuentes si no quieres. Pero se nota a la legua que te has levantado con mal pie, guapito de cara. A la tita Amaya no la puedes engañar. ¿Qué ha pasado? ¿Te has peleado con tu señora?

La miro de reojo y, como si le enseñara un producto de contrabando, le muestro el último mensaje de Thaïs por debajo del mostrador:

«¡Vamos a llenar el Pabellón Sant Llorenç! ¡Te he conseguido la actuación de telonero el día veintiocho!»

—¡Ostras! ¡Menudo notición, tío!

Amaya suelta un grito y se pone a bailar, agitando el delantal como una bandera.

—Así que tu careto raro era por eso... ¡Y yo que pensaba que venías estreñado! — exclama, y se gira hacia los clientes que esperan en cola—. ¿Veis a este? Sí, sí, este, ¡Lucas García! Pues miradlo bien, porque dentro de un mes estará en un yate en las Bahamas, y vosotros haciendo cola para que os firme un autógrafo. Si fuerais listos se lo pediríais ahora, en vez de coger el café sin dar ni las gracias. ¡Maleducados!

Una señora mayor bufa y se aparta de la cola. Se marcha de la cafetería ofendida, dando

pisotones y sacudiendo la cabeza ante el atrevimiento de la camarera loca de pelo azul.

Amaya sigue bailando y chocando los cinco a todo el que se presta, y yo me retiro con pasitos discretos hacia el almacén, dando gracias de que hoy no esté el encargado: seguramente nos despediría a los dos, y de momento ninguno tiene otro sitio donde ganarse un sueldo.

Emma no aparece por el Carpi Café esa tarde, ni tampoco al día siguiente. No me llama, y yo a ella tampoco. Pero estoy tan ocupado con ensayos, reuniones con Thaïs y pruebas de sonido, que sin saber cómo, la semana pasa y llega la víspera del concierto más importante de mi vida hasta el momento.

Voy a ser telonero de los Chantilly en el Pabellón Sant Llorenç. ¡El Pabellón Sant Llorenç, ni más ni menos!

Vale, no soy el artista principal, pero según dice Thaïs, podría serlo en seis meses si esta actuación sale bien. Un año como máximo; depende de cómo vaya todo mañana.

Nunca he actuado en un sitio tan grande, y tiemblo como un flan. ¡Madre mía! Yo solo, frente a ese enorme recinto lleno hasta los topes. Hasta me han puesto coristas... de las de verdad, no como cuando Amaya se ponía por detrás, fingiendo que la escoba era un micrófono.

Repaso la letra de nuevo... eso del “culito” y las “caderas” y todas esas letras tan pegadizas (y chabacanas), que hemos estado creando entre Thaïs y yo. La verdad es que, entre unas cosas y otras, hemos pasado los últimos días pegados. Y esa mujer es como una gata en celo... cada vez me cuesta quitármela de encima y mantener una relación profesional con ella.

Pero lo he decidido: esta es mi oportunidad, la única que tengo, y desde luego, la mejor. Es *la oportunidad de mi vida*, y no voy a dejar que nadie la eche a perder. Me importa un pimiento si Thaïs Aguilar me pone cinco mil corazones en cada mensaje. Yo voy a cantar en ese pabellón, y la gente se va a emocionar con mi guitarra. Lo demás son minucias.

Este es mi sueño y está aquí: basta con estirar las puntas de los dedos. Dentro de poco, el famoso seré yo. Más famoso que Thaïs, que Emma, y que cualquiera a quien conozca ahora. Y entonces, todo cambiará. Podré buscarme otro agente... si no firmo ese contrato.

Thaïs me ha ofrecido esa actuación como telonero de prueba. Si sale bien, tendré una semana para firmar el contrato definitivo. Y luego serán cinco años. Cinco años bajo su ala, con la promesa de llegar a lo más alto, como los Chantilly, su obra maestra. Viajes a Nueva York. Una gira internacional. Un disco en el Metropolitan Sound Studios... Suena tan tentador... Pero Thaïs nunca da nada gratis. Es tan eficaz como despiadada.

Amaya dice que firme, que sería un idiota si no lo hago. Thaïs me llevó hasta aquí, me abrió las puertas del Pabellón Sant Llorenç. Y le debo eso. ¿Pero qué pasa si mañana triunfo y descubro que mi nombre y mis letras ya no son míos, que ahora le pertenece todo a ella?

No puedo dormir. Recorro la habitación como un tigre enjaulado y acabo llamando a mi madre. Al menos su voz me calma.

—¿Chiquillo? ¿Qué haces despierto a estas horas? ¿No tienes que cantar mañana?

—Sí, mamá, pero no puedo dormir. Ojalá pudierais venir a verme.

—¿Tú estás loco o qué? ¿Cómo vamos a ir? Tu padre no ve tres en un burro con esas cataratas, y yo... ¿tú me has visto a mí sacarme el carnet en mis años mozos? Anda ya, chiquillo, si yo soy más de ir andando *a tó sitios*.

Es cierto. Mi padre tiene la vista cada vez peor, y mi madre nunca se sacó el carnet. Incluso si cerraran el restaurante —que es un hijo más para ellos—, no podrían viajar mil kilómetros de Cádiz a Barcelona solo para verme tocar como telonero.

—¿Y tu amiga, la del pelo azul? ¿Esa no iba a ir contigo?

—No puede. Al final ha quedado con su novia.

—¡Ay, no me hables de la “Chica de Oro” esa! Si la lleva pegada como una lapa. ¿No se da cuenta de que esa niña no le conviene?

Me encojo de hombros, aunque sé que mi madre no puede verme. Es fácil criticar las relaciones ajenas, pero casi imposible reconocer lo podridas que están las propias. Yo no soy nadie para juzgar. Después de todo, me casé y mi madre ni siquiera lo sabe.

—Venga, niño, seguro que lo harás de escándalo. Pero mira, hazme caso. Llama a alguien majo, que te dé alegría al corazón... ¿No tienes a nadie por allá? Seguro que sí.

Cuelgo, pero su voz se queda resonando en mi cabeza. Alguien que me dé alegría... Es ridículo, pero pienso en Emma. Claro que pienso en ella. Aunque no debería.

Debería olvidarla. Éramos solo un medio para lograr un objetivo, ¿no? Pero no puedo evitar mirar de reojo el anillo de plástico verde en mi mano. Me he acostumbrado a que esté ahí. Casi me gusta.

Es absurdo, pero... ¿y si le pidiera que viniera? ¿Se pararía el mundo si lo hiciera?

Cojo el móvil y escribo un mensaje rápido:

«Emma, Thaïs me ha conseguido un concierto y...»

No, no. Mencionar a Thaïs de primeras seguro que es un error. Cada vez que lo hago, Emma frunce el ceño, como si oliera algo podrido. Borro el mensaje.

“Emma, me encantaría que vinieras mañana por la noche...”

Demasiado intenso. Borro de nuevo. Yo no soy intenso. Soy... estoico. Serio. Un tipo duro como el cemento, un hombre con carácter, de esos que tienen espadas de samurái. Y sacos de boxeo. Y videoconsolas.

Veo por la ventana a una gata seguida de sus dos crías y suelto un “¡Ohhhh!”.

Vale. No soy duro. Soy un blandengue, y Emma lo sabe. Todos lo saben si han escuchado alguna de mis canciones. Soy un poeta y un maldito sentimental. No puedo evitarlo.

Respiro hondo y escribo por última vez:

«Hola, Emma. Mañana por la noche toco en el Pabellón Sant Llorenç. Me encantaría que vinieras. Tengo un par de entradas gratis, ¿te apuntas?»

Adjunto las entradas al mensaje. Cuando le doy a enviar, mis dedos tiemblan. No deberían, pero tiemblan como un flan. ¿Por qué demonios estoy así por Emma, que ni siquiera se molestó en almorzar conmigo el día de nuestra “boda”?

La notificación de “mensaje enviado” me mira como un juez silencioso.

Lo lee al instante.

Espero. Un minuto. Cinco. Diez.

Nada.

Me inclino para apagar el móvil.

¿Seré tonto? Mañana toco en el auditorio más grande de la provincia y estoy aquí temblando... ¿por Emma? Emma, a quien le doy absolutamente igual, que me echó de su casa porque al final su abuelo no venía.

Me dan ganas de borrar el mensaje y decirle que me devuelva la entrada.

Pero en vez de eso apago el teléfono, me tapo hasta los ojos y me pongo a mirar el techo hasta que se haga de día.

Emma

La última semana ha sido una locura.

Thaïs le contó a Mathieu que me habían despedido, y desde entonces, él me ha conseguido tres entrevistas de trabajo en despachos diferentes. Y, además, me ha prometido que cuando Derek vuelva a su casa para la próxima barbacoa le va a meter una lagartija en el pan.

Con todo el lío, cuando llega el jueves por la noche estoy agotada, y me tiro en la cama acompañada por el ronroneante gato de la vecina.

Estoy a punto de dormirme cuando la pantalla se ilumina con un mensaje inesperado de Lucas, del que no he sabido nada desde que se marchó a toda prisa de mi casa.

Lo leo y lo releo, sin saber qué contestar.

Haga lo que haga, creo que va a ser una mala decisión, y más a estas horas.

Creo que necesito los sabios consejos de Caterina. Suspiro y abro nuestra conversación. Luego le reenvío el mensaje, para que opine.

«Lucas acaba de enviarme esto, después de esfumarse el otro día como si yo oliese mal.»

Su mensaje no se hace esperar:

«Qué atento. ¿Y cómo piensas matarlo?»

Esa respuesta me saca una sonrisa. Sé que, en el fondo, Caterina tiene un corazón de oro, pero le encante hacerse la dura.

«Había pensado cianuro en la sopa. Pero lo malo es que no sé cocinar. Tendrá que echárselo él mismo.»

Ella responde, impertérrita:

«No vayas a ese concierto. Tú ya has hecho tu parte. Lo que tienes que hacer es divorciarte cuanto antes y olvidarte de ese músico. Ya te dije que los artistas solo traían problemas.»

«Me encantaría, pero mi abuelo sigue en cama y me tiene colgada, esperando a que le dé el visto bueno a la maldita abogada. Con mi suerte, es posible que se muera sin cambiar el testamento, y todo esto habrá sido para nada.»

En el apartamento vacío hace frío, de modo que me cubro con la manta hasta la cabeza. En la oscuridad solo se ve la pantalla del móvil, y un mensaje nuevo:

«Deja de comerte la cabeza. Claro que tu viejo cambiará ese testamento a tu favor. Por cierto, ¿qué había en esa carpeta que te llevó la abogada?»

Echo un vistazo hacia la cómoda, sobre la cual se encuentra la abultada carpeta de cartón azul con gomas. La he ojeado por encima; me habría gustado empezar a dibujar los planos de la renovación, pero no quiero hacerme ilusiones para que todo termine quedándose en nada.

«No he tenido tiempo ni fuerzas de sacar esos papeles. Imagínate que todo esto de la boda ha sido inútil. Imagínate que tengo medio proyecto hecho y termino tirándolo a la basura. Me muero.»

Caterina responde, aunque noto que su paciencia está empezando a agotarse:

«Vete a dormir. Ya le responderás mañana a Lucas.»

«Si le digo que sí, ¿perdería la poca dignidad que me queda?»

«La dignidad ya la perdiste cuando le suplicaste que se casara contigo sin siquiera conoceros. Fue bastante patético, en mi opinión.»

«Eres pésima consolándome.»

«¿Quieres ir a ese concierto o no? Decídetelo de una vez, que tengo sueño.»

Saco el brazo de la manta y lanzo el móvil sobre la mesilla. ¿Y si voy y es peor? ¿Y si me estoy imaginando cosas que no son? Seguramente ha invitado a un montón de gente. Es probable que Mathieu le pidiera que me invitase también a mí. Y seguro que estará Thaïs, y disfrutará de lo lindo fingiendo que se compadece de mí porque he perdido mi trabajo, y si no lo arreglo rápido tendré que volver a Londres porque los alquileres en Barcelona son prohibitivos...

Pero, ahora que lo pienso, tengo esa camiseta verde con cuello palabra de honor, que quedaría genial con unos vaqueros, y sería ideal para ir a un concierto un viernes por la noche, y...

No.

No debería estar eligiendo qué ponerme.

Mañana Lucas saltará a la fama, y querrá deshacerse de mí como si fuera un trapo viejo. Así que respondo lo más adecuado:

«Creo que sería una tontería darle falsas esperanzas.»

En el fondo, tanto Caterina como yo sabemos que me preocupa más romper mi propio corazón que el de Lucas. Ella contesta, totalmente de acuerdo como debe hacer una buena amiga:

«Pues ya está. Ahí tienes tu respuesta. A veces es mejor controlarse y no dejarse llevar por los impulsos. Buenas noches, encanto.»

Cuaderno de notas de Lucas

*Tú, líneas rectas y fijas,
Un plano sin distracción.*

*Yo, curvas y caos,
Imposible combinación.*

Lucas

Llego al pabellón por la tarde. He estado ahí cientos de veces, pero esta es la primera vez que entro por la puerta de los artistas. Thaïs me espera fuera, charlando con el tipo cachas de seguridad. Al verme, me saluda y me conduce hasta el camerino. ¡Madre mía! ¿Un camerino para mí? ¡Esto es la bomba en vinagre!

—Tú siéntate y deja que te pongan bien guapo —me dice Thaïs guiñándome el ojo—. Yo ahora te dejo, que tengo que encargarme de los chicos. Pórtate bien, ¿eh? Luego, si da tiempo, te los presento.

“Los chicos” son, ni más ni menos que Los Chantilly. Y los voy a conocer en persona. Y voy a tocar justo antes que ellos.

¿Esto es un sueño? ¿Está ocurriendo de verdad? Marco el número de Amaya para contárselo, pero en el camerino no hay cobertura.

Entra una chica monísima comiendo chicle. Arrastra un carrito con cajas de contenido misterioso.

—Peluquería y maquillaje —dice, sin dejar de mascar el chicle.

¿También me han puesto una peluquera?

La chica me hace sentarme, me pone una capa sobre los hombros y me humedece el pelo con un espray. Me recorta las puntas, me pone gomina en el pelo y me lo peina hacia atrás.

—¿Te importa si te pongo un poco también en las cejas? —dice cuando termina, pasándome una mano fría por el rostro para hacer una prueba.

La miro a través del espejo, sin entender lo que acaba de decirme.

—Perdona, ¿gomina en las cejas? —pregunto, desconcertado.

—Es que las tienes muy pobladas, y se te despeinarán al bailar —responde—. Además, te quedarían mucho mejor así, hacia arriba.

Me deja las cejas en punta, solo con agua. Yo no entiendo mucho de modas, pero creo que me hace parecer una lechuza.

—Esto seguro que te lo ha dicho Thaïs, ¿verdad?

—No sé. ¿Quién es Thaïs? —pregunta la chica, extrañada.

En ese momento, alguien llama a la puerta.

—¿Y ahora quién? —pregunto, dándome la vuelta.

La peluquera va a abrir y se gira hacia mí con gesto impaciente.

—Ahí afuera hay una mujer peleándose con un gorila. ¿La dejo entrar? —dice, mientras sostiene la puerta para que la otra persona no pase.

Se oye un golpe, como una patada, y la puerta del camerino se abre de golpe.

Emma se cuela como una tromba, seguida por un tipo de seguridad de dos metros de ancho que la sujeta por el brazo como si acabara de pillarla robando barritas energéticas de la máquina expendedora.

—¡Dice que es tu esposa! —dice el tipo, mirándome con sospecha—. ¡Menuda loca!

—No, es verdad —respondo rápidamente, poniéndome de pie. Al hacerlo, se me cae la capa a los pies, y una nube de pelillos recién cortados ensucia el suelo—. Es mi mujer. Dejadla pasar, por favor.

Carraspeo y miro de reojo a la peluquera, a ver si pillla la indirecta.

—Yo termino con tus cejas y me voy con los del grupo —dice ella, alzando las tijeras con aire defensivo.

—Creo que ya tengo las cejas bastante... firmes —le digo—. ¿No nos podrías dejar solos un momento?

La peluquera consulta la hora.

—Como quieras, pero a lo mejor luego no me da tiempo a volver y te quedarás a medio maquillar. Te faltan las cejas, y me habían dicho que te pintase un lunar en la barbilla. A las chicas les encanta, y es importante que lo lleves desde el primer concierto. Por consistencia y eso.

—No pasa nada. Diremos que me salió más tarde. Ahora tengo que hablar con mi mujer. Me trae suerte.

La peluquera se encoge de hombros y sale del camerino. Emma se retuerce las manos, y me doy cuenta de que se ha puesto guapísima. Lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta verde con un amplio escote que deja descubierta la parte superior de sus hombros. Se ha puesto un collar de perlas, eso sí, porque Emma siempre será Emma. ¡Ea, madre mía del amor hermoso! Casi nunca la he visto vestida tan casual, y le queda de maravilla. Mucho mejor que esos trajes tan negros y fúnebres que lleva siempre.

—Estás... de categoría —le suelto.

—Tú también —contesta, aunque su tono me deja en duda—. Bueno, tus cejas están... muy particulares —añade.

¿Me parece que está aguantándose la risa?

—En serio, ¿qué te han hecho en la cara? —pregunta, mordiéndose el labio para no sonreír.

—Pues no sé, esta chica me ha dicho que ahora se llevan así, hacia arriba.

—No sé, a mí me recuerdas a un búho.

—Pues menos mal que no le ha dado tiempo a dibujarme el lunar...

Emma se ríe y sacude la cabeza. Luego mira a su alrededor y es como si, de golpe, recordase dónde estamos.

—Oye, perdona que te interrumpa —dice con tono más serio—, sé que tienes que ensayar y salir ahí a darlo todo, pero tenía ganas de verte. Y como anoche no contesté, pues...

Se calla y mira al suelo. ¿Emma, ganas de verme? Me quedo tieso.

—Quiero decir... quería contarte algo —añade—. Primero pensé que sería mejor no venir, pero esta mañana ocurrió algo, y...

—¿Contarme algo? Bueno, cuenta, pero no tenemos mucho tiempo.

—Lo sé, lo sé. Pero es que no me lo puedo creer...

—¿Qué ha pasado? ¿Es bueno o malo?

—Bueno, buenísimo. Es increíble.

—¡Desembucha de una vez, me estás matando de los nervios!

—¿Puedo entrar ya? —pregunta la voz de la maquilladora, abriendo la puerta con un chirrido.

—¡Un momento! —le grito, apoyándome sobre la puerta.

—He ganado el concurso —dice Emma, casi sin aliento—. Y necesitaba contártelo.

Emma

El viernes me levanto, todavía indecisa acerca del mensaje de Lucas. Son casi las nueve de la mañana, algo insólito para mí, pero esta última semana sin ir a trabajar es como si mi cuerpo se hubiera estado recuperando de los últimos meses de estrés continuo, y duermo más de lo normal.

Hoy no tengo ninguna entrevista, ni nada importante en el calendario.

Sin embargo, siento una especie de zumbido tras la oreja; algo que no me deja tranquila, como si hubiera algo que se me está olvidando. Algo que debería hacer. Alguien a quien debería llamar.

El último viernes del mes... ¿qué era? ¿Qué era?

Nada. No caigo.

Le escribo un mensaje a Nuria, la abogada del abuelo. A lo mejor era eso.

«¿Novedades de la masía?»

Contesta al momento:

«Tu abuelo se encuentra mejor. Cuenta con una reunión en los próximos días. ¿Cómo se te presenta la semana? Y, por cierto, enhorabuena. Ya me ha contado mi hermana la noticia.»

¿Noticia? ¿Qué noticia?

A ver.

Me casé hace un par de semanas.

Me despidieron del trabajo.

Mi marido da un concierto con un grupo famoso, aunque yo no voy a ir a verlo.

¿A cuál de esas se refiere?

Y entonces caigo.

El último viernes del mes...

¡El concurso del auditorio!

Me tiro sobre el escritorio y enciendo el portátil como una desesperada. Tecleo la página web del concurso y ante mí aparece el nombre de nuestro despacho.

Está delante de mí, en letras mayúsculas y gigantes:

Concurso Arquitectónico Auditorio Clara Beltrán.

Proyecto ganador: La Perla Orgánica.

Arquitectos: Derek Navarro y Emma Soler.

Refresco la página varias veces, porque no me lo puedo creer.

A partir de ahí, todo sucede como un torbellino. Empieza a sonar el teléfono. Primero me llama la secretaria de Derek, pero no lo cojo. Después me llama Randall. Vaya, pensaba que había bloqueado su número. Por último, aparece el nombre del mismísimo señor jefazo en la pantalla, y esta vez lo dejo sonar cuatro o cinco veces para que sufra, pero al final me puede la curiosidad y contesto.

—Necesito que vuelvas —me dice Derek rápidamente, como si estuviera a punto de entrar en una reunión y quisiera zanjar el asunto cuanto antes.

—¿Perdón? —Me siento sobre la mesa. Acabo de despertarme y son demasiadas cosas de golpe.

—Preséntate mañana a las nueve. Se acabaron las vacaciones.

—¡No estoy de vacaciones! Y, además, mañana es sábado.

¡Pero qué cara más dura!

—Me está esperando la prensa y no tengo tiempo para jueguecitos, Emma. Esto es urgente. Ven y punto.

—No sé, Derek —hablo lo más lento que puedo, solo para fastidiarle—. La verdad es que me han hecho muchas ofertas desde que me fui...

Miento, por supuesto. Nadie me ha hecho ninguna por ahora. Los conocidos de Mathieu me han entrevistado, pero Randall tenía razón y la situación laboral en mi gremio es bastante precaria. Nadie me ofrece un empleo remotamente parecido al que tenía.

Pero no hace falta que Derek lo sepa todo.

—Te doblaremos el sueldo y serás arquitecta jefe —insiste él—. Lo que haga falta.

—¿Y qué pasa con Randall? —pregunto.

—¿Randall? ¿Qué tiene que ver?

—Bueno, a él también le has prometido un ascenso, ¿no? —respondo.

—Sí, pero eso no te afecta. Tendrás tu propio despacho.

—¿Pero tendré que colaborar con él?

—Ya sabes que en Navarro Arquitectos somos una gran familia —dice con su tono corporativo.

—Ya... a veces dicen que los peores crímenes ocurren entre miembros de la misma familia —le suelto.

Derek se queda callado, como si le hubiera dado una puñalada.

—Emma. Basta, por favor —me amonesta en tono paternal, como si fuera una niña de seis años.

—Bueno, gracias por llamar, Derek. Me lo pensaré, ¿vale?

Y cuelgo.

Me siento en el sofá, sintiéndome como en una nube. Mi proyecto ha ganado. ¡Mi proyecto ha ganado! Mi creación, mi bebé, mi idea descabellada, mi mancha de café... Ese proyecto es mío y solo mío, y no me extraña que Derek esté desesperado por que vuelva, porque él no dibujó ni una sola línea de esos planos.

El teléfono no deja de sonar. Derek, Randall, la secretaria... Es como si de repente todo el mundo se hubiera acordado de que existo, tras una semana de absoluto silencio.

Obviamente, iré a esa reunión. Solo que todavía no sé lo que voy a decirles. Mi corazón me dice que los mande a paseo. Mi cabeza y mi cuenta corriente, sin embargo...

Pido comida china para almorzar, me paso una hora al teléfono con Caterina, y el día es una especie de borrón en mi mente, mientras sueño con mi aparición en las revistas, con la respuesta de Nuria, y con el giro de ciento ochenta grados que acaba de dar mi vida.

Miro la foto de Alexander y le sonrío, sintiéndome orgullosa. Orgullosa de haber hecho algo bien por fin. Por haber ganado algo por mí misma.

Bueno... por mí misma no del todo.

Me levanto del sofá y camino hacia la ventana. Miro a través de los cristales empañados y me cruzo de brazos. La idea de “La Perla Orgánica” surgió por esa mancha de café, una noche en la cafetería. Lo veo tan claro ahora, como si hubiera estado escondido todo este tiempo en un rincón de mi cerebro. Lucas fue quien me dijo que no la borrara. Que había algo especial en ese

accidente. En la magia de lo orgánico, lo imperfecto y lo inesperado.

Lucas no solo me inspiró, me impulsó cuando más lo necesitaba. Si no hubiera estado allí esa noche, probablemente no habría encontrado el concepto que dio forma a todo.

Siento un nudo en el pecho. No puedo ignorarlo. No puedo quedarme aquí y no hacer nada. Él merece saberlo. Merece que se lo diga.

Busco su número en el móvil y lo llamo. Una vez. Dos veces. Tres. Nada.

Pero claro, ya es por la tarde. Seguro que está en el concierto. A lo mejor ha apagado el móvil para que no le molesten, o está demasiado ocupado con los preparativos.

No sé por qué, pero necesito contárselo ahora.

No quiero dejarlo pasar.

Lo siento como una deuda pendiente.

La idea me carcome. No puedo permitirlo. La entrada sigue en mi teléfono: un simple código QR. Lo miro fijamente. Hoy es viernes; el lunes me las puedo arreglar para lidiar con Derek y el resto del despacho, pero esta noche... esta noche no puedo dejar las cosas así.

Voy a verlo. Esta decidido. Iré a verlo ahora mismo. Aunque tenga que pelearme con media seguridad del estadio para entrar, voy a encontrarlo.

Tomo un taxi y voy directa al pabellón Sant Llorenç. Lucas me ha conseguido entradas para los palcos, pero no voy directa a mi asiento. En vez de eso, me cuelo por la entrada de los artistas, aunque enseguida me intercepta un segurata más grande que un edificio brutalista.

—¡Suélteme! ¡Soy la esposa del cantante! —protesto, y me revuelvo para que el gigante me suelte.

Me escabullo entre sus brazos enormes y voy corriendo por el pasillo: es fácil cuando has visto los planos de cientos de edificios; todos tienen distribuciones muy parecidas de las áreas de servicio.

—¡Señora! ¡No puede entrar ahí!

Me agarra del brazo, pero yo soy más rápida. La voz de Lucas me guía, y antes de que el segurata me atrape, ya estoy en su camerino.

Cuaderno de notas de Lucas

*Cada día es un proyecto,
la vida una hoja en blanco.*

Una obra por hacer...

*Cada beso, un cimiento;
cada risa, una pared...*

Un momento. ¿Quién es esa mujer apoyada contra la pared de mi camerino?

Lucas

La miro, todavía sin entender cómo ha llegado hasta aquí. Con sus vaqueros ceñidos y el pelo revuelto es la mujer más hermosa que he visto en mucho tiempo.

—¿De qué me estás hablando? —pregunto sin entender.

—Pues... ¿te acuerdas de esa noche, cuando tiré el café por encima de los planos? ¿Te acuerdas de lo que me dijiste, acerca de no borrar la mancha?

Miro a un lado y a otro, tratando de hacer memoria. No tengo ni idea. Digo muchas cosas, la mayoría tonterías. Es difícil recordarlas todas...

—¡El jurado decidió que mi proyecto de la Perla Orgánica era el mejor, y quieren que lo llevemos adelante! —exclama ella.

Mi mente sigue sin procesarlo.

—¿La perla... qué?

—Me ha llamado Derek Navarro, mi jefe, y dice que vuelva a la oficina.

Un recuerdo borroso se filtra en mi cerebro: una noche fría; un ladrón robándole el bolso a una señora. Emma, que salió corriendo a ayudar y derramó un café sobre sus planos...

—¡No me lo puedo creer! —grito, boquiabierto—. ¿Me estás diciendo que el proyecto del café derramado ha ganado un concurso?

—Sí, Lucas. ¡Tu idea ha ganado!

Antes de que me dé cuenta, Emma se lanza a mis brazos y me abraza con fuerza. Siento sus pechos apretándose contra mí, y antes de saber qué está pasando, mis manos están en su trasero y creo que no voy a poder despegarlas de ahí nunca más en la vida, ni siquiera para tocar la guitarra. Qué narices. ¿Quién necesita tocar la guitarra si puedo quedarme pegado al trasero de Emma para siempre? Emma huele como un pedazo de cielo, como una tienda de piruletas, o mejor, una pastelería francesa de esas que nunca huelo permitirme...

Por Dios, se me da mucho mejor explicar esto con canciones.

No sé cómo, pero mis labios buscan el borde de su cuello, subiendo por detrás de su oreja. Mientras tanto, sus manos me despeinan y arruinan el peinado con gomina que me acababan de hacer. Nuestros labios se rozan, y comienza a darme vueltas la cabeza de puro deseo. Emma huele a mantequilla, a azúcar y a deseo. La abrazo con más fuerza, y un cosquilleo me recorre la espalda, como si las alas de un ángel acabaran de rozarme.

Nos besamos con tal pasión que somos como un dique desbordándose: imparables, a punto de explotar en un arrebato de pasión desgarrada. Somos un concierto a dos voces que jamás va a terminar, y...

—Guapo, no puedo esperar más —grita la voz de la maquilladora, y se cuela en el camerino sin pudor alguno.

Es como si alguien hubiera desenchufado la música de golpe, Emma da un paso atrás, con aspecto azorado y sin aliento.

Nos miramos confundidos, sin saber bien todavía lo que ha ocurrido. Emma se remete la camiseta verde por dentro de los vaqueros y se endereza el collar de perlas. Yo me mientras me aliso las cejas, pero con todo el gel que me han puesto parece que tenga dos erizos marinos pegados encima de los ojos.

—¿Pero qué te has hecho? —me reprende la maquilladora, chasqueando la lengua y el

chicle—. Me va a costar media hora arreglar este desastre. Y ya te he dicho que voy justita de tiempo.

—Yo... —tartamudeo, incapaz de dejar de mirar a Emma, que tiene la vista clavada en mis labios.

Me mira fijamente y yo la miraría ella, pero hay una maquilladora que no para de pasarme pinceles empolvados por la cara, así que me veo obligado a cerrar los ojos.

—Señora, ¿le importaría salir? No se puede trabajar con tanta gente aquí dentro —dice la maquilladora, molesta.

—Claro... claro —se excusa Emma, caminando en dirección a la puerta. Sujeta la hoja y se gira antes de salir—. En fin... *mucha mierda*, ¿se dice así? —dice soltando una risa.

Suena raro cuando ella lo dice.

—Sí, se dice así —respondo dulcemente, aún medio aturdido—. Nos vemos después del concierto, ¿vale?

—Bueno, mejor llámame otro día que estés menos liado —contesta ella—. Esta es tu noche. Seguro que estarás muy ocupado cuando terminéis.

—No, para ti no —respondo categóricamente, sin poder dejar de mirarla, y con su sabor todavía en los labios—. Para ti siempre tendré tiempo.



Lista de tareas de Emma:

- Ir mañana a hablar con Derek. ¿Qué le contesto?
- Acordar reunión con Nuria y el abuelo para lo de la masía.
¿Martes?
- Meter ropa interior seca de repuesto en el bolso (por si vuelvo a besar a Lucas).

Emma

Vale, acabo de besar a Lucas. Y no ha sido un besito cualquiera, como ese del fotomatón en la fiesta. No, esto ha sido un señor beso, de los que te dejan tambaleándote, viendo doble y dudando de si el suelo que pisas es sólido o una nube de azúcar glas.

De esos que, si tuviera un diario de besos (lo cual no descarto, si esto sigue avanzando), merecerían toda una página decorada con corazones dibujados en los márgenes. ¿O a lo mejor debería apuntarlo en el calendario de Google? “Hoy: gané un concurso y recibí un beso histórico.” Qué eficiente sería... Ilusionada por la idea, saco el teléfono para crear una nota, pero luego me doy cuenta de que eso sería llevar las cosas al extremo.

Con las piernas como de gelatina, consigo encontrar mi asiento. Es un milagro, porque casi me siento encima de una señora que me lanza una mirada fulminante. Me disculpo torpemente y me dejo caer en mi silla, abrazando mi bolso como si fuera un salvavidas.

Y entonces empieza.

Lucas sale al escenario, y el público aplaude con entusiasmo. Las luces lo bañan en un resplandor dorado que lo hace parecer otra persona: más deslumbrante, más guapo, más famoso. Solo yo sé que él siempre lo fue, incluso antes de sentarse bajo esas luces que lo distorsionan todo. Se ajusta el micrófono y sonríe; veo su rostro en las pantallas al fondo, y está más atractivo que nunca.

No paro de pensar que, hace un instante, yo estaba besando a ese hombre que ahora acapara la atención de todas y todos; el hombre cuya imagen llena todas las pantallas.

Y, de pronto, estoy convencida de que me mira. Una y otra vez. Dudo que pueda verme con todas esas luces cegadoras, pero algo en la forma en que sus ojos escanean el público me dice que sabe exactamente dónde estoy sentada.

Empieza con una canción nueva, que me hace sonreír. La gente tararea las letras; la música es increíblemente pegadiza. Basta con escucharla una vez para que se te meta en la cabeza.

Y entonces comienza a cantar “Las curvas del camino”, con una sonrisa enorme y los ojos vidriosos de la emoción. Es la versión modificada, pero en mi cabeza aún oigo la original, como la primera vez.

Y sé que me sonríe. A mí.

Esta sonrisa tiene mi nombre grabado. Es personal. Es...

Madre mía, Emma, cálmate.

Cierro los ojos un segundo, intentando recuperar algo de compostura. Es inútil, porque cada vez que canta un verso, mi cabeza da vueltas. No importa que Thaïs le haya cambiado la letra; en mi mente escucho la versión original, aquella que tocó en ese bar de Barcelona. Y no puedo dejar de pensar en ese beso. En olor, el calor de su piel... En cómo me miraba mientras salía del camerino, como si estuviera viendo algo que nunca había visto antes.

Lucas tiene un don, y esta noche lo sabrá el mundo entero. Incluso con esas letras comerciales que Thaïs le ha obligado a escribir, su esencia sigue ahí. Es honesto. Es único. Y esta noche no solo lo veo yo; todo el pabellón del Sant Llorenç se rinde a sus pies: llueven aplausos y vítores, y la gente le ruega que se quede y cante otra más.

Una pequeña vocecita dentro de mí empieza a susurrar cosas peligrosas, dejándose llevar por el rugido de la multitud:

«Es tu marido. Mira cómo le aplauden. ¡Es increíble! ¡Tu Lucas! ¿No estás orgullosa de él?»

Pero entonces recuerdo que nada de esto es real, que Lucas no es nada mío y es hora de bajar a la tierra.

Lucas desaparece del escenario, y entonces sale el grupo principal: ahí están los famosísimos Chantilly, los llenadores de estadios, los que salieron de un garaje de mala muerte y se catapultaron al mismísimo estadio de Wembley en Londres.

Son buenos; de los pocos grupos que escucharía por placer, porque normalmente siempre estoy escuchando podcasts de arquitectura o entrevistas a arquitectos famosos, para no perder el tiempo.

Intento concentrarme en la música, pero la confusión y los nervios no me dejan tranquila. Empiezo a mordisquearme una uña cuando, de repente, alguien me toca el hombro.

Me doy la vuelta, y ahí está él. Lucas.

—¿Qué haces aquí? —balbuceo, porque estoy completamente perdida. ¿No debería estar entre bambalinas, comentando la jugada con su agente, o lo que sea que hacen los teloneros cuando su actuación termina?

—Le pedí a un técnico que me dejara salir por la puerta lateral —dice con una media sonrisa. Sus ojos me atraviesan, y me siento desnuda bajo su mirada.

—¿Y Thaïs? —pregunto.

Lucas me tira del brazo para que me levante. Obedezco y lo sigo por el pasillo entre las butacas, y él acerca los labios a mi oído para responderme por encima del ruido.

—Thaïs está demasiado ocupada con el grupo importante —responde con aire travieso—. Yo era solo el telonero. Nadie me necesita.

—Eso no es cierto... —murmuro, pero no termino la frase, porque la forma en que me mira hace que se me atraganten las palabras.

De todos modos, no creo que pueda oírme.

—¿Y tú? —Se detiene de repente, acercándose un poco más—. ¿Qué pensabas hacer ahora?

Lo miro, boquiabierta, como una idiota. Podría decir cualquier cosa: ir a casa, celebrar lo del concurso con el gato de doña Montse, pasarme la noche viendo vídeos de casas reformadas en TikTok... pero me quedo en blanco de pronto.

Él sonríe.

—Pues yo pensaba ir a casa... —empieza, con voz baja y suave, tan cerca que podría contarle las pestañas—. Preparar una cena para mi esposa... y luego hacerle el amor toda la noche para celebrar este día de fábula.

Termina la frase y me mira directamente a los ojos, con una pregunta muda, y creo que estoy a punto de desmayarme.



Lista de tareas de Emma:

- ¿Quién soy?
- ¿Cómo me llamo?
- ¿Cuál es el sentido de la vida?
- ¿Por qué nunca me he acostado con mi marido?

Emma

Tomamos un taxi hasta su casa y viajamos apretujados en el asiento de atrás como dos adolescentes. El piso es diminuto y alejado del centro, no tiene ascensor ni esperanzas de tenerlo, pero está aseado y la cocina tiene absolutamente de todo, como un restaurante en miniatura.

—Fui ayer a comprar atún al mercado de la Boquería —me dice con una sonrisa mientras abre la nevera para sacar el pescado—. Te voy a preparar un atún encebollado para chuparte los dedos.

Finjo escepticismo, aunque solo el olor de la cebolla caramelizándose en la sartén deja claro que va a ser un manjar de dioses.

Prepara también una ensalada de tomate, pimientos asados y vinagre de Jerez, y yo me dedico a lo que mejor se me da: abrir el vino.

—Huele de maravilla, eso seguro —comento, inhalando el aroma que flota en el aire de la microscópica cocina.

—En el restaurante lo hacemos igual —me dice con una sonrisa, mientras remueve la cebolla una vez más. Luego se acerca a mi oído y susurra, en tono confidencial—. Si quieres te puedo contar el truco para que quede perfecto, pero es un secreto de familia. ¿Sabrías guardarlo?

—Por supuesto. Además, el peligro de que use ese truco para mi beneficio es bajísimo —replico riendo—. Pero me encantaría saber todos tus secretos —añado con tono travieso.

Él se muerde el labio, provocándome adrede.

—Bien —dice lentamente, mientras saca dos copas de vino del armario y me las tiende. Luego le da la vuelta al atún, comprobando el color por debajo—. De todos modos, técnicamente ya eres de la familia.

Se me escapa un resoplido, pero él me ignora y agita su dedo en el aire, el que lleva el ridículo anillo de plástico verde.

—Sin interrupciones, por favor —dice con tono serio, aunque se le escapa una risilla—. Esto es importantísimo. El truco está en la cebolla. Hay que añadirle un poquito de sal desde el principio y cocerla a fuego lento. Así suelta todo el jugo y se carameliza despacito, sin que se queme ni se ponga amarga. Y, al final, le pongo un chorrito de vino blanco. —Me pilla bebiendo de la copa y alza una ceja—. Siempre y cuando no te lo bebas todo antes. En ese caso, podemos darle un toque de azúcar, para que tome color. —Deja el cucharón de madera a un lado y se gira. Pasa la mano alrededor de mi cintura para coger su copa, y siento cómo su calor me envuelve—. Bueno, esto está listo. Voy a servirlo... ya verás que jamás has comido un atún como el que preparamos en Cádiz.

—Eso habrá que verlo —digo en broma, algo azorada por el roce de su brazo en torno a mi cuerpo—. Además, el otro día dejaste el listón muy alto. Va a ser difícil superarte.

—¿Aquel batiburrillo juntado en cinco minutos? ¡Bah! Lo que pasa es que mi única competencia eran un par de arquitectos sosos que solo te ofrecían comida para llevar. Me lo pusiste demasiado fácil.

—¡Oye! ¿Qué tienes contra los arquitectos?

—Contra los arquitectos, nada. —Sonríe y le da un sorbito al vino—. Al menos en general. Aunque, si te soy sincero... —Se lleva una mano a la comisura de la boca y añade—: A algunos les tengo manía.

Alzo las cejas, intrigada.

—¿Te refieres a mis ex? Uno era abogado, por cierto.

—No, tus ex me dan igual. —Sacude la cabeza, riendo—. Estaba hablando de tu jefe. Te ha tratado fatal. Primero te explota, te obliga a trabajar noches y fines de semana para terminar los planos de ese auditorio. Luego expones un concepto rompedor y te echa por tu atrevimiento. Y, ahora que has ganado, ¿quiere que vuelvas? No se merece tu talento, Emma. Espero que no aceptes su oferta. Mereces algo mejor —dice con ojos relucientes, hablando por encima del borde de la copa—. Mereces a alguien que te aprecie y te valore. Eres única, y mucho mejor que todos esos cabeza-cuadradas que solo dibujan rayas rectas y se copian los unos a los otros.

El aroma de la cebolla caramelizada es tan dulce e intenso que me siento en una nube. Y la forma en que habla Lucas, con ese fervor, con esa fidelidad incondicional, me derrite el corazón por completo. Me apoyo en la encimera y asiento.

—Tienes razón. —Dejo la copa de golpe en el mármol, con súbita decisión—. ¡No pienso volver a ese nido de serpientes! Acabo de decidirlo.

—Bien hecho. —Se ríe y me acerca la fuente de ensalada para que la lleve a la mesa plegable, que se encuentra a dos pasos—. Esa es mi chica.

Mi teléfono está justo al lado de la ensalada, y en ese instante llega un mensaje de Caterina. La pantalla se ilumina, dejando ver el texto del mensaje y mi foto de fondo. Ambos observamos la foto; es la última que me saqué con Alexander. Pero eso no es lo peor. Los ojos de Lucas recorren el texto del mensaje, que dice claramente:

«Bueno, ¿y qué tal? ¿Habrás tema con el guitarrista o no?»

Me sonrojo y le doy la vuelta al teléfono a toda prisa, pero ya lo ha visto todo.

—Es... es mi amiga de Londres... un poco inoportuna, como puedes ver...

Él me mira con cara de intriga. Pienso que va a preguntar por Caterina, pero en vez de eso señala el móvil.

—Ese no será tu novio, ¿verdad? Pensaba que ya lo habías superado...

—Ah, no, qué va —digo con una sonrisa incómoda, mostrándosela de nuevo tras ocultar el mensaje de Caterina—. Es mi hermano.

—¿Llevas una foto de tu hermano como fondo de pantalla? —comenta sorprendido, tomando el teléfono con algo de pudor—. Debes de quererlo mucho.

—Pues sí... lo echo de menos. Era el mejor arquitecto de la familia.

—¿Era?

—Bueno... falleció hace unos años, por desgracia. Pero siempre me acompaña, esté donde esté.

—Seguro que sí. —Me devuelve el móvil tras echar una última ojeada—. Ahora que me fijo, os parecéis mucho. Seguro que era un tipo super majo.

—El que más —respondo agradecida.

Lucas enciende un par de velas y busca dos sillas para que podamos cenar: tiene una de esas endeble mesas plegables que se montan en la pared, con una pata en medio que, si la tocas, puede echar la cena entera al traste.

—¿Dónde me pongo? —pregunto dudando.

Si me pongo enfrente, estaremos uno a cada lado de la pata de la mesa; pero, si me pongo a su lado, tendremos que estar muy, muy juntos.

Lucas me hace un gesto con el dedo y arrima las dos sillas.

—Ven aquí. No funciona la calefacción...

Sonrí y me aprieto contra él, mientras sirve la ensalada sin dejar de mirarme de reojo.

La cena es espectacular; creo que nunca he probado algo tan rico en mi vida. El vino fluye en cascadas y para cuando terminamos de cenar, ya no sé si tengo cinco dedos en la mano o seis. De hecho, me miro la mano y empiezo a contar mis dedos, sintiendo que algo no cuadra. Creo que me han dibujado con inteligencia artificial porque tengo seis, casi seguro.

Lucas me mira y se ríe.

—¿Qué estás haciendo?

—Comprobando que todo esto es real —le digo—. Está saliendo todo demasiado bien y tengo dudas. La perfección no existe en la naturaleza. Normalmente precede al desastre.

—¿Tú crees? ¿Y cómo lo compruebas exactamente? —pregunta con sincero interés—. Porque a mí también me pasa, a veces.

—Pues... me estaba contando los dedos.

Me coge la mano y le da un par de vueltas.

—Nah. Está bien, tienes siete, como todo el mundo.

Me río y él me agarra el dedo anular.

—¿Sabes? Este anillo no te pega —me dice de repente—. No es de tu estilo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, tratando de sacármelo, de nuevo sin éxito.

—Nada, que tú eres demasiado refinada y elegante para esta baratija. —Hace una pausa y señala su piso en penumbra—. Demasiado elegante para todo esto —termina con tono algo abatido, y aunque no lo dice, su voz parece susurrar, “demasiado elegante... para mí.”

Esa frase implícita que queda en el aire me encoge el pecho con una sensación de injusticia.

—Tonterías —le digo, apretando su mano que todavía sostiene la mía—. Esta noche te has llevado más ovaciones que el grupo principal. Y esto es solo el principio.

Me responde con una sonrisa nostálgica y comprueba que no queda vino. Me guiña el ojo y se levanta en busca de otra botella.

—No. Déjalo —le digo, tirando de su manga para que regrese. Mi mano roza su espalda, tersa y dura bajo la camiseta—. No me apetece más vino. Preferiría pasar a la parte final del menú —propongo, fingiendo absoluta inocencia.

—¿La parte final? —repite, haciéndose el despistado—. ¿Te refieres a la tarta de almendra? Compré un trozo en la pastelería, podemos compartirlo...

Se acerca un poco más a mí, y mi mano permanece sobre su cuerpo, juguetona.

—No, eso no... —digo, acercándome más a él y usando un tono dulzón mientras le froto la parte baja de la espalda, sin atreverme a bajar del todo—. ¿Recuerdas lo que dijiste en el concierto? Dijiste que te apetecía cenar y luego...

—No sé de qué me hablas. —Se da la vuelta, aún de pie, y su pelvis queda a la altura de mi rostro; el volumen oculto bajo sus pantalones desmiente por completo sus inocentes palabras—. ¿Quizá me refería a tocarte una canción? Es que dicen que tengo memoria de pez. —Alza un dedo—. ¡No! De abejorro.

Se me escapa una risa por la nariz, recordando la absurda conversación de días atrás, con doña Montse. Sin embargo, él, completamente serio, se marcha y me deja con la miel en la boca.

Regresa enseguida con la guitarra, que ocupa un lugar especial en el único rincón libre entre la cama y la cocina, apoyada contra la pared como un tesoro bien guardado. La saca de la funda y acaricia el instrumento mientras toca los primeros acordes. Se sienta al borde de la cama y me mira; una mirada cargada de intención, y se muerde el labio con aire ausente mientras empieza a cantar con los ojos cerrados:

*Tú eres mi mejor canción,
la pieza mejor pulida,
la que quiero cantar
el resto de mi vida.*

*Brillas con luz propia,
reflejas lo mejor de mí.
Yo te canto desde el alma,
Nuestra música no tendrá fin.*

Me quedo de piedra, escuchando embobada hasta que termina.

—¡Es preciosa! —digo emocionada, levantándome de la silla para ponerme junto a él, al borde de la cama—. ¿Es una canción nueva?

—Sí. Pero usé la frase que dijiste tú el otro día. ¿Recuerdas esa historia que le contaste a tu vecina? Me pareció tan bonita... aunque creo que a Thaïs no le va a gustar esta letra.

—Podrías cambiar *canción* por *culo*, y *alma* por *caderas* —sugiero entre risas.

—Eso sería una buena opción.

Su sonrisa es algo amarga, y toca un acorde de fondo mientras me mira fijamente. Está tan cerca que su brazo me roza los pechos cuando se mueve, y me estremezco un poco por la combinación del roce y de la música.

—Que le den a Thaïs —replico con voz temblorosa—. Tu canción es estupenda. Todas lo son.

—Bueno, Thaïs tendrá sus defectos, pero no es ninguna inepta. En el negocio, tiene ojo. Sabe lo que hace. Sabe lo que quiere la gente, y hay que producir para el mercado.

—¡Lucas! Tus melodías fluyen como el agua de una fuente. Son suaves, envolventes... Me recuerdan a... a... ¡a la cerámica esmaltada!

Ya dije que las comparaciones no eran lo mío.

—¿Cerámica esmaltada? —repite Lucas desconcertado, sacudiendo la cabeza—. Es lo más raro que me han dicho nunca, pero ¿sabes qué? Me gusta. Sería un buen título para esta balada.

Apenas quedan luces encendidas, solo tres o cuatro velas sobre la mesita plegable. Me estiro, lo suficiente para soplar una de ellas, y el aroma a cera fundida y velas recién apagadas flota en el aire.

—Lucas... —le digo—. Deja la guitarra un momento... Ven.

Lucas obedece y se recuesta sobre un codo, mirándome de lado con aire provocador.

Me levanto y, algo mareada por el vino, lo tomo por los hombros y lo empujo sobre la cama como una tigresa. Lucas se deja caer sobre la manta con una risa entrecortada, sorprendido por mi impulso. Pongo un brazo a cada lado de su cabeza y él me mira desde abajo, su expresión transformándose de sorpresa a algo mucho más intenso, que casi me quema por dentro.

Me inclino sobre su rostro hasta estar a unos milímetros de sus labios. Siento el calor de su cuerpo, el olor a vino y algo más, profundamente suyo.

—Lucas, cuando tú cantas.... —le susurro, mi aliento rozando sus labios, pero sin besarlo todavía. Quiero que sienta la tensión, que nos envuelva como la atmósfera espesa del cuarto, cargada de electricidad—. Cuando tú cantas siento cosas.

—¿Qué cosas...? —murmura, sus ojos encendidos, sus manos subiendo lentamente por mi trasero y mi cintura. Sus dedos se encuentran por detrás de mi cuello, y me desabrochan el collar de perlas con una suave y estremecedora caricia.

—Cosas que no había sentido nunca —digo con voz entrecortada, frotando la punta de la nariz contra la comisura de su boca—. Me siento diferente... libre... como si pudiera ser otra persona. Alguien que no dibuja siempre líneas rectas. Alguien que se sale del sendero trazado... Que puede ser ella misma... —Tomo aire, me coloco justo sobre sus labios entreabiertos, y antes de bajar sobre estos, termino—. Alguien que podría ser... tuya.

Su pecho sube y baja con una respiración pesada, ronca. Se incorpora un poco, sus manos firmes en mis caderas, y me atrae hacia él hasta que nuestras bocas se unen. En el último instante se aparta un poco, jugando conmigo, incitándome a regresar a ese beso contenido.

—Yo solo pienso en ti cuando canto, Emma —susurra contra mis labios—. Desde el primer día en que te vi. Desde el día de la masía, cuando te vi con esos ojos inmensos, que ven las cosas de manera diferente al resto de las personas. Te brilla la mirada cuando haces lo que te gusta, Emma. No hay nadie más como tú... Y desde ese día, solo puedo escribir canciones para ti.

No aguanto más. Lo beso, profundamente, y su peso cubre mi cuerpo, de los pies a la cabeza. Sus manos se deslizan con urgencia por mis costados, acariciando mis pechos por encima de la ropa. Le desabrocho los pantalones y me dejo llevar, sabiendo que esta noche será nuestra, sin palabras, solo el sonido de nuestras respiraciones y el crujido de las sábanas.

Este es nuestro propio concierto.



Lista de tareas de Emma:

- La, la, la...

Emma

Despierto en la cama de Lucas, sintiéndome más feliz y serena de lo que he estado en mucho tiempo. Me estiro en la cama, y al hacerlo rozo su costado.

Madre mía. ¡Sigue desnudo!

Metó la cabeza debajo de la sábana para asegurarme, y se me escapa una risita tonta. Inhalo su aroma a limpio; su aroma a... Lucas.

Pero solo una vez más.

Es sábado, pero he quedado con Derek temprano y será mejor que me vaya. Le voy a decir que no, pero creo que sería poco profesional faltar a esa reunión.

Sin embargo, Lucas necesita descansar; anoche fue una noche movida para él. Bueno... y para mí también... me muerdo el labio mientras lo pienso, sin poder quitarme esa sonrisita tonta.

Me levanto de puntillas para no despertarlo y me pongo la ropa a toda prisa. Es tan temprano que el sol apenas entra por las ventanas. Pido un taxi por la app y mordisqueo los restos de tarta de almendra que sobraron anoche.

—¿Emma...? —murmura Lucas, removiéndose en sueños.

—Shh... Sigue durmiendo. Te llamo luego.

Escribo una nota y se la dejo en la cocina:

«Te veo esta tarde en el Carpi Café. Estaré allí a partir de las cinco.»

Luego le doy un beso en la frente y salgo con los zapatos en la mano, para no hacer ruido. El taxi me espera abajo, con los intermitentes puestos.

Voy primero a casa, me ducho, me arreglo el pelo y me cambio, y luego voy caminando a la oficina. En Derek Navarro arquitectos da absolutamente igual que sea sábado, domingo o festivo: siempre hay alguien trabajando. Siempre hay proyectos que terminar, y fechas límite imposibles. Día y noche son conceptos sin importancia cuando el futuro de la empresa está en juego.

Cuando paso por al lado de mis antiguos compañeros, tengo la sensación de que todos se callan de golpe, como si estuvieran cuchicheando sobre mí.

Hace apenas una semana que no voy por la oficina, pero me siento como si hubiera pasado un año. Es también muy curioso cómo me siento más ligera y más feliz, desde que he dejado de trabajar en ese sitio.

Me acerco a la secretaria, y esta me mira con los labios apretados, casi como si tuviera miedo de hablar.

—¿Está Derek? —le pregunto, de pie frente a su mesa.

Ella parece ocultarse detrás de su enorme pantalla, y contesta con voz casi inaudible:

—Pues... no, Emma. No está. Ha salido.

—¿Cómo? Pero si había quedado conmigo para una reunión. ¿No está en su calendario?

Ella teclea un poco y finge consultar algún programa.

—Ahora que lo dices, hay algo sí, pero entiende que es sábado... Ha tenido que marcharse urgentemente a Múnich. Puede que sea por algo del auditorio. —Sonríe con cara de disculpa y señala hacia la puerta—. Vete a casa y vuelve el lunes. Seguro que te llamará para

acordar una nueva cita.

Parpadeo sin poder creerlo.

¿En serio?

¿Derek Navarro me hace venir un sábado a las nueve, me deja tirada y ni siquiera se molesta en avisarme?

—No me lo puedo creer —digo, exhalando con fuerza—. Algunas cosas nunca cambian, supongo.

Ella me dedica una sonrisa tímida y se encoge de hombros.

—Seguro que surgió algo muy importante —dice, como si yo no hubiera trabajado allí durante casi un año—. Y, por cierto... Enhorabuena por lo del concurso, Emma. Me han dicho que Randall y tú ayudasteis mucho a Derek con todo eso.

¿Ayudamos?

¿Randall y yo?

Me gustaría que hubiera una puerta cerca para dar un portazo, pero por desgracia son todas automáticas y se abren solas, así que lo único que puedo hacer es salir con la cabeza bien alta. Lo cual, con un poco de suerte, me hace algo más alta que el ficus benjamina de la esquina.

Salgo a la calle con la cabeza dando vueltas. ¿Por qué he ido siquiera? Son unos estúpidos y ni siquiera me valoran. Lucas tenía razón.

Me suena el teléfono y, por primera vez en la historia, aparece en la pantalla el número fijo de mi abuelo. No el de su abogada, no: el de mi abuelo en persona. El suyo, que no ha cambiado desde 1980.

—¿Abuelo? —digo al descolgar, temiéndome que se haya muerto y me esté llamando el personal de servicio para darme la noticia.

Suspiro, algo aliviada, cuando es su voz la que responde. Suena mucho más juvenil de lo que me habría esperado en un anciano a las puertas de la muerte.

—Emma —dice, y hace una de esas pausas raras e incómodas tan típicas de él—. Necesito que vengas a mi despacho.

Me detengo en medio de la acerca, demasiado sorprendida por su llamada para poder contestar tan rápido.

—¿A tu despacho? —repito, cegada por el sol matinal.

—Sí. A mi casa. ¿Aún te acuerdas de la dirección?

—Esto... claro. Por supuesto. Pero, ¿y si vienes tú a casa esta tarde? Seguro que Lucas se alegrará de conocerte por fin...

—No. Quiero que vengas sin Lucas —me interrumpe con tono brusco—. Solo tú. Lo que tengo que decirte es solo entre nosotros.

Emma

Creo que la última vez que fui a casa del abuelo llevaba el pelo en dos trenzas, así que debe de hacer por lo menos quince años.

Es cierto que me ha invitado muchas veces desde que me mudé a Barcelona, pero siempre estaba demasiado ocupada para ir. Pero es normal. Soy arquitecta. Trabajo en proyectos importantes y gano concursos millonarios para mis jefes. O, al menos, lo hacía hasta hace una semana.

Me abre la puerta el ama de llaves, o como se llame esa señora que se lo hace todo para que él pueda pasarse el día leyendo noticias de economía en periódicos de color salmón.

—Su abuelo la espera en la biblioteca —me dice la mujer con tono formal, quitándome el abrigo de las manos para colgarlo en alguna parte.

La sigo por el pasillo, maravillándome con las obras de arte que decoran las paredes: solo en esos dos muros seguro que hay más de un millón de euros. De niña nunca lo aprecié, pero ahora me doy cuenta por primera vez.

El ama de llaves se detiene y llama a una puerta.

—Que pase solo Emma —contesta la voz del abuelo, y la mujer me hace un gesto para que entre.

Luego se da la vuelta y desaparece. Yo trago saliva y doy un paso al frente. Lo primero que noto es el tufo algo desagradable del despacho, que apesta a humo de puros y a sillones viejos y polvorientos.

Mi abuelo está ahí, sentado tras su imponente escritorio. Tampoco tiene tan mala cara, para estar en las últimas. Es tal y como lo recordaba, aunque con el pelo más blanco y el rostro más arrugado: el patriarca de los Soler, a diferencia de mí, no ha cambiado mucho en las últimas dos décadas.

—Emma, cuánto tiempo —me dice con tono apagado, señalando la butaca de cuero verde frente a él—. Tenía ganas de verte, ¿sabes?

Me gustaría decirle que yo también, pero no estoy segura. Primero necesito saber para qué me ha llamado. Me limito a sonreír amablemente, tratando de disimular lo mucho que me aterra esta reunión con él. Siempre le tuve bastante respeto, como todos en la familia. Era famoso por su obsesión con los negocios y sus repentinos brotes de mal genio. Amasó mucho dinero en poco tiempo, pero también muchos enemigos. Incluso cuando nos reuníamos en familia, todos se apartaban a un lado cuando él pasaba, para evitar conflictos innecesarios. Su actitud siempre dejó claro que pasar tiempo con nosotros le suponía un altísimo coste de oportunidad y nunca reportaba beneficios económicos. No me extraña que un día mi abuela se fuera de vacaciones con los niños a la villa de Sitges y nunca regresase.

—Lástima que, después de tantos años, tengamos que vernos para hablar de cosas tan deprimentes —dice, sacando una carpeta de un cajón—. Pero creo que es hora de que hablemos en serio y nos dejemos de tonterías.

Me inclino en la butaca, y esta se queja con un crujido.

—¿A qué te refieres? —digo con aire inocente—. ¿Qué ha pasado?

—Tu matrimonio, Emma. No es real, y lo sé. Tengo infinidad de pruebas de que fue un montaje, y que Lucas y tú solo fingisteis estar casados para que pudieras hacerte con la herencia.

Mira.

Contengo el aliento y el abuelo saca una foto robada de Lucas y Thaïs, en la que ella parece estar besándole contra un buzón de correos. Reconozco el sitio: fue ese primer concierto, cuando Thaïs lo acorraló y los flashes los alcanzaron a traición. Yo también estaba allí, y también pensé lo mismo. Pero ahora sé que no es cierto, con fotos o sin ellas.

—No, abuelo —replico, empujando los papeles hacia él—. Esto no es lo que parece. Esa mujer se le echó encima, pero...

—Pero nada —continúa, sacando más documentos que muestran textos y fotos—. No me fiaba de ti y contraté un detective. Os ha estado siguiendo, y ha comprobado que Lucas nunca dormía en la misma casa que tú. —Saca una ficha con una fotografía; reconozco el rostro del hombre del gas, tal y como había sospechado—. Además, tu supuesto marido se pasa las noches en el despacho de esa tal Thaïs Aguilar, a veces hasta altas horas de la madrugada. Tengo entendido que se irá con ella al extranjero en cuanto tú consigas la masía. ¿Es cierto o no? ¿Me has intentado engañar, Emma? ¡Dime la verdad!

—Yo... No... Es decir... —Intento responder con firmeza, pero tengo un nudo en mi garganta.

La verdad es que no sé qué decirle. Las pruebas están ahí, ha descubierto mi mentira, y por mucho que trate de fingir tranquilidad, siento que el suelo se desmorona bajo mis pies.

Quizás Lucas no está con Thaïs, y desde luego, no se va a ir a ninguna parte con ella; pero es cierto que no somos pareja, que nunca habíamos dormido juntos y que solo nos casamos por un acuerdo económico.

El abuelo parece disfrutar con mi evidente incomodidad. Se reclina en su sillón con una expresión de triunfo.

—Y bien, querida nieta, ¿qué pretendes hacer ahora? —pregunta con frialdad—. ¿Seguirás mintiéndome? ¿A mí, tu única familia? ¿Me mentirías solo por dinero? ¿Por heredar esa masía ruinosa?

Siento sus palabras como una losa sobre mis hombros. Mantener la compostura se vuelve cada vez más difícil. Recorro con la vista la habitación, buscando desesperadamente una salida.

—Si crees que todo esto ha sido una farsa sin sentido —respondo finalmente—, estás equivocado. Es cierto que mi matrimonio con Lucas empezó como una estrategia, pero no para engañarte sin más. Solo quería evitar que regalaras la masía familiar a unos extraños, cuando podría tener un propósito dentro de la familia. Sí, pensé en usarla para cumplir mis propios objetivos. Pero siempre ha sido de los Soler, y no me parece justo que yo, la única que puede sacarle partido, me quede sin ella solo por un absurdo capricho tuyo.

El abuelo se queda en silencio, observándome con sus ojos afilados. Contengo la respiración, sabiendo que lo próximo que él diga puede cambiar el rumbo de mi destino, en una dirección o en la opuesta.

—¿Y no es mejor que sirva para un fin benéfico que dejarla en manos de esta familia de buitres? —pregunta con voz grave y acusadora.

Guardo silencio, conteniendo las lágrimas. Es posible que tenga razón, sí. Pero yo ya había renovado esa masía en mis fantasías, y la había convertido en el proyecto de mis sueños: en mi escalera a la fama, en el instrumento para llegar a ser tan buena como mi padre y como mi hermano.

Para mí, no era solo una masía en ruinas.

Era una promesa de futuro, y ahora mi futuro se está desmoronando para siempre por

culpa de este viejo que nunca quiso a nadie y que morirá completamente solo, entre sus cuadros millonarios.

El abuelo suspira y se levanta lentamente. La furia en sus ojos da paso a una tristeza con la que no puedo empatizar en este momento.

—Lo hice por tu bien, Emma —dice, su tono más suave—. No quería que terminases como yo, atrapada en un mundo de traiciones y mentiras en el que nadie te quisiera por ti misma. O, peor aún: no quería que terminases como Alexander.

El nombre de mi hermano me sacude de los pies a la cabeza.

—No me vengas ahora con excusas lacrimógenas para tus actos sin sentido. ¿Cómo te atreves a decir que esto tiene que ver con mi hermano? Lo suyo fue una desgracia, pero no fue culpa de nadie. ¡Sobre todo, no de él!

Creo que voy a lanzarle un pisapapeles a la cabeza, si vuelve a mencionar a mi hermano.

—Eso es discutible —responde con voz queda.

Me tiende la abultada carpeta con las pruebas.

—Léete los papeles del final. He añadido algunas cosas que creo que te sorprenderán. Cosas que tu madre ocultó durante mucho tiempo. Pero ahora que ella no está, da lo mismo.

Se la cojo y me levanto con un puntapié. Ni siquiera me molesto en arrimar la silla, ni en cerrar la puerta. Recorro el pasillo de vuelta sin mirar atrás, escuchando los pasos del ama de llaves que me sigue para despedirme.

Cojo mi abrigo de sus manos y me marchó en silencio, decidida a no volver jamás a esa casa.

Bien. Puede que haya perdido la masía, pero al menos ahora seré libre del control de mi abuelo.

Qué triste pensar que el último miembro de mi familia sea una persona tan odiosa y egoísta.

Salgo de la casa del abuelo con la determinación de que, por primera vez, estoy eligiendo mi propio camino. A pesar de las dificultades y los sacrificios, estoy lista para lo que venga.

Y ya no voy a tener que fingir por nadie.

Cuaderno de notas de Lucas

*Construyamos juntos ladrillo a ladrillo,
Un hogar en nuestros corazones, un amor sencillo.*

*Sin planos perfectos ni grandes ambiciones,
Solo tú y yo, y un hogar entre canciones.*

*Un amor que no entiende de unidades de medida,
Cien centímetros, diez milímetros...*

¿Cuántos milímetros son un centímetro? ¿Eran cien o diez? ¿O eso era un metro? Bueno, mejor eliminamos esa parte. Usemos algo más genérico. Mientras no sea *caderas*, me sirve.

Lucas

Despierto bien entrada la mañana, y lo primero que noto es que Emma ya no está a mi lado. Su aroma sigue en la cama, como un recordatorio de la noche pasada. Una luz anaranjada entra por la ventana, y el calor en la habitación contrasta con la pequeña sensación de vacío que ha dejado su ausencia. Me estiro lentamente, alargando este momento entre las dulces sábanas un poco más.

Al levantarme encuentro una nota diciendo que quedamos en la cafetería. También veo que su collar de perlas ha caído en un rincón, entre la cama y la mesilla. Se debió de caer solo, con todo el trajín de anoche. No pasa nada: se lo llevaré esta tarde al Carpi Café.

Desayuno despacio, reviviendo los recuerdos de esa noche mágica: el concierto, la cena y lo de después. Miro en la nevera, mientras mi cabeza repasa la lista de la compra por inercia. Sin poder evitarlo, empiezo a componer un menú para la próxima vez que la invite. Con suerte, podría ser esta noche.

Me visto rápido y me dirijo hacia el metro. El destino es uno de mis lugares preferidos: el mercado de La Boquería, y en particular cierta pescadería donde ya me conocen por mi nombre.

Al salir del metro, el bullicio de Las Ramblas me envuelve: artistas callejeros, gente hablando en otros idiomas... en las Ramblas, siempre es día de fiesta. Camino despacio, observando a turistas y locales, preguntándome si alguno se sentirá tan feliz como yo esta mañana. Seguro que no. Es prácticamente imposible.

Entro en el mercado por mi puerta preferida, una preciosa estructura de metal y vidrio sobre la que Emma seguro que tendría muchas cosas que explicar. Yo ni siquiera sé cómo se llama ese estilo arquitectónico, pero sé que cada vez que cruzo el umbral me invade la inspiración, y me vienen a la mente letras nuevas para mis canciones.

Camino entre los puestos, pensando en qué plato podría cocinarle esta vez. Algo nuevo, diferente...

—¡Lucas! —me saluda una verdulera—. ¿Has visto qué tomates he traído hoy?

Me acerco al puesto y tomo el tomate que me tiende: rosado, brillante y aromático. Inhalo su aroma a huerta, y ya veo la ensalada que voy a prepararle, regada con un buen Fino de Jerez, el toque perfecto para realzar los sabores de la tierra.

—Ponme unos cuantos, María —le digo mientras examino las cebollas, que parecen dulces y jugosas—. Y también algo de lechuga, y unos pimientos verdes. Y fruta de temporada... ¿qué es lo mejor que tienes?

—¿Tienes algún invitado especial? —me pregunta juguetona.

—Puede ser —respondo alzando una ceja—. Solo falta que ella diga sí.

—Seguro que lo hará —dice la tendera, poniéndome un poco de perejil de regalo—. ¿Quién podría decirle que no a un chico tan guapo? Y si no, puedo ir yo. ¿Qué te parece?

Sonrío a la señora, que podría ser mi madre: ese falso flirteo es una especie de broma continua entre nosotros. Luego pago la cuenta. María siempre me hace descuento; soy un buen cliente, y creo que le caigo bien.

Cuando regreso a la algarabía de Las Ramblas, mi móvil vibra en el bolsillo. Es un email de Thaïs, y en la pantalla puedo ver las primeras líneas. También veo un archivo adjunto, titulado

Contrato Definitivo.

«Tal y como acordamos, aquí te envío el contrato. Léelo detenidamente y si estás de acuerdo con todo, me lo traes firmado al despacho el lunes.»

Esta vez no hay besitos ni corazones; se nota que ha puesto a otras personas en copia. Lo descargo, sin poder esperar a llegar a casa, y me quedo sin aliento al leer las primeras palabras. De pronto, Las Ramblas desaparecen como por arte de magia. Thaïs ha cumplido con su palabra, y me está ofreciendo una oportunidad que podría cambiarlo todo: una gira internacional, grabar en Nueva York, un contrato que parece de ensueño...

Es todo lo que siempre quise.

Mi sueño, palabra por palabra, está plasmado en ese documento.

Solo hay dos pequeños inconvenientes: que Nueva York está muy lejos de Emma, y que las condiciones de Thaïs incluyen un control completo sobre las letras de mis canciones.

Pero es lo que acordamos: tocar como telonero de prueba y, si salía bien, un contrato de cinco años para convertirme en el artista principal del próximo evento.

Y la prueba salió bien. Muy, muy bien.

Guardo el móvil. Supongo que nadie espera una respuesta inmediata a un asunto tan importante. Puedo leerlo tranquilamente en casa. No hemos quedado hasta el lunes.

Paseo de vuelta al metro, pensando en mi futuro. Mi mente vuela hacia Emma, sin saber muy bien por qué. Me alegro de haber quedado con ella esta tarde; quizás ella pueda ayudarme a tomar la decisión correcta.

Emma

Llego al Carpi Café mucho antes de la hora acordada. Todavía llevo los papeles del abuelo en la mano, y una tormenta bulle en mi interior después de habernos despedido de tan mala manera.

El teléfono suena, y en la pantalla aparece el nombre de Caterina. Seguramente llama para enterarse de lo que ocurrió anoche, pero yo no estoy de humor para relatos románticos. Contesto de mala manera, y ella adivina de inmediato que algo no anda como debería.

—¿Todo bien? ¿Ha pasado algo malo con Lucas?

—No, no es Lucas —contesto, arrellanándome en la silla mientras agradezco a Amaya el café que acaba de traerme—. Es mi abuelo. Acaba de comunicarme que no me va a dar la masía. Así que le he dicho que no quiero volver a verle.

Caterina guarda silencio, quizás procesando toda la información nueva.

—Emma, ¿estás segura de lo que acabas de hacer? Es la única familia que te queda. Piénsalo.

No puedo creer que ella, justo ella, la mujer más arisca que conozco (más que yo, incluso), me esté diciendo eso.

—No. No hay nada más que pensar. Ya está decidido: ese hombre me importa un bledo. Lo importante es que por fin he terminado con todo lo relacionado con la masía y ya no tendré que preocuparme más. Si te soy sincera, es un alivio poder deshacerme de él. Se estaba entrometiendo demasiado en mi vida. Ahora podré hacer lo que me dé la gana y punto.

—¡Pero es tu abuelo! Y esa masía era tu sueño. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Dudo mucho que lo haga. Dejé bien claro que me consideraba un buitre, a mí y al resto de la familia. Creo que esas fueron sus palabras literales.

—¡Vaya idiota! Y, entonces, ¿qué piensas hacer ahora? Necesitarás un trabajo, y esas entrevistas de trabajo no están dando muchos frutos... ¿vas a volver a Londres?

—Es una opción... —De pronto, la idea de volver a Londres y alejarme de Lucas resulta dolorosa. Pienso en mis posibilidades, comprendiendo que lo más fácil sería tragarme mi orgullo y volver con Derek, por mucho que me pese—. Todavía no lo sé, Caterina. Pero estoy planteándome volver a Derek Navarro Arquitectos.

—Eso es una locura. ¡Recuerda cómo te trataron! Trabajaste noche y día para ellos y se deshicieron de ti al mínimo error, sin siquiera escuchar lo que tenías que decirles. ¿Y ahora quieren que vuelvas para seguir utilizándote? ¿No ves el patrón, Emma? ¿No te das cuenta de cómo terminará esto a la larga? ¡Para ellos eres un número, una máquina de producir y nada más!

—No digas eso. Sabes que mi trabajo es el motor de mi vida. Lo único que me ayuda a seguir adelante cuando todo lo demás va mal.

—¿Y qué me dices de Lucas, y de lo que pasó anoche? ¿Eso no cuenta?

Ah, Lucas... solo con pensar en él sonrío.

Lucas es como ese rayo de luz que atraviesa el rosetón de una iglesia gótica al mediodía, descomponiéndose en mil colores al tocar los vitrales.

Su presencia en mi vida es igual de deslumbrante, pero aún no me he acostumbrado a ella. Es algo demasiado nuevo, demasiado frágil, aunque al mismo tiempo tan increíblemente hermoso.

—Pues claro que sí —respondo asintiendo, tras darle un sorbito a mi espresso con leche

de avena—. Pero él es un alma libre, un músico, y seguramente viajará mucho en los próximos meses. No puedo depender de él. Yo ahora tengo que pensar en mí, en mi futuro. Es un tipo genial, pero él no puede resolver mis problemas. Eso lo tengo que hacer yo solita.

—No, claro. Tus problemas de trabajo los tendrás que resolver. Pero al menos ahora lo tienes a él. Lucas te apoyará en todo, estoy segura. Puede que viaje, pero míranos a nosotras. Estamos lejos, pero seguimos siendo amigas a pesar de la distancia, ¿no?

—¡Pues claro que sí! —contesto, aunque siento una punzada de tristeza al pensar en lo que dijo el abuelo. *¿Y si era verdad? ¿Y si se marcha durante meses a grabar su disco con Thaïs?*—. Supongo que solo el tiempo lo dirá.

—Yo tengo un buen presentimiento —contesta Caterina con voz animada—. Me has ido contando todo según iba ocurriendo, y creo que ese chico es legal. ¡Un hombre de fiar, por fin! Aleluya.

—Me acaba de venir a la mente eso de “*Todo el mundo parece de fiar hasta que los dejas solos en una habitación con un montón de dinero en el suelo*” —respondo, citando una frase que solía repetir nuestro jefe anterior, cuando aún trabajábamos juntas—. ¿Te acuerdas de Bill?

Ella pillla la referencia y suelta una carcajada.

—Sí, la frase preferida del viejo Bill. ¡Menudo amargado! No se fiaba ni de su sombra. Pero dudo que Lucas sea de esos. No me da esa sensación.

—No, eso desde luego que no. Solo hay que verlo.

—Pues eso. Es pronto para saberlo, pero ojalá lo vuestro siga adelante. Me alegraría mucho por ti, después de todos esos idiotas engreídos y obsesionados con la pasta con los que saliste. Seguro que, cuando le cuentes lo que ha pasado con tu abuelo, te ofrecerá un hombro en el que llorar y te consolará con sus *besitos y poemas*.

—Técnicamente no son poemas. Son letras de canciones.

Una sonrisa se dibuja por sí sola en mis labios al recordar la noche anterior en brazos de Lucas. Todo fue perfecto, absolutamente perfecto.

Caterina tiene razón: soy muy afortunada de haberme topado con alguien como él. Y pensar que estuve a punto de dejarlo marchar; de dejarme llevar por mis prejuicios... Me ha costado, pero por suerte lo supe ver a tiempo.

Lucas no me dejará en la estacada, y estoy segura que me apoyará en todo lo que decida hacer. A él le dará igual si me convierto en una arquitecta famosa, si reformo una masía o si decido que mi nueva vocación es montar una agencia de espionaje con doña Montse como socia. Él no me quiere por eso. Él me quiere solo por mí, sin títulos ni etiquetas, y eso me resulta nuevo, y a la vez desconcertante.

—Sí, seguro que sí. Gracias. Voy a terminar de revisar los papeles que me dio el abuelo y te llamo esta noche cuando vuelva a casa. ¡Te quiero!

Cuelgo y abro la carpeta con los papeles del abuelo, aunque sin demasiadas ganas.

La verdad, solo deseo que llegue Lucas y poder abrazarlo. Sueño con disfrutar de nuevo de su aroma y la calidez de su pecho, que me hacen sentir como en casa, esté donde esté.

Escucho un carraspeo detrás de mí, y ahí está él. Ha llegado antes de hora. Un agradable calorcillo me sube por el cuerpo al verlo, con sus vaqueros desgastados y una sencilla camiseta negra.

Empujo la silla para levantarme a saludarlo, pero en su postura noto algo extraño. Es casi una expresión de disgusto, o incluso de rechazo. Extiende los brazos, impidiéndome el paso, y se aleja de mí como si tuviera la peste.

—¡Lucas! ¡Qué pronto has llegado! —exclamo, confundida, mientras miro la hora. Luego, algo asustada por su expresión, que no para de oscurecerse, añado—: ¿Te... te pasa algo? Lucas frunce el ceño y me mira con mal humor, y yo no entiendo absolutamente nada.

Cuaderno de notas de Lucas

Construiste tú sola, ladrillo a ladrillo,
Un mausoleo en mi pecho, un tormento sencillo.

Mentiras perfectas sin grandes ambiciones,
Solo tú, ignorándome entre canciones.

Cada lágrima, un cimiento;
cada suspiro, una pared...

En mi pecho, un hogar vacío,
En mi alma, un amor que nunca fue.

Lucas

Llego a la cafetería ilusionado, con ganas de contarle a Emma mi decisión de no mudarme a Nueva York con Thaïs. Es más, estoy tan ilusionado que no puedo aguantar más en casa y llego media hora antes al Carpi Café. En el bolsillo llevo el collar de perlas que se dejó en la mesilla, y de vez en cuando meto la mano dentro y lo acaricio, imaginando que es ella, cuya piel es tan suave como la superficie pulida de las perlas.

Al entrar la veo al fondo, hablando por teléfono. Está de espaldas a la puerta y parece tan enfrascada en la conversación que no se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Me acerco por detrás, tarareando la melodía de “nuestra canción” (porque eso de titularla “Cerámica esmaltada” se me hace raro, por mucho que se lo prometiera anoche en el calor del momento).

Acaricio las perlas una a una y rememoro cómo le quité el collar, para después bajar uno a uno los tirantes de su sujetador, y...

Estoy detrás de ella, tan cerca que puedo oír lo que dice, y algo llama mi atención. Es una frase, dicha en tono cortante, que me saca de mis fantasías y me pone en guardia de golpe:

«Ese hombre me importa un bledo... Lo importante es que por fin he terminado con todo lo relacionado con la masía y ya no tendré que preocuparme más... Si te soy sincera, es un alivio poder deshacerme de él...»

¿Perdón? ¿Está hablando de mí?

No puede ser.

Me quedo quieto, muy quieto.

No me gusta espiar, pero eso que acaba de decir suena mal. *Muy mal*. Aunque me siento un poco culpable, me quedo detrás de ella y sigo espiando su conversación:

«Estoy planteándome volver a Derek Navarro Arquitectos...»

¿Qué? ¡Pero si anoche dijo que jamás volvería a *ese nido de serpientes*! ¿Se puede saber qué mosca le ha picado? ¿Es que me ha estado mintiendo acerca de todo?

«Sabes que mi trabajo es el motor de mi vida...»

Amaya me hace un gesto desde la barra y me saluda alegremente. Luego señala a Emma, pensando que no la he visto, y me dibuja un corazón con las manos. Sacudo la cabeza con aire sombrío y me llevo un dedo a los labios para que no la avise de mi llegada.

Sigo escuchando, sin dar crédito a lo que oigo. La siguiente frase ya no deja duda: está hablando de mí, y todo lo que me contó anoche fue una sarta de mentiras:

«Él es un alma libre, un músico, y seguramente querrá viajar por todo el mundo. No puedo depender de él. Yo ahora tengo que pensar en mí, en mi futuro. Es un tipo genial, pero él no puede resolver mis problemas.»

Y, después, el golpe de gracia:

«Todo el mundo parece de fiar hasta que los dejas solos en una habitación con un

montón de dinero en el suelo.»

Suelto el collar de perlas de golpe, sintiendo un profundo asco. Me dan ganas de lanzárselo a la cara. Pero, ¿por quién me ha tomado?

Por fin se despide, pero esa es casi la peor parte. Siento como si una espada me atravesara el pecho de parte a parte cuando pronuncia las dos últimas palabras:

«Voy a terminar de revisar los papeles que me dio el abuelo y te llamo esta noche cuando vuelva a casa... ¡Te quiero!»

La observo atónito mientras termina de hablar con quien sea. ¿Será el hombre de la foto? ¿Será mentira también lo de su hermano? Tiene una sonrisa en el rostro, y me pregunto cómo puede sonreír así, con esa alegría e indiferencia absolutas, después de lo que pasó anoche. ¿Es que tiene el corazón de piedra? ¿Es que no es humana, por todos los diablos?

De pronto, los recuerdos de Lucrecia me invaden. A ella la conocí en esa misma cafetería. Lucrecia disfrutó de estar conmigo para no estar sola, y en cuanto pudo se fue con otro mejor, que sí podía darle la vida que ella soñaba. Fue ella quien inspiró la primera versión de *Las curvas del camino*. Para ella fui solo una estación más, aunque por mucho tiempo yo la consideré mi único destino.

Al menos, Emma nunca me mintió, a diferencia de Lucrecia. Nunca me prometió amor eterno. Nunca pretendió ser más que otra curva atractiva, otro bache divertido. Una parada más en el camino de la vida; una a punto de llegar a su fin, a juzgar por lo que acabo de escucharle decir por teléfono.

Deja su móvil último modelo a un lado, junto al típico doble espresso con estevia y leche de avena que pide siempre. Luego abre una carpeta y se pone a leer unos documentos llenos de fotos y anotaciones.

Parece tan tranquila, tan compuesta. No tiene el aspecto de alguien que acaba de decidir romper una relación así, sin más. Si es que lo nuestro puede llamarse relación. Claramente, para ella fue solo un rollo de una noche con un músico joven e irresponsable, un alma libre que, por supuesto, no puede resolver sus problemas económicos ni de ningún tipo. Un tipo del que ni siquiera se fía, al parecer.

Carraspeo y, por fin, se da la vuelta.

—¡Lucas! ¡Qué pronto has llegado! —me saluda, poniéndose seria de golpe, y después dice, como si nada—. ¿Te pasa algo?

¿Que si me pasa algo?

Vaya, parece que los arquitectos sí que tienen sentido del humor, después de todo.

—He llegado hace cinco minutos —digo, apretando la mandíbula para evitar que la rabia escape y me haga decir alguna barbaridad.

—Ah —contesta, cruzando los brazos—. ¿Y por qué no viniste a sentarte conmigo?

—Resulta que escuché tu conversación, y me pareció muy interesante. Es más —añado, y siento que estoy empezando a ir cuesta abajo y sin frenos—, he decidido que no tengo tiempo de tomar un café contigo esta tarde. Ni esta tarde, ni nunca. Te lo voy a poner fácil para deshacerte de mí.

Emma se pone pálida.

—No te entiendo. ¿A qué viene esto?

—Claro que me entiendes, Emma. Sabes perfectamente por qué lo digo.

Dejo su estúpido collar de perlas sobre la mesa. Seguro que vale miles de euros. Ahora entiendo que se lo dejó adrede, para ponerme a prueba. Pues ahí tiene su prueba, y que se vaya a

hacer gárgaras.

—Solo venía a devolverte esto. Porque yo no soy de los que roban dinero, aunque se lo pongas fácil —añado, recordando la frasecita que le dijo a su amigo por teléfono—. Ni dinero, ni nada, Emma. Seré pobre, pero soy honrado.

—Pues claro, Lucas. Eso yo ya lo sé, y...

—No. —Levanto la mano. Necesito decirlo todo de carrerilla, o me pondré a llorar y quedaré como un gilipollas aquí, en la misma cafetería donde trabajo y todos me conocen—. Déjame terminar. También vine a decirte que me voy con Thaïs a Nueva York. Gracias por esta distracción de una noche. Ahora que ya tienes lo que querías, tu masía, creo que ya no necesitamos hablar más.

—Pero yo no...

—Lo sé. Ahórrate la palabrería barata, esa que usáis para exponer los proyectos. Ya me dijiste que era toda inventada, y que solo lo hacías porque a la gente le gustaba oírlo. Yo soy poeta, pero mis poemas son de verdad. No son hipocresía, de esa que usáis los ricos para parecer más educados. No son palabras vacías para que los artículos en las revistas parezcan más profesionales.

—¿Me estás llamando hipócrita?

—Yo no te estoy llamando nada.

—Siempre he sido sincera. No sé a qué te refieres.

—¿Siempre, Emma? ¿Y qué me dices de nuestra boda, por ejemplo? Engañaste a tu propio abuelo y a todos los que te rodeaban, solo para salirte con la tuya. ¿Eso te parece sincero?

—¡Fue una mentira sin importancia! A ellos les daba igual, y yo solo quería...

Suspiro y me doy la vuelta para marcharme. Siento las lágrimas quemándome, pero no quiero hacer el ridículo.

—Adiós, Emma. Adiós para siempre. Y suerte.

No te gires.

No te gires.

Emma me agarra del hombro.

—¿Qué estás diciendo, Lucas? No puede ser en serio.

—Lo que oyes. Buena suerte con todo; yo solo sería un peso para ti; un obstáculo en tu camino. Solo te recomiendo que no vuelvas a dejarte pisotear por Derek y sus secuaces. Aunque, sinceramente, tengo mis dudas. A ti solo te importa una cosa, y obviamente harás lo que haga falta para conseguirla. Por favor, no me llames más.

Me alejo, apretando los dientes tan fuerte que me duele todo el rostro.

Al girar la esquina, y antes de entrar en la boca de metro, intento llamar a Thaïs, pero no contesta, así que le escribo un mensaje mientras camino:

«Acepto la oferta. Estoy listo para mudarme a Nueva York. El lunes te llevo el contrato. Gracias por ofrecerme esta oportunidad.»

Emma

Lucas se marcha y es como si se abriera un cráter en el suelo justo a mis pies. Solo que no hay cráter, porque si lo hubiera, saltaría dentro y me desintegraría. Pero no, en vez de eso, media cafetería me está mirando, y su compañera, Amaya, se acerca hacia mí con cara de espanto.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —me dice.

—No estoy segura —le respondo, recogiendo el collar de perlas de la mesa—. Pensaba que estábamos bien, pero ha llegado y me ha mandado a paseo así, por las buenas.

—Pero ¿qué has hecho? ¿Qué le has dicho? —insiste Amaya—. Tía, eso no es normal. Lucas no es así. Él es un tío cariñoso, comprensivo, dulce... Vamos, un sensiblón del copón. No se enfada nunca con nadie. Ni siquiera con su madre, y mira que se pone pesada con eso de que se compre un coche familiar con portabicicletas...

Sacudo la cabeza, sin entender. Nunca he hablado de nada demasiado profundo con Amaya, pero es la única persona que conoce bien a Lucas, y yo en este momento estoy completamente desubicada.

—Esto no tiene sentido —digo con desesperación—. Ya sé que apenas nos conocemos, pero creo que necesito tu consejo.

Ella tuerce el labio y me mira con los ojos entrecerrados.

—Me ves todos los días. Te he hecho como trescientos cafés. Casi más que tu propia madre. Creo que nos conocemos lo suficiente.

Si la situación no fuera tan deprimente, me echaría a reír.

—Eso es verdad —admito con voz cansada.

—Claro que sí. Cuéntale a la tita Amaya. ¿Qué tripa se le ha roto a Lucas?

—Pues ya te digo que no lo sé. Es todo muy raro. ¿Te ha hablado alguna vez de mí?

Amaya resopla y pone los ojos en blanco.

—¿Hablar de ti? Pero si no habla de otra cosa. Es un maldito disco rayado. —Se cruza de brazos, pensativa—. Si quieres, puedo llamarle e investigar. Pero antes me tienes que explicar todo lo que ha pasado, ¿de acuerdo?

La hago sentarse y le explico lo ocurrido. Obviamente, no le cuento *todos* los detalles (aunque me haya hecho ya trescientos cafés y, según ella, eso sea sinónimo de ser mi segunda madre), pero le explico que pasé la noche con Lucas y que habíamos quedado en la cafetería, y cómo luego se presentó furioso, cortó conmigo y me soltó que se iba con Thaïs a Nueva York.

—Esa Thaïs... —dice Amaya, y chasquea la lengua con aire de saber mucho de todo—, también la menciona a menudo.

Escuchar eso me hace sentir mal; no, para qué mentir: me hace sentir *fatal*. No sé si quiero saber la respuesta, pero se lo pregunto de todos modos:

—¿Y... qué te ha contado de ella? —digo con un hilo de voz.

—Que es insoportable, que no para de manosearle y que ha intentado tocarle el culo por lo menos cinco veces. Pero que tiene muy buen ojo para los artistas, y que le va a conseguir un contrato de escándalo que lo hará famoso. ¿Tú crees que es verdad?

—No lo sé. Yo solo sé que es una gilipollas —digo, sacando de dentro lo que realmente pienso. Amaya parece el tipo de persona que no me va a juzgar por ello. La camarera asiente, satisfecha con mi respuesta, así que exployo con ella—: No solo eso: esa mujer engaña a su

marido con la mitad de los artistas a los que representa. Y creo que Lucas es su nuevo objetivo.

—Sí, eso también lo había supuesto —dice Amaya, frotándose las manos en el delantal.

Ambas observamos el atardecer barcelonés a través de los grandes ventanales, pensativas. Entran más clientes y empieza a formarse una larga cola. Un camarero llama Amaya desde la barra; parece estresado y tiene mala cara.

—¡Ahora voy, hombre! —le dice Amaya con un gesto impaciente de la mano—. Es que estoy resolviendo un asunto urgente con esta clienta.

—¿Urgente? —grita el otro desde el otro lado de la cafetería.

—Dice que en su café había una mosca, ¿sabéis algo? —responde Amaya, señalándome—. ¿Quién se lo preparó?

El otro camarero niega con la cabeza y se gira hacia la cafetera, de pronto muy interesado en su trabajo.

—Siempre funciona —susurra Amaya con una risita—. Nadie quiere encargarse de los clientes problemáticos. Bueno, ¿algo más que contar? Date prisa, que mis compañeros están empezando a ponerse nerviosos y lo de la mosca no colará mucho rato. Es que ahora por la tarde empiezan a venir los estirados de los despachos finos, míralos... —Señala a un grupito de criaturas trajeadas, todos iguales y todos muy serios—. ¿No te parece que todos los oficinistas tienen cara de llevar un palo encajado en el trasero?

Me quedo mirándola con incomodidad, hasta que se da cuenta de lo que ha dicho.

—Me refiero solo a *ellos*, claro. ¡Tú no, para nada! Dicen que tú eres maja —añade con una sonrisa forzada—. ¿En serio no se te ocurre qué pudo molestarle tanto?

—No tengo ni idea. Dijo que “me lo iba a poner fácil si quería deshacerme de él”. ¿Por qué iba yo a querer deshacerme de él? No lo entiendo.

Me mira con cara de Sherlock Holmes.

—¿Con quién estabas hablando cuándo él llegó? ¿Y si te escuchó decir algo que lo ofendió?

Hago memoria, pero no se me ocurre nada.

—Solo con una amiga —respondo desanimada—. Le estaba contando algo sobre mi abuelo, que ha estado intentando manipularme. Le conté que ya no iba a seguirle el juego; que estaba harta de sus caprichos. Pero eso no tenía nada que ver con Lucas. Yo creo que ni siquiera mencioné su nombre en toda la conversación.

—Ya... Pues no sé. No caigo.

Se encoge de hombros y mientras yo compruebo el teléfono: sigue sin haber mensajes de Lucas. Me enrosco el collar de perlas en torno a la muñeca. Se está haciendo de noche, y estoy cada vez más impaciente.

—Lo único que se me ocurre es que lo llames tú y trates de aclararlo —le digo, señalando mi teléfono—. Necesito saber qué le está pasando por la cabeza, pero dejó claro que no quiere hablar conmigo. Pero tú eres su amiga, y podrías hacerlo entrar en razón. Dile que no entiendo nada, que necesito que vuelva, que...

Que lo quiero, estoy a punto de decir, pero me contengo. Probablemente sería mejor decírselo a él primero, y no a su amiga.

—Claro, mujer, solo dame un minuto. Tengo el teléfono en el guardarropa. Ahora vuelvo.

Amaya se levanta y desaparece por detrás del mostrador. Los minutos parecen pasar a cámara lenta mientras la espero. Al final regresa, pero no tiene buena cara.

—Parece que no tiene cobertura. O es que ha pagado el teléfono —dice Amaya—. Uno

pensaría que no quiere hablar con nadie adrede, aunque no se me ocurre por qué...

La miro con una ceja alzada.

—Bueno, tranquila, que me haré con él —continúa sin darle mucha importancia—. Si quieres vete a casa, que yo esto lo arreglo. La tita Amaya lo resolverá en un periquete. Dame tu número y te avisaré si contesta.

Cuando Amaya se marcha, le doy un sorbo más al café. Queda solo un dedito, y está completamente frío.

Con algo de amargura, pienso en que podría derramarlo sobre los papeles que me ha dado el abuelo. ¿Quién sabe? A lo mejor así se me ocurriría alguna idea original y rompedora para resolver este pedazo de lío en el que me he metido sin saber cómo.

Sin masía, sin trabajo y sin novio.

Todo en apenas unos días.

Abro la carpeta que me dio el abuelo. En ella encuentro la foto de Thaïs intentando besar a Lucas y un montón de instantáneas más en las que Lucas sale del despacho de Thaïs, con la hora impresa al lado. Esos días estaban trabajando, lo sé con certeza: estaban cambiando las letras de Lucas por esas tan estúpidas que le gustaban a ella y que dan vergüenza ajena.

Paso las hojas: más y más pruebas de mi engaño. Estoy a punto de cerrar la carpeta, porque estoy empezando a hartarme de todo esto. Esos documentos no sirven para nada; solo para que me sienta mal conmigo misma. Sí, le mentí al abuelo. Le mentí para conseguir la casa, ¿vale? Acepto mi error y también se lo confesé. Pero no pienso revivir la culpa de esa mentira durante el resto de mi vida. Lo hecho, hecho está.

Justo cuando estoy a punto de apartar todos los papeles, me detengo en la última página. En ella hay una foto de mi hermano Alexander con el abuelo. En la imagen, Alexander le pasa el brazo por encima del hombro al abuelo, aunque se le ve muy demacrado. Debajo de la foto, el abuelo ha escrito:

«Clínica de rehabilitación, año 2016.».

¿Clínica de rehabilitación? ¿Cuál de los dos estuvo en una clínica? Que yo sepa, Alexander lo único que hacía era trabajar, trabajar y trabajar. Era un súper arquitecto de éxito. Trabajaba tanto que hasta su novia lo dejó porque nunca estaba en casa y sus amigos dejaron de llamarle porque nunca tenía tiempo. Pero consiguió hacer cosas asombrosas con las que yo solo puedo soñar; tenía mucho más talento que yo.

La siguiente hoja es un certificado de defunción que nunca he visto y algunos informes médicos, y por detrás, sujeta con un clip, hay una carta manuscrita en la letra de mi abuelo.

Miro a mi alrededor. De pronto me invade la sensación de que no debería estar leyendo esto en un lugar público. Tengo el presentimiento de que acabo de dar con algo que podría cambiar la historia de mi familia, o, al menos, mi percepción de ella.

Le hago un gesto de despedida a Amaya, y ella responde con el pulgar alzado. Cierro la carpeta y me levanto. Creo que estoy a punto de descubrir algo que habría sido mejor mantener en secreto, pero ya no hay vuelta atrás.



Lista de tareas de Emma:

- Conseguir trabajo.
- Comprar más vino.
- Desvelar la oscura verdad sobre mi familia.

Emma

Cuando subo a casa, me reciben los cartones de comida china de los días anteriores y una botella de vino vacía. La visión me transporta a un pasado tan cercano como diferente, cuando aún pensaba que iba a ver a Lucas unas horas más tarde, que podría negociar con Derek y que el abuelo pondría la masía a mi nombre.

Lo último que me apetece es ponerme a limpiar, así que aparto la basura de un manotazo. Pero, aun así, la cocina y el salón me siguen recordando a Lucas, y a aquel día en que consiguió cocinar en mi casa, a pesar de que lo único que tenía era pan de molde y una cebolla enmohecida.

Me quito los zapatos puntiagudos de una patada, los mismos que me puse por la mañana para mi reunión con Derek, la que nunca sucedió. Cuelgo el traje en una percha y busco algo más cómodo en el cajón. Encuentro la camiseta amarilla de Mathieu, esa con el letrero de «Barriga cervecera en gestación». Es horrible, deprimente y me llega hasta las rodillas, cubriéndome la mitad de las medias como un camisón gigantesco: justo lo que necesito en este momento.

Decido sentarme en el balcón, donde no hay nada que me recuerde a Lucas ni a su talento para la cocina... y para otras cosas también. Tengo una pequeña mesita redonda de mármol, montada sobre las patas de una antigua máquina de coser Singer. Me acomodo en la silla negra metálica con una infusión de bolsa, y observo el paisaje desde la barandilla. Está anocheciendo sobre Barcelona. Los edificios modernistas del Eixample están bañados en tonos dorados y rosados por los últimos rayos del sol poniente. Los cafés y terrazas han comenzado a iluminarse, y por un instante imagino cómo sería estar ahí abajo este glorioso sábado por la noche, con alguien que me quisiera de verdad, solo por mí, y no porque soy una herramienta para grabar un disco o una pieza más para ganar un concurso arquitectónico en su nombre.

En fin; da lo mismo. Nunca lo sabré, supongo. Despliego la carta del abuelo sobre la mesilla y empiezo a leer.

Querida nieta,

Te escribo esta carta porque, como quizás sepas, nunca se me dio demasiado bien tratar con la gente en persona. Soy un viejo cascarrabias y no me llevo bien con nadie: lo admito. Pero justo porque soy viejo, eso me da derecho a decir lo que me dé la gana sin que me juzguen. Hay secretos que ya me pesan demasiado, y el más grande de todos es el de la muerte de tu hermano, Alexander.

Como bien sabes, Alexander era un joven de gran talento, y su pasión por la arquitectura lo llevó a conseguir logros impresionantes. Todos lo admirábamos. Todos estábamos orgullosos de él. Sin embargo, ese éxito tuvo un coste altísimo, aunque él no lo mostrase al público. La presión diaria que sufría tu hermano era insoportable. Su dedicación al trabajo, el constante deseo de ascender y la competencia feroz lo empujaron a un lugar de agotamiento profundo, que no supo cómo manejar. Me pregunto si te han contado esa parte de la historia.

*Al final de su vida, Alexander se sentía increíblemente solo.
Sí, como yo.*

Y como tú, Emma. ¿O me equivoco?

Cuando su prometida lo abandonó, Alexander comenzó a buscar maneras de calmar la tormenta en su corazón. Buscó algo que le diera un respiro del peso que llevaba. ¿Entiendes a qué me refiero? Como suele suceder con esas soluciones temporales, que al principio parecen milagrosas, esas pastillas de aspecto inocente fueron convirtiéndose en sus mejores y únicas amigas, hasta llegar a depender de ellas para poder seguir adelante. He adjuntado los informes médicos, y los del centro de rehabilitación al que lo envió tu madre en secreto, por si piensas que me lo estoy inventando para convencerte.

Tu hermano, a diferencia de lo que te han contado, no murió por causas naturales.

Tu hermano, querida Emma, murió porque llegó a un punto en el que decidió que no podía más. En su lucha, buscó una forma de escapar de todo lo que lo ahogaba.

La familia decidió guardar silencio, con la esperanza de evitar un escándalo que habría manchado nuestra imagen, y habría empañado la vida llena de éxitos profesionales de tu hermano.

¿Qué habría pensado la gente?

Eso siempre le preocupó mucho a tu madre. Pero ¿sabes, Emma? Cuando te haces viejo, te empieza a dar bastante igual lo que puedan pensar los desconocidos. Sinceramente, a mí nunca me preocuparon las habladurías; supongo que por eso no tengo ningún amigo, ni le importo demasiado a nadie.

En este caso, mantuve la discreción por respeto a tu madre.

Ahora tus padres ya no están, ni tu hermano tampoco. Solo quedamos tú y yo, y yo tampoco estaré aquí por mucho más tiempo.

En fin, querida nieta.

Que sepas que mi intención al ofrecerte el trato de la masía era hacerte reflexionar sobre tu vida.

Eres inteligente, como buena Soler, y estaba seguro de que encontrarías la manera de salirte con la tuya. Sí, Emma, desde el principio imaginé que tratarías de engañarme, pero todo era parte del plan. En el fondo, también sabía que eres de corazón noble, y que no te atreverías a mentirme a la cara una vez confrontada con la verdad y con los hechos.

Así que este es el gran secreto oscuro de los Soler, querida Emma. La maldición familiar, por así decirlo: se nos da bien amasar fortunas, pero eso no es siempre suficiente para ser feliz.

Y ahora me beberé un whisky a tu salud, solo en esta enorme casa vacía.

¿Qué beberás tú... y con quién?

¿Lo has pensado?

Te quiere tu abuelo,

Antoni Soler

Cuando termino de leer, mis ojos están llenos de lágrimas. Le doy la vuelta al papel y sostengo la fotografía, con manos temblorosas.

Nadie me había contado hasta ahora la verdad sobre mi hermano, aunque imagino que mi madre lo ocultó todo con buena intención, para protegerme del disgusto.

—¿Cómo puede ser? —le susurro al joven pálido de la foto—. Lo tenías todo... lograste

todo lo que yo siempre he soñado...

«Que sepas que mi intención al ofrecerte el trato de la masía era hacerte reflexionar sobre tu vida. ¿Qué beberás tú... y con quién?»

De pronto, las palabras del abuelo durante nuestro breve encuentro en su despacho resuenan de forma diferente en mi memoria. Todo cobra un sentido nuevo. El abuelo no solo estaba tratando de controlar mi vida a su antojo. Pensé que era un viejo autoritario, caprichoso y entrometido, pero en realidad...

—Abuelo... —digo en voz alta sin darme cuenta—. Realmente estabas tratando de ayudarme...

De pronto me parece escuchar la voz de mi abuelo, respondiéndome a lo lejos:

—Emma...

Madre mía, ¿hay un fantasma en mi casa?

El gato de la vecina salta por la reja que separa ambos balcones y se me lanza sobre las rodillas, rompiéndome las medias.

—¡Risueño! —le grito apartándolo, aunque ya es demasiado tarde y las medias están arruinadas.

Me las tapo con la horrible camiseta amarilla y lo cojo en brazos, dispuesta a lanzarlo al otro lado de la terraza, de vuelta a casa de su dueña. Justo entonces vuelvo a oír la voz del abuelo y esta vez no hay duda: ¡es él! La voz procede del apartamento de doña Montse, lo cual no tiene ni pies ni cabeza.

Me acerco a la reja divisoria y pego la oreja.

Lo oigo hablar a él, a doña Montse y a alguien más.

¡Pero si es el tipo del gas! El espía, quiero decir.

Y no solo eso: están hablando de mí.

—Este señor puede decir lo que quiera —está diciendo doña Montse con voz firme—. Pero yo sé reconocer el amor verdadero cuando lo veo. Y lo que hay entre esos dos es algo que se ve pocas veces en la vida. Esos dos se quieren de verdad y pondría la mano en el fuego por ellos, si hiciera falta.

—Pero, doña Montse —replica el abuelo—. ¿Cuánto ha hablado usted con mi nieta? ¿Acaso la conoce tan bien?

—Pues bastante más que usted, si me perdona el atrevimiento —contesta doña Montse, y se me escapa una sonrisa al oír cómo me defiende.

Casi puedo verla con los brazos en jarras, plantándole cara al aterrador Antoni Soler con su batín de ositos como armadura y su casco de rulos reforzado con un kilo de laca.

—Mire, yo veo a esa niña cada día —continúa doña Montse, con su voz de mamá gallina—. Se parte el lomo trabajando, es una chica formal, seria, ¡y guapa! Y ese jovencito con el que se casó, mire, yo no sé si al conocerse se querían, pero en nuestros tiempos mucha gente se casaba por interés también, ¿y qué? Los aristócratas todavía lo hacen y a nadie le parece mal. A veces se acaban enamorando, igual que los que se casan por amor se desenamorán con el tiempo. Son cosas que pasan, y nadie se extraña. Para querer a alguien, hay que conocerlo. Y esos dos, créanme, ¡se quieren!

El detective intenta decir algo, pero doña Montse le chista para que se calle y lo pone en su sitio. Ojalá pudiera ver sus caras, porque deben de ser un poema.

—Usted cálese, fisgón maleducado —grita doña Montse—. Sí, usted, con su ridículo mono naranja, me ha estado engañando todos estos días diciendo que iba a reparar las tuberías.

Pero mire cómo huele a gas cuando abro el armario debajo del fregadero. Entre, entre, que se lo enseño...

—Mire, lo siento, ya lo sé —responde el hombre—, pero como le ha explicado el señor Soler, yo en realidad no soy experto en...

—Sí, ya sé que no es un inspector del gas, y justo por eso, ¡lo voy a denunciar! —grita doña Montse—. A no ser que deje de meterse con Emma, porque es una buena chica, y por su culpa ahora se ha metido en un problema, ¿me oye, jovenzuelo?

¡Vaya tela con doña Montse! Está muy, pero que muy cabreada. Y, sinceramente, me encanta.

—¡Fuera de mi casa! —grita, y se oye un golpe.

Luego oigo pasos, el tipo del gas murmura algo ininteligible y una puerta se cierra de golpe. Primero pienso que ha echado a los dos, pero entonces oigo al abuelo, que al parecer todavía sigue ahí. Luego se escucha un tintineo inconfundible, el mismo de cada mañana: es doña Montse, sacando las tazas marrones de la vitrina.

—¿Quiere que le haga un café? —le ofrece al abuelo, con un tono totalmente distinto—. Me sale bueno. ¿Puede tomarlo, o es demasiado fuerte?

—Esto... de acuerdo —responde el abuelo. Suena indeciso, o confuso—. Es un poco tarde, pero da igual. Para mi edad estoy como un roble. Como si me hace un carajillo, tengo buen estómago.

—Un momento —lo interrumpe doña Montse—. ¿Usted no se estaba muriendo?

—¿Yo? Qué va —contesta el abuelo—. Eso es un cuento que le conté a Emma, a ver si se espabilaba. Pero estoy como una rosa, señora.

Se hace el silencio. Oigo a doña Montse removiendo trastos por la cocina. Luego escucho de nuevo al abuelo.

—En fin —continúa el abuelo—. Así que usted dice saber mucho del amor verdadero...

Contengo la risa porque esto se está volviendo tragicómico. Por desgracia, cada vez se alejan más del balcón, y me cuesta más entender lo que dicen.

—Pues sí —responde ella con suficiencia—. ¿Ve esa foto de ahí? Ese era mi marido, que en paz descanse. ¡Treinta y cinco años de amor verdadero! Si eso no es suficiente tiempo para reconocerlo en el rostro de dos personas que se quieren de verdad, entonces no sé. Me bajo del mundo, oiga.

—Bueno, yo no sé qué decirle —responde el abuelo con voz ronca—. Mi mujer y yo nos separamos en cuanto nacieron los niños, aunque reconozco que fue culpa mía —confiesa el abuelo—. No paraba de trabajar. Nunca me acordé de nuestro aniversario, ni de ningún cumpleaños. Al parecer, eso es un dato importante y un error imperdonable para las mujeres.

Oigo el chorro de café vertiéndose en la taza y doña Montse suspira.

—Un error terrible, sí —dice doña Montse—. Pero no se preocupe, usted está aún de buen ver, y seguro que le quedan muchos años por delante. A alguna encontrará. Una con mala memoria.

—¿Por qué no nos tuteamos? —propone el abuelo.

Esto está cada vez más interesante. Voy de puntillas hasta la mesa, cojo la taza con la infusión y regreso a mi puesto de espionaje.

—¡Claro! Si somos jóvenes —responde mi vecina, soltando una risita traviesa—. Llámame Montse. O Monsi, si lo prefieres.

Madre mía, ¿doña Montse está ligando con mi abuelo? Esto es el no va más. Pego la oreja a la reja divisoria, cada vez más intrigada.

—En el fondo quiero mucho a Emma —susurra mi abuelo—. Y tienes razón, Monsi, es una buena chica. Solo deseo lo mejor para ella.

¿De verdad ha dicho eso?

Casi se me saltan las lágrimas al oír a mi abuelo, el hombre de acero, el temible arquitecto Soler, confesando que *me quiere*. Me emociono tanto que tengo que sorberme los mocos. Y justo al hacerlo creo que me oyen, porque se escucha el sonido característico de dos tazas chocando a la vez contra la mesa de cristal del comedor de doña Montse.

—¿Quién anda ahí? —dice ella, y se asoma por el balcón sosteniendo una biblia gordísima.

No sé si piensa tirársela al supuesto ladrón o evangelizarlo, pero yo por si acaso me aparto de la mampara que separa nuestras terrazas y grito:

—¡Solo soy yo, doña Montse! Perdone. Su gato se coló en mi casa. Solo quería devolvérselo.

—¡No me digas que nos estabas espiando! —dice, bajando la biblia un poco.

Ni siquiera suena enfadada. Parece divertida, incluso.

—Yo... lo siento mucho —me disculpo—. Os escuché hablar, sí, pero fue por accidente. Si hubiera querido espiar de verdad, me habría puesto un mono naranja primero, obviamente.

—Anda —dice doña Montse con una carcajada—. Pasa a mi casa, que tenemos que hablar seriamente los tres.

Emma

Doña Montse me espera con los brazos abiertos en el umbral de su piso, que como siempre huele a café recién hecho y naftalina.

Tras ella asoma la imponente figura del abuelo, con su tupido bigote y su mata de pelo blanco.

—Pasa —me dice doña Montse, señalando la mesa de cristal del comedor—. Siéntate y te pondré un café. Por cierto, ¿qué es esa camiseta tan rara que llevas puesta? ¿Barriga... qué?

—El café sin azúcar, por favor —digo, ignorando su comentario sobre la camiseta.

Ella sacude la cabeza y me pone dos cucharadas de azúcar bien colmadas, como siempre.

—Azúcar moreno —replica—. Este es sano, ¿no? Como os gusta a las jóvenes.

Me encojo de hombros porque sé que con doña Montse es imposible ganar.

—Dice Monsi que, en su opinión, lo tuyo con Lucas no es una farsa —me suelta el abuelo—. Aunque tú misma me confesaste que lo era, y mi detective lo confirmó. Necesito que alguien me explique la verdad de una vez, Emma. Ya no sé qué pensar.

¿Monsi?

¿MONSI?

Me cuesta componer una respuesta coherente cuando mi abuelo acaba de referirse a mi vecina, la de los rulos y el gato, como *Monsi*. Inspiro profundamente como me enseñaron en clase de yoga, y trato de ordenar mis ideas.

—Abuelo, es complicado. Todo empezó como una farsa, pero luego la cosa cambió... o eso pensaba yo.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta doña Montse, escandalizada—. ¿Os habéis peleado?

—Bueno... esta tarde me dijo que no quería nada conmigo, que no volviese a llamarlo y que pronto se irá a Nueva York con su agente. Otra mujer.

—¡Imposible! —exclama ella—. No me lo creo. ¿No estará dolido por algo que dijiste?

Sacudo la cabeza.

—Da igual. Eso ya no importa. En realidad, ya que estoy aquí, me gustaría hacerte una propuesta, abuelo.

Él resopla, como si se esperase algo que no le va a gustar, pero doña Montse agita el dedo índice en el aire y lo amonesta.

—Antoni, deja hablar a la niña —le dice a mi abuelo con tono autoritario—. Seguro que tiene algo interesante que decir.

—Te escucho —dice él secamente, mientras tamborilea sobre la mesa con las puntas de los arrugados dedos.

—Verás, mientras estaba ahí en el balcón, leyendo tu carta, se me ocurrió una idea. Quería proponerte algo —digo con voz temblorosa—. Sabes que esa masía es mi sueño, pero me he dado cuenta de que mi sueño es renovarla, no necesariamente que sea mía. Podría diseñar el proyecto, pero en vez de convertirla en un hotel, o en un negocio privado, podríamos dedicarla al proyecto benéfico que tú querías. Si me ayudases a financiarlo, podríamos hacerlo juntos. Así ganaríamos los dos.

El abuelo me mira, sus ojos entrecerrados como si estuviera analizando cada palabra.

—Podría considerar tu oferta —dice finalmente—. Aunque no voy a prometerte nada, de momento.

Una sensación de alivio me invade. No ha dicho que sí, pero tampoco que no.

Miro el móvil, que estaba en silencio, y me doy cuenta de que, mientras hablábamos, Amaya me ha llamado varias veces. Me ha dejado también un mensaje algo críptico, que dice:

«Ya he hablado con él. Escuchó tu conversación con alguien, y algo le tocó la fibra sensible. No sé qué decirte, me ha dado la impresión de estar bastante afectado y dolido. Le expliqué la situación, pero no pude convencerlo. Esto puede ir para un lado o para otro. Te aviso cuando sepa más.»

Intento llamarla, pero ahora es ella quien no contesta.

—¿Todo bien? —pregunta doña Montse con tono amable y casi nada fisgón.

Llegados a este punto sabe tanto de mí que ya me da todo igual, así que levanto la pantalla y les muestro lo que dice el mensaje.

—¿Vosotros qué opináis? —les pregunto, dado que no tengo a nadie mejor a quien preguntar en ese momento.

—Yo digo que no dejes marchar a ese chico, nena —dice Montse, sacudiendo la mano—. Eso son simples peleas de amantes. Se le pasará.

El abuelo alza una ceja y me mira fijamente. Jamás pensé que el temible Antoni Soler se convertiría en mi terapeuta y consejero amoroso.

—A ver —me suelta, con su tono más pragmático—. ¿Tú le quieres o no?

Guardo silencio un momento, porque esa es la pregunta que menos me habría esperado de alguien tan serio como mi abuelo.

—Yo... —Trago saliva, dudando—. Pues creo que sí. Pero no me di cuenta hasta que se fue.

—Bah, te digo yo que vuelve —añade doña Montse, rellenando las tazas con alegría.

Yo no lo veo tan claro, pero sonrío porque, en el fondo, me enternece que se haya puesto de mi parte.

De pronto, escucho algo extraño; una música que viene de la calle. Son las notas de una guitarra, amplificadas por un enorme altavoz y acompañadas por una voz que reconozco al instante.

Me levanto de golpe y corro al balcón, dudando de mi cordura. Ahí abajo, con un altavoz en las manos, está Amaya, y de pie junto a ella está Lucas, con la guitarra colgada al cuello.

Lucas está cantando bajo mi balcón, como un trovador medieval.

El corazón casi se me sale del pecho al verlo. Bajo la mirada hacia él y lo saludo, sintiendo un fuerte calor en las mejillas. Su melodía retumba en los edificios blancos del Eixample, y es tan inesperada como perfecta:

*Tú eres mi mejor canción,
la pieza mejor pulida,
la que quiero cantar
el resto de mi vida.*

*Brillas con luz propia,
reflejas lo mejor de mí.
Yo te canto desde el alma,
Nuestra música no tendrá fin.*

Cuando termina, se acerca al micrófono y dice, en tono solemne:

—Emma, ¿me harás el honor de... —duda un instante, se ríe—: seguir siendo mi canción preferida durante el resto de nuestras vidas?

Lucas

Algunos meses después - Masía Soler

Afino la guitarra una vez más. Mis dedos tiemblan un poco. No voy a negarlo: estoy nervioso, pero es que ahí afuera hay mucha, mucha gente. El parking de la masía está lleno e incluso hay un par de autobuses aparcados en el camino que lleva hacia la casa. Hace más de un año que no toco para un público así; mi mayor actuación sigue siendo la del Pabellón Sant Llorenç como telonero, y desde entonces ha pasado mucho tiempo, y no he vuelto a tener una oportunidad así.

Hemos montado un escenario frente al edificio principal, justo delante del granero: ahora solo tengo que subir esas pequeñas escaleras de madera, y estaré delante de todos.

Salgo al escenario y saludo levantando la guitarra en el aire. Una ovación me recibe. ¡Corean mi nombre! ¿De verdad todos saben quién soy?

Es extraño volver a esto, volver aquí. Cuando rechacé la oferta de Thaïs, pensé que mi carrera musical había terminado. Es más, eso fue exactamente lo que ella misma me dijo:

«Nunca serás nada. Nunca serás más que un pobre barista, y harás cafés basura hasta que te jubiles... o te mueras. Te arrepentirás toda la vida de haberme dicho que no.»

Sorpresa: Thaïs no está invitada a nuestra fiesta de inauguración (por *pesá* y por *jartible*).

La verdad es que los primeros meses después de rechazar el contrato de Thaïs fueron duros, pero estaba claro que debía hacerlo. No podía dejar que cambiase las letras de mis canciones y desvirtuase la esencia de mi música. En el fondo de mi ser, sé que hacerlas más “vendibles” o más “escuchables” no era compatible con mi sueño. Yo soy un cantautor; un poeta. Llenar estadios es genial, fantástico para el ego y la cartera; pero venderse a cualquier precio no es una opción.

Yo sé que el éxito llegará, no lo dudo, en el momento más inesperado. Alguien me encontrará y se enamorará de mi música, tal y como es.

De todos modos, ¿qué es el éxito? El éxito lo definimos nosotros, cada uno a su manera. No es lo que nos dicen los demás, ni mucho menos el dinero fácil a costa de nuestros principios.

Es tan fácil dejarse cegar por las cosas que brillan y desviarse del rumbo, perderse en este mar de posibilidades que es la vida... Y, si no, mira a esa chica que corre en dirección opuesta al concierto... ¿acaso no ve que el escenario está por el otro lado?

Uy, si es Emma. ¿A dónde irá con tanta prisa?

Un flash me ciega y me devuelve al momento presente. En la fiesta hay muchos invitados del mundo de la arquitectura; pero también ha venido bastante gente de la *Asociación Reconstruyendo Vidas*. Después de todo, esta masía ha sido renovada para ellos, por deseo del abuelo.

Empiezo a tocar mi canción, *Las curvas del camino*, en su versión original.

Canto sobre cómo a veces lo importante es el viaje y no el destino, y me siento uno con

la música. Este es el mensaje que siempre quise transmitir. No esas letras baratas de Thaïs, iguales a todas las demás, desechables y vacías. Este es mi mensaje para el mundo, y así es como quiero que me recuerden cuando ya no esté.

Abajo, en primera fila, Emma ha regresado y está buscándole un asiento a su amiga Caterina, que ha venido a vernos desde Londres. No sé por qué ha venido sola, porque tengo entendido que tiene un novio. O, al menos, lo tenía hasta hace poco.

Mi mujer me saluda y me guiña el ojo: su rostro es puro amor.

Cuando termino mi canción, con la vista fija en ella, bajo del escenario. Soy solo el primer artista que abre el concierto; después de mí toca el grupo de Amaya, *Las Chicas de Oro*. Y luego viene el grupo estrella, ese al que todos esperan con ansia.

Pero yo he sido el primero, y mi canción ha inaugurado oficialmente la masía: las mías han sido las primeras notas en sonar aquí desde hace muchas décadas.

Eso me hace sentir especial.

He podido tocar mi canción, a mi manera, frente a un público enorme que me aprecia tal y como soy.

¿Acaso mi vida podría volverse más perfecta?

Lo dudo.

—Cariño, has estado estupendo —me dice Emma con una sonrisa, apretándome en un fuerte abrazo—. ¿Ya has hablado con tu madre?

Desde el fondo, mi madre levanta la mano para saludarme, abriéndose paso entre la gente con su desparpajo habitual. Cuando llega hasta mí, sus ojos brillan de emoción y su voz suena llena de orgullo:

—¡Ole mi niño, qué arte tienes! ¡Qué arte, qué fuerza, qué cosa más bonita! —me suelta mientras me planta dos besos sonoros—. ¡Tu abuela se estaría tirando del moño ahora mismo en el cielo, diciendo “ese es mi nieto”! Anda, *vente pa’cá*, que te voy a dar un abrazo como Dios manda.

Me envuelve en sus brazos, y aunque lo dice con ese tono de humor tan suyo, sé que no podría estar más orgullosa.

Un hombre con vaqueros y camisa negra se nos acerca por detrás y nos interrumpe con un carraspeo. Creo que no lo conozco, aunque su cara me suena muchísimo.

—Perdonad, ¿podría molestaros un minuto? —dice, dándome un golpecito en el hombro.

Emma y yo nos damos la vuelta para mirarlo, esperando a que se presente. Caterina lo mira de reojo, seguramente considerando si es lo bastante guapo para tirarle los tejos.

—Me llamo Piotr Kowalski y soy agente artístico —dice el recién llegado, con acento extranjero—. Me habían hablado mucho de ti —me señala con el dedo.

Miro detrás, por si acaso se refiere a otra persona, pero no hay nadie, así que tengo que ser yo.

Madre mía. ¿Piotr Kowalski en persona ha venido a hablar conmigo? ¿El Mago de Varsovia? ¿Aquí? ¿Delante de mí, en medio de este campo de cabras?

—Me hablaron de tus nuevas letras, y ahora entiendo el furor —continúa Kowalski—. Definitivamente, me encantaría trabajar contigo. Creo que tienes mucho potencial. ¿Crees que podríamos quedar el lunes, cuando todo esto se calme un poco?

Miro a Emma. Sus ojos reflejan la misma emoción que siento yo por dentro.

—Esto... tendré que consultar mi calendario, Piotr —contesto, mientras le tiendo la mano con una amplia sonrisa.

Piotr sonríe, aceptando mi mentira con caballerosidad.

—Claro. Consúltalo y me llamas —dice, tendiéndome una tarjeta—. Ahí tienes mi número directo. Se me ocurren un par de cosas que proponerte...

Emma se muestra impasible, pero la conozco tan bien que casi puedo oírla gritar por dentro: *¡Madre mía! ¡Madre mía!*

—Os dejo, chicos —dice, tan considerada como siempre, mientras da un paso atrás y tira de mi madre para que la siga—. Tengo que ir a... —Se le nota que está tratando de inventarse una excusa—. ¡A enseñar la masía a los invitados! —termina con aire triunfal.

—Claro —responde Piotr—. Lucas y yo estaremos aquí, hablando de nuestras cosas. Creo que acabo de encontrar a la reencarnación de Antonio Machado, pero en cantautor.

Emma

Lucas ha estado estupendo. ¡Estoy tan orgullosa de él! Ha sido un año de altibajos, duro, hermoso, difícil, espectacular...

Pero el mejor de todos, sin duda.

Cuando rechacé la propuesta de trabajo de Derek Navarro, las cosas no fueron siempre como esperaba. No fue fácil conseguir fondos para rehabilitar la masía para nuestra causa benéfica, pero gracias al abuelo, que se ofreció a financiar la mitad del proyecto y al parecer sigue teniendo más contactos de los que confiesa, conseguimos lo suficiente para hacer del proyecto una realidad. Hemos creado una escuela de oficios en la masía, que servirá para reinsertar a personas en proceso de recuperación de adicciones. La dedicaremos a la memoria de mi hermano Alexander. No es tan buena como si la hubiera diseñado él, pero creo que le habría gustado.

En solo un año, le hemos dado una nueva vida a esta antigua masía de mis antepasados. El edificio principal aún conserva las paredes de piedra rústica y el tejado de tejas rojas, pero conseguí incluir grandes ventanales, y ahora la luz natural inunda el interior por las mañanas. Además, hemos convertido el antiguo granero en un taller, donde se impartirán clases de carpintería, albañilería y restauración. Y en el segundo piso de la masía hemos adaptado pequeños dormitorios para los alumnos que necesiten un espacio seguro donde quedarse. Las habitaciones son sencillas pero cómodas, con vistas a las montañas cercanas y a los viñedos que rodean la propiedad.

Y, por último, hay un edificio pequeño que un día sirvió de almacén. Está al otro lado de un alto seto de cipreses, y ese... ese será solo para nosotros.

Estoy proyectando una pequeña casita justo ahí, entre los viñedos. Será un espacio tranquilo y acogedor, un oasis donde construir nuestro hogar...

El mío y el de Lucas.

Pero eso será en unos meses. Hasta ahora he estado demasiado ocupada terminando la escuela de oficios.

No ha sido fácil coordinar el proyecto, sacarme el carnet de conducir y conseguir que esta masía fuera funcional en tan pocos meses. Aún queda mucho por hacer, pero la primera fase está terminada y esta noche vamos a celebrarlo por todo lo alto.

Tiro de la sábana que cubre el cartel de madera sobre la verja de entrada, y el nombre queda a la vista de todos entre fuegos artificiales que iluminan la noche.

«MASÍA LAS CURVAS DEL CAMINO»

—Qué trabajo tan fantástico habéis hecho —me dice Caterina, que ha venido expresamente desde Londres para la inauguración.

—Gracias, amiga —le digo con cariño—. Por cierto, ¿te quedarás este fin de semana aquí en el pueblo, o vuelves a Barcelona? ¿Por cierto, por qué no has venido con Christian?

—Ah, Christian... surgió un imprevisto —Mira hacia otro lado, molesta—. Así que reservé un hostel solo para mí. Está por aquí cerca. Después me gustaría pasar un par de días conociendo la ciudad.

Caterina lleva semanas dándome largas cada vez que pregunto por Christian, pero entiendo que no es el mejor momento para investigar. Ella entrecierra los ojos y esboza una sonrisa juguetona para cambiar de tema.

—Y hablando de Barcelona... ¿por qué no me dijiste que había tantas cosas interesantes que ver por aquí? —Le lanza una mirada felina a Lucas, dejando claro que no se refiere a *atracciones turísticas*.

—¿Cosas? —repito entre risas.

—Bueno, *cosas, gente*... ya sabes —Sonríe con inocencia—. Ojalá pudiera quedarme una temporada por aquí, contigo. Creo que me he enamorado de este sitio y no quiero volver a Londres.

—¿En serio? —le digo, emocionada—. ¡Sería fantástico poder tenerte más cerca! ¿Y si pregunto a mis conocidos? Seguro que Barcelona está llena de oportunidades para una diseñadora tan buena como tú.

Caterina me mira con los ojos entrecerrados, pensativa, como si no se le hubiera ocurrido esa idea hasta ahora.

—No me tientes —dice, amonestándome con el dedo.

—¿Por qué no? —replico—. ¡Sería genial! El lunes sin falta me pongo a hacer llamadas.

—A tu antiguo despacho no hace falta que llames —dice con tono travieso—. Por cierto, ¿cómo se tomaron lo del artículo de ocho páginas en el *Arquitectura Limítrofe*?

Se me ensancha la sonrisa sin querer. La prestigiosa revista *Arquitectura Limítrofe* me contactó hace un par de semanas para escribir un reportaje sobre el proyecto de la masía. Sé de buena tinta que en Derek Navarro Arquitectos están suscritos a esa publicación, y habría pagado por ver su cara cuando se encontraron una foto mía ocupando toda la portada.

—Seguro que se alegraron mucho por mí —digo con inocencia—. Apuesto a que Randall me envió flores, pero se las comieron las cabras de la vecina antes de que el cartero pudiera dármelas.

—Seguro... aunque escuché que lo despidieron después de la Perla Orgánica. Parece que su estilo no encajaba bien con la nueva línea de proyectos. ¿Qué pena, no?

—Una lástima —digo, llevando una mano al pecho en un gesto falso de condolencia—. Aunque, pensándolo bien, siempre dijo que la arquitectura era cosa de grandes hombres. Supongo que no contaba con que también fuera cosa de mujeres pequeñas.

Rompemos en risas, y entretanto, el grupo de Amaya termina su actuación. Una voz interrumpe nuestros cuchicheos, gritando:

—¡Ahora van Los Chantilly! ¡Los Chantilly!

—¿Has conseguido que vinieran Los Chantilly? —repite Caterina, incrédula—. Pensaba que su mánager te odiaba. ¿No era Thaïs Aguilar?

—Cambiaron de mánager, era demasiado imprevisible —le digo sonriendo—. Ahora los lleva ese tal Piotr... el de la camisa negra. Pero no le dije a Lucas que él también venía, para darle una sorpresa. Siempre lo ha admirado mucho.

Caterina asiente con apreciación, y justo en ese momento, el grupo principal hace su entrada triunfal. La ovación hace temblar cada piedra de la masía. Mi cuerpo entero vibra con los vítores de la gente a nuestro alrededor.

Es sencillamente impresionante ver la vieja casa así, tan llena de vida.

A lo lejos, vislumbro a doña Montse. El abuelo le está pasando el brazo por encima de los hombros, y le planta un beso en la mejilla.

¡Madre mía, esos dos! Él la mira con amor, y ella le responde con un gesto pícaro,

meneando la cadera, sin saber que los observo. Son como dos adolescentes enamorados. Da ternura verlos.

Entre la muchedumbre, por el estrecho pasillo entre las sillas plegables, se abre paso una figura con una melena negra de ondas largas que le caen en cascada sobre la espalda. Es una versión más joven de doña Montse, y no es difícil reconocerla porque he visto todas sus fotos, incluyendo su nacimiento, su primera comunión y su graduación de la universidad.

¡La hija de doña Montse ha venido!

Me acerco a saludarlos a todos y la madre se levanta a abrazar a su hija. La oigo sollozar mientras dice:

—¡Marta, tenía tantas ganas de verte! Pero pensaba que no podrías venir, como siempre.

—Perdona, mamá —se disculpa la hija, mirándose los zapatos—. Tendría que haber hecho un hueco para visitarte antes. He estado tan ocupada... Lo siento. A partir de ahora, intentaré que nos veamos más a menudo.

—No pasa nada, cariño. ¡Disfrutemos del concierto! Mira, esta silla te la hemos guardado para ti. Pero dale las gracias a Emma. Es ella quien nos consiguió las entradas gratis para tu grupo favorito.

Doña Montse me guiña el ojo, y no hace falta que diga nada, porque puedo oír su agradecimiento silencioso.

—Emma —me llama Lucas, apareciendo por detrás. Apenas puedo oírlo, entre las risas y la música—, necesito contarte algo.

—¿Es sobre Piotr? ¿Te ha ofrecido algo? —pregunto emocionada.

Él sacude la cabeza lentamente y tira de mi brazo, llevándome aparte de los demás.

—No. Bueno, sí, pero...

Hace una pausa, y en ese momento, y los primeros acordes de Los Chantilly llenan la noche. Los focos de colores transforman nuestro hogar en un sueño, un lugar de fantasía rodeado de viñedos. Me aprieta contra él, y una luz rojiza ilumina mis pantalones, parpadeando al ritmo de los enormes focos.

—¿Te has puesto el tanga LED? —pregunta, confundido, conteniendo la risa.

—Pensé que la ocasión lo merecía —respondo con gesto travieso—. Para después...

Lucas sacude la cabeza y su mano se escurre bajo mi ropa, buscando el botón para apagarlo. Me estremezco al sentir sus dedos, pero luego se pone tan serio que empiezo a asustarme.

—Verás, quería comentarte una cosa. Algo muy importante. —Sus fuertes brazos rodean mi cintura, y sus labios se acercan hasta estar prácticamente pegados a mi rostro—. Quería preguntarte...

Se calla otra vez.

—¿Qué? —digo, ansiosa por descubrir el misterio.

—Emma... Sé que esto empezó como un contrato práctico, como un matrimonio con fecha de caducidad, pero... —Una leve sonrisa tímida aparece en su rostro, la misma que me enamoró cuando se le rompió la cuerda durante aquel primer concierto—, pero este último año a tu lado, construyendo la masía, diseñando cada espacio juntos, inventando letras de canciones entre risas y copas de vino... —Suspira, mientras los recuerdos agradables compartidos crean un vínculo mágico entre ambos—. En fin, quería preguntarte si te gustaría que lo construyéramos todo de verdad. No solo la masía, no solo este lugar... sino *todo*. Emma, ¿me explico?

Guardo silencio, tan embargada por la emoción que soy incapaz de decir nada.

—Emma... —susurra él—. ¿Querías construir una vida conmigo? ¿Querías casarte

conmigo... de verdad? ¿Aquí en la masía?

Su pregunta se mezcla con la melodía romántica del grupo, que parece estar dedicada a nosotros: solo entonces me doy cuenta de que es la canción que compuso Lucas para mí, aunque versionada por los mismísimos Chantilly.

El cantante principal nos guiña el ojo, sin soltar el micrófono, y yo me acerco más a Lucas, hasta que no puedo respirar nada más que su esencia, y respondo lo único que podría responder en ese momento.

—Sí, Lucas... claro que sí. ¡Me encantaría!

La gente aplaude, aunque ya no sé si es a los músicos o a nosotros. Sinceramente, me da igual.

Esta noche, todo está bien en el mundo. No me falta absolutamente nada. He encontrado mi camino, con sus curvas, con su belleza. Un camino que a veces tiene baches y otras se desliza veloz como una pista de patinaje, como... ¿acero fundido? ¿Cerámica esmaltada?

Ya dije que no se me daban bien las comparaciones. El poeta es él, no yo.

Pero he aprendido que lo importante es saber disfrutar del viaje y de aquellos que nos acompañan durante el trayecto. Y hoy estoy en el único sitio donde querría estar, y no tengo ninguna prisa por llevar anclas hacia ningún otro destino.

Epílogo

Lucas

Una Canción Para Emma

*Construyamos juntos, ladrillo a ladrillo,
Un hogar en nuestros corazones, un amor sencillo.
Cada día es un proyecto, la vida una hoja en blanco,
Nuestra historia de amor, una obra sin planos.*

*Tus manos dibujan sueños en papel,
Mi guitarra acompaña con notas a flor de piel.
Un amor que no entiende de unidades de medida,
Solo de pasión y vidas compartidas.*

*Cada beso, un cimiento; cada risa, una pared,
Una casa construida con cariño y lealtad,
Sin planos perfectos ni grandes ambiciones,
Solo tú y yo, y un hogar entre canciones.*



**¡No te pierdas la próxima aventura
del Carpi Café!**

Mi compañero de piso imperfecto

Una diseñadora obsesionada con el orden. Un pintor bohemio que vive en el caos. El destino los obligará a compartir un piso destartado en el centro de Barcelona... ¿qué podría salir mal?

Caterina, la mejor amiga de Emma, llega a Barcelona con un plan claro: conquistar la ciudad con su talento en el diseño, beber solo leche de avena ecológica y nunca, jamás, vivir en un piso que no sea digno de portada. Pero cuando su alojamiento de ensueño se esfuma, se ve obligada a mudarse al único lugar disponible: un ático con más goteras que glamour.

Pablo es un artista bohemio que heredó el piso de su abuela. Con más creatividad que dinero, se ve forzado a compartir su caótico reino de arte con una extraña. Lo único que le queda es su enorme perro San Bernardo, experto en babear zapatos de diseñador... y robar corazones con sus travesuras.

Atrapados en un quinto piso sin ascensor, con un perro del tamaño de un oso y una lista interminable de desastres domésticos, Caterina y Pablo descubrirán que a veces, el amor más inesperado nace entre el desorden más absoluto... siempre que no se te caiga el techo encima antes.

Pasa las páginas para leer el primer capítulo, o hazte con tu copia de *Mi compañero de piso imperfecto* aquí:



SERIE CARPI CAFÉ – LIBRO 3

Mi compañero de piso imperfecto

Lee el Primer Capítulo Gratis

Caterina

Mi primer pensamiento al pisar tierra firme en el aeropuerto del Prat de Barcelona es que llevo un chicle pegado en la suela desde que salí de Londres. Piso el asfalto y me quedo pegada, como si este lugar quisiera obligarme a quedarme para siempre.

—¿Algo que declarar? —me pregunta el guardia de la garita, y yo me quedo dudando mientras observo el cartel que indica todo lo que no puedes traer desde Gran Bretaña: “Prohibido entrar en la UE con carnes, quesos, frutas, tabaco en exceso y más de 10.000 euros.” Lo de los diez mil euros no será problema, pero no estoy segura de si el chicle pegado a mi zapato cuenta como contrabando.

—Nada que declarar —respondo, mientras levanto el pie y noto que el chicle sigue ahí como un mensaje.

Tiro con fuerza para conseguir dar mi primer paso en tierra española, y el equipaje de mano me hace tambalearme. Pesa demasiado, lo sé. Pero es que... lo necesito todo.

Como sigo ahí pegada, una señora enorme con collar de perlas me empuja para pasar. ¡Por Dios, qué impacientes son las inglesas! Y este chicle es peor que mi exnovio, Christian, del que a duras penas logré deshacerme. Consigo avanzar, aunque el chicle sigue ahí mientras espero a que salga mi maleta por la cinta, dificultando mi movilidad con estos tacones de vértigo.

Mientras espero, miro de reojo el panel de salidas, soñando con el próximo lugar al que volaré, porque sin duda Barcelona no va a ser mi hogar por mucho tiempo. Ningún sitio lo es para mí, y me encanta vivir así. Me hace sentir libre.

Odio las cosas fijas y las relaciones a largo plazo. La vida es para vivirla como una mariposa, volando de flor en flor, libando de las rosas más hermosas...

Salgo a la sala de llegadas y un hombre está esperando a su mujer con un ramo de rosas rojas. Por un instante siento una punzada de ternura, pero luego me recuerdo que eso es una estupidez, que las rosas están llenas de pesticidas y que la tasa de divorcios en Europa supera el 40%. Hay también gente con pancartas: «Señora Yin», «Mr. Johnson» ... pero nadie me está esperando a mí, y eso es un poquito preocupante (no porque quisiera rosas, sino porque no tengo ni idea de dónde está mi alojamiento y son las ocho de la tarde pasadas).

La única que tiene toda la información es una tal Vicky, la mujer enviada por mi empresa para recogerme y llevarme al centro de la ciudad. Mi despacho prometió encargarse de todo: el email, lleno de emojis sonrientes, decía, textualmente:

«Querida Caterina,

¡Aquí tienes tu billete de ida! Nos complace recibirte en el aeropuerto de El Prat el miércoles por la tarde. Tú solo trae la maleta; nosotros ponemos el café artesanal, una silla ergonómica con nombre en sueco y un equipo joven de gente como tú, capaz de usar “Pantone” como verbo.

Tuyos,

El equipo de Gris & Glam.

Delineando sueños desde 2020.»

Espero un buen rato, pero nadie se presenta. Esto me pasa por meterme a trabajar en una empresa modernilla creada en plena pandemia. No fue un buen año para fundar ningún negocio. Tendría que haberlo sabido.

Me siento en una cafetería cercana y le envío un mensaje a Vicky, el único contacto directo de Gris & Glam que me han pasado.

«Voy de camino», responde escuetamente.

Contesto con el nombre de la cafetería y me acomodo, con cuidado de que no se me arrugue la falda ni la americana. Taburete: *copia barata del Eames*. Mesa: *de inspiración Noguchi*. Es algo incómodo, pero podría ser peor... podría ser una mesa Hatoshi.

Pido un café con leche de avena, pero no tienen. Encima, me lo sirven en una taza con marcas de carmín de otro cliente. Es la segunda desilusión del día, o más bien de la noche, porque afuera seguramente ya habrá oscurecido. En curioso, pero en los aeropuertos es como si no pasara el tiempo. Conecto el móvil a un enchufe y me pongo a mirar vídeos para pasar el rato. Svajone Attira es mi musa divina de internet, y, como siempre, me saluda desde la pantalla, disolviendo las preocupaciones y transportándome a su maravilloso mundo de orden y limpieza.

Cuando Vicky aparece, llevo casi una hora en la cafetería. Llega corriendo, con la melena lisa de color azabache revoloteando por detrás. Lleva un flequillo recto hasta las cejas que le tapa las arrugas incipientes de la frente, y se lo aparta de los ojos jadeando.

—¿Caterina? ¿Eres tú? Perdona —me dice con voz entrecortada—. Menudo atasco. La ciudad está llena de ciclistas y me ha costado llegar.

—¿Ciclistas? —repito, confundida.

Intento levantarme a saludarla, pero el chicle ha vuelto a la carga y me he quedado pegada a la barra del taburete. El taburete me persigue, y Vicky me observa fascinada antes de continuar. Parece un truco de magia. “La increíble Caterina y el taburete flotante”.

—Sí, no te lo puedes imaginar —dice, y me tiende la mano. La tomo y tiro de ella, y solo entonces se me despegas el zapato del taburete con un ridículo “plop”. Ella finge no oírlo y continúa—: Es una auténtica invasión de bicis. Además, ha ocurrido un imprevisto, pero vamos al coche primero y te lo explico...

Eso del *imprevisto* lo dice como si no tuviera importancia, y ya solo por eso me preocupo más todavía. La sigo por la terminal, arrastrando mi maleta y tratando de que no se note lo agotada que estoy.

—¿Qué tal el viaje? —me pregunta Vicky—. ¿Buen tiempo en Milán?

—Venía de Londres —la corrijo.

—Ah, sí, es verdad. Pero eres de Milán, ¿no? ¿No fue eso lo que dijo Emma?

Emma es mi mejor amiga, y elegí este destino precisamente por ella. Ella estuvo viviendo en Barcelona, pero hace seis meses se mudó a una preciosa masía en las afueras, a una hora y media de viaje de la capital. Fue ella, con sus muchos contactos, quien me consiguió un trabajo en esta empresa de diseño de interiores en el centro de Barcelona para la que trabaja Vicky.

Cuando llegamos hasta el coche nos recibe una caja de hojalata microscópica, tan abollada que es difícil discernir la marca y el color. Diría que es un Fiat Punto, pero también podría ser un Ford Ka a las puertas de la muerte, o incluso un lavavajillas lanzado desde un séptimo piso.

—Sube —me dice, como si fuera tan fácil encontrar una manija entre toda esa chapa pelada y hundida—. Hablaremos por el camino.

—¿Dónde meto la maleta?

Solo entonces parece advertir mi gigantesco equipaje, y se rasca la barbilla, pensando. Abre el maletero, en el que con suerte podrían caber tres latas de atún, no demasiado grandes.

—No había contado con esto —dice, algo confundida—. ¿Y si la pones en el asiento de atrás?

Embuto la maleta en el asiento trasero a través de la puerta delantera (¿por qué fabrican coches sin puertas detrás?). Al final conseguimos meterla, a cambio de mover los asientos delanteros hasta el tope.

Vicky se sienta en el hueco restante, con los codos pegados al volante, y mete la llave en el contacto. El coche arranca a la tercera, y suelta un suspiro de alivio.

—Vaya coches os dan, ¿no? —comento. El suelo está lleno de migas y palomitas de maíz, y me pregunto si habrá transportado gallinas o niños pequeños (los efectos suelen ser muy parecidos).

—Ya ves —contesta riendo mientras acaricia un pilar con la chapa al salir del parking—. Somos una empresa pequeña, así que tampoco se puede pedir mucho.

—Pues vaya. ¿Y tú a qué te dedicas exactamente?

Vicky se encoge de hombros, sin mirarme. Al único que conozco de la empresa es un tal Malcolm, porque todo el proceso de reclutamiento fue online.

—Nada —dice—. Voy de aquí para allá. Compró cosas. Hablo con gente cuando hace falta... De todo un poco.

Así que, si lo traducimos, debe de ser la chica de los recados. Al salir, roza con la puerta la máquina de pago junto a la barrera, pero ni siquiera parece importarle. Yo creo que colecciona las abolladuras, como si fueran cicatrices de guerra. Es más fácil que guardar los tickets para demostrarle al jefe dónde ha estado, supongo.

—Tampoco voy mucho por la oficina —añade—, así que no puedo contarte demasiado de la gente que trabaja allí. Mejor háblame de ti. Estamos todos muy ilusionados por conocerte. Emma nos habló muy bien de ti.

—Bueno... yo soy diseñadora, seguro que eso lo sabes hasta tú, por poco que vayas a la oficina. —Sonríe—. Por cierto, Vicky, ¿a dónde vamos ahora exactamente? ¿Dónde está mi apartamento? Me dijiste que os encargaríais de todo, ¿verdad?

—Sí, en cuanto a eso...

Mantiene la vista fija en el volante mientras conduce y sale a la carretera. Entre lo encogida que va y ese pelo que parece un casco, me recuerda a la hormiga atómica, pero con pintalabios. Le suena el teléfono, pero cancela la llamada. En realidad, no ha parado de sonar desde que subimos al coche, y veo de reojo que son siempre nombres como: “Malcolm empresa”, “Roberto empresa”, etc. La verdad, para ser la recadera, creo no está haciendo muy buen trabajo dejando todas esas llamadas sin contestar. Y mejor no hablemos de cómo trata el coche que le han prestado.

—Como te decía, está todo al tope de ciclistas... —murmura mientras pone el intermitente *izquierdo* para girar a la *derecha*—. ¿Sabes qué? Te voy a llevar a una cafetería muy bonita. Te gustará la decoración. Tú eres experta en eso; me interesa tu opinión.

¿Está loca o qué? Son las nueve de la noche y llevo todo el día de viaje.

De eso nada, chica de los recados.

—Gracias, pero estoy realmente agotada —replico sonriendo—. ¿Qué tal si vamos mañana, y ahora me llevas a casa?

—Sí, bueno, ese es el problema...

Un camión de mudanza nos adelanta, y Vicky le hace un gesto muy poco cortés por la ventanilla.

—¿El problema? ¿Qué problema? —digo, agarrándome de todo lo que puedo.

—A ver, no quiero que te estreses, pero...

Una furgoneta con varias bicicletas detrás pasa y nos pita.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, cada vez más inquieta.

—No es nada grave —dice, y esta vez me mira, y al hacerlo el coche se mete en el carril de al lado y está a punto de merendarse otra furgoneta—. Ya sé que puede sonar mal, pero no es para tanto. En fin, resulta que tu viaje ha coincidido con una competición ciclista internacional y la ciudad está hasta los topes. No se nos ocurrió consultarlo. A nadie de la empresa le interesa mucho el deporte, y...

—¿Qué estás tratando de decirme? —grito, completamente desesperada.

Por favor, que no diga lo que estoy pensando...

Pero entonces lo hace, y casi me parece advertir un fulgor malicioso en su mirada, aunque podría ser solo el brillo de las farolas.

—Caterina, lo siento, no es culpa de nadie, pero... —Suspira—. Pero te has quedado sin alojamiento.

Lee *Mi compañero de piso (im)perfecto*:

<https://mybook.to/companerodepiso>



SERIE CARPI CAFÉ

[Amor a pie de página](#)

[Amor en construcción](#)

[Mi compañero de piso imperfecto](#)

Nota de la Autora

Fue muy divertido para mí escribir esta novela, ambientada en el mundo de la arquitectura; uno muy especial para mí, y que conozco relativamente bien desde dentro. Los despachos de arquitectos son un universo fascinante, que bulle de creatividad, esfuerzo... y horas extra. Los concursos arquitectónicos llevan detrás muchas noches sin dormir, y las descripciones poéticas de los proyectos que encontramos en las revistas de arquitectura y diseño pueden o no haber surgido de mentes desvariadas con graves carencias de sueño y exceso de cafeína.

Emma, nuestra protagonista, representa esa lucha constante de una novata por demostrar su valía en un entorno que, muchas veces, no se diferencia mucho de una jungla. Como mujer en el mundo de la construcción (y encima, bajita), Emma siente que tiene que esforzarse el doble para alcanzar lo que sus compañeros hombres (como Randall, su padre, su hermano, o incluso su temible abuelo...) lograron con la mitad de esfuerzo.

Pobre Emma... ¿serán todas alucinaciones suyas? Pero si la igualdad en el trabajo es una realidad desde hace décadas... ¿o quizás no?

Lo bueno es que, a lo largo de esta historia, Emma descubre algo que a menudo pasamos por alto en la empujada carrera hacia el éxito. Gracias a la sabiduría inesperada de Lucas, un poeta humilde y noble sin causa y un romántico incorregible, comprende que el verdadero triunfo no está solo en ascender, ganar dinero o aparecer en las portadas de revistas prestigiosas, sino en encontrar aquello que da sentido a nuestra vida: por ejemplo, el amor, la pasión y la autenticidad, entre otras cosas. Y, si no, que se lo digan a Lucas, que estuvo muy tentado de cambiar todas sus letras a cambio del éxito fácil... pero consiguió superar la prueba, tras un par de baches.

Ojalá en la vida, como en las novelas, ser honrados y fieles a nuestros principios tuviera siempre premio. Quiero pensar que es así, y que a todo el que trabaja con el corazón le espera una oportunidad con su *Piotr Kowalski* particular... o su masía de cuento.

Espero que esta novela os haya emocionado y, sobre todo, os haya hecho reír. Al fin y al cabo, la vida, como la arquitectura, necesita de un delicado equilibrio entre lo serio y lo inesperado, los planos rectos y las manchas orgánicas. Sobre todo, no te olvides de lo segundo.

Gracias por acompañarme en este viaje, y os espero en la siguiente parada, en la que conoceremos la historia de Caterina, que vendrá desde Londres a poner orden y decorar cada rincón del piso de Pablo, un pintor muy entrañable y desordenado...

Con cariño, café y papel milimetrado,

Eva Alton.



Si te gusta lo que escribo, eres bienvenida/o a mi grupo de lectores. También puedes suscribirte a mi lista de correo para recibir noticias y ofertas especiales.

Grupo de lectores en Facebook:

<https://www.facebook.com/groups/evaalton>

Lista de correo:

<https://subscribepage.io/evaaltonemail>

PD: Te invito también a leer mis otros libros:

- Serie *Historias de Amor y Café*: puedes empezar leyendo Amor a pie de página, o continuar con Mi compañero de piso imperfecto.
- Serie *Los Vampiros de Emberbury*: empieza con [*La bruja extraviada*](#) (también hay un pack de 4 libros titulado [*Los Vampiros de Emberbury*](#)).
- Serie *Las Brujas de Ibiza*: empieza con *Iris, Hechizo de Sangre*, y continúa con [*Selena, Luna de lobos*](#).
- Fantasía histórica: [*Notas Ocultas*](#) es una novela mágica que entrelaza la Guerra Civil con fantasmas, viajes por Europa y la búsqueda de un tesoro perdido.

Un regalo para mis lectores

Te invito a leer **gratis** *Amor en el apagón*,
Una historia romántica exclusiva solo para suscriptores del club VIP de
Eva Alton.



Una noche oscura y un apagón en Barcelona llevan a Sophie y David a encontrarse en el Carpi Café.

Lo que empieza como una pausa tranquila se convierte en una chispa de amor inesperada.

**Únete al club VIP y recibe
Amor en el apagón gratis.**



<https://subscribepage.io/evaaltonemail>

Agradecimientos

Un gracias enorme para Patri (Tricia Blue) por ayudarme con ese toque gaditano para Lucas. Seguramente fui un poco “jartible” preguntándole cómo se usaban todas esas palabras, pero también nos reímos mucho. Gracias por hacer que mi poeta y cantautor andaluz tuviera un poquito más de alma (¿arma?). Para los que, como yo, no dominamos el dialecto, aquí va un diccionario práctico para tu próximo viaje a Cádiz:

- Bastinazo: algo muy exagerado, muy bueno o muy malo. Palabra que solo los gaditanos entienden. Si no naciste usándola no lo hagas porque seguro que lo haces mal. Véase: “Pisha, ¡qué bastinazo!”
- Quillo: diminutivo de “chiquillo”, que sirve para dirigirse a cualquier persona de manera coloquial. Creo que es algo así como pisha, pero tampoco me hagáis mucho caso.
- Jartible: alguien muy pesado, insoportable e insistente.
- No ni ná: “pues claro que sí.”

Aparte de mi traductora de gaditano, este libro no estaría en tus manos si no fuera por Riccardo, que como siempre, me prestó su apoyo incondicional y su paciencia infinita.

Como siempre, gracias a Andrea, por encontrar un hueco en su apretadísima agenda para escribir ese informe tan completo con todos los errores y puntos a mejorar. Es fantástico poder contar contigo durante el proceso de escritura.

Una mención especial va para mis compañeras de universidad, que seguramente no leerán este libro (están demasiado ocupadas dibujando planos) pero fueron mis compañeras de proyectos imposibles en mitad de la noche, enfrentando juntas cada desafío, cada fecha de entrega, y cada café a horas intempestivas. A todos los que me acompañáis en este viaje de escritura, por vuestra confianza, vuestras risas y vuestra constante inspiración. Sin vosotros, esta historia no habría sido la misma.

¡Gracias de corazón!

Por cierto, una lectora muy ingeniosa creó esta versión de la canción de Lucas para Emma. He decidido compartirla con los que habéis leído hasta el final, como curiosidad. Gracias Ana. Puedes escucharla aquí:



Índice

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[Epílogo](#)

[Mi compañero de piso imperfecto](#)

[Nota de la Autora](#)

[Un regalo para mis lectores](#)

[Agradecimientos](#)

^[1] La historia de David y Sophie se cuenta en *Amor en el apagón*.